

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 04
Enero-marzo 2007

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

«La estructura jamás es un recurso superfluo.»

Roberto Bolaño. *Bolaño por sí mismo, entrevistas escogidas* (Ed. Universidad Diego Portales, 2006)

● Ensayo

“El intruso” de Delmira Agustini, por Magda Díaz y Morales
La adolescencia femenina en “Dublineses”. *Las figuras de Eveline y Polly*, por Blanca Gago
Hacia una revisión crítica de la recepción de Sor Juana Inés de la Cruz, desde el siglo diecisiete hasta la actualidad, por Verónica Grossi
Cortazar en el cine, por Óscar Pita-Grandi

● Relato

El viejo que se parecía a Voltaire, por Eduardo García Aguilar
El devorador de cuentos, por José Ángel Barruco
El duelo, por Rodolfo JM
Formas del Iris, por Miguel P. Soler
Julia, por Sergio Llorens
Lo que soy, por María Dubón
La pared opuesta de la cueva, por Fernando Arrojo
Azul, por Mónica Gutiérrez Sancho
Cocina tomada, por Luis Pita
Minificciones, por Marcos Rodríguez Leija
Todos eran iguales, menos uno, por Pedro M. Martínez Corada
Entre dos fuegos, por Purificación Ávila
El otro, versión abreviada, por Javier Avilés
Relato Oblicuo, por Roberto Tassi
Marcel y el unicornio, por Esther Zorrozuza
El espacio curvo, por José Luis Justes Amador
Feria, por Sergio Borao Llop
El café de los micros, por Gustavo Nielsen
Venecia, por Rosa Ribas
La cara de Marte, por José Miguel Sanfeliú
El viaje, por Sergio Manganelli
Mañana con higos, por Agustín Cadena

● Novela

La cisura de Rolando (capítulo I), por Gabriel Bañez

● Narradores

Luis Arturo Ramos
Care Santos

● Reseñas

● Novedades editoriales

● Noticias

Editores: Magda Díaz y Morales – Carlos Manzano

Colaboradores: Fernando Arrojo – Purificación Ávila – Javier Avilés – Gabriel Bañez – José Ángel Barrueco – Sergio Borao Llop – María Dubón – Blanca Gago Domínguez – Eduardo García Aguilar – Gatito Viejo – Verónica Grossi – Mónica Gutiérrez Sancho – Rodolfo JM – José Luis Justes Amador – Sergio Llorens – Sergio Manganelli – Pedro M. Martínez Corada – Gustavo Nielsen – Cristina Núñez Pereira – Daniel Pérez – Luis Pita – Óscar Pita-Grandi – Luis Arturo Ramos – Rosa Ribas – Marcos Rodríguez Leija – José Miguel Sanfeliú – Care Santos – Miguel P. Soler – Roberto Tassi – Esther Zorrozua

<http://www.revistanarrativas.com> – narrativas@hotmail.com

Presentación

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la circulación y distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

La filosofía de **Narrativas** es bien sencilla: todo aquel narrador que tenga algo que contar y quiera presentarlo al público, tiene su espacio aquí. Obviamente, a la hora de seleccionar los relatos siempre se atenderá a la calidad literaria y se exigirá un mínimo de esmero en la redacción, pero sobre todo se valorará la posibilidad de dar a conocer voces nuevas en nuestra narrativa. No obstante, una de nuestras más firmes intenciones es no cerrar este espacio a nadie, ni a los nombres consagrados ni a los todavía desconocidos, tratando de conjugar todos los estilos y los temas, para ofrecer de ese modo una visión lo más comprensiva posible de la narrativa contemporánea.

SUMARIO - núm 4

<i>“El intruso” de Delmira Gastini</i> , por Magda Díaz y Morales	3	<i>Todos eran iguales, menos uno</i> , por Pedro M. Martínez Corada	55
<i>La adolescencia femenina en “Dublineses”. Las figuras de Eveline y Polly</i> , por Blanca Gago Domínguez	7	<i>Entre dos fuegos</i> , por Purificación Ávila	58
<i>Hacia una revisión crítica de la recepción de Sor Juana Inés de la Cruz, desde el siglo diecisiete hasta la actualidad</i> , por Verónica Grossi	14	<i>El otro, versión abreviada</i> , por Javier Avilés	61
<i>Cortázar en el cine</i> , por Óscar Pita-Grandi	20	<i>Relato Oblicuo</i> , por Roberto Tassi.....	63
<i>El viejo que se parecía a Voltaire</i> , por Eduardo García Aguilar	23	<i>Marvel y el unicornio</i> , por Esther Zorrozua	65
<i>El devorador de cuentos</i> , por José Ángel Barrueco ..	30	<i>El espacio curvo</i> , por José Luis Justes Amador	67
<i>El duelo</i> , por Rodolfo J.M.	34	<i>Feria</i> , por Sergio Borao Llop	70
<i>Formas del iris</i> , por Miguel P. Soler	38	<i>El café de los micros</i> , por Gustavo Nielsen	76
<i>Julia</i> , por Sergio Llorens	44	<i>Venecia</i> , por Rosa Ribas	89
<i>Lo que soy</i> , por María Dubón	47	<i>La cara de Marte</i> , por José Miguel Sanfeliú	92
<i>La pared opuesta de la cueva</i> , por Fernando Arrojo .	48	<i>El viaje</i> , por Sergio Manganelli	96
<i>Azul</i> , por Mónica Gutiérrez Sancho	51	<i>Mañana con higos</i> , por Agustín Cadena	102
<i>Cocina tomada</i> , por Luis Pita	52	<i>La cisura de Rolando</i> , por Gabriel Bañez	104
<i>Minificciones</i> , por Marcos Rodríguez Leija	53	Narradores: Luis Arturo Ramos	106
		Narradores: Care Santos	112
		Reseñas	118
		Novedades editoriales	124
		Noticias	128

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

"EL INTRUSO" DE DELMIRA AGUSTINI

por Magda Díaz y Morales

*Eros: ¿acaso no sentiste nunca
piedad de las estatuas?*

Delmira Agustini

En el seno de una familia perteneciente a la burguesía acomodada y culta de Montevideo, nace Delmira Agustini (1886-1914). Su formación poética y la realización de su obra se produce en el período más culminante del Modernismo, siendo en 1902 que comienza a publicar en la revista *La alborada*, teniendo a su cargo una sección que titula «Legión etérea» donde escribe con el seudónimo de *Joujou* sobre las mujeres destacadas del mundo cultural de la época.

Frente al discurso sentimental del Romanticismo donde lo permisible y lo reprobable, lo bueno y lo malo, lo que era pecado y lo que era virtud, estaba seriamente regido por las categorías del catolicismo de la pureza y la castidad, el Modernismo, en su deseo de conocer la realidad a través de la revelación de las formas e interpretando el misterio de las cosas, introduce un discurso sensual que desafía estos valores constitutivos del Romanticismo donde «falta la conciencia del ser dividido y la aspiración hacia la unidad».¹

El enunciador romántico expresa sus sentimientos de acuerdo a los códigos culturales de la realidad histórica que le toca vivir en la cual el concepto de amor es sobretodo ideal, ese espacio para la ilusión, la imaginación desbordante, la entrega a un destino que rige las vidas, el sacrificio, el recato y el decoro. En la pareja, la comunicación erótica estaba constituida por la impenetrabilidad y la entrega amorosa con la institución del matrimonio indisoluble –que además era un fin– donde se mantendrán las costumbres y las conductas establecidas por la ideología judeo-cristiana para quien las manifestaciones de la sexualidad debían tener como finalidad la procreación sin olvidar, claro está, la salvación del alma.

El enunciador modernista introduce al aludir la relación amorosa, la descripción de un discurso sensual y concupiscente que suele ser representado por el discurso erótico. En Salvador Díaz Mirón, perteneciente a la generación que marca el tránsito del Romanticismo al Modernismo (Martí, Gutiérrez Nájera, Zamudio, González Prada, entre otros), ya vislumbramos claramente esta evolución de la poesía romántica a la modernista, este tránsito de un discurso ideal a un discurso del cuerpo en el tema de la pareja; transcribiré su poema «Engarce»² como ejemplo:

*El misterio nocturno era divino.
Eudora estaba como nunca bella,
y tenía en los ojos la centella,
la luz de un gozo conquistado al vino.*

*De alto balcón apostrofóme a tino;
y rostro al cielo departí con ella
tierno y audaz, como con una estrella...
¡Oh qué timbre de voz trémulo y fino!*

*¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro,
y fue conmigo a responder a un reto!*

¹ Octavio Paz, *Cuadrivio* (México: Mortiz, 1965), 14.

² Salvador Díaz Mirón, *Lascas, Clásicos Castellanos* (México: Universidad Veracruzana, 1987), 114.

*¡Aventura feliz! La rememoro
con inútil afán; y en un soneto
monto un suspiro como perla en oro.*

Veracruz, Julio de 1900

En el Modernismo se culmina una tradición poética iniciada en el Romanticismo. La imagen recargada, la comparación compleja, la pluralidad de referentes, hacen más difícil la percepción de lo representado y del motivo poético; cada figura de un poema puede ser abstraída independientemente del contenido de ese todo, sin olvidar que se otorga preeminencia a la forma (recordemos el cultivo de lo ornamental) sobre este contenido, indicándonos con ello este cambio de sensibilidad con respecto a la manera en que se percibían las cosas del mundo en el Romanticismo donde el sujeto percibía habitado por emociones sublimes aceptando las leyes divinas o del destino. En Rubén Darío ya existe una actitud consciente y deliberada respecto al tema erótico –vayamos a *Cantos de vida y esperanza*–,³ posee la sensibilidad del poeta modernista que palpa la imagen escindida del ser que es mente y que es cuerpo, espíritu y carne en relación dialógica y dialéctica donde lo ideal se opone. Octavio Paz afirma que «... esta manera de ver, oír y sentir al mundo [...] es una exasperación de los nervios, un trastorno de la psiquis. Pero es algo más: una experiencia en la que participa el ser entero. Poesía de sensaciones, se ha dicho; yo diría: poesía que, a pesar de su exasperado individualismo, no afirma el alma del poeta sino la del mundo. De ahí su indiferencia, a veces abierta hostilidad, ante el cristianismo. El mundo no está caído ni dejado de la mano de Dios. No es un mundo de perdición...»⁴

Esta diferencia entre el erotismo romántico que busca la trascendencia en lo divino, lo ideal, lo espiritual, y el erotismo modernista que busca la trascendencia en el diálogo entre el cuerpo y el espíritu, se desarrolla fuertemente, desde la perspectiva femenina, en el discurso erótico y metafísico de Delmira Agustini. La poeta uruguaya vive en un mundo dominado por figuras masculinas y moralidad burguesa, lo cual obviamente le asigna un determinado papel en la sociedad tanto por tratarse de una mujer que escribe como por participar de la tendencia modernista contestataria; bajo estas determinaciones, su obra por supuesto será producto más de la intuición que de la reflexión poética ya que su discurso erótico –que resultaba inédito por provenir de una mujer– recibe la crítica de sus contemporáneos que no conciben a la mujer en un papel agente, declarativo, atrevido, que es dueña de un pensamiento racional y una conciencia diferente y que se atreve a descubrirla en su actitud frente a la vida y en su poesía. Aparentemente acepta las normas regidoras, firma como «La nena», pero piensa y crea como la mujer que se rebela ante lo establecido; en una carta a Darío, a quien había conocido en 1912, le comunica su propósito de lanzarse «al abismo medroso del casamiento».

Nos detendremos ahora en su poema «*El intruso*»,⁵ poema que considero como uno de los textos paradigmáticos del discurso poético-erótico de Delmira Agustini. En este soneto, el sujeto de la enunciación refiere esa experiencia que vive después de conocer a través de la unión sensual, el éxtasis.⁶ Poder penetrar al éxtasis, es haber hallado en esta unión con otro y a un mismo tiempo, la satisfacción del deseo del espíritu, del pensamiento y del cuerpo. La pareja, a partir de ese momento, sólo desea que se prolongue la *identidad* hallada,⁷ que sea siempre un gozoso presente. Vayamos a «*El intruso*»:

*Amor, la noche estaba trágica y sollozante
cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura;
luego, la puerta abierta sobre la sombra helante,
tu forma fue una mancha de luz y de blancura.*

³ Rubén Darío, *Poesías Completas* (Madrid: Aguilar, 1975).

⁴ *Ídem.*, 28.

⁵ Delmira Agustini, *Poesías completas*, (Barcelona: Labor, 1971), 143.

⁶ Empleo el término *éxtasis* de acuerdo a la definición de G. Bataille, *La experiencia interior* (Barcelona: Taurus, 1989) 69, para quien significa una experiencia interior auténtica, un estado intenso del ser que poco a poco se va desprendiendo de la acción exterior que efectúa para penetrar en esa presencia interior donde habita la plenitud, ahí el yo se pierde al acceder a lo desconocido del ser.

⁷ *Identidad* definida como: "Poner un puente entre la naturaleza y el espíritu mediante algo que sea espíritu y naturaleza", Julián Marías, *Historia de la filosofía* (Madrid: Revista de Occidente, 1974), 305.

*Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante,
bebieron en mi copa tus labios de frescura,
y descansó en mi almohada tu cabeza fragante;
me encantó tu descaro y adoré tu locura.*

*¡Y hoy río si tú ríes, y canto si tu cantas,
y si tú duermes duermo como un perro a tus plantas!
¡Hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;
y tiemblo si tu mano toca la cerradura!,
¡y bendigo la noche sollozante y oscura
que floreció en mi vida tu boca tempranera!*

Vivencia y júbilo se nos revelan. Respecto a estos aspectos efímeros del vivir, Hans–Georg Gadamer⁸ señala que algo se convierte en vivencia «en cuanto que no sólo es vivido sino que el hecho de que lo haya sido ha tenido algún efecto particular que le ha conferido un significado duradero. Lo que es "vivencia" de este modo adquiere una posición óptica». La función conativa, es decir la orientación hacia el destinatario en el sentido de Jakobson, con que se inicia el texto, nos lleva a identificar el sujeto de la enunciación, un «yo», el amante, que se dirige a un «tú», el amado, para compartir su vivencia en el acto amoroso. «Toda vivencia está entresacada de la continuidad de la vida y referida al mismo tiempo al lado de ésta. No es sólo que como vivencia permanezca viva mientras no ha sido enteramente elaborada en el nexo de la propia conciencia vital; también el modo como se "supera" en su elaboración dentro del todo de la conciencia vital, es algo que va fundamentalmente más allá de cualquier "significado" del que uno cree saber algo. En cuanto que la vivencia queda integrada en el todo de la vida, ese todo se hace también presente en ella».⁹ En el tiempo y espacio del soneto el encuentro amoroso de la pareja sucede bajo el cobijo de una noche lluviosa, fría y oscura. El ser amado traspasa el umbral, el sexo del cuerpo femenino:

Cuando tu llave de oro cantó en mi cerradura

trascendiendo juntos, en la recíproca entrega, el aislamiento de sus seres, su discontinuidad, penetrando de este modo a un sentimiento profundo de continuidad:

Toda realización erótica tiene como meta alcanzar al ser en lo más íntimo, allí donde el corazón falla. El paso normal al del deseo erótico presupone una disolución del ser constituido en el orden discontinuo¹⁰

La estructura verbal del mensaje tiene como referente el abrazo erótico de los cuerpos de los amantes que, convocadora y sugerente, la amante concupiscente describe, eterno instante que fija hundiéndose en él y desde ahí capta todas las cosas porque:

Para el amante, el ser amado es la transparencia del mundo; y lo que se transparenta en el ser amado es el ser pleno, ilimitado, que no pone trabas a la discontinuidad personal, en una palabra, es la continuidad del ser apercibida como una entrega a partir del ser del ser del amante. [...] Nada hay de absurdo en la verdad del amor, donde el ser amado equivale –desde luego únicamente para el amante, pero esto no importa– a la verdad del ser. El azar quiere que, a través de él, y una vez desaparecida la complejidad del mundo, el amante perciba el fondo del ser [...]»¹¹

La estructuración semántica de este poema además de proyectar todo el sentido de la persuasión erótica, incita, mediante su función conativa, al amor sensual, al roce lúbrico, a comprender que los cuerpos tienen su mundo en el cuál perciben, dicen y tienen memoria y que hallan en el erotismo su trascendencia.

En el nivel del significado el soneto se halla ligado a dos categorías que integran el campo semántico del

⁸ *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica* (Salamanca: Sígueme, 1991), 101.

⁹ Gadamer, *op.cit.*, 107.

¹⁰ G. Bataille, *El erotismo* (Barcelona: Mateu, 1971), 13.

¹¹ G. Bataille, *idem.*, 27.

erotismo: el amor y la sexualidad. «El amor y la voluntad son operaciones interiores. [...] ¿Qué es querer, sino tener conciencia de un objeto como algo valioso, qué es amar, sino tener conciencia de un objeto como algo amable? [...] Querer y saber que se quiere, amar y saber que se ama son un solo acto, el amor es conciencia de amar, la voluntad conciencia de querer. Un amor o una voluntad que no tuviera conciencia de sí, serían un amor que no amara, una voluntad que no querría, del mismo modo que, un pensamiento inconsciente sería un pensamiento que no piensa. [...] El amor verdadero convoca todos los recursos del sujeto y lo afecta por entero».¹² En «El intruso», el amor efectúa su dialéctica a través de los amantes y es la voz femenina la que entrega y emite esta significación existencial.

Todo aquí lo alumbraron tus ojos de diamante

parece encerrar ese algo que no se puede delimitar, que da cumplimiento a la propia existencia de la pareja erótica.

Respecto a la sexualidad, esa sexualidad de la pareja que vivifica el texto, el mundo subjetivo y el objetivo y los aspectos femenino–masculino se corresponden, armonizan y complementan. A través de sentimientos, voluptuosidad, delirios, piel, goce, dicha, placer, exhaltaciones, revelaciones, los cuerpos encuentran, uno en el otro, la prolongación de sus propias intenciones y el emerger de sus espíritus para entablar un diálogo gracias a la identidad hallada que da significancia a su coexistencia.

Me encantó tu descaro y adoré tu locura

es la respuesta sensual y sensible de la amante por lo vivido: el éxtasis, ese estado de arrobamiento al que entrega la experiencia erótica. Después de su vivencia, la amante es presa del júbilo porque, como afirma Merleau–Ponty, «todo presente capta de momento a momento, a través de su horizonte de pasado inmediato y de futuro próximo, la totalidad del tiempo posible; supera así la dispersión de los instantes».¹³ ¿Qué otra cosa celebra la amante que no sea los momentos posteriores a la plenitud del acto amoroso? Y lo grita, lo goza, lo celebra; ríe, tiembla, bendice. Él la ha poseído y ella a él:

¡Hoy llevo hasta en mi sombra tu olor de primavera;

ella se siente de pronto sometida a fuerzas superiores, él es el intruso que irrumpe para hacerla florecer.

*y tiemblo si tu mano toca la cerradura!
¡y bendigo la noche sollozante y oscura
que floreció en mi vida tu boca tempranera!*

se reitera que la identidad hallada es el destinador de la transformación en la cual mujer y hombre, cuerpo y espíritu, tiempo y espacio, amante y amado, se funden en un aquí y un ahora de inseparabilidad dichosa.

El discurso erótico de Delmira Agustini, además de demostrar claramente las innovaciones que introduce el Modernismo, nos entrega un mundo de sensaciones donde los sentidos actúan con absoluta independencia pero crean lazos de unión entre uno y otro instante donde la capacidad de la inteligencia, el poder del espíritu humano y el lenguaje de los cuerpos, se constituyen como unidad. En su poema «El cisne» se evidencia claramente esta experiencia abierta a la revelación y que sólo importa en sí misma:

*[...] en su carne me habla
y yo en mi carne le entiendo.*

© Magda Díaz y Morales

La autora:

Magda Díaz y Morales Doctora en literatura. Página personal "Apostillas literarias": <http://apostillasnotas.blogspot.com>

¹² M. Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción* (México: F.C.E., 1957), 414.

¹³ Op.cit., 415.

LA ADOLESCENCIA FEMENINA EN "DUBLINESES". LAS FIGURAS DE EVELINE Y POLLY

por Blanca Gago Domínguez

INTRODUCCIÓN

En este trabajo pretendo utilizar dos relatos de *Dublineses*,¹ «Eveline» y «La casa de huéspedes» («The Boarding House») para analizar la manera en que, a través de los personajes de Eveline y Polly, el autor, James Joyce, ofrece una visión real de la figura adolescente femenina, en consonancia con sus intenciones de mostrar a los ciudadanos de Dublín, sus compatriotas, «un capítulo de la historia moral de su país»,² así como «echarse un vistazo en su bruñido espejo»³ para conocerse a sí mismos. Al mismo tiempo, la obra se enmarca en un contexto histórico-literario muy preciso, que desvela algunas claves de la composición y recepción de *Dublineses*.

La obra de Joyce se publicó en 1914, aunque ya en 1905 estaba acabada. Como veremos, algunos de los quince relatos que componen el libro se habían publicado ya en revistas literarias. Enseguida, la obra llamó la atención por su originalidad, que es necesario estudiar en el contexto en que se enmarca. *Dublineses* se sitúa entre dos movimientos literarios importantísimos en la literatura inglesa. La última parte del siglo XIX estuvo marcada por los progresos industriales y el descubrimiento de la ciencia como valor incontestable para el bienestar de una sociedad. La corriente filosófica del positivismo impregna la literatura de esta época (originando el llamado Naturalismo), y caracteriza un modo de concebir la obra literaria por parte del escritor; estos rasgos resultan bastante visibles en *Dublineses*. Desde la perspectiva naturalista, el ser humano no es totalmente libre, sino que está condicionado por factores hereditarios y por su propio entorno.⁴ Así se pretendía que la obra literaria constituyera un documento fiel a la realidad de la vida moderna.

Dublineses puede considerarse un libro con rasgos naturalistas claramente marcados: no esconde hechos desagradables, muestra el mundo tal y como es.⁵ Nos ofrece el permanente drama del hombre corriente y su existencia vulgar (sin caer nunca en la trampa fácil del sentimentalismo), llena de incidentes nimios y aburridos, pero consigue que los actos anodinos se manifiesten como hechos reveladores. En efecto, en *Dublineses* todo trasciende, tiene un significado más allá de las apariencias, y es ahí donde se pone de manifiesto de forma incontestable el simbolismo maduro y consciente de Joyce, así como su plena modernidad. La obra mantiene un estilo impersonal, lacónico, donde la narración no es redundante y nada se explica con detalle.⁶ De esta manera, queda al arbitrio del lector la tarea de recomponer las piezas que faltan, realizar un esfuerzo de comprensión generalizadora a partir de lo fragmentario y deducir de ahí un universo social.

Esta modernidad de Joyce viene marcada por otro movimiento, del que el autor está considerado como un claro precursor, y que se extendería por Gran Bretaña y Norteamérica durante la primera mitad del siglo XX: el *Modernism*, que no hay que confundir con el Modernismo hispanoamericano y español. Hablamos de modernidad literaria cuando en la obra ya no existe una realidad única, objetiva: el ser humano percibe el mundo exterior a través de su mente, por lo tanto, la única realidad accesible es la de su propia conciencia.⁷ Esta idea, que desencadenó una profunda e insalvable crisis en toda la seguridad que hasta entonces se había mostrado frente al mundo, da lugar a una serie de técnicas literarias experimentales, cuya expresión máxima es el *stream of consciousness* en narrativa y de la que Joyce se convierte en un maestro. Su obra clave en este sentido es *Ulises* pero, como veremos, en

¹ James Joyce, *Dublineses* (Madrid, 1993), edición de Fernando Galván, para las traducciones de las citas.

² Joyce, *op.cit.*, p. 22, citado por Fernando Galván.

³ Ellmann Richard, *Cuatro Dublineses: Oscar Wilde, W.B. Yeats, James Joyce y Samuel Beckett*, (Tusquets, 1990), p. 87.

⁴ Villalba Estefanía, *Claves para interpretar la literatura inglesa*, (Alianza, 1999), p. 125.

⁵ Pascual Arturo Marcelo, *El lector de James Joyce* (Océano, 2001), p. 157.

⁶ Pascual Arturo Marcelo, *op.cit.*, p. 78.

⁷ Villalba Estefanía, *op.cit.*, p. 126.

Dublineses las técnicas narrativas apuntan ya este modo fragmentario en que los personajes aprehenden la realidad, y en consecuencia, también el lector. Así, la comunicación entre los primeros se hace inalcanzable; el individuo se encuentra solo e inmerso en una sociedad alienante y carente de creatividad.⁸ Este va a ser un rasgo permanente de los *Dublineses* de Joyce, y por ello, de los personajes que voy a analizar con más detenimiento.

En toda la obra del autor irlandés está constantemente presente su biografía, por lo que hay que tenerla en cuenta a la hora de estudiar determinados aspectos de un relato. James Joyce nació en Dublín en 1882. En la época de su infancia y juventud, esta ciudad era sólida y digna, y sus habitantes mostraban un gran sentido de la vida en comunidad. Sin embargo, la capital política y cultural de Irlanda era también una ciudad colonial, aún bajo dominio británico. Sus habitantes sienten que sus vidas son decadentes, tristes, limitadas. Tienen una familia, un trabajo o unos amigos porque no parece que haya otro remedio, a pesar de que ello les produzca una gran insatisfacción.⁹ Este es el ambiente que Joyce vivió en Dublín y que refleja en su obra, un ambiente del que escapó en cuanto pudo (de hecho, la mayor parte de *Dublineses* está escrita en el extranjero, sobretudo en Trieste, donde el autor vivió varios años). Joyce quería mostrar a sus compatriotas que había otros caminos además del que les había marcado la sociedad tradicional desde niños; es decir, su objetivo era zarandear un poco a los dublineses para que aprendieran a pensar y decidir por sí mismos. Así, el autor recurre al retrato de la clase media-baja: sus personajes son gente anónima, deliberadamente vulgar, que reflejan nítidamente el Dublín de la época en el pequeño drama de sus vidas corrientes.¹⁰ Ahí reside el simbolismo de la obra, en los detalles nimios pero reveladores, dejando que el efecto salga y actúe por sí mismo. La modernidad de la obra, a la que aludíamos más arriba, alcanza también el aspecto moralizador de ésta: por muy reprehensible que sea un elemento, un personaje, Joyce mantiene una forma de expresión en la que el comentario extrínseco está totalmente fuera de lugar.¹¹ Así, pues, el lector se enfrenta solo a la obra, sin participar en ningún tipo de confidencia, y eso lo hace sentirse un poco abandonado, incómodo, inseguro de no poder aprehender en su totalidad el contenido y significado de la obra, pues para Joyce nada está ahí por casualidad (de hecho, debido a su tenaz negativa a cualquier tipo de cambio, *Dublineses* tardó más de diez años en publicarse). Así, con esta obra maestra con la que el autor empezó a ser respetado como uno de los escritores más importantes de la literatura europea del siglo XX (después de la sorpresa general que supuso, por su innovación e interés, *Retrato del artista adolescente*), nos sumergimos en la ciudad de Dublín y sobre todo en las vidas de sus habitantes, quienes, aunque en un principio puedan parecer irrisorios, parados, cobardes o corruptos, es imposible dejar de sentir por ellos una simpatía, ternura y fascinación inmensas. Eveline y Polly, como representantes de una parte de estos dublineses, van a ser analizadas y comparadas aquí en calidad de personajes literarios, pero también en calidad de símbolos de las adolescentes femeninas en una sociedad como la del Dublín de principios del siglo XX.

«EVELINE»

«Eveline» es el cuarto relato de *Dublineses*. Su fecha de publicación es anterior a la del libro, ya que apareció por primera vez el 10 de septiembre de 1904 en la revista *The Irish Homestead*. Para escribirlo, Joyce se fijó en su vecino, Ned Thornton, catador de té y padre de Eveline. El hermano de la chica no era en realidad decorador de iglesias, como en la obra, sino que trabajaba en una empresa de fabricación de órganos. Eveline se enamoró de un marinero, como en el relato, pero en lugar de abandonarlo se casó con él y ambos vivieron en Dublín y tuvieron muchos hijos.¹² La historia comienza describiendo a una chica, Eveline, que está sentada en su casa, pensando en su infancia y en cómo pasa la vida que está fuera. Se siente atrapada entre el deber de permanecer en el hogar con su padre y el deseo de escapar hacia una nueva vida que su novio, un marinero llamado Franck, le promete en Buenos Aires, donde se casarán y formarán su propio hogar. Durante el relato, Eveline lucha por tomar una decisión, que finalmente es la de preferir un futuro con Franck. Así, pues, llega al puerto de Dublín para tomar el trasbordador hacia Liverpool (de donde sale el barco a Buenos Aires).

⁸ Villalba Estefanía, *op.cit.*, p. 134.

⁹ James Joyce, *Dublineses* (Madrid, 1993), edición de Fernando Galván, p. 56.

¹⁰ Valverde José M^a, *El autor y su obra. James Joyce* (Ed. Barcanova, 1982), p. 79.

¹¹ Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 345.

¹² Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 344.

Una vez en el muelle, no encuentra el valor para dejar a su padre y su ciudad, y se queda mientras ve cómo Franck se aleja en el barco.

«Eveline» pertenece a los llamados «relatos de adolescencia». La protagonista tiene diecinueve años, por tanto prácticamente acaba de entrar en esta época de su vida que, según la cronología de Joyce, comienza a los diecisiete. Desde la primera escena del relato, en casa de la chica, el ambiente aparece lleno de símbolos. Los muebles están repletos de polvo, por la ventana se ve el «camino de ceniza» y las «casitas marrones»: todos los detalles descriptivos muestran un espacio, su hogar, lleno de tristeza, decadente, símbolo de un presente doloroso frente a un pasado que «parecía haber sido feliz» (en este relato, la inseguridad y la indecisión determinan cada frase). Eveline recuerda a su madre, ya muerta, y a su padre, que entonces «no era tan desagradable», es decir, no bebía. La felicidad de antaño, pues, está sometida a las condiciones paternas, lo cual muestra la dependencia de la chica respecto a su familia, el peso enorme de ésta en su personalidad y su pensamiento. El relato está estructurado según la oposición entre irse de Dublín y quedarse, dos posturas claramente irreconciliables. Para Eveline, irse representa poder conseguir, a través del matrimonio, el respeto y la paz que no tiene en Dublín y a los que aspira. En efecto, a través de las técnicas narrativas de Joyce, entramos en la conciencia de la protagonista y también escuchamos voces de otros personajes que hablan de ella y la definen. Así, Mrs. Gavan, su jefa, nos hace ver a una chica parada, sin iniciativa, poco adecuada para trabajar en unos grandes almacenes. La polifonía nos lleva a escuchar también la voz del padre, que describe a su hija como una despilfarradora irresponsable. Sin embargo, como realmente conocemos a Eveline es a través de su propia voz, que aparece en la forma de la tercera persona, fusionada con la del narrador. Es su conciencia la que empieza a contar su historia, la que sopesa los pros y contras de sus opciones, la que recuerda constantemente el pasado. Por la sencillez, e incluso inmadurez, del lenguaje utilizado, comprobamos que se trata de una chica extremadamente incapaz de pensar por sí misma: ha hecho a su madre la promesa de quedarse y mantener a la familia unida, tiene el deber de permanecer con su padre y soportar su afición a la bebida, piensa en lo que dirá la gente si abandona su hogar. La opción de marcharse con Franck también hace que Eveline evoque el pasado: cuando él la invitó a ver *La muchacha bohemia* (título muy sugerente en un contexto como éste), cuando se enfadó con su padre y tuvieron que verse en secreto desde entonces. Franck aparece como un refugio, una esperanza de dejar esa vida que siempre le ha parecido tan indeseable, llena de desprecio y violencia, pero que una vez a punto de abandonar, ya no le parece tan mala. Y es que Eveline, en el fondo, no cree que Franck sea sincero («franco») con ella, o por lo menos no está segura de que le diga la verdad respecto a su futuro en común. Por lo tanto, la doble opción no es tan clara como parece.

En la segunda parte del relato, hemos dejado la casa y nos trasladamos a la estación de North Wall, el muelle del trasbordador hacia Liverpool. Los símbolos que aparecen no son exactamente un buen augurio: las maletas marrones de los soldados recuerdan las casas marrones de su calle; el paisaje, lleno de niebla, refleja una triste y fría indecisión; el buque lanza un «apesadumbrado silbido» de aviso para zarpar. Eveline es incapaz de escuchar a Franck, sabe que él le habla pero no entiende sus palabras. Presa del pánico, comienza su parálisis, mientras ruega a Dios que le muestre el camino que debe seguir. La religión aparece así como un recurso desesperado a la hora de pedir ayuda, muy presente en la tradición católica. Una náusea de angustia lleva a Eveline a pensar en Franck como alguien a quien ha hecho una promesa, alguien a quien debe algo (como a su madre, su padre, etc.): «¿Podía echarse atrás después de lo que había hecho por ella?». Esto nos demuestra una vez más la dependencia de la chica con respecto a los demás. Ni siquiera se plantea, en ningún momento, qué es lo que a ella realmente le apetece hacer: todos los argumentos provienen del exterior, del temor a los otros. Cuando leemos que el rostro de Eveline está blanco, desvalido, *pasivo*, comprendemos que la chica se ha quedado totalmente paralizada, se ha vuelto autómatas, inconsciente. Es aquí, pues, donde Joyce desvela la parálisis, uno de los elementos clave en la estructura y el significado de *Dublinenses*: la muerte metafórica, la incapacidad de reacción o protesta del ser humano ante algo que le sobrepasa, a lo que tiene miedo.

«Todos los mares del mundo se agitaron en su corazón»; «él la iba a ahogar»; es decir, él la iba a engañar, a abandonar en Liverpool como hacían los marineros con las muchachas dublinesas que aceptaban escapar con ellos, llenas de promesas, y que luego acababan convertidas en prostitutas. Franck no es tan franco como dice su nombre: ¿Por qué, si no, casarse con ella en Buenos Aires y no

en Dublín? Eveline acaba vislumbrando que sus esperanzas de una vida mejor con Franck son ilusorias: tampoco él va a ser leal. En realidad, nadie ha sido nunca leal con ella, por lo tanto, tampoco sabe serlo con ella misma. Sus emociones, aunque inarticuladas, y los significativos silencios narrativos del relato, que sólo nos permiten intuir conjeturar, pero nunca asegurar nada, muestran finalmente una claustrofobia característica de todo el libro, la enorme dificultad de escapar a una vida determinada por condiciones ajenas a nuestro yo. La disgregación de la familia a partir de la muerte de la madre (como ocurrió en la familia del propio Joyce), la bebida como refugio, el sometimiento a Irlanda, la reducción de la protagonista a un «animal desahuciado»,¹³ son características que se repiten en los relatos, que describen a los personajes y los unen. Eveline es, en este sentido, una perfecta representante de *Dublineses*.

«LA CASA DE HUÉSPEDES»

«La casa de huéspedes» es el séptimo relato de *Dublineses*, escrito en julio de 1905 y publicado junto al resto, ya en 1914. La historia describe a Mrs. Mooney, que tras separarse de su marido, un bebedor y gastador empedernido, regenta una casa de huéspedes en el noreste de Dublín. Sus inquilinos son fundamentalmente artistas pobres y bohemios, y oficinistas. La hija de Mrs. Mooney, Polly, se divierte flirteando con los jóvenes de la casa. Su madre no la reprende por ello, y parece que tiene a su hija como una parte más del negocio. Sin embargo, llega un momento en que se da cuenta de que la relación de Polly con Mr. Doran, uno de sus inquilinos, es más seria, y parece que Polly está embarazada de él. Mrs. Mooney determina que deben casarse, como si lo hubiera planeado desde el principio. Mr. Doran acaba aceptando y pide a Polly en matrimonio.

La narración, llena de vacilaciones y silencios, presenta unos personajes y actitudes claramente simbólicos de la situación que Joyce se propuso reflejar de su país. Mrs. Mooney, una madre exigente y disciplinaria, recuerda claramente a la *Madame* de un burdel. De hecho, todos sus clientes la llaman así, lo cual nos da una impresión exacta del dudoso ambiente que se vive en la casa. Es una mujer con un pasado muy duro, una representación de Irlanda como mujer maltratada, pues el texto nos relata cómo una noche Mr. Money «persiguió a su mujer con el hacha de cortar carne y ella hubo de dormir en casa de un vecino». Mr. Mooney, una vez separado, se hace recaudador de impuestos (trabajo que desempeñó también el padre de James Joyce). Así, pues, Mrs. Mooney aparece desde el principio como una mujer fuerte, decidida, que sabe siempre cómo conducirse y cómo sacar provecho de una situación. En cambio, el personaje de Polly, su hija, se presenta de forma más ambigua y borrosa. La vemos por primera vez, a sus diecinueve años, cantando ante los huéspedes una canción picante y poniendo cara de *Madonna* perversa al levantar la mirada hacia arriba.

El personaje que cierra el triángulo es Mr. Doran, el oficinista que mantiene una relación con Polly. En gaélico, el apellido significa «exilio» o «extraño»,¹⁴ lo cual demuestra una vez más que en la obra de Joyce cada detalle tiene un significado más allá de las apariencias. En efecto, Mr. Doran se siente totalmente exiliado, abandonado, extraño a la casa y a esa mujer con la que se acuesta porque ella no paraba de insinuarle. El narrador, que va pasando de la conciencia de la madre a la de la hija y la de Mr. Doran según le convenga, nos muestra a éste último como un hombre conformista, preocupado únicamente por el efecto que sus decisiones pueden causar en los demás, por el respeto que debe procurarse siguiendo el buen camino, es decir, el camino marcado por las convenciones sociales (familia, jefe, religión). En todo esto piensa mientras espera su entrevista con Mrs. Mooney sobre el futuro de la pareja. En esos momentos, «las gafas se empañaban por la humedad cada dos o tres minutos», lo que nos da una idea de la asfixia, la claustrofobia que se respira en el relato.

La religión como «conductora de conciencias» aparece de forma muy clara en este relato, asociada sobre todo al sentido del honor, que dicta que un pecado como el cometido por los protagonistas merece una reparación. Así lo cree Mr. Doran, que ha confesado al sacerdote su relación con Polly. Por otra parte, las habladorías (en la pensión todos lo saben, y fuera de ella empiezan a saberlo) harán que el joven pierda su empleo si no se decide a reparar «el mal que ya estaba hecho». La voz de Mr. Leonard, su jefe, aparece amenazante en el texto: «Que venga Mr. Doran, por favor». Así las cosas, a Mr. Doran sólo le quedan dos opciones: casarse o huir.

¹³ Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 434.

¹⁴ Joyce, *op.cit.*, p. 26.

Es entonces cuando, a través de la conciencia de este hombre, aparece una significativa reflexión sobre el matrimonio en tanto que unión de dos personas a ojos de la sociedad. Para la familia de Mr. Doran, esta unión será un motivo de disgusto, puesto que Polly pertenece a una clase social inferior a la suya. También los amigos rechazarán el matrimonio, porque «ella era un poco vulgar» y no pronunciaba correctamente algunas palabras. Pero en ningún momento Mr. Doran es capaz de discernir su propia voluntad, sus propios sentimientos: «Le resultaba imposible decidir si la quería o la despreciaba por lo que había hecho». Sin embargo, estaba su instinto, que «le urgía a no casarse». Es decir, en el fondo, sin expresarlo conscientemente, Mr. Doran sabe que su matrimonio con Polly será un fracaso porque no está enamorado de ella. De hecho, la pareja aparece unos años más tarde en *Ulises*, en el episodio «El Cíclope», donde él se ha dado a la bebida y su relación con Polly se ha transformado en un infierno.

La reflexión de Mr. Doran en su habitación, esperando a que Mrs. Mooney lo llame para hablar con él, termina con la aparición y el aviso de la criada, que inaugura un clima de inquietud, e incluso de terror (varios rostros se le aparecen, se encuentra en la escalera con Jack Mooney, el hermano de Polly, y recuerda sus amenazas hacia todo el que se atreviera a «jugar con ella»). Las anticipaciones, la violenta vertiginosidad de la narración nos inclinan a la convicción de que Mr. Doran, demasiado asustado por la familia Mooney y demasiado preocupado por parecer una persona respetable, acabará cediendo sin trabas a la imposición del matrimonio.

En el breve momento que comparten Mr. Doran y Polly antes del desenlace, ambos se encuentran «sentados al borde de la cama», detalle en consonancia con el miedo, la inseguridad que sienten ambos frente al mundo, la incapacidad para tomar decisiones propias. Al final del relato, vemos a Polly desde fuera (el narrador no entra apenas en su conciencia, pretextando un «ensueño»). En su espera plácida, va recordando «sin inquietud alguna», hasta que desaparece de su memoria la razón por la que está esperando. Polly se queda en blanco, entra en un estado de parálisis pasiva para simplemente aguardar lo que los otros han decidido sobre su futuro.

La conversación entre Mrs. Mooney y Mr. Doran no se facilita al lector, pero queda claro que el resultado es la aceptación del matrimonio por parte de éste. Los silencios, pues, son esenciales en la lectura: el silencio de lo que no se dice, sino que se adivina.

«La casa de huéspedes», que José María Valverde ha calificado como «el más típico de *Dublineses*» porque en él se plasma «la ahogadora evidencia de lo corriente y lo previsible»,¹⁵ retrata perfectamente la *simonía* que Joyce quiso considerar como imprescindible en su retrato moral de los dublineses. La simonía, deseo de adquirir privilegios espirituales (el honor, el respeto) por medio de dinero, hace que muchos dublineses se vendan; en «La casa de huéspedes», el mundo del comercio empapa la historia: la madre vende a su hija, Mr. Doran la compra para mantener su respetabilidad. De hecho, este relato, junto a «Contrapartidas», dejó a Joyce «extrañamente satisfecho», porque esperaba que «un peculiar olor a corrupción flotara sobre las narraciones».¹⁶ También hay que destacar la figura de Mrs. Mooney como una madre que no cumple su papel, una madre intimidatoria y dominante que Joyce nunca había podido soportar y que también criticó duramente en «Una madre».¹⁷

Vemos, pues, que «La casa de huéspedes» es un relato importante dentro de *Dublineses* por la cantidad de elementos presentes que Joyce consideró como las bases de la obra y los objetivos que perseguía al escribirla, elementos que aparecen agrupados aquí de forma magistral.

EVELINE Y POLLY: ADOLESCENTES DUBLINESAS

Siguiendo la división clásica del tiempo, para Joyce la adolescencia (*adolescentia* romana) abarcaba el período de los diecisiete a los treinta años de edad de una persona. Hemos visto que tanto Eveline como Polly tienen diecinueve años. Ambas se encuentran en un período muy importante de su vida: a esa edad, una muchacha irlandesa de la época ya no era una niña, es decir, podía empezar a encauzar su vida. Ambas lo saben, lo sienten, pero se encuentran incapaces de empezar a decidir por sí mismas. Todavía dependen de las figuras paternas: Eveline, de su padre, puesto que su madre murió; Polly, de

¹⁵ Valverde José M^a, *El autor y su obra. James Joyce* (Ed. Barcanova, 1982), p. 87.

¹⁶ Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 312.

¹⁷ Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 321.

su madre, porque no se le permite ver a su padre. Para Joyce, la madre es una figura de gran trascendencia en la familia, el elemento de unión pacífica. Él mismo dependió en gran medida de su madre hasta que ella murió, lo que produjo en el escritor un gran sentimiento de culpa. De hecho, en *Dublinenses*, las mujeres interpretan, bien o mal (en este caso, como Mrs. Mooney en «La casa de huéspedes» o Mrs. Kearney en «Una madre»), el papel de madres. Los hombres, por el contrario, aparecen en su mayoría como bebedores:¹⁸ beben para escapar a la mediocridad y los problemas, casi siempre son borrachos egoístas y malos padres. Los de Eveline y Polly se ajustan perfectamente a este retrato, y Mr. Doran lo hará en cuanto se case con Polly. Hombres que al beber se vuelven violentos, inspiran miedo e inseguridad, como el padre del propio Joyce. Cuando los hombres no resisten, las mujeres son capaces de hacerlo, por eso son vistas en la obra con piedad y respeto. Porque, ¿qué podía hacer Mrs. Mooney cuando su marido empezó a beber y a perseguirla con el cuchillo de cortar carne? Sólo volverse fuerte como una roca, endurecerse y dejar a un lado los sentimientos, desconfiar y adelantarse a la gente para evitar más daño. Joyce, en cierto modo, dulcifica y justifica así el personaje de la madre dominante.

Así, pues, las adolescentes deben aprender a ser fuertes y forjar su propio camino, pero reciben muy poca ayuda para ello. Tanto Eveline como Polly, como la mayoría de los dublineses de la obra pertenecen a la clase media-baja, por lo tanto, su acceso a la educación y la cultura es escaso. Ambas han dejado ya los estudios (cosa perfectamente normal en aquella época) y trabajan para ayudar económicamente a la familia. Pero sus respectivos trabajos de dependienta en unos almacenes y ayudante en la pensión regentada por su madre tampoco les van a permitir independizarse económicamente, y poder seguir el camino que sólo ellas decidan (eso, en la época, era impensable). ¿Cuál es la única salida? El matrimonio, que se convierte así en vía de escape y solución-trampa. Eveline y Polly son personajes incompletos, buscan algo que les permita realizarse y completarse: un marido (así se construye el *gnomon*, paralelogramo al que Joyce se refiere en «Dos hermanas» para explicar esta búsqueda del trozo que falta por parte de los personajes de *Dublinenses*).

El deseo de escapar está presente en las mentes de estos dublineses, escapar a la asfixia y la claustrofobia de la ciudad, liberarse de las leyes escritas y no escritas que rigen estrictamente el comportamiento de la ciudad. Eveline y Polly desean escapar de sus vidas anodinas y frustrantes mediante el matrimonio: ambas piensan que así llegarán tiempos más felices. Pero, como vemos en otros relatos de *Dublinenses* y en *Ulysses* al referirse a Polly y Mr. Doran, el matrimonio mantiene la dependencia y la negación de la felicidad. Así lo creía Joyce firmemente, pues al conocer a la que sería su compañera de toda la vida, Nora Barnacle, le dejó muy claro que nunca se casaría con ella, y sólo después de muchos años aceptó casarse para evitar problemas legales con los derechos de autor heredados por sus hijos.

El matrimonio está ligado al sexo, que es un tema recurrente en la obra de Joyce. Mr. Doran empieza a fijarse en Polly por un mero deseo sexual, igual que Franck quiere escapar con Eveline sólo para tener una relación sexual con ella y luego abandonarla. Pero vemos que el sexo mediante la amenaza religiosa sólo conduce a la impotencia, la represión, la muerte simbólica de los personajes. El pensamiento católico y sus prohibiciones, pecados y tabúes están permanentemente presentes en las mentes de los personajes. La religión constituye un modo de integración social, de aceptación en la comunidad; por ello, más que una verdadera creencia, actúa como un conjunto de formas de apariencia. Eveline rechaza fugarse con Franck porque eso la va a llevar al pecado; toda la comunidad, incluida su familia, la va a rechazar para siempre por ese motivo. Polly y Mr. Doran saben que la única manera de reparar «el mal» que han hecho es casarse, que la Iglesia bendiga su unión, así estarán bien vistos por todos y merecerán su respeto. Como vemos, la religión es en *Dublinenses* un elemento más de constricción espiritual. Los personajes están tan oprimidos que son contemplados no como un «yo», sino como un «él» o «ella» que parecen vivir a distancia de sí mismos, incapaces de hacerse cargo de su propia personalidad, sus deseos y anhelos para poder realizarlos.¹⁹ Cuando se trata de tomar una decisión, de distinguir y afirmar el «yo», aparece la parálisis. Eveline se queda presa del pánico en el muelle, y Polly calla para dejar que su madre hable por ella. Así llega la muerte metafórica a la que hemos aludido anteriormente: las dos adolescentes mueren poco a poco, al final del relato ya sabemos

¹⁸ Ellmann Richard, *James Joyce* (Anagrama, 1991), p. 56.

¹⁹ Joyce James, *Dubliners* (Penguin Books, 2000), editado por Ronald Carter, p. X.

que están condenadas, paralizadas por la falta de oportunidades, la imposibilidad de convertirse en sí mismas, y la desilusión al constatar que no pueden escapar. Por tanto, «Eveline» y «La casa de huéspedes» son dos relatos perfectamente representativos de las intenciones y obsesiones de Joyce cuando se propuso trazar una obra sin concesiones y sin moralizaciones sobre su país, con el objeto de que sus compatriotas se liberaran de sus constricciones y pudieran abrirse camino sin tener que recurrir al exilio voluntario, como tuvo que hacer el autor. Las dos mujeres adolescentes son un elemento especialmente frágil y maltratado en el país, en ese ambiente dublinés que hemos intentado detallar en el trabajo.

CONCLUSIÓN

De James Joyce se ha dicho que fue el principal introductor de la modernidad en la literatura inglesa (o, mejor dicho, escrita en inglés). Hemos visto cómo *Dublineses* alterna rasgos naturalistas y simbolistas, creando así una nueva concepción del relato y, en general, de la obra literaria. Los lectores contemporáneos de Joyce no acababan de entender por qué en aquellos cuentos no pasaba nada, y, además, no se condenaba a los personajes que actuaban contra las reglas sociales vigentes. *Dublineses* es una obra naturalista en el sentido en que sus personajes sí están condenados por la herencia y el entorno: Eveline y Polly, las adolescentes que hemos analizado con más detenimiento en este trabajo, son inmaduras e indecisas porque la sociedad en que viven las ha enseñado a ello, no les ha dado más oportunidades. Son personajes representativos de las adolescentes dublinesas, es decir, equiparables a las chicas de carne y hueso (en este aspecto, el naturalismo de Joyce se ciñe fielmente a la realidad objetiva). El simbolismo de la obra, como hemos visto, reside en los hechos nimios que se manifiestan como reveladores (el polvo de la casa de Eveline, la canción que canta Polly...) y tienen un significado más allá de las apariencias. Las novedosas técnicas narrativas consistentes en mostrar la conciencia de los personajes alternativamente, empieza a asomar en *Dublineses* y alcanzará su perfección en obras posteriores del autor (que Joyce, en realidad, contemplaba como una obra única, dinámica y en continuo desarrollo: la llamada *Work in progress*). Así, a través de la vulgaridad y a veces crueldad de los relatos (crueldad, simplemente porque el autor no se digna a ahorrar detalles desagradables al lector, si considera que éstos deben formar parte de la estructura del relato), podemos decir que Joyce cumple el objetivo de querer zarandear a los dublineses para que aprendan a pensar por sí mismos.

Pero, como en toda obra maestra, lo local trasciende hasta lo universal, y en realidad cualquiera que no sea ni dublinés ni irlandés, puede sentirse identificado –a pesar de que la técnica de Joyce dificulta el proceso natural de identificación del lector con el héroe– con los personajes de *Dublineses* que van y vienen y siempre dejan su rastro. El deseo de escapar, la falta de cariño, la cobardía, la corrupción... ¿Queremos pasarnos la vida al lado de la persona que tenemos al lado y con la que se supone que nos hemos de casar? Son cuestiones que se han planteado en «Eveline» y «La casa de huéspedes» y que se presentan como universales y a la vez modernas, vigentes aún en cualquier comunidad con conciencia de ello.

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Ellmann, Richard, *Cuatro Dublineses: Oscar Wilde, W.B. Yeats, James Joyce y Samuel Beckett*, Ed. Tusquets, 1990.
—, *James Joyce*, Ed. Anagrama, 1991.
Joyce, James, *Dubliners*, Penguin Books, 2000.
—, *Dublineses*, Ed. Cátedra, 1993.
Pascual, Arturo Marcelo, *El lector de James Joyce*, Ed. Océano, 2001.
Startup, Franck, *James Joyce: Guía para jóvenes*, Ed. Lóquez, 2001.
Valverde, José M^a, *El autor y su obra*, Ed. Barcanova, 1982.
Villalba, Estefanía, *Claves para interpretar la literatura inglesa*, Ed. Alianza, 1999.

© Blanca Gago Domínguez

La autora:

Blanca Gago Domínguez (Barcelona, 1976). Filóloga, traductora, profesora y lectora en editoriales (depende de la época). Ha publicado artículos en algunas revistas de la red como *Espacioluke* o *Literaturas*. Página personal "Palabra Blanca": <http://www.palabrablanca.com>

HACIA UNA REVISIÓN CRÍTICA DE LA RECEPCIÓN DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, DESDE EL SIGLO DIECISIETE HASTA LA ACTUALIDAD

por Verónica Grossi

En su época y hasta recientemente, Sor Juana Inés de la Cruz era considerada una *avis rara*, un ser anómalo, exótico y hasta monstruoso. Ante todo una mujer que sacrificó sus virtudes femeninas, su natural inclinación al matrimonio, a la maternidad, a la abnegación, a la domesticidad y a la obediencia, para desarrollar un proyecto literario e intelectual excepcional que le otorgó celebridad internacional como Fénix Americana y Décima Musa.¹

La crítica patriarcal ha leído su variada producción literaria como una biografía, como calco transparente de un cuerpo perecedero, frágil, violentado por el excesivo ejercicio del intelecto y condenado ineluctablemente al sacrificio y a la derrota. Esta visión reductora ha pervivido hasta nuestros días, a pesar de la riqueza estilística y semántica de sus textos y de diferentes hallazgos documentales como la *Carta de Monterrey* (1682), la *Carta de Serafina de Cristo* (1 de febrero de 1691), los *Enigmas ofrecidos a la Casa del Placer* (1695), y el inventario de su celda que comprueban que la monja novohispana escribió, leyó y conversó con lucidos ingenios desde el recinto conventual.² La creación literaria, que puede prescindir de la grafía material, según explica Alfonso Reyes, se manifiesta o adquiere primero su ser como ideación mental. Desde su encierro, Sor Juana viaja, compone y conoce con los pinceles abstractos de la fantasía. No hay limitaciones externas que puedan coartar esta inquebrantable vocación artística e intelectual.

La visibilidad pública y reconocimiento que alcanzó Sor Juana en sus días redundaron en «etiquetas de Fénix» (*OC I* 147, v167), deformadoras de su persona. En un romance al «Caballero recién llegado a Nueva España» (143-48), la voz poética vuelve explícita la otra cara de la vocinglera fama que llegó a tener la monja en España y en América: su cosificación en mercancía exótica que se exhibe y se explota.

En otro romance, con el epígrafe «En reconocimiento de las inimitables Plumas de la Europa» (158-61), la voz femenina ironiza los «panegíricos» (161, v. 94), «encomios» (v. 100) y «elogios mal empleados» (160, v. 68) de los «Ingenios» (v. 47) del mundo que proyectan una imagen prefabricada, un falso simulacro sobre su figura y su obra. La celebración de su talento extraordinario es una estrategia convalidadora de las estructuras patriarcales de poder que buscan subordinar el pensamiento y la agencia política de la mujer. La rareza y anormalidad de su condición femenina, propensa *contra natura* al ejercicio del intelecto, es entonces objeto de maravilla y de admiración. La perfección y pluralidad de su obra quedan así relegadas a segundo plano:

*Vosotros me concebisteis
a vuestro modo, y no extraño
lo grande: que esos conceptos
por fuerza han de ser milagros.
La imagen de vuestra idea*

¹ El proceso de mitificación de Sor Juana, el énfasis que han puesto sus lectores y comentaristas en su naturaleza extraordinaria y su consecuente fijación en icono de la anomalía, ha sido ya ampliamente teorizado por críticas como Marie Cécilie Bénassy-Berling, Margo Glantz, Stephanie Merrim, Amanda Powell y Rosa Perelmutter.

² Sobre hallazgos relacionados con Sor Juana, véanse Alatorre, Alatorre y Tenorio, Schmidhuber, Tapia Méndez y Trabulse.

*es la que habéis alabado;
y siendo vuestra, es bien digna
de vuestros mismos aplausos.
Celebrad ese, de vuestra
propia aprehensión, simulacro,
para que en vosotros mismos
se vuelva a quedar el lauro.
Si no es que el sexo ha podido
o ha querido hacer, por raro,
que el lugar de lo perfecto
obtenga lo extraordinario; (161, vv. 109-124)*

La abierta afirmación de la diferencia y distancia de la voz poética del poema frente a este icono uniformador, creado por las plumas de su tiempo, tiene también relevancia para quien hoy día lee sus obras. Todavía hoy se siguen proyectando imágenes simplificadoras sobre la inagotable diversidad de sus escritos:

*No soy yo la que pensáis,
sino es que allá me habéis dado
otro sér (sic) en vuestras plumas
y otro aliento en vuestros labios,
y diversa de mí misma
entre vuestras plumas ando,
no como soy, sino como
quisisteis imaginarlo. (OC I 159, vv. 13-20)*

Un breve recorrido por las diferentes corrientes de recepción de la obra de Sor Juana nos permite apreciar el creciente interés crítico y artístico por esta insigne poeta y pensadora, lo cual ha abierto nuevos espacios para la profundización del conocimiento de su obra y de su mundo así como para la institucionalización de su figura en icono cultural.

Después de haber gozado del interés y de la admiración de un amplio público a lo largo del siglo XVII, las obras de Sor Juana caen en el olvido. Durante gran parte de los dos siglos posteriores a su muerte, la caricaturización peyorativa de sus escritos, como muestra Perelmutter en *límites*, está basada en el desconocimiento de sus textos. La visión negativa de la monja mexicana es producto de la aversión generalizada hacia el barroco que predomina en estos siglos, un legado iluminista. En México, además, historiadores liberales decimonónicos conciben el periodo colonial como una etapa oscurantista de la historia nacional en la que el país se rezaga ante los avances de la modernidad y se anquilosa a causa de la hegemonía de la Iglesia Católica. De esta manera, en pluma de escritores mexicanos como José María Vigil, Ignacio Ramírez, El Nigromante e Ignacio Altamirano, Sor Juana pasa a ser una doble aberración como monja colonial y escritora barroca. En una carta dirigida a una poeta (1871), Altamirano dice sobre Sor Juana: «No seré yo quien recomiende a Ud., a nuestra Sor Juana Inés de la Cruz, nuestra Décima Musa, a quien es necesario dejar quietecita en el fondo de su sepulcro y entre el pergamino de sus libros» (citado por Méndez Plancarte, *Sueño xvii*). No es sino hasta 1873 que se publica un volumen de las *Obras Selectas de la célebre Monja de México* (Quito: Imprenta Nacional), recopiladas por el escritor ecuatoriano Juan León Mera, «señal del creciente interés en el conocimiento de la obra de la "Monja de México"» (Perelmutter 101). Durante el último cuarto del siglo XIX, aumentan las antologías y ediciones modernas de los textos sorjuaninos (124).

Según Paz, Amado Nervo enciende la «chispa del reconocimiento» de Sor Juana en México con su libro *Juana de Asbaje* (1910) (*trampas* 11). Entre 1910 y 1930 se desentieran y fijan textos (11). A partir de la revaloración de la poesía de Luis de Góngora que promueve la generación del veintisiete, renace también un interés por restituir el valor literario e histórico de la obra de Sor Juana. De los años veinte a los cincuenta, poetas, académicos y pensadores se avocan a la profundización del estudio

de sus textos: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Dorothy Schons, Ermilo Abreu Gómez, los poetas de Contemporáneos como José Cuesta, Xavier Villaurrutia y José Gorostiza, Ezequiel A. Chávez, Eunice Joiner Gates, Enrique Díez-Canedo, Karl Vossler, Ludwig Pfandl, Clara Campoamor, Gabriela Mistral, Manuel Toussaint, Francisco López Cámara, Anita Arroyo, Dorothy Clotelle Clark, Alicia Sarre, Jesús Reyes Ruiz, Julio Jiménez Rueda, Francisco de la Maza, Irving Leonard y Robert Ricard.³

Entre todo este grupo, destaca la labor monumental de Alfonso Méndez Plancarte, cuya edición crítica de las *Obras completas* de Sor Juana con prólogos y notas, salida a la luz entre 1951 y 1957, con motivo de la celebración del tercer centenario del nacimiento de Sor Juana, todavía no ha sido superada.⁴ La edición comentada de Méndez Plancarte establece una sólida base para el despeje de indagaciones iluminadoras sobre diferentes aspectos de la obra de Sor Juana.

Otra pléyade de estudiosos surge en los setenta: Giuseppe Bellini, José Gaos, Sergio Fernández, Luigi Fiorentino, Gerard Cox Flynn, Jaime Labastida, María E. Pérez, Ramón Xirau y Francisco M. Zertuche. Más recientemente, críticos como Antonio Alatorre, Marie Cécile Bénassy-Berling, Mauricio Beuchot, Dolores Bravo Arriaga, Giuseppe Bellini, Jean Franco, Margo Glantz, José Pascual Buxó, Octavio Paz, Rosa Perelmuter, Dario Puccini, Georgina Sabat de Rivers, Guillermo Schmidhuber y Elías Trabulse, emprenden la tarea de ilustrar, ante un amplio público, la complejidad retórica, simbólica e ideológica del corpus sorjuanino desde una rica variedad de acercamientos historicistas, filológicos, feministas, textuales, semióticos, filosóficos y culturales.

Las interpretaciones feministas de la obra de Sor Juana que inaugura la profesora norteamericana Dorothy Schons y que Georgina Sabat de Rivers ha encabezado con una vasta obra crítica fundamentada en su erudición así como en un cuidadoso trabajo textual y de archivo, constituyen la fuente de los nuevos campos de investigación sobre la monja que buscan situar su vida y su obra, su agencia femenina, en un contexto cultural específico. El corpus crítico de Sabat de Rivers sienta la base para la realización de otros estudios señeros sobre la obra de Sor Juana como los de Electa Arenal, Emilie Bergmann, Jorge Checa, Linda Egan, Susana Hernández Araico, Frederick Luciani, Alessandra Luiselli, Yolanda Martínez-San Miguel, Stephanie Merrim, Mabel Moraña, Sara Poot Herrera y Nina M. Scott.

La restitución histórica y cultural de Sor Juana se apoya en gran medida en las valiosas contribuciones que críticos latinoamericanos, norteamericanos y europeos han hecho al campo de los estudios de monjas y mujeres de la temprana modernidad. Las investigaciones fundacionales de Josefina Muriel y Asunción Lavrin se añan a trabajos seminales posteriores, como el libro *Untold Sisters* de Arenal y Schlau, que son fuente de consulta obligada para situar a Sor Juana en un entorno sociocultural, institucional e histórico preciso, compuesto de una comunidad de monjas y mujeres creadoras. Por oposición a las interpretaciones aisladas, descontextualizadas, que colocan a la monja novohispana en el vacío de la excepcionalidad, los estudios sorjuaninos basados en este campo de investigación interdisciplinario relacionan los tópicos retóricos y filosóficos de su obra con una tradición literaria, filosófica y cultural femenina.

La crítica feminista de la obra de Sor Juana busca responder a la pregunta clave que formuló Stephanie Merrim en el prefacio de su histórica colección de ensayos *Feminist Perspectives on Sor Juana Inés de la Cruz* (1991): «What did it mean for Sor Juana to be a woman writer and a woman writing?» (7). Siguiendo las huellas de Sabat de Rivers y de Schons, esta compilación de ensayos estudia «the personal and intellectual climate in which Sor Juana lived and wrote, as well as each of the genres in which she employed her literary talents» (7). Es decir, busca situar en un marco cultural definido y desde un punto de vista feminista o centrado en el signo de lo femenino, las aportaciones literarias de Sor Juana. Esto representa un alejamiento del interés puramente biográfico, aislado de todo contexto

³ Perelmuter dedica un capítulo de su libro a "Las pioneras de la crítica sorjuanina" (*límites* 137-46).

⁴ A la muerte del erudito jesuita, Alberto G. Salceda edita el cuarto y último volumen de las *Obras completas*.

retórico-cultural que tenía Sor Juana para la crítica tradicional patriarcal, como ya mencionamos anteriormente.

En su obra *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, un compendio enciclopédico de historia, biografía y crítica literaria, Octavio Paz sigue el modelo de Dorothy Schons al intentar colocar la vida y la obra de la monja en la sociedad novohispana de la segunda mitad del siglo XVII, con base en documentos, libros y crónicas de su tiempo (*trampas* 15; Sabat de Rivers, «Biografías» 931). Sin embargo, Paz no abandona el modelo psicoanalítico patriarcal del profesor alemán Ludwig Pfandl, quien describió a Sor Juana como una «neurótica, en la que predominan fuertes tendencias masculinas» y cuya «fijación de la imagen paterna» la lleva al «narcisismo» (13). Según este crítico mexicano, Sor Juana mata simbólicamente al padre y asume el rol masculino asociado al universo del conocimiento al que fue introducida a través de la biblioteca de su abuelo. La escritora vive una doble masculinización y feminización: toma el lugar de la madre y transfiere su instinto maternal y amoroso a la creación mental. Al igual que otros críticos, Paz interpreta la obra de la monja como reflejo biográfico de una búsqueda hacia el conocimiento que termina en derrota política e intelectual. Al final del capítulo titulado «La abjuración» escribe Paz: «La fe y las creencias de sor Juana fueron cómplices de su derrota. Regaló sus libros a su persecutor, castigó su cuerpo, humilló su inteligencia y renunció a su don más suyo: la palabra. El sacrificio en el altar de Cristo fue un acto de sumisión ante preladados soberbios. En sus convicciones religiosas encontró una justificación de su abjuración intelectual: los poderes que la destrozaron fueron los mismos que ella había servido y alabado» (608).

Seducido por el enigma de su cuerpo, Paz resalta la doble «singularidad» (15) de Sor Juana o su «excepción [. . .] insoportable» (556), ya sea «la de su vida y la de su obra» (15) o «la de su sexo y la de su superioridad intelectual» (556). A pesar de señalar que el interés biográfico por Sor Juana ha redundado en interpretaciones como las de Calleja y Pfandl que impregnan su objeto de estudio del discurso hagiográfico y psicoanalítico respectivamente, y en el que la misma obra literaria «se evapora» (12), Paz admite su «seducción» tanto intelectual como sensual por la monja y se pregunta: «¿por qué escogió, siendo joven y bonita, la vida monjil?; ¿cuál fue la verdadera índole de sus inclinaciones afectivas y eróticas?» (12-13). Por el contrario, las nuevas líneas de investigación sobre la monja novohispana, sustentadas en estudios historicistas y/o feministas como los de Arenal, Bénassy-Berling, Franco, Merrim, Perelmuter, Sabat de Rivers, Trabulse y otros más, se alejan de un acercamiento sexual o biográfico para relevar dentro de la pluralidad de sentidos que erigen los textos sorjuaninos la representación simbólico-alegórica del valor positivo de la intelección y creación femeninas. Para estos críticos, la obra de Sor Juana no escenifica la renuncia, el fracaso, la capitulación ante el poder, el silenciamiento, la enfermedad y la muerte sino la afirmación del poder intelectual y político de la mujer; en particular, su derecho inalienable al conocimiento, a la interpretación y a la participación en la sociedad.

Estudios recientes sobre Sor Juana exponen las premisas ideológicas que cimientan los diferentes intentos de recuperación de su figura y de su obra. Enrique Mario Santí desarrolla un detallado análisis de los resortes políticos y retóricos implícitos en el estudio de Paz para concluir que las políticas de restitución constituyen el meollo de la recepción institucional de Sor Juana (102-03). Para el crítico cubano, esta práctica hermenéutica tiene un carácter suplementario que excede más que restaura un sentido original inexistente (la figura histórica de Sor Juana, el sentido definitivo, coherente de su escritura) (104). Santí concuerda con Schons y Sabat de Rivers al apuntar que las diferentes restituciones de Sor Juana se fundamentan en una serie de lagunas sobre nuestro conocimiento de su vida y de su tiempo (118).

Toda restitución está anclada en los supuestos ideológicos del sujeto de la interpretación. Por lo mismo, es imposible articular una visión completa y perentoria de Sor Juana como sujeto histórico así como del significado o significados de su obra (119). Sin embargo, lo que afirma Santí es aplicable a la obra (y vida) de todo escritor, incluso del presente. ¿Es posible reconstruir una vida o sentido concluyente a partir de marcas textuales temporales, de carácter irrevocablemente fragmentario? Es una pregunta que nace de cuestionamientos deconstruccionistas contemporáneos. Sin embargo, la

advertencia de Santí nos permite colocar en una perspectiva crítica las categorizaciones absolutistas y anacrónicas sobre Sor Juana, excesos interpretativos que las mismas voces de sus textos controvierten.

Las vicisitudes de Sor Juana mencionadas en la *Respuesta* y la biografía de la monja que incluye Calleja en su «Aprobación» de *Fama y obras póstumas* (1700) han sido y siguen siendo fuentes muy frecuentadas en la creación del icono popular de Sor Juana. En él, la figura autorial de Sor Juana, reconstruida a partir de fragmentos, desplaza la riqueza estilística y polisémica de su obra. El fuerte interés en el sujeto histórico es comprensible ya que la vida de la monja, aun cuando escasamente documentada, da cuerpo a una agencia femenina colonial que se sobrepone a los silencios, tachados y omisiones de la historia patriarcal. Sin embargo, es necesario volver explícita la base imaginaria, a la vez que ideológica, de estas reconstrucciones biográficas.

De gran relevancia para nuestra comprensión de Sor Juana y de su mundo es reconocer su excelencia como poeta. La monja novohispana alcanzó fama internacional y actuó en el terreno público de la cultura, reservado a los hombres, gracias al apoyo que recibió de otras mujeres, como la condesa de Paredes, y también por ser sagaz política, brillante intelectual y ante todo, por ser una gran poeta. Para Alatorre, «donde sor Juana compitió y triunfó fue en el vasto anfiteatro de la poesía *española*» («Avances» 660, énfasis en el original). También de la americana y del mundo. Prueba de la riqueza inagotable de su escritura es la energía con la que ha sido y sigue siendo actualizada. Sor Juana continúa viva, vigente para lectores y espectadores, a través de nuestras interpretaciones. De ahí los grandes beneficios que han brindado las variadas restituciones de su obra.

En el campo de la creación, la figura y obra de Sor Juana inspira la composición de un sinfín de obras literarias y artísticas: poemas, obras de teatro, novelas, telenovelas, performances, dibujos, pinturas, grabados y películas. Particularmente profuso ha sido el debate teórico y creador generado por críticas y artistas chicanas en torno a este sujeto histórico y a su obra polifacética. En este terreno, se hace de Sor Juana un icono fundacional de la cultura femenina y del feminismo chicanos. Por su condición marginal, identidad híbrida, afirmación como mujer intelectual además de las múltiples dimensiones sociales y políticas de su obra, Sor Juana es considerada una precursora (*foremother*) chicana y feminista. Para estas mujeres latinas la monja mexicana es modelo de actuación política, resistencia cultural y subversión de estructuras patriarcales e imperiales.

En este somero panorama de los estudios sorjuaninos aprovecho la oportunidad para recalcar la importancia de ampliar el diálogo entre los diferentes campos de investigación y creación sobre la vida y obra de la monja mexicana. El rescate de la figura de Sor Juana, su apropiación o restitución a través de diferentes lentes ideológicos, abre nuevos espacios para la invención de nuevas formas de arte y de pensamiento. Por otro lado, quedan por analizar las dinámicas interpretativas anacrónicas que redundan en una visión uniforme, sistemática de su obra, al subrayar, entre otras cosas, el carácter transgresor, contestatario de todos sus escritos, sin excepción, acorde con un populismo romántico, un (proto)nacionalismo liberal o revolucionario, una modernidad emancipatoria así como un multiculturalismo posmoderno. A partir de una perspectiva crítica de los supuestos que organizan las narraciones que forman parte de las diferentes estrategias de apropiación de Sor Juana desde su época a nuestros días podemos entablar un diálogo balanceado entre la obra y nuestra propia circunstancia.

* * *

OBRA CITADA:

Alatorre, Antonio, "Avances en el conocimiento de Sor Juana," *Conquista y contraconquista: la escritura del Nuevo Mundo, Actas del XXVIII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*, Eds, Julio Ortega y José Amor y Vázquez, Rafael Olea Franco, colaborador, Mexico/Providence, Rhode Island: El Colegio de México-Brown University, 1994, 659-667.

_____, edición y estudio, *Enigmas ofrecidos a la casa del placer*, México: El Colegio de México, 1995.

- ___ y Martha Lilia Tenorio, *Serafina y Sor Juana (con tres apéndices)*, México: El Colegio de México, 1998.
- Arenal, Electa y Stacey Schlau, *Untold Sisters, Hispanic Nuns in Their Own Works*, Translations by Amanda Powel, Albuquerque, NM: U of New Mexico P, 1989.
- Cruz, Sor Juana Inés de la, *Autodefensa espiritual, Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz escrita al Rev, P, Maestro Antonio Núñez de la Compañía de Jesús*, Ed, Aureliano Tapia Méndez, Monterrey, México: Impresora Monterrey, 1986.
- ___ *Enigmas ofrecidos a la casa del placer*, Ed, y estudio Antonio Alatorre, México: El Colegio de México, 1995.
- ___ *Fama y obras póstumas*, Ed, facsimilar de la de Madrid, 1700, a cargo de Gabriela Eguía-Lis Ponce, Intro, Antonio Alatorre, México: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- ___ *Obras completas*, Ed., prólogo y notas Alfonso Méndez Plancarte, Vols, 1-3, México: Fondo de Cultura Económica, 1988, 1994, 1994, 4 vols, 1988-94.
- ___ *Obras completas*, Ed., intro, y notas Alberto G, Salceda, Vol, 4, México: Fondo de Cultura Económica, 1994, 4 vols, 1988-94.
- ___ *El Sueño*, Edición, introducción, prosificación y notas de Alfonso Méndez Plancarte, México: UNAM, 1989.
- Méndez Plancarte, Alfonso, ed, *El Sueño de Sor Juana Inés de la Cruz*, México: UNAM, 1989.
- Merrim, Stephanie, *Feminist Perspectives on Sor Juana Inés de la Cruz*, Wayne State U P, 1991.
- Paz, Octavio, *Sor Juana Ines de la Cruz o las trampas de la fe*, México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Perelmuter, Rosa, *Los límites de la femineidad en Sor Juana Inés de la Cruz: Estrategias retóricas y recepción literaria*, Madrid-Frankfurt: Vervuert-Iberoamericana, Biblioteca Áurea Hispánica, 2004.
- Sabat de Rivers, Georgina, "Biografías: Sor Juana vista por Dorothy Schons y Octavio Paz," *Estudios de literatura hispanoamericana, Sor Juana Inés de la Cruz y otros poetas barrocos de la colonia*, Barcelona: Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992, 327-339.
- Santí, Enrico Mario, "Sor Juana, Octavio Paz and the Poetics of Restitution," *Indiana Journal of Hispanic Literatures* 1,2 (Spring 1993): 101-139.
- Schmidhuber de la Mora, Guillermo, "Hallazgo de dos obras perdidas de Sor Juana Inés de la Cruz: la comedia *La segunda Celestina* y una *Protesta de Fé*," *Mairena* 16,39 (1995): 105-116.
- ___ "Hallazgo y significación de un texto en prosa perteneciente a los últimos años de sor Juana Inés de la Cruz," *Hispania* 76 (1993): 189-196.
- ___ "Las obras perdidas de Sor Juana Inés de la Cruz y dos hallazgos," *Memorias del Congreso Internacional*, Coord, Beatriz López Portillo, México: Universidad del Claustro de Sor Juana-UNESCO-Fondo de Cultura Económica, 1998, 410-417.
- Tapia Méndez, Aureliano, *Autodefensa espiritual, Carta de la Madre Juana Inés de la Cruz escrita al Rev, P, Maestro Antonio Núñez de la Compañía de Jesús*, Monterrey, México: Impresora Monterrey, 1986.
- Trabulse, Elías, *Los años finales de Sor Juana: Una interpretación (1688-1695)*, México: CONDUMEX, 1995.
- ___ Introduction & paleographic transcription, *Carta a Seraphina de Christo, 1691*, Los Angeles: Ed, Aldan, 1997.
- ___ Introducción y transcripción paleográfica, *Carta de Serafina de Cristo, 1691*, Edición facsimilar, Toluca: Biblioteca Sor Juana Inés de la Cruz, 1996.

© Verónica Grossi

La autora:

Verónica Grossi. Profesora Asociada, Universidad de Carolina del Norte, sede Greensboro.

CORTAZAR EN EL CINE

por Óscar Pita-Grandi

Los fuertes vínculos entre Cine y Literatura (que directores como Peter Greenaway, «The Pillow Book» 1996, quisieran ver desvanecidos) guardan su origen, su romántica relación, en el teatro; desde el clásico, pasando por los hilarantes musicales de los años veinte y la *belle époque* hasta el moderno, en que muchos actores luego famosos en el ecran, fueron apreciados antes en las tablas europeas y norteamericanas. Mas resulta algo bastante distinto actuar para teatro que para cine, aun para televisión. Lo mismo podríamos afirmar respecto de la dirección de actores y ni qué decir de la producción. No obstante, las ficciones literarias, novelas o relatos, parecen que han atraído desde siempre a un grupo de directores y productores cinematográficos. Tal es el caso de Stanley Kubrick («Lolita», de Nabokov) y Alfred Hitchcock («Psicosis», de Robert Bloch), o algunos directores del Neorealismo Italiano: De Sica, Monicelli, Fellini y Visconti, reunidos en 1962 en el film colectivo «Boccaccio 70», basado en cuatro historias del escritor italiano Giovanni Boccaccio (1313 – 1375), con un guión escrito por Italo Calvino para tres horas y media de proyección entre los cuatro medimetrajes. O en territorios de la Nouvelle Vague el hermoso film de Alain Resnais «Hiroshima mon amour», que bien podría recibir el sello de «cine de poesía» (en referencia a la polémica entre Pasolini y Rohmer al respecto), una adaptación bastante fiel a la famosa novela de Marguerite Duras del mismo título. O acaso venir un poco más al presente nuestro y citar la premiada «Intimidad» en 2002, de Patrice Chéreau, inspirada en el libro de Kureishi, por nombrar algunos de mis favoritos. Y no podría hacer a un lado a un escritor particular, un director que «escribía con la luz», Igmarr Bergman, cuyo cine respiraba de la comunión del Cine-Literatura-Fotografía. La lista es extensa y no es mi intención atosigar este breve espacio de nombres y referencias, mas sólo citar algunas para aproximarnos al mismo fenómeno, aunque ligado de alguna manera a nuestra Latinoamérica, donde la lista tampoco es breve, y de ella, enfocar a un fabuloso escritor argentino: Julio Cortazar.

Desde los años sesenta la literatura de Cortázar ha sido adaptada al cine. De toda ella, la mayor parte («La Cifra Impar», «Circe», «Intimidad de los Parques») fue levada al ecran por Manuel Antín (El Chaco, 1926) con una apasionada intervención de ambos en la preparación de dichas versiones, según consta en la correspondencia publicada en «Cartas» del autor en 2000. Sin embargo, la película cortazariana más famosa: por la relevancia del director, por la distribución internacional y por los premios recibidos es «Blow Up» de Michelangelo Antonioni en 1963 (curiosamente el mismo año en que «Rayuela» invadía el Mundo), al punto que luego se publicaron ediciones de bolsillo en las que el cuento original, «Las Babas del Diablo», aparece con el nombre del film. No obstante los galardones, Cortazar no se reconocía en «Blow Up» ni tampoco reconocía su relato, sino en uno que otro travelling en el bosque, en que lo filmado se aproximaba a lo que él había sentido escribiéndolo. De otra parte, la poética de Antonioni no era compartida por Cortázar, quien hubiera preferido que fuera Buñuel quien llevase alguna de sus historias a la pantalla, pues le parecía «un monstruo» en el mundo del cine, y esto no es raro en Cortázar, pues admiraba lo que era el surrealismo; aunque más simpatizaba con el de sus precursores (Alfred Jarry o Lautréamont), y no tanto con el pontificado por Breton o Paul Éluard. Pero más que nada se sentía profundamente identificado con los trabajos de Artaud y Dunchamp, y en pintura, el experimental Balthus fue uno de sus primeros predilectos: por el camino que decía el pintor se había inventado. Volviendo al cine, de hecho hubo un proyecto que contemplaba a Buñuel como director de un film basado en una historia o en un grupo de historias de Cortázar reunidas en una sola (me parece que se trataba de una versión de «Las Ménades»), para lo cual se entrevistaron un par de veces; mas por diversos factores ajenos al arte, no pudieron concretar

nada. Lo lamentable es que gran parte de dichas producciones yacen empolvadas en gavetas o anaqueles lejos del alcance de los cinéfilos u olvidadas aun por los cineclubes (aquí me limito a los peruanos).

Como sabemos, Julio Cortázar (1914 – 1984) a pesar de su trascendental novela «Rayuela» aparecida en 1963, es considerado más cuentista que novelista. Y quizás por ello prefirieron sus relatos para llevarlos al cine; es decir: por el formato del cuento, por sus estructuras, por la exquisitez de sus relatos y porque siempre en ellos, como lo dijo Vargas Llosa en el prólogo a sus «Cuentos Completos», *juega el autor, juega el narrador, juegan los personajes y juega el lector*, a lo que yo le agregaría «juega el director», aunque no siempre el espectador. Y también quizás por ello es que no consigo imaginar una honrosa adaptación de «Rayuela». Comparto la idea que *no es posible hablar del argumento de Rayuela sin caer en inevitables reduccionismos que nos alejan del sentido profundo de la obra, ya que lo relevante de esta novela no es lo intrincado o novedoso de la trama, sino el vasto universo psicológico de cada personaje y la relación que, desde este universo, establecen con el amor, la muerte, los celos y el arte*. Dicho esto, llevarla al cine sería enfrentarse, inevitablemente, a *tijeretear* la historia, a prescindir de poros o pestañas o miradas o de todo junto y muchas cosas más, aparentemente insustanciales: ¿pero acaso el sistema orgánico de piezas de relojería podría prescindir siquiera del más minúsculo engranaje, de un milimétrico émbolo y operar a la perfección? De otra parte, el director, por no nombrar al guionista, pues podrían ser la misma persona, se enfrentaría desde un inicio a la disyuntiva de elegir una de las dos formas de lectura que el autor propone: la lineal, siguiendo un recorrido tradicional que termina al encontrar al pie de cierta página la palabra «fin», a pesar de quedar algo de medio libro todavía por delante; y el otro trayecto, el lúdico, el verdadero (sin afirmar que el otro es el falso), en que la lectura es dirigida por un orden establecido que alterna capítulos indistintamente, cual si fuera un collage orientado por el autor, en que uno va saltando (leyendo) como en una pata en una rayuela pintada con tiza en un patio cualquiera. Lo que si pienso que tendría resuelto el osado director, sería la parte musical; pues en la novela no se respira otra música que no sea jazz, el segundo idioma de Cortázar: alusiones a Sonny Rollins, Ella Fitzgerald, Oscar Peterson, Satchmo, Freddie Keppard, la Dixieland entre otros que eran los favoritos del autor. Tampoco creo que hubiera tenido muchos problemas con los personajes, puesto que están muy bien esbozados. Claro, esta premisa viene de pensar que el osado director se decidiera a ceñirse a ellos; pero en todo caso, es mejor y más sencillo desdibujar algo o a alguien que antes ya ha sido definido muy bien, como el mismo Horacio, por ejemplo. Definitivamente, de optar por incluir al filósofo Morelli en el film, éste no estaría mejor representado que por una calmada voz en off, tal y como gravita en la novela, siendo el posible alter ego de muchas de las situaciones más que del protagonista, Horacio. Y La Maga, la enigmática e ingenua Maga (de la que se cuenta es la personificación de una traductora llamada Edith Aron, con la que mantuvo amores en sus primeros tiempos parisinos, a principio de los cincuenta), muchas veces me la imaginé con el rostro de Fanny Ardant, sobre o bajo los puentes que cruzaban al Sena y con esto, llegamos a una inequívoca locación que jamás podría ser remplazada: París (les recomiendo un libro de fotos basado en la novela, es estupendo y contiene unos párrafos memorables, se llama «El París de Rayuela»). Pero basta de vuelos y de especulaciones, que Rayuela nunca será llevada al cine sin ser burda: Kubrick ya se murió; a Hitchcock no creo que le hubiera interesado filmarla sin retorcerla; Rohmer era uno de mis candidatos, aunque él escribe sus propios libros, como «Los Cuentos Morales», que luego lleva al cine, aparte que ya está fatigado; alguna vez pensé en Garry Marshall luego de ver «Frankie y Johnny», pero las dudas me embargaron muy pronto; incluso llegué a pensar en Woody Allen, más en el Allen de «Manhattan» que en el de «Match Point», pero lo mismo, muchas dudas. Y de los directores modernos no se me ocurre ninguno con la sensibilidad, el humor y el espíritu que dicha obra maestra exige. Salvo que miremos a oriente y quizás Wong Kar-Wai podría enamorarse del libro y entonces me imagino una «Rayuela» en tonos de «In the mood for Love» o de «2046», y creo

entonces que solo así se le podría hacer algo de justicia a dicha novela en estos tiempos, aunque solo sea lo mío un exceso de romanticismo.

Mientras tanto, nos queda lo ya hecho por otros, pero con sus relatos solamente. Y de entre ellos el más reciente es un film brasileño basado en «Texto en una Libreta», del libro de cuentos «Queremos tanto a Glenda», uno de los últimos trabajos de Cortázar. Esta adaptación llamada «Juego Subterráneo» de Roberto Gervitz producida en 2005, tuve la oportunidad de verla en el último Festival de Cine de Lima el pasado agosto. Un film estupendo que mereció correr con mejor suerte en las premiaciones: muy bien actuado, una fotografía sobria y un preciso control de exteriores: pues la película, como el relato, principalmente acontece en el metro. Y de las clásicas, como apunté líneas arriba, la más famosa (aunque no la más hermosa, pues la pura fotografía no alcanza) es la adaptación de «Las babas del diablo» que hizo Michelangelo Antonioni en 1966, que tituló «Blow Up», su primer film en inglés, rodado en Inglaterra y producido por Carlo Ponti, considerada por varios medios especializados como la mejor película de ese año; aunque a mí no me lo parezca, ya que en ese mismo año aparecieron «Persona» de Ingmar Bergman, «Cortina Rasgada» de Hitchcock, «Quien teme a Virginia Woolf?» de Mike Nichols, en cuyo reparto figuraban Elizabeth Taylor y Richard Burton, casados entonces, ganadora de cinco Oscar (también apareció entonces un corto de siete minutos llamado «Transfer», primera película de Cronenberg), por decir algo. Como ven, hubo un buen ramillete de dónde escoger «la mejor», aunque dicha elección responde por lo general a varios factores que no rayan justamente con lo estético. Lo recalco para notar que mi desacuerdo no está fundado en ningún tipo de miopía u ojeriza al hippismo o al colorido y al glamour de entonces, ridículos ahora, que pareció encandilar a Antonioni al punto de convertir «Blow Up» en *sólo* un producto de consumo masivo en aquella alborotada época (lo cual es perfectamente válido y rentable), descuidando otros componentes no menos importantes que lo escenografito. Por ejemplo, «Blow Up» cuenta con un pobrísimo manejo argumental inconvenientemente desaprovechado. Conociendo a Antonioni, podríamos pensar que se dejó llevar más por lo escénico y visual, por la dinámica que la época exigía (el pop, las drogas, los desnudos, las marchas pacifistas, etc.) obviando los misteriosos recorridos y estados oníricos que se respiran en el relato original, distrayéndose casi por completo de lo sustancial: no tanto el crimen sino cómo se escabulle ese crimen dentro de otra realidad. Como ejemplo de lo acertado y sensible que se debe de ser al tomar una ficción de Cortázar para intentar plasmarla en lenguaje audiovisual, voy a transcribirles sólo el inicio del cuento en que se basa «Blow Up», «Las babas del diablo», un inicio que marcará el frágil sendero por donde discurrirá la historia: *Nunca se sabrá cómo contar esto, si en primera persona o en segunda, usando la tercera del plural o inventando continuamente formas que no servirán de nada. Si se pudiera decir: yo vieron subir la luna, o: nos me duele el fondo de los ojos, y sobre todo así: tú la mujer rubia eran las nubes que siguen corriendo delante de mis tus nuestros vuestros sus rostros. Qué diablos.*

* * *

BIBLIOGRAFÍA:

- 1- *El lector de Julio Cortázar*, Alberto Couste, Océano Grupo Editorial, 2001
- 2- *Queremos tanto a Glenda*, Julio Cortázar, Plaza y Jané Editores S.A., 1995
- 3- *Cuentos Completos 3*, Julio Cortázar, Suma de Letras Argentina S.A., 2044
- 4- *Cartas 1937- 1963 - Cortázar Tomo I*, Alfaguara, 2000

© Óscar Pita-Grandi

El autor:

Óscar Pita-Grandi. Lima, Perú. Página personal "Nuvolaglia":
<http://nuvolaglia.blogspot.com/>

EL VIEJO QUE SE PARECÍA A VOLTAIRE

por Eduardo García Aguilar

Un día apareció ese viejo canoso, muelco y melenudo con el cuento de que iba a comprar unos colmillos de marfil labrados en forma de falo. Vestía como Voltaire, lucía una vieja peluca dieciochesca empolvada de anticuario, un saco largo verde inundado de adornos rojos, ribetes azules y botones dorados, zapatos de charol con hebilla, el todo aderezado con un bastón de adorno que en su puño traía un galgo irlandés.

Yo lo había visto antes rondando por ahí en las callejuelas del mercado de pulgas de Saint-Ouen. Y ella también lo había visto. Incluso el tipo se le había acercado para celebrarle el ombligo, que dejaba ver entre su blusa de algodón y los jeans desteñidos marca Lee Cooper. A mí, igual que al viejo verde parecido a Voltaire, me encantaba el vientre de mi negra Ifigenia y me parecía el verdadero centro de París, un centro del centro, un ombligo dentro del ombligo de la ciudad.

En los años de nuestro amor y nuestro odio, hace muchos años, en el siglo pasado, había un hueco enorme en el viejo vientre-ombligo de París donde vivíamos ella y yo en la rue Montorgueil. Allí reinó antes por más de un siglo el viejo mercado de Les Halles, pero en los años 70 las ratas huían hambrientas, las máquinas derruían sin compasión edificios de apartamentos viejos y pabellones comerciales. A mí no me importaba porque estaba enamorado y en el número 32 de esa calle era tan feliz e infeliz al mismo tiempo, que me daba lo mismo que tumbaran o no la torcida iglesia de Saint Eustache o los Pabellones Baltard del mercado viejo, escenario inolvidable de la novela de Émile Zola *El Vientre de París*.

«En los años de nuestro amor y nuestro odio, hace muchos años, en el siglo pasado, había un hueco enorme en el viejo vientre-ombligo de París donde vivíamos ella y yo en la rue Montorgueil.»

Se oían golpes secos, permanentes y los muros caían cargados de historia, grasa, comercio, mugre, vida y pueblo. Eran ruidos terribles que nos despertaban muy temprano entre ajetreos de cargas y descargas de productos alimenticios, mientras sonaba la canción *Paris s'éveille* de Jacques Dutronc y en la radio FIP la locutora describía con su voz de invierno gris los avatares de la nieve y los asuntos de la circulación, antes de pasar a la saudade de Antonio Carlos Jobim, que decía: «el amor es la cosa más triste».

Y así amanecía o atardecía pegado a mi mulata y me hundía en la diaria incertidumbre, por lo que surgía entre nosotros un amor y un odio tan grande como salía al mismo tiempo de esas obras gigantescas el olor de todos los siglos, pero en especial el del siglo XIX, que emanaba como un líquido de podedumbre de los muros untados de vida, sexo, mierda y muerte. Comenzaba a desaparecer la Francia ancestral, provinciana, popular, y surgía la modernidad a golpes. Y surgíamos nosotros en esa calle olorosa a frutas frescas, quesos, especias orientales, entre el tinglado de la pescadería rodante y la carnicería abierta de donde colgaban jabalíes, conejos, codornices, perdices, faisanes y plácidas cabezas de cerdo. Pero en medio de ese desastre éramos nosotros los que íbamos y veníamos, ella y yo, los desgarrados veinteañeros de novela rosa, los bellos y horribles extraños del vientre de París, cuyas fotos observo muchos lustros después en el álbum de los recuerdos, a comienzos del siglo XXI, cuando ya comienzo a estar viejo y perverso y neurótico y visito la tumba de ella, mi negra, en el Père Lachaise, situada no lejos de la de Jim Morrison, escuchando en mi walkman *Riders on the stone*.

—¡Ya acaban de tumbar el otro edificio! ¡Huele a polvo sucio, huele a mierda! —gritaba ella mientras preparaba la omelette en la cocineta de la entrada, sólo cubierta por una larga camiseta blanca de algodón.

Sonaba Cat Stevens. Le encantaban Cat Stevens y Bob Dylan antes y después de hacer el amor.

–Y a propósito –pregunté– ¿qué te dijo el viejo de los colmillos de marfil? Ese que se parece a Voltaire. ¿Los va a comprar al fin?

–Dice que sí, pero yo creo que no. Ese viejo quiere otra cosa. ¿Mami, qué será lo que quiere el negro? –cantó ella con su acento costeño, mientras probaba un pedacito de su omelette.

Ella hacía un curso de diseño y trabajaba en un anticuario del Mercado de Pulgas de Clignancourt. Yo estudiaba filosofía en Vincennes y la acompañaba a las manifestaciones del Movimiento de Liberación Femenina y a las fiestas brasileñas de la Sala Wagram. El anticuario era una pantalla para otros negocios. Vendían objetos para sadomasoquistas y traficaban con colmillos de marfil y todo tipo de objetos arqueológicos robados. ¡Y quien sabe qué más y con qué fines, como traficar cocaína escondida en figuras incas falsas de penes de barro!

Mi negra Ifigenia y yo estábamos haciendo la revolución. Yo con 20 años y ella con 22. Y veníamos desde la lejana Colombia. Ella tenía un lindo vientre que nos gustaba a mí y al viejo gángster parecido a Voltaire. Y entre la gente del mercado, había tipos que se parecían a Giacomo Casanova, a Voltaire, a Chateaubriand, a Danton, a Robespierre y a Carlos Marx, que babeaban todos al verla contonearse entre los colmillos de marfil y los penes incas prehispánicos.

El viejo, al que pusimos definitivamente como apodo Voltaire, vino a buscarla. Esperaba en el café de la esquina y le traía flores. Caminaban por la calle y la llevaba a tomar vino. No sé en qué pasos andara mi morena con ese hombre, un anciano para mí en ese tiempo, porque yo ahora tengo su edad y soy tan viejo verde como él. Y a lo mejor ahora soy yo el que se parece a Voltaire.

El viejo conocía muchas cosas, venía de regreso de todo, era un personaje lleno de vida y de viajes y prisiones, una especie de evadido de las mazmorras de Cayena, divertido, ágil, irreverente, terrible, egoísta, mujeriego, asesino y bebedor. Y al parecer tenía negocios en esa calle, que también era su calle, porque era vecino y le gustaba el tango y era el rey del dancing club Balajó, en la rue de Lappe, por Bastille.

«Ella hacía un curso de diseño y trabajaba en un anticuario del Mercado de Pulgas de Clignancourt. Yo estudiaba filosofía en Vincennes y la acompañaba a las manifestaciones del Movimiento de Liberación Femenina y a las fiestas brasileñas de la Sala Wagram. El anticuario era una pantalla para otros negocios.»

En la rue Montorgueil, que por fortuna sobrevivió, y ahora está renovada y convertida en un rincón típico de ese París comercial, se escuchaba entonces con mayor intensidad el ruido matutino de la carga y descarga de verduras, quesos, vino y carnes, al mismo tiempo que caían los muros y se dejaban ver las paredes empapeladas de cuartos y cocinas, o sentir el olor inconfundible de la calefacción de mazut y la humareda de las chimeneas. Yo atestigüé con ella ese cambio lleno de estupor, sin nostalgia, recién cumplidos mis veinte años. Y con mis veinte años tenía que aguantarme que el viejo deseara a la morena, a mi negra. Y al final no compraba los colmillos y ella no ganaba la comisión. Ese viejo era pura farsa.

Ahora, tanto tiempo después, cuando vuelvo por la rue Montorgueil a escuchar los conciertos de órgano de Saint Eustache, me paro a ver esas extrañas estructuras modernas de metal y veo que la historia siguió y que del foro romano y de los decimonónicos pabellones de hierro se pasó a un extraño planeta atractivo que teje sus propios anales. Ahora el hueco está ahí, pero es un hoyo diferente. Y no están ni la negra Ifigenia ni el viejo verde que se creía Voltaire, porque la cosa terminó muy rápido y ya van a saberlo.

El viejo que se parecía a Voltaire acrecentó poco a poco su influencia sobre mi Ifigenia y prácticamente la cercó hasta el punto de hacerme imposible acercármele durante los días de trabajo, cuando en la tienda del mercado de pulgas se dedicaban a sus extraños tráficos. Sufría largas horas de espera, percibía lentamente en la madrugada sus pasos sobre la madera de las escaleras de la casa de la rue Montorgueil. Pero cuando ella llegaba al fin nos trenzábamos, nos arrunchábamos en el amor. Ifigenia tenía de súbito más y más plata y a veces, cuando llegaba temprano, me invitaba a salir y acompañarla a comer en un restaurante por Saint Michel o Montparnasse y a tomar armagnac

o cognac, y del mejor. Y tomábamos ácido y delirábamos en la extraña película de nuestro París.

Y de todo podía hablarle menos de sus negocios recientes con el vejete y otros malevos de Saint Ouen. Un día le encontré una pistola en su cartera y no quise decirle nada. Era una bella y pesada pistola con una imagen de Lucifer en la cacha. Muchas veces me dijo que sus padres, tíos y hermanos eran pistoleros y matones y que si huyó de Colombia con un viejo francés fue para dejar ese ambiente podrido de donde provenía. Escapó porque –decía ella– su papá la iba a mandar matar como ofrenda a los dioses africanos para que le saliera un negocio de contrabando en la Guajira, tal y como le iba a ocurrir a Ifigenia en tiempos de guerras helénicas. Bueno, tal vez eso no era cierto, pero eso decía, mentirosa como era, poniendo cara de tragedia griega.

Me contó historias horribles de violaciones y balaceras y arreglos de cuentas entre primos y hermanos y bandas rivales en la costa, en el barrio de donde provenía y de cómo ese profesor viejo de la Alianza Francesa de Cartagena la persiguió enamorado y baboso y finalmente se acostó con él en un motel y se dejó invitar a restaurantes finos de Cartagena. Lo aceptó para venir a Francia en ese año lejano de 1974, cuando se abría el boquete de Les Halles sobre las ruinas de los pabellones Baltard. Desde entonces aprendió a enredarse con viejos. No le molestaban los viejos, ni le olían feo, siempre y cuando fueran inteligentes y no muy gordos. Y viajó con el francés. En ese entonces era excepcional que una mulata caribeña pobre llegara así como así a vivir a París, donde sólo vivían colombianos ricos, artistas aventureros o estudiantes becados.

«Los años que pasé con ella, mi Ifigenia, se fueron rápido, son años ya muy lejanos, pero siguen vivos como en las novelas góticas, pues traen el mórbido vaho de la muerte, que es sensual, excitante.»

Yo la conocí poco después de llegar, en un asado que organizó un uruguayo con exiliados latinoamericanos que en ese entonces comenzaban a llegar en cantidades, perseguidos por las dictaduras militares. Ifigenia fue con el profesor de la Alianza Francesa. Se aburría mucho con él. Salimos al patio, charlamos horas junto al fuego y entre el olor de las carnes y el bullicio hubo algo entre nosotros de inmediato, algo sospresivo. Nos besamos atrás, mientras los otros conversaban sobre Pinochet o sobre Allende o sobre el subdesarrollo y mientras unos jóvenes cantaban la canción *San Francisco* de

Maxime Le Forestier o tarareaban a Inti Illimani y Quilapayún. Ella quería separarse del tipo y como pretexto se quedó aquella noche aduciendo que necesitaba conectarse con latinoamericanos, recordar las raíces, hablar un poco conmigo de su ex país. El viejo se fue muy triste y esa noche tiramos ella y yo por primera vez, arriba, en el cuarto de los niños, entre juguetes y cunas vacías, pues los chicos estaban en colonia de vacaciones en Lacanau, o no sé dónde. El asunto fue muy vertiginoso y nos enamoramos de inmediato en una relación fusional, pues nuestros cuerpos embonaban perfectamente.

Los años que pasé con ella, mi Ifigenia, se fueron rápido, son años ya muy lejanos, pero siguen vivos como en las novelas góticas, pues traen el mórbido vaho de la muerte, que es sensual, excitante. Así como el poeta mexicano Amado Nervo hablaba de la «amada inmóvil», yo hablaría del «móvil fantasma» de Ifigenia que se cruza día a día en mi vida y pasa como sombra o aire o brisa tibia por las estancias de mi soledad.

Hace poco visité la tumba de Ifigenia en el cementerio Père Lachaise, en el aniversario de su muerte, y paseé por sus avenidas, de sorpresa en sorpresa. Todo fue tan rápido entonces, su muerte, su fin prematuro. Y ella ahora está ahí, entre tumbas de generales o soldados napoleónicos, de burgueses balzacianos y sabios y músicos olvidados. Una flor sobre la tumba de Rossini. Letras carcomidas, indescifrables, sobre las piedras vencidas, mausoleos rotos por las raíces de árboles. Los tétricos portalones de hierro oxidados y adentro hojas secas y polvo. Al fondo, el enorme templo de la cremación con sus chimeneas implacables. Calzadas que suben la montaña desde donde Rastignac desafió a París en la novela de Balzac. Jóvenes que tocan guitarra, beben cerveza y fuman marihuana sobre alguna tumba sin rastros de su antiguo inquilino. Al final de la visita, vi una joven pareja con un bebé en la carriola, recogida ante una tumba semiescondida, muy modesta. En silencio parecían recogerse bajo la llovizna ante un familiar recién muerto. Estaban ahí, muy ceremoniosos.

Traté de no interrumpir su aparente intimidad y salí por la izquierda. Parecían Ifigenia y yo con el niño que no tuvimos, visitando la tumba de un familiar. Pero no, no era un familiar al que visitaba esa pareja joven: era la tumba de Jim Morrison, la más querida y visitada en este cementerio, a ras de tierra. Esta tarde la tumba del rockero, como siempre, estaba llena de flores frescas, cigarrillos, cartas postales, mensajes, una copa. El Jim Morrison que escuchábamos entonces en la rue Montorgueil cuando llegó el maldito viejo que se parecía a Voltaire.

Yo lo presentía. Una gitana nos lo había dicho. En los viejos pasajes donde trabajábamos, las sorpresas siempre esperan y esperaban en cada esquina: una gitana, por ejemplo, enferma, con el hinchado vientre canceroso, pero enhiesta y firme entre las mesas ofreciendo el futuro.

–Cuídala que se te va a ir, cuídala –me dijo la gitana esa vez con sus ojos sombríos, esquivos, inescrutables, mirando inquisitivamente a Ifigenia.

–¿Cómo, qué me está diciendo? –le dije aterrado a la gitana, yo que desde niño acompañaba a mi madre a consultar las adivinas.

–Se te va. Se te va –dijo y se llevó las manos a su rostro, tapándose con gravedad y luego se tapó las orejas como si no quisiera escuchar un mensaje y se acarició nerviosa el velo florido que cubría sus cabellos.

Ahí empecé a temer que a Ifigenia le pasara lo que no debía ocurrir. Me acuerdo como si fuera ayer. El rostro de esa adivina. Sus ojos. La atmósfera reinante. La luz. Entre centenares de pequeños locales regentados por ancianos y ancianas tristes, fracasados, personajes de novela excéntrica o jóvenes locos y raros inventados por Joris Karl Huysmans, temía ya por mi mulata, allí en el desecho del tiempo rescatado de la basura nocturna de los jueves o de las ventas rápidas que suceden luego del fallecimiento del abuelo, la tía abuela, el tío perdido y solitario. Entre objetos tocados por la vida y la muerte.

¿Cómo ocurrió la desgracia? Un día le pregunté qué hacían con los colmillos de marfil y con los penes incas, pues la veía manipulándolos en secreto, atrás de la tienda, con el viejo que se parecía a Voltaire, salido de Cayena, como Papillon, que hubiera podido ser su abuelo.

–Usted cálmese, no pregunte mucho –me dijo por primera vez de esa forma, callándome. Y yo, tierno, le besé las mejillas, dócil como un venadito, encoñado, pobre, pensando en su coño siempre, en nuestros arrunchamientos vespertinos y noctámbulos.

«¿Cómo ocurrió la desgracia? Un día le pregunté qué hacían con los colmillos de marfil y con los penes incas, pues la veía manipulándolos en secreto, atrás de la tienda, con el viejo que se parecía a Voltaire, salido de Cayena, como Papillon, que hubiera podido ser su abuelo.»

Todo fue tan rápido, es cierto. ¿Cómo pudo ocurrir algo así? Les dije que ese día llegó el viejo que se parecía a Voltaire. Discutieron en el rellano, frente a la puerta. Yo dormía y me despertaron las voces del hombre y los gritos de ella. El tipo le reclamaba dinero y ella se negaba a dárselo.

–Yo te consigo los clientes y me pagas –gritó el tipo.

–Es mi plata, es a mí a la que me tiran –contestó ella furiosa.

–Putá –le dijo él, sacó un cuchillo y se lo enterró ahí varias veces. Estaba borracho. Por donde andaba dejaba rancio olor a alcohol.

Cuando salí ella se estaba desangrando. Yacía tirada en un reguero de sangre que rodaba por las viejas y empolvadas escaleras. Fue todo tan rápido.

¿Cómo pudo ocurrir algo así? Eso fue hace más de un cuarto de siglo. Esa fue la verdadera historia de la muerte de mi negra Ifigenia y del hombre que se parecía a Voltaire, su proxeneta y su maldito asesino, que se pudrió después en la cárcel.

Casi tres décadas después salgo del Pere Lachaise y me quedo en el café Saint Amour, en la esquina, frente al metro, leyendo *Nadja* de Breton, mientras mi Ifigenia colombiana sigue enterrada allí, al

lado del mito, ella que ahora es una leyenda inasible para mí.

¿Habrà un día una placa para Ifigenia y yo? ¿Como Abelardo y Heloísa?

Merecemos una placa como Abelardo y Heloísa, no importa que ella trabajara para la mafia del viejo y vendiera su cuerpo para invitarme a beber y a comer en las noches de París.

Siempre que iba a visitarla al cementerio salía de último, desolado, triste y viejo, cuando los policías pasaban anunciando el cierre del cementerio y sacando a los fans de Jim Morrison, a gente perdida, a clochards malolientes, turistas extranjeros, londinenses góticos, japoneses, gringos, chinos, argentinos, gays, lesbianas, heterosexuales, onanistas, necrófilos.

Eso fue así de triste siempre hasta el día en que conocí a la ninfa gótica Camila Moraes, que me escucha y entiende y viaja conmigo por los laberintos necrófilos. Ella me salvó. Me estaba volviendo loco de soledad. Por fin tengo a quien soporte mis recuerdos persistentes de la «negra» Ifigenia sin asustarse, sin temer a los muertos, sin sentir celos de los muertos, de la muerta. Esta pequeña gótica, como la llamo, tiene 24 años, es muy paciente, anda siempre en bicicleta, dice que es gerontófila y me frecuenta así con mi medio siglo a cuestas, mi pelo largo pasado de moda y mi patético deseo de parecerme a un rocker de los setenta.

¿Qué cómo conocí a la fotógrafa Camila Moraes? Pues apareció una mañana para traerme unos libros de Fernando Pessoa y Al Berto que me mandaban desde Lisboa y estaba tan apresurado que sólo pude verla unos minutos y sentir su perfume un instante. Le dije que le mandaría en dos horas un email confirmándole si nos veíamos más tarde u otro día. Pero fue esa misma tarde en el Jardín de Plantes; ella llegó con su bicicleta holandesa y caminamos mientras se oían los búhos del zoológico. Luego la llevé a donde estaban los canguros whalabí y los más jóvenes dieron saltos hacia nosotros, mirándonos a los ojos, directo, y se detuvieron a mirarnos con curiosidad. Dos madres cargaban a sus respectivos críos en las bolsas y desde lejos observaban la escena. Luego bebimos en un bistró frente a la Mezquita, y seguimos por la rue des Ecoles hasta el Sena y nos besamos frente a la librería Shakespeare and Company, como si fuéramos unos enamorados de película y nos estuvieran filmando. Y no le importa que la lleve al mercado de pulgas de Saint-Ouen, cerca del metro Clignancourt a contarle las historias de quien era dulce y terrible como un bombón de veneno marca Colombina.

«El termómetro registra menos de cero grados. Como ven, sigo encaprichado del fantasma de Ifigenia, pero ahora lo comparto con Camila Moraes, la gótica viciosa y perversa a quien ahora la gitana, una nueva gitana, le lee su futuro como la otra vez se la leyó a la “negra” Ifigenia colombiana.»

Le dije que ahí, en ese cafarnaún de Saint-Ouen solía ir a ver a Ifigenia a trabajar desde lejos en la tienda llamada «Las ruinas de Palmira», antes de que la matara el viejo que se parecía a Voltaire. A verla mientras atendía a algún curioso, o entregaba un paquete sospechoso o se dejaba mirar por los lascivos viejos verdes, ella siempre con el cabello fragante, vestida con bufandas hindúes de seda de diversos colores y ropa post-hippie de los años setenta, oliendo a pachulí.

«Todo mi cuerpo guardaba el olor a canela de Madagascar de su piel», le decía a Camila Moraes y ella me escuchaba y me incitaba a quedarnos en silencio extendidos sobre el piso empolvado de un enorme hangar decimonónico. En silencio, sin hablar. Ella ahí, a mi lado, en silencio. Yo a su lado en silencio. El silencio. El silencio. Qué bueno el silencio contigo, gótica, ladrona de la noche.

Ahora recorro con Camila esos laberintos de Saint-Ouen porque la recuerdo y me veo escuchando toda la noche a Bob Dylan y a Cat Stevens entre el aroma de los inciensos indios. La cosa es que yo me la paso recordándome a mí mismo y recordándola a ella. Paso a paso palpo los rastros del siglo a través de ropas viejas, vajillas y cubiertos centenarios, vestimentas antiguas para bebés, botones, prendedores, ribetes, condecoraciones, placas de viejas tiendas, espejos, escaparates, butacas, sillas, mesas, burós, pupitres manchados de tinta de la belle-époque o los años de entreguerras, periódicos y revistas viejas, kepis, uniformes, floreros, camas, nocheros, instrumentos, postales, afiches, xilófonos. Los palpo porque tal vez fueron palpados por ella.

El termómetro registra menos de cero grados. Como ven, sigo encaprichado del fantasma de Ifigenia, pero ahora lo comparto con Camila Moraes, la gótica viciosa y perversa a quien ahora la gitana, una nueva gitana, le lee su futuro como la otra vez se la leyó a la «negra» Ifigenia colombiana.

–Siga con este viejito nenita, siga con él, le conviene –le dijo la gitana, descendiente de aquella, pero con gafas muy chic en carey oscuro de Armani, haciéndola ver como a una actriz de Antonioni o de la nouvelle vague.

Yo le pago a esa gitana para que se lo diga a ella y ella finge creerle a esa vieja errante a punto de morir. Y después se me pierde entre la gente. Y no la encuentro. ¿Dónde se ha metido mi amante de trenzas? ¿Sabe usted algo de Camila Moraes? Siempre se desaparece así cuando la llevo al mercado de Pulgas tras las huellas de Ifigenia. Diría que habla con ella a solas en alguna de esas tiendas de bibelots.

–Olvida ya tus fantasmas del pasado –dice mi gótica cuando me vuelve a encontrar entre la muchedumbre.

Tal vez por eso mi amante Camila Moraes, mientras dispara su cámara y me toma fotos frente a tumbas de conocidos como Wilde o Rodenbach o Nerval o Rossini, insiste en escucharme y en explorar esa extraña persistencia en un amor sepultado por los lustros. Tal vez esa otra presencia la excita, pues sabe que la muerta estará presente en nuestros jadeos y nos ayudará a llegar a ciertos climas aún más fuertes, cimas eróticos del más allá, perversos en su sepulcral delicia.

En Saint-Ouen, antiguo barrio obrero, sobreviven ahora en el año 2005 algunas casas de fin de siglo XIX y edificios de apartamentos de techos bajos y modestos para familias obreras. Algunas fábricas quedan ahí como muestras de ese tiempo ido. Y ahora, con la luna llena, enorme a lo lejos, entre la bruma, la gente tiritita de frío y se frota las manos o luce guantes de todos los precios y estilos. Parejas de jóvenes cargan bolsas con los bibelots del día. Hermosas chicas van felices con el hallazgo de la tarde. Cincuentonas alegres y flacas ríen y exhiben la compra a sus alborozadas compinches. A pesar del frío han venido al ritual inevitable de rendir visita a una institución con pasado y mucho futuro. Alguien ha encontrado un cenicero con la publicidad de Dubonnet, otro un daguerrotipo, aquél una lámpara fascinante, éste un camafeo, ése un narguile verdadero, ella una retorcida tetera marroquí, el otro un incunable o un grabado de los tiempos napoleónicos.

*«Camila llegó a la cita en el Saint
Amour y me ha dado un beso, se
ha aferrado a mi boca, nuestras
lenguas se han extasiado un largo
rato en su intrínquilis; la bella y la
bestia. Ella ha terminado su
jornada y ha venido a verme toda
vestida de negro, con una joya
negra anudada al cuello con una
cinta del mismo color.»*

¿Alguien que viva en París no ha ido alguna vez al mercado de pulgas de Clignancourt? ¿Quién no se ha atrevido a entrar a la guinguette de Louise, cada vez más decadente, con sus cantantes gordas de narices enrojecidas y cantantes de vieja canción francesa, destemplados y estafalarios, aupados en el pequeño escenario? Allí se come y se bebe mal, pero entre la decadencia y la mediocridad de los payasos que se suceden y se pelean por pasar al estrado y por las propinas de la clientela, uno cree asistir al último destello de un París que sólo pervive en las películas de Renoir y Carné, en el París transeúnte de Leon Paul Fargue o en las memorias de Paul Léautaud. Chez Louise es el centro de este cafarnaún del desperdicio y la basura, de la muerte y el tiempo clausurado. Allí Camila y yo pasamos tardes y noches enteras comiendo y bebiendo y besándonos y escuchando a esos cantantes decadentes, ebrios, a punto de la clochardización. Y ahora está igual, todo más desleído y pasado de moda, con más cucarachas y más ratas y más putas y más vagabundos a punto de entrar a la nueva categoría de los Sin Domicilio Fijo, o SDF, como se llama hoy a los clochards, pobres, lejos de las campanas. ¿Alguien ha visto a Camila Moraes? Estoy buscando a mi amiga la gótica de 24 años y su olor y su cuerpo aferrado a mi, le corps d'elle, elle et mon corps. La noche llegó demasiado rápido. ¿Estoy solo? ¿Dónde estará mi amante? ¿Con quién estará? ¿Sabe algo usted de mi chica? ¿Sabe usted algo de Camila Moraes?

Los viejos cierran sus tristes tienduchas. Libreros de otra época siguen entre miles y miles de libros y revistas, ocultos entre la humareda de la pipa. Chez Louissette cierra. Los cantantes borrachos salen tambaleándose por los laberintos. La tienda de objetos para bebé de los años 20 queda atrás como un escenario para una película de terror de Alfred Hitchcock. Un sicópata ha comprado una muñeca de 1901 o un oso de peluche deshilachado. El que recuerda a sus tías se lleva un sombrero de vampiresa. Y yo desaparezco con Camila y vuelo y duermo y bebo y pasan los días de invierno y las noches, crece mi pelo, me cobija la vieja chaqueta de cuero negro y tirito y amo y el viento golpea mi rostro y remueve mi cabellera irredenta de viejo lobo.

Camila llegó a la cita en el Saint Amour y me ha dado un beso, se ha aferrado a mi boca, nuestras lenguas se han extasiado un largo rato en su intrínquilis; la bella y la bestia. Ella ha terminado su jornada y ha venido a verme toda vestida de negro, con una joya negra anudada al cuello con una cinta del mismo color.

–¿La visitaste? ¿Qué te dijo hoy? –preguntó Camila.

–Te saluda desde ultratumba y nos pide que nos emborrachemos hoy en su nombre, que caminemos en su honor por la ciudad, que tiremos cubiertos de látex en su nombre, que me azotes en su nombre. Que esta noche nos visitará en la cama. Que nos amemos, ese fue su mensaje.

Y entonces pensé para mis adentros, mientras saboreaba una cerveza Leff, que debíamos recorrer París en su nombre, rincón a rincón, tomándole fotos, captándola, captándonos y así poco a poco desaparecerá su fantasma, por fin seremos tú y yo, solos sin ella, sin el encantamiento de su presencia, de su hielo mortuorio proveniente de los años setenta, lejos de los tiempos de Jim Morrison, John Lennon y Pier Paolo Pasolini.

«–Te saluda desde ultratumba y nos pide que nos emborrachemos hoy en su nombre, que caminemos en su honor por la ciudad, que tiremos cubiertos de látex en su nombre, que me azotes en su nombre. Que esta noche nos visitará en la cama. Que nos amemos, ese fue su mensaje.»

Camila me dice que nos metamos mejor a una amplia cripta de un millonario latinoamericano del siglo XIX, situada no lejos de las tumbas de Balzac y Nerval, que están frente a frente. Sacó una botella de gin y bebimos y nos besamos. Me dio a fumar hachís. Me dijo que le encantaban los viejos, que los viejos le excitaban, que no había nada mejor que los viejos como yo. Y además que le encantaban las criptas abandonadas del cementerio.

–Estás viejo. Te adoro. Te estás transformando en Voltaire. Eres el hombre que se parecía a Voltaire –me dijo Camila.

Y nos quedamos en silencio extendidos sobre el piso empolvado del enorme mausoleo decimonónico. En la cripta. En silencio, sin hablar. Bajo la hojarasca de otoño. Ella ahí, a mi lado, en silencio. Muerta. Yo a su lado en silencio. Muerto. El silencio. El silencio. Qué bueno el silencio contigo, gótica, ladrona de la noche. Convertidos en piedra helada. Para siempre. Para siempre.

© Eduardo García Aguilar

El autor:

Eduardo García Aguilar (Manizales, 1953). Realizó estudios en la Universidad de Vincennes (París VIII) hasta 1979 y luego vivió en México. Actualmente reside en París. Entre otros libros, ha publicado las novelas *Tierra de leones* (1986), *Bulevar de los héroes* (1987), *El viaje triunfal* (1993) y *Tequila Caxis* (2003), así como *Urbes luminosas* (relatos, 1991), *Llanto de la espada* (poemas, 1992), *Celebraciones y otros fantasmas: Una biografía intelectual de Álvaro Mutis* (1993), *Delirio de San Cristóbal. Manifiesto para una generación desencantada* (1998) y *Voltaire, el festín de la inteligencia* (2005). Libros suyos han sido traducidos al inglés, francés y bengalí. Su poemario *Llanto de la espada* fue vertido al francés en Lattaquí (Siria) por el poeta Stéphane Chaumet. Página personal: <http://egarciaaguilar.blogspot.com/>

EL DEVORADOR DE CUENTOS

por José Ángel Barrueco

*A Alejandro Pérez-Prat,
por la amistad y los consejos*

A finales del siglo XX un anciano esquelético y enloquecido agonizaba en el aposento principal de la mansión de sus antepasados.

El ambiente de la pieza era malsano: proliferaban las basuras apiladas, la cera derretida de las velas, las inscripciones blasfemas en las paredes, el hedor a polvo viejo de los espesos cortinajes que protegían al cuarto de la luz natural; alrededor del hombre había un océano de papel despedazado y cubiertas rotas de libros, y apestaba a celulosa y a vómito. Los cabellos del aspirante a muerto colgaban a ambos lados de sus sienes, grisáceos, resecos y sucios. La nariz se afilaba hacia abajo, en dirección a los labios marchitos y manchados de bilis. Su rostro enfermizo componía una máscara de pliegues y rugosidades. Algunas telas de araña, prendidas en la ropa y en la frente alopécica, le conferían cierto aspecto de larva. Lo peor se cobijaba en los ojos, sin duda: en su interior habitaban horrores y ficciones, y habían tomado el matiz abisal de las criaturas que duermen en las profundidades.

Pero, para averiguar qué le empujó a esa situación, debemos resumir su historia.

Archibald Belknap había nacido en Londres. Siendo aún un niño, su familia se trasladó a España. Su vida no merece grandes reseñas y se desarrolló por los cauces normales. Su abuelo fue el Doctor John William Belknap, famoso médico y alquimista, quien al morir, y aunque sólo se habían visto una vez por año, le legó su mansión de la sierra de Madrid. Archibald recibió el testamento, pero no quiso visitar la casa.

Meses después, su esposa murió en un accidente de tráfico. Él, que conducía el coche, obtuvo una cojera perpetua y una amargura irreparable. Viudo, jubilado, solitario, melancólico y herido, decidió pasar el resto de su vida en la mansión. Le intrigaba la casa, construida en un paraje abúlico: una morada de estilo gótico, pasadizos penumbrosos y atmósfera decadente. Allí estaría apartado, dedicándose a pasear por los bosques, leer libros y respirar el aire fresco de la sierra.

Fue arduo resucitar el caserón. Lo hizo sin ayuda, a su manera. Se había vuelto misántropo, rehuendo el contacto humano. Se dedicó a inspeccionar los aposentos, limpiar las habitaciones de uso frecuente y explorar los enigmas de la casa.

Le pareció curioso el gusto desarrollado por su abuelo en torno a lo antiguo y lo clásico, pues la mansión constituía una especie de broma macabra: en los pasillos y en los cuartos, en las despensas y en las escaleras de caracol, en todas las estancias vio candelabros adheridos a la pared. En algunas dependencias encontró faroles de aceite, y cajones repletos de velas y de candiles que acumulaban suciedad. Los cortinajes que cubrían las ventanas eran pesados, y las alfombras y la chimenea consolidaban el ambiente opresivo y decadente de una novela de miedo. Había lámparas de araña y muebles carcomidos por la polilla, hechos a imitación del mobiliario del siglo XVIII. Una vajilla de plata devorada por el óxido y la humedad. Repisas pobladas de figuras que representaban a demonios y a monjes diabólicos.

En las cornisas próximas al tejado descubrió gárgolas terroríficas. Los jardines que circundaban el edificio de tres plantas (piso inferior, piso superior y sótano) habían crecido durante los años de abandono, y raíces y enredaderas se aferraban a la fachada y ascendían por los rincones como garras detenidas en el estertor de la muerte.

Durante su primer día examinó la biblioteca, de unos cinco mil volúmenes. Y el sótano grandioso y lúgubre, en el que admiró la obsesión del doctor por el coleccionismo de objetos raros y exóticos,

como si hubiera viajado por países orientales y traído consigo todas las mercaderías adquiridas en barrios chinos y tiendas de antigüedades: alfombras persas, jarrones de porcelana, carteles de freaks y espectáculos circenses, candelabros de plata, lámparas de petróleo, biombos del porfiriato, relojes de pie arrumbados en un rincón, una camilla de manicomio dotada de las habituales correas y herrajes, máscaras tribales, barcos metidos en botellas, carteles de viejas películas (*Las tres caras del miedo, El malvado Zaroff, Condenados de Ultratumba, Los crímenes del museo de cera, Doctor Terror, La mansión de la locura*), sarcófagos egipcios en miniatura, brújulas y catalejos, tableros de ajedrez con samuráis y campesinos japoneses, una armadura herrumbrosa, un tarro de farmacia de porcelana española, arcones de madera, pergaminos de cerámica, un sextante roto, armarios chinos de la dinastía Ming.

Decidió quitar un poco el polvo, abrir las cortinas para que entrara la calidez de la luz solar y utilizar los candiles, las velas, los fogones que aún funcionaban. Quiso, en homenaje al abuelo y en desprecio a su propio pasado, llevar existencia de ermitaño, sin conexiones con el exterior, sin teléfonos ni televisión ni aparatos de radio. Sólo él, la casa, los libros, la niebla en el bosque y un fuego para los crepúsculos helados.

En su tercera noche oyó ruidos en el sótano, mientras procuraba conciliar el sueño en la gran cama con cabeceros y columnas de roble, repujados de arabescos y taraceas. La luz de la luna se filtraba por la ventana del cuarto, confiriendo a la pieza un aura onírica. Se destapó para escuchar con atención: parecía como si alguien rascase madera. Pero lo achacó a las ratas: había visto un ejemplar merodeando por el sótano.

En los primeros días atiborró la despensa y la fresquera de latas de conserva, botellas de vino y brandy, embutidos, ahumados, cecina, frutos secos. De ese modo no tendría que salir de la sierra en unos meses. Su encierro debía ser perpetuo: acaso se castigaba a sí mismo por no haber muerto junto a su esposa.

«Fue arduo resucitar el caserón. Lo hizo sin ayuda, a su manera. Se había vuelto misántropo, rehuyendo el contacto humano. Se dedicó a inspeccionar los aposentos, limpiar las habitaciones de uso frecuente y explorar los enigmas de la casa.»

Durante la cuarta, la quinta y la sexta noche le sobresaltó el ruido de unos pasos en la biblioteca, y un aullido suave, lastimero, como si llorase un niño o un cachorro de lobo. Lo atribuyó a la lectura de los cuentos de fantasmas de M. R. James.

En su séptima noche vio algo. Estaba envuelto en la telaraña de una pesadilla cuando se despertó, sudando. Sentía una presencia gélida en el cuarto. Al mirar a los pies de la cama discernió la silueta de una mujer, un

camisón blanco y con sangre, un rostro de loca, una cabellera enmarañada, unas pupilas escrutadoras. Cerró los ojos, tratando de convencerse de que obedecía al influjo de la literatura, y al abrirlos de nuevo no encontró nada.

Cuando Archibald se hubo establecido ocupó su tiempo en tres actividades: el paseo matutino por los bosques, la lectura vespertina de cuentos, la ingesta nocturna de vino y brandy. Beber era la única manera de combatir las pesadillas, los sonidos y las apariciones de madrugada, de alejarse de las últimas tragedias de su vida.

Pasaron semanas. Siempre lo despertaba un ruido, un dedo helado palpándole los pies, un llanto que le ponía los pelos de punta. No quiso marcharse. Se habituó a ir por la casa con una botella en una mano y un libro de cuentos en la otra. Leía de pie, y comiendo, y paseando por los jardines (de los que apenas había quitado cuatro abrojos y malas hierbas, pues le fatigaba la tarea). Era hombre de obsesiones férreas, y la suya fueron los relatos. Leerlos en aquella mansión, rodeado de velas y susurros, y del viento en las ventanas, y de la lluvia que repicaba en las gárgolas durante las tormentas, le producía un placer literario casi próximo al sexual.

La biblioteca de su abuelo estaba dividida en tres partes: novelas, ensayos, cuentos. Se propuso leer todos los cuentos de la biblioteca. No estaban en mal estado: tras morir el doctor, solía limpiarlos una criada.

Así, leyó relatos de Stevenson, Cortázar, Gógol, Jacobs, Kafka, Irving, Melville, Fitzgerald, Borges, Twain, James, Stoker, Blackwood, Dickens, Schwob, Poe, London, Machen, Hawthorne, Bierce, Maupassant, Lovecraft...

Se le pasaron, entre botellas de vino, libros de cuentos y el alma en pena, las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio. Con el tiempo dejó de dormir, salvo unas tres horas diarias, cuando, agotado de visiones y lecturas, se quedaba adormecido en el butacón de la sala de estar, junto a la chimenea en la que crepitaban los últimos rescoldos del fuego.

Una madrugada, tras tanto insomnio, alcohol y pesadillas encaminándolo ya a la locura, procedió a investigar los cajones del despacho de su abuelo. Hasta entonces había respetado la intimidad de su correspondencia. Sacó de una gaveta cartas, viejas facturas y postales de sus viajes. Y un cuaderno de apuntes. Como un ladrón furtivo se llevó aquel tesoro a la sala, y lo leyó de cabo a rabo. A su abuelo, según se desprendía de sus anotaciones, le gustaban los experimentos, pero no aclaraba la naturaleza de los mismos. En su juventud estuvo varios meses en un manicomio, observando a los locos mientras curaba sus heridas o sus catarros. Luego se dedicó a viajar, al coleccionismo, al gusto por el cine psicotrópico y la literatura fantástica.

En la última página, a pluma y, a juzgar por la fecha de entrada, escrito unos días antes de su fallecimiento, Archibald halló lo siguiente:

«Por la casa vagan los fantasmas, ya no hay duda. No son espejismos de mi imaginación ni principio de desequilibrio. Sólo son el resultado de mis experimentos y de mis atrocidades, influido por todos esos cuentos fantásticos sobre doctores perturbados y múltiples paranoias. Que Dios me perdone.»

Archibald cedió a una nueva obsesión, añadida a la lectura: descifrar dichos experimentos y atrocidades. Comenzó a especular e inventar conexiones, a preguntarse si su abuelo guardaba relación con los aparecidos (cuatro niños de labios mojados en sangre, un hombre flaco, la mujer con cara de loca y una pareja de ancianos a quienes siempre veía cogidos de la mano en mitad del pasillo).

La influencia de sus historias favoritas lo conminó a vestirse como si fuese un viejo anticuario de Dickens. En el sótano había descubierto un baúl colmado de disfraces: se vistió con levitas, camisas blancas de amplias mangas, corbatines de seda, chalecos provistos de reloj de oro y leontina. Cubrió las ventanas, dejó de pasear por el exterior, la única luz que veía era la del fuego y la de las velas. Apenas almorzaba lo necesario para no caer inconsciente y renunció a la higiene y se puso a pintar blasfemias en las paredes y a apilar basuras por doquier, como si sufriera el Síndrome de Diógenes.

Aún conservaba la claridad justa para no olvidar las últimas anotaciones de su abuelo, influido éste por los cuentos fantásticos.

Regresaba algunas noches al sótano. La mayoría de los lamentos procedía de allí. Desesperado, comenzó a mover las baratijas, antiguallas y objetos, buscando un pasadizo secreto. Mientras trabajaba, sentía a sus espaldas la mirada de la loca. Se fijó en los desgarros de su cuello y de sus hombros, a través de los que se advertía el hueso, como si en vida la hubiera atacado una manada de lobos.

Por entonces, Archibald había empezado a padecer dos desórdenes del apetito: tricofagia y foliofagia, derivados de la pica o alotriofagia, comportamiento compulsivo en el que el paciente come sustancias no nutritivas. Tal vez comenzara a sufrir esta enfermedad por el agotamiento, la mala alimentación y su principio de esquizofrenia. La tricofagia consiste en el hábito de arrancarse los cabellos y mascarlos. La foliofagia consiste en devorar papel. El viudo sólo consumía, desde un mes atrás, pelo propio y papel de libro. A consecuencia, sus labios siempre se veían manchados de tinta desleída, presentaba zonas de calvicie sangrante, y empezó a obsesionarse tanto con los relatos de miedo que, en su paranoia, dio en creer que los personajes y las historias formarían parte de él si los iba engullendo.

La dieta de celulosa y cabello obligó a su organismo a padecer una desnutrición severa. La ingesta continua de pelo y papel hizo que en su estómago y en su intestino delgado se formaran tumores abdominales y tricobezoares (masas y recolecciones de sustancias vegetales y pelo, acumuladas en los pliegues de la mucosa gástrica). La celulosa, al principio, garantizaba unas deposiciones frecuentes;

pero el estricto régimen de papel, unido a la deglución de cabellos, lo arrastró a otros síntomas derivados de la enfermedad: pérdida de apetito y de peso, náuseas, vómitos, obstrucciones intestinales. Los dolores, los accesos de locura, la enajenación progresiva, el insomnio, la falta de luz natural, las lecturas y la dieta lo habían convertido en un espectro, en una especie de monstruo que aullaba por las noches.

Archibald topó entonces con un botón que accionaba una trampilla y accedió a un pasadizo secreto. Cogió un candelabro para descender al subterráneo, que despedía vaharadas fétidas, hedores de corrupción y de humedad. Se le llenó la cabeza de telas de araña. La luz de las velas iluminó una mazmorra con aparatos de tortura. En algunos instrumentos aún había pelo prendido y lo que, supuso, era sangre seca. El hedor provenía de un cuartito anexo, cerrado con una puerta de barrotes y un candado. Dentro vio una alfombra de huesos. Contó ocho cadáveres, según el recuento de cráneos.

Al fondo de la mazmorra había un mueble con libros, muy diferentes. Estos eran majestuosos, encuadernados con materiales de lujo. Escudriñó los libros: cuentos de terror y tratados diabólicos.

No advirtió el surtido de venenos de una pequeña estantería. Pero le llamó la atención un ejemplar abierto sobre un atril. Una antología de relatos: escrita a mano, de páginas apetitosas y bellísimas. Se le hizo la boca agua, se relamió de placer. Arrancó las páginas del libro y se puso a devorarlas.

Alrededor se fueron reuniendo algunos espectros. Y sonreían.

Había comido parte del libro, cuyas hojas le supieron a moho y a carne muerta, cuando sintió las primeras arcadas y náuseas, y cierta constricción de la garganta y la faringe. Algo iba mal, como si hubiese cenado sustancias corrosivas. Quiso atribuir la culpa a la calidad del papel: quizá la celulosa era muy antigua y, por tanto, más ácida.

Se fue al salón, aprisa y doblado en dos por culpa del ardor estomacal. Sentía sed y calambres en los dedos, cefalea y vértigo. Cayó, pues, en mitad del cuarto, víctima de las convulsiones y los vómitos mezclados con sangre, echando espumarajos por la boca.

Archibald agonizaba, preguntándose el motivo de su trance.

Nosotros no lo sabemos con precisión. Intuimos que la biblioteca secreta del abuelo cobijaba un libro escrito a mano con tinta y arsénico, acaso inspirado por *El nombre de la rosa*. Y no es necesario anotar que en las mazmorras perpetraba crímenes, infamias y monstruosidades. Tal vez el ejemplar envenenado fuese otro experimento.

Belknap comprendió antes de expirar, en un acceso de lucidez, que los fantasmas acosarían a cualquiera que habitase la mansión hasta empujarlo a la insania y a la muerte, en venganza por los homicidios de su abuelo. Su gula y la fatalidad hicieron el resto.

Sufrió un colapso cardíaco.

Los espíritus se congregaron en torno al cadáver: pálidos, fúnebres, satisfechos. En cada rostro brillaba una sutil, macabra sonrisa. Presenciar las últimas convulsiones del anciano les trajo malos recuerdos. Muy, muy malos.

© José Angel Barrueco

El autor:

José Ángel Barrueco. Escritor, columnista diario del periódico *La Opinión de Zamora* y colaborador habitual de Literaturas.com. Ha publicado las novelas *Recuerdos de un cine de barrio* (1999), *Monólogo de un canalla* (2002) y *Te escribiré una novela* (2003), así como la obra de teatro *Vengo de matar a un hombre* (2004) y el libro de microrrelatos *El hilo de la ficción* (2004). Sus cuentos y ensayos han aparecido en las antologías *Premio Relatos 1999*, *Feria del Libro de Madrid* (2000), *Por favor, sea breve* (2001), *Caminos de libertad. La Transición en Zamora* (2001), *El Fungible. Especial Relatos 2003* (2002), *Un rato del mundo y otros relatos* (2005), *Palabras para Cervantes* (2005), *La razón de la sinrazón que a la razón se hace. Lecturas actuales del Quijote* (2005), *Visiones 2006* (2006) y *Tripulantes. Nuevas aventuras de Vinalia Trippers* (2006). Ha colaborado en diversos medios, revistas y publicaciones. Página web: <http://www.kankel.net>

EL DUELO

por Rodolfo JM

Lo veo al llegar a la esquina, en titulares negros: hoy se cumplen diecinueve años. Por alguna razón levanto los ojos y haciéndome visera con la mano trato de mirar al sol. Deslumbrado, compro un ejemplar de cada periódico. Es algo que hago todos los dieciséis de noviembre.

En la oficina encuentro el mismo rumor de monitores y dedos presionando teclados, el zumbido de cafeteras y hojas impresas a una sola tinta, negra, al igual que el café nuestro de cada mañana. Tropiezo con Samuel, que lleva corbata verde con pequeñas palmeras amarillas; mide 1.60 y apesta a loción barata. Me pregunta qué opino del fin del mundo. Y se ríe en voz baja, tal como una rata se reiría en voz baja. Estiro los labios y voy hasta mi lugar. Me molesta que haya tanto ignorante ladrando sobre el fin del mundo.

Hace diecinueve años yo era todavía un niño. Las teorías del universo fantasma no significaban mucho para mí; eran algo tan fantástico e imposible como lo que sucedía en las películas y en los videojuegos. Para Mamá era sólo una tontería que preocupaba a Papá. Para Papá representaba la confirmación a todas sus desgracias, significaba la ausencia de Dios. Era la justificación a su vida.

En el monitor de mi computadora leo las noticias: *Le Monde* y el *New York Times*. Ambos periódicos confirman que la Tierra podría ser impactada por un meteorito gigante. Pienso en terremotos y tsunamis, en ciudades destrozadas; pero por la ventana se aprecia un cielo sin nubes, azul, aséptico, y un sol que hace juego con la corbata de Samuel.

«Hace diecinueve años yo era todavía un niño. Las teorías del universo fantasma no significaban mucho para mí; eran algo tan fantástico e imposible como lo que sucedía en las películas y en los videojuegos.»

Hace una semana el director de la empresa nos reunió a todos en el auditorio para advertirnos que no quería propaganda relacionada con el universo fantasma. Ni a favor ni en contra. Lo nuestro son los negocios y, fantasmas o no, estos son ur-gen-tes-e-in-me-dia-tos. En nuestro tiempo libre podíamos hacer el proselitismo que nos viniera en gana, pero durante nuestro horario de trabajo... No se toleraría una sola discusión sobre religión o ciencia. Buenas tardes señores.

Los discursos de advertencia son tradicionales. Cada noviembre vuelve la histeria; y surgen nuevos grupos que dicen tener las pruebas que derribarán a los *farsantes fantasma*, como llaman a los científicos; y los científicos confirman de nuevo lo que han llamado el mayor descubrimiento en la historia humana.

Lo cual demuestra que el ser humano es un animal de costumbres, y que aún no somos capaces de aceptar nuestra verdadera naturaleza, nuestra hermandad con la nada.

Samuel es un verdadero mierda. Le gusta provocarme. No es un secreto mi opinión sobre el fin del mundo y toda esa basura, aunque no acostumbro hablar de ello por las reglas que impone la empresa. Así es en general aquí. Todos sabemos quién pertenece a una secta religiosa, quién es pro-evolución, quién nihilista. Conocemos a la perfección ese odio callado que existe entre los diferentes grupos, un odio que no muestra la cara, un odio cobarde que se disfraza de cordialidad y compañerismo. Por ejemplo, nadie pondría en riesgo su trabajo iniciando un pleito por creencias personales; nadie salvo Samuel, que todos los días viene y me hace algún comentario abiertamente hostil. Samuel pertenece a

uno de esos grupos pro-evolución que dicen creer en la ciencia pero no en esa «estupidez» del ruido cósmico y el universo fantasma. La mayoría de esos grupos son también cristianos.

Casi siempre esquivo las tonterías de Samuel con respuestas irónicas que me parece no termina de entender el muy idiota, en otras ocasiones me quedo callado, conteniendo mi furia. Pero un día, lo sé muy bien y será pronto, no voy a soportar más.

Papá fue el primero que intentó explicarme la teoría del universo fantasma. Una explicación demasiado simple e inexacta en los detalles, pero que resume perfectamente la teoría y la idea que la gente tenía de ella.

–Esos estúpidos... Buscaron la cuna y encontraron la tumba.

Papá decía que los científicos no tenían derecho a investigar un asunto tan grave, que hay cosas que el hombre no debe saber pues no están hechas para su entendimiento.

En otro momento nadie hubiese hecho caso de una noticia que sonaba tan absurda. *El universo fantasma...*; hubiera sido más fácil aceptar un desastre: guerras, epidemias, terremotos, incluso alienígenas invasores. Algo espectacular, definitivo. En cambio saber que el universo había existido alguna vez, y que había explotado, dejando tras de sí una estela de basura y energía residual, a la cual pertenecemos junto con todas las galaxias y estrellas... No, eso no es lo que un ser humano del siglo XXI esperaría. No esta miseria metafísica. Pero sucedió, y fue como si la idea hubiese estado allí, en el cerebro del primer hombre, esperando el momento oportuno para despertar. Los suicidios masivos, las sectas, la respuesta enajenada de los medios de comunicación, eso sólo vino a confirmarlo: El universo es basura. Pero no hay explicación sencilla. Es algo que tenía que pasar.

Pienso en ello a menudo. Me pregunto cómo sería ese otro universo, o metaverso, como le llaman, y del que somos un reflejo casi diluido. No niego que en ocasiones me angustia la idea, pero en general me entusiasma. Hay un extraño placer en imaginar que eso que por mucho tiempo llamamos evolución no es sino decadencia.

Llego a casa y abro los periódicos que compré. Cada vez hay más gente mostrando su repudio contra los científicos e ideólogos del universo fantasma. Sus argumentos son los mismos que en el pasado: que los niños siguen naciendo, que no ha llegado la guerra final ni el meteorito destructor de planetas. Que estamos *vivos*. Están las asociaciones contra la ciencia. Pero todas son débiles y sus tonterías siempre refutadas. También hay científicos que se han unido a los grupos pro-evolución, como en el que milita Samuel. La ciencia no puede servir para decretar la inexistencia del universo creado por Dios, proclaman a gritos los pro-evolucionistas, una mano en la Biblia y otra en el método científico.

«Esta mañana Samuel ha cruzado la línea. Me ha pegado en la espalda, con cinta adhesiva, una hoja de papel con la siguiente leyenda: No existo. Buuu!»

* * *

Esta mañana Samuel ha cruzado la línea. Me ha pegado en la espalda, con cinta adhesiva, una hoja de papel con la siguiente leyenda: *No existo. Buuu!*

He caminado por los pasillos y el comedor sin que nadie me advirtiese de la broma. Las risas que escuché a mi paso debieron ponerme al tanto de que algo no iba bien, pero ensimismado como soy no hice nada. Lo supe hasta después de la comida, al quitarme el saco. Samuel me observaba y se reía ante mi perplejidad. Comprendiendo lo que había sucedido caminé hasta donde estaba y me paré enfrente de él. El muy hijo de puta esperaba que le tirara un golpe, o que le soltara un madrigal de maldiciones, lo necesario para que se me pudiera acusar de iniciar una pelea. No caí. Le miré fijamente, y justo cuando empezaba a sacudirse por un nuevo ataque de risa le escupí en la cara.

Me hace gracia ver la importancia que da la gente a su vida. Como si hicieran algo verdadero con ella. Como si nuestra propia naturaleza, esa existencia de la que tanto se ufanan los opositores al universo fantasma, fuera tan importante. No se dan cuenta de que cada uno de nuestros actos delata el vacío, el sinsentido; que sólo en un mundo muerto podía haberse dado una especie como la nuestra. Ese mismo negar que somos nada ya es un síntoma de desesperación.

Aquí en la oficina, luego del incidente con Samuel, que aunque silencioso no pasó desapercibido para nadie, el ambiente se ha puesto tenso. Dudo que alguien quiera interferir. Es lo mejor, cada quien sus problemas. Samuel está en su cubículo, pudriéndose del coraje, o tal vez asustado porque sabe que alguien como yo no teme las consecuencias de sus propios actos. Ven, rétame. Pienso complacido. No es que tenga en muy alta estima mis virtudes para el combate, es sólo que no temo a las repercusiones de un encuentro con Samuel, ni con nadie. No hay «más allá» ni autoridad moral que me intimide, sólo tengo un aquí y un ahora, inasible.

Leo las noticias en el monitor de mi computadora: *Le Monde* y el *New York Times*, como siempre. Dicen que de suceder el impacto entre la Tierra y el meteorito gigante sería en un lapso de tres a cuatro años.

Por la tarde, antes de salir de la oficina, Samuel se ha acercado a mi cubículo y me ha dicho:

—Esto no se va a quedar así, espectro de mierda. Yo no estoy solo.

«Ahora me parece lógico que Papá haya decidido unirse a los radicales, aunque su anterior rechazo a las teorías del universo fantasma haga parecer contradictoria su decisión.»

Antes de dormir pienso en mis padres. Mamá murió el año pasado. El doctor dijo que de tristeza. Papá se unió a un grupo radical nihilista y nos abandonó tres años después del *fin del mundo*. Pienso en cómo hubieran sido las cosas estando ellos juntos, a veces incluyo en esos pensamientos la idea de que la Tierra no es un pedazo de mierda flotando en el espacio, pero no consigo una imagen clara, veo los rostros de mis padres durante algunos minutos, mas las figuras se descomponen y se mezclan hasta desaparecer.

Esta noche un pensamiento nuevo exige atención: Samuel. Me veo a mí mismo, caminando por los pasillos con ese papel pegado a la espalda —*No existo. Buuu!*—, luego veo la cara simiesca de Samuel, burlándose. Vuelvo a sentirme furioso.

* * *

Samuel me ha esquivado toda la mañana, pero me mira, inseguro y envalentonado al mismo tiempo. Yo leo las noticias en el Internet: *Le Monde* y el *New York Times*, como siempre. Este día no hay nada sobre el meteorito gigante, en cambio ambos periódicos incluyen un artículo sobre *El gato de Schrödinger*, una vieja teoría científica sobre la multiplicidad de realidades. De repente me preocupa que en los dos periódicos encuentre las mismas noticias, todavía más, me preocupa que no me hubiese dado cuenta antes. El autor de la nota, haciendo una analogía con la teoría de *Schrödinger*, dice que el universo es un gato gigante, uno que murió en el Big bang y al mismo tiempo uno que nació en ese momento. Nosotros somos el gato muerto.

Leo también que en Berlín un grupo pro-evolución realizó ataques a varios negocios nihilistas del centro de la ciudad. Siempre es igual con esos fanáticos, lo que no son capaces de defender por la vía razonable esperan hacerlo con violencia. Lo cual me recuerda que he sido amenazado por uno de ellos y que debería estar temblando de miedo. ¡Ja!

Si bien la empresa no permite discusiones sobre ciencia o religión, no impide que los empleados usen los colores distintivos de sus creencias, siempre y cuando no haya algún logotipo o publicidad directa en ellos. Los religiosos, por ejemplo, no usan color en particular, la cruz, que llevan colgada al cuello, sigue siendo su distintivo; los pro-evolucionistas visten con el mayor colorido que permiten las normas sociales. Yo, como buen nihilista, visto de riguroso negro.

Ahora me parece lógico que Papá haya decidido unirse a los radicales, aunque su anterior rechazo a las teorías del universo fantasma haga parecer contradictoria su decisión. Quiero decir que para un hombre como mi padre, que nunca vio en su vida otra cosa que no fueran desgracias, el hecho de que nuestro mundo estuviera destinado al vacío fue el tiro en la sien, pero también la razón que le eximía de toda responsabilidad. Dejó de ser un fracasado y se convirtió en un hombre hecho a imagen y semejanza del universo.

Mis razones para adoptar el nihilismo son otras, en resumen podría hablar solo de una. Y esa una es la que me permite aceptar lo que sucede a mi alrededor sin que el cerebro me reviente: Este mundo es un fantasma, es el caos que dejan los muertos. ¿Por qué habría de tener sentido?

Faltando poco para salir de la oficina, Samuel por fin aparece. Lo hace frente a la puerta de mi cubículo. Lleva el rostro encendido y burlón, me dice:

–¿Puede morir lo que está muerto? Piénsalo un poco.

Es una pregunta que me he hecho ya varias veces. Si el fantasma es un reflejo que queda tras la muerte de lo vivo, ¿qué deja tras de sí un fantasma?

–Te espero en el estacionamiento –remata. Y yo me siento afortunado de tener al fin la oportunidad de cerrarle el hocico.

«¿Puede morir lo que está muerto? Digo en voz alta mientras bajo las escaleras que llevan al estacionamiento.»

Alguna vez leí que hubo un tiempo en que los hombres arreglaban sus diferencias mediante duelos. Se citaban en algún descampado, cada uno con sus testigos, mismos que vigilaban se cumplieran las reglas de un combate entre caballeros, es decir: Uno a uno y en condiciones de igualdad. Hoy en día no hay ceremonias, ni combate entre caballeros, mucho menos condiciones de igualdad. Pero esas eran costumbres de un mundo que creía en su trascendencia. Imposible exigir un poco de cordura a los gusanos que infestan una manzana.

¿Puede morir lo que está muerto? Digo en voz alta mientras bajo las escaleras que llevan al estacionamiento. Al mirar la escena entiendo que me equivoqué al decir que ya no existen las ceremonias. Estoy ante una en la que todos los presentes, sin importar sus creencias, aceptan que somos nada. Porque suceda lo que suceda ésta noche en el estacionamiento, mañana será olvido, nadie recordará.

Tengo ante mí un círculo de personas, todos ellos empleados de la empresa, la mayoría miembros de grupos pro-evolución; me da gusto no reconocer a ningún nihilista entre los mirones. Rodeado por algunos de sus allegados veo a Samuel, colocándose un par de manoplas metálicas. Pienso en la advertencia que me hiciera anoche: *No estoy solo*.

Claro que estás solo, enano miserable. Todos lo estamos.

Cierro el puño y reconozco la seguridad que infunde la navaja en mi mano. Estiro los brazos; siento su flexibilidad, su fuerza. Camino hasta el centro del círculo de gente y con un grito llamo a Samuel. Puedo ver en sus ojos esa mezcla de miedo y coraje que ya he visto en otras ocasiones. Sonrío.

© Rodolfo JM

El autor:

Rodolfo JM (México, D.F. 1973) Ingeniero industrial. Ha publicado el libro de poesía: *Poesía incompleta*. Ganador del VI premio de narrativa breve "Tirant lo blanc", algunos de sus cuentos se encuentran publicados en revistas virtuales del género. Se encuentra antologado en la recopilación *Antes de que las letras se conviertan en arañas*. Su bitácora electrónica es: <http://www.heroesycañallas.blogspot.com>

FORMAS DEL IRIS

por Miguel P. Soler

Se sentía el silencio de la ciudad como una laguna de aceite donde sólo fluía, en un lejano roce, la luz en la atmósfera de las lámparas.

–Hacen bien el café acá, ¿no?

–Sí, no en cualquier bar te lo preparan tan fuerte y sabroso –Paco esbozó una media sonrisa, tan parecida a esa forma de la distancia que una fotografía le había capturado en los viejos tiempos del Industrial N° 27. Y en Juan José había resonado ese relámpago del pasado, esa comunicación de instantáneas reflejas, porque pensaba (y se lo había dicho) que después del colegio secundario, sus dispares carreras les habían preparado para este encuentro nocturno, esta escenificación: la del relato.

–Vos abogado, Alberto investigador, y yo un simple fotógrafo –decía con sorna Juan José, aunque él había cursado tres años de Química en la UBA junto a Alberto.

Eran las tres de la mañana; solos, ellos dos, entrelazaban sus voces en un diálogo casi tan parecido a esas charlas después de egresados de la 27, en el bar de Marconi. Pero ahora, cierto ambiente tenso (tal vez el que precede a la confesión) les hacía tantear sus palabras, medir sus fuerzas y reconocer en ellas los viejos gestos de la amistad, de la intimidad. Después de todo, hacía cuatro años más o menos que Juan José no se juntaba con Paco para conversar; y ahora lo había llamado y quería hablarle de amigo a amigo, aún en este ambiente adverso, considerando la hora, las circunstancias. Apenas había espacio sobre la mesa de formica para apoyar las tazas y el azúcar. La mirada de Paco deambulaba sobre los objetos que Juan José había dispuesto sobre la mesa para ser mostrados. Eran láminas y fotos, unos cuantos esbozos técnicos, una carta manuscrita de Alberto enrollada en una cinta colorada, que además llevaba cosida una fotografía y un piolín.

–Es una de las «geniales» ocurrencias de Alberto –dijo Juan José sosteniendo con dos dedos del hilo, y el conjunto del rollo y la foto rotaba como un *móvil*–. Ves, las llamaba cartas-anzuelo. Es un papelón, ¡hasta las colgaba en la parada de los colectivos!

Paco observaba un tanto embobado en el girar levemente pendular de la foto, ese rostro femenino evanescente, esfumado, donde en un gesto risueño, unos bellos ojos horadaban la superficie y lo llamaban como dos faros desde una costa inalcanzable.

«Eran las tres de la mañana; solos, ellos dos, entrelazaban sus voces en un diálogo casi tan parecido a esas charlas después de egresados de la 27, en el bar de Marconi. Pero ahora, cierto ambiente tenso (tal vez el que precede a la confesión) les hacía tantear sus palabras, medir sus fuerzas y reconocer en ellas los viejos gestos de la amistad, de la intimidad.»

–Tomá, leela. Me vas a entender mejor lo que te cuente –y Paco ya desenrollaba esa larga página manuscrita que le había tendido su amigo. Era obvio que Juan José estaba nervioso: su mirada inquieta y ansiosa supervisaba todos los rincones y, de tanto en tanto, a sus espaldas, se detenía en el espejo tan cercano que duplicaba el escenario del diálogo. Diálogo al cual ahora se le sumaba otra voz (¿de un emisor ausente?, se preguntaba en ese momento Paco) Y entonces, las filigranas del trazo de Alberto se plegaron entre los párpados de Paco; y era el movimiento lento y sumiso a la letra lo que hacía que la mirada de Paco destrazara y recompusiera mentalmente el sonido de la voz de Alberto. Alberto hablando a una mujer. Alberto escribiendo una carta de amor para una mujer evanescente: la de la fotografía.

Dulce muchacha de ojos iridiscentes: Sé que no entenderás, que no le podrás creer a quien te escribe cuando tomes esta carta. No puedo saber si sorprendida, la tomaste de un picaporte o si la arrancaste como un extraño racimo de la rama de aquel árbol.

¡Cuánto quisiera ver la expresión de tu rostro cuando descubriste esa foto tan hermosa de tu cara, suspendida y llamándote como el reflejo distante de tu propio espejismo! Dirás seguramente que estoy loco, que soy tal vez un delirante, un obsesivo. O a lo mejor, –y preferiría esto, ya que la idea que te hicieras de mí no se vería afectada por malos pensamientos– que soy un charlatán, un conquistador exquisito. Sólo ruego que no dejes de leerme. Permíteme explicarte (¡cómo quisiera que me escuches!), que ésta es la única manera de contactarme con vos, ya que es imposible (lo sé recién ahora) un encuentro, una declaración piel a piel. Es como arrojar una sonda submarina en lo más hondo de un sueño, y rescatar de sus marismas la delicada forma del amor de nuestros deseos. Mi angustia, mi melancolía insana, sabe que es imposible tenerte. Sos mi novia de un sueño repetido donde jamás nos reconocemos ni cruzamos. Nunca he sentido por otra lo que siento por vos. Aunque es justo admitirlo (y aquí podrías imaginarme como un don juan sofisticado), muchas mujeres he tenido en mi vida, con mis 31 años...

–¿Seguía siendo el mismo versero? –preguntó alegremente sorprendido Paco, interrumpiendo su lectura– ¿Andaba saliendo todavía con varias minas a la vez?

–¿Te acordás? Decía que no se podía aguantar; que bastaba mirar una mina linda para que se lanzara al levante. Morocha, pelirroja, rubia; no perdonaba una. Hasta que le respondieran con un golpe o con un beso; no le importaba.

Paco sonrió al recordar las salidas juntos a los boliches. Sin embargo, notó que un pensamiento repentino y derivado del recuerdo, ahora ensombrecía la expresión del rostro de Juan José.

«Paco lo miró súbitamente extrañado, atropellándose en su mente los enigmas; sólo llegaban a su expresión los silencios cargados de preguntas sin poder formularse con claridad. Sólo la intuición como una flecha ciega.»

–¿Te acordás de Marisa Donato? Mi novia del secundario, ¿te acordás?

–Pensé que eso ya estaba olvidado –repuso molesto Paco.

–Sí, yo también creía que me había olvidado.

–Pero Juanjo... la de la foto no es Marisa, ¿no?

Juan José pareció titubear, balbuceando como un pez en procura de agua.

–No, no... claro que no –tomó la fotografía y la hizo rotar como un naipe entre sus dedos–. Ella no es Marisa. Él no conocía el nombre de la chica de la foto. A veces la llamaba Iris porque le encantaba el color y las formas del iris de sus ojos. ¿Ves en la foto? Tiene una mirada muy dulce y seductora; y es preciosa, no me lo podés negar. Esta foto la saqué yo.

Paco lo miró súbitamente extrañado, atropellándose en su mente los enigmas; sólo llegaban a su expresión los silencios cargados de preguntas sin poder formularse con claridad. Sólo la intuición como una flecha ciega.

–Trabajamos juntos en el Proyecto –dijo Juanjo atento a los dibujos de la borra, en lo hondo del pocillo de café–, mucho tiempo desarrollando ese gran Proyecto. Está bien que él sabía la teoría y yo sólo traía mis técnicas, mi experiencia en la fotografía y en las tinturas. ¡Pero, decime vos! –y sus ojos lo miraron violentos como en una denuncia–: ¡Por qué ese hijo de puta, con tantas mujeres, me tuvo que cagar con Marisa!

Y Paco no entendía, cómo después de Marisa, Juan José de alguna manera había olvidado y perdonado –en ese entonces sólo contaban con 19 años–, cómo, si bien él (Paco) se había alejado de sus amigos para estudiar leyes, Juan José y Alberto lograron continuar todo ese tiempo juntos. Y luego el proyecto, el vértigo del descubrimiento científico, el sueño en torno a la óptica de las imágenes instantáneas.

Esta imagen imposible de tu rostro me desvela, porque sé que la trayectoria instantánea de tu mirada nunca corta mi figura; que en un oscuro modelo de campos magnéticos, nuestras trayectorias nunca han de cruzarse; que nuestro rotar azaroso por la ciudad nunca intersectará la zona del encuentro. No sé que ley nos domina, pero hasta ahora todos mis intentos de encontrarte han fallado uno tras otro (sí, mi conclusión es inductiva, pero mi instinto percibe la verdad de su fatalidad). Quiero contarte desde el principio cómo he llegado a conocerte, a amarte sin vos saberlo. Para mí es sencillo, tiene la belleza simple de un cuento de hadas y la estructura armónica de un conjunto de ecuaciones matemáticas. Pero sé que sería larguísimo y tedioso enumerarte los felices pasos de un gran descubrimiento.

–Vos ves, Paco. No necesito saber leyes para entender que el hombre convive con reglas que se impone a sí mismo, pero que por sus propias formas se comunican a los pasillos de la transgresión y del crimen. Hecha la ley hecha la trampa, ¿no?

–No entiendo qué querés decir.

–De la ciencia a la mística hay un sólo paso –suspiró Juan José–. Dale Paco, seguí leyendo.

Voy a explicártelo como si fuese una anécdota. Seguramente te ha pasado presenciar o vivir esto alguna vez: una familia, un grupo humano, decide tomarse una fotografía frente al mar, durante un caluroso verano. El fotógrafo se aleja lo suficiente como para que el objetivo de la cámara registre en un instante la alegría casi teatral de la familia. Entonces comienzan los problemas: un niño pasa a la carrera frente a la cámara, una pareja de gordos atraviesa la escena despreocupadamente. Ante los ruegos del padre de familia y del fotógrafo, la gente comienza a detenerse en la periferia del campo de visión de la cámara. ¡Clic! y el haz instantáneo absorbe en celuloide, ese pequeño pedazo de tiempo suspenso. Pero ¿no te preguntaste alguna vez, quiénes gravitan y acechan en los contornos no vistos de una fotografía? El ojo de la cámara sólo percibe y encuadra un fragmento de la realidad visible; y en torno, como sobre goznes bien enjabonados, giran las entidades intuitas (al igual que el aire sobre la piel, tiene un peso propio tan leve que nuestra sensibilidad lo desatiende, aletargada en lo cotidiano de vivir). Pero imaginá que tenés una foto del tiempo de tu infancia, y que por un mecanismo amplificador, se pudiera revelar en una imagen nítida todo lo que la rodea. ¡El vértigo! Entonces lograrás ver todo lo que no se haya encuadrado en aquel momento dentro de los límites de la fotografía (sobre el mismo plano), y a los personajes que se circunscriben a ella y que antes sólo convivían en un mundo adyacente y fantasmal. La Familia verá toda la playa, la extraña profundidad del cielo, la gaviota suspendida, los chicos jugando a la pelota, la pareja de gordos aguardando fastidiados reanudar con su paseo.

–No entiendo Juanjo, ¿cómo hicieron?, ¿a qué se refiere Alberto en realidad?

Juan José se estiró satisfecho en su asiento, como preparándose a una larga disertación académica. Tomó un papel y trazó algunos garabatos. Dijo:

–No es tan complejo una vez que tenés el modelo en la cabeza y los conceptos fundamentales. ¿Te acordás de la materia de Metalurgia de Quinto Año?

–Ya casi nada –carraspeó Paco.

–Bueno, a ver si me explico –Juan José buscó en su mente las palabras apropiadas–. En toda solución metálica, desde el momento en que aún está fundida a una temperatura de milquinientos grados centígrados y entra en el período de solidificación, su estructura comienza a cristalizarse de acuerdo a un parámetro de red; o sea, que según un plan de disposiciones inherente a los elementos químicos involucrados en el proceso, los átomos se arman en cristales tensionados entre sí para formar el sólido. Es decir, que ésta información determinante en el plan de crecimiento continuo de una estructura

solidificándose, de alguna manera, se estira y se difunde hacia los últimos granos. ¿Ves?, como si en cada borde se guardase la receta para la continuación de la estructura.

–Pero,... ¿cómo...?

–Entonces, en los límites de la fotografía –continuó Juan José entusiasmado– y a una dimensión únicamente coplanar, existe lo que llamamos «imagrillas»: algo así como las unidades mínimas germinativas de una imagen. De acuerdo a una progresión lógica, podemos recomponer gracias a las tensiones de esas imagrillas marginales, las imagrillas ausentes que tirantan de ellas –ante el estupor de Paco, Juan José agregó–, como con el ADN: gracias a una confianza lógica en su estructura cifrada en forma alfabética, puede reponerse información faltante así como se reconstruye una larga frase de crucigrama –las manos de Juan José hurgaron inquietas entre sus papeles–. A propósito, tengo un regalo para vos.

«–Vos ves, Paco. No necesito saber leyes para entender que el hombre convive con reglas que se impone a sí mismo, pero que por sus propias formas se comunican a los pasillos de la transgresión y del crimen. Hecha la ley hecha la trampa, ¿no?»

Paco, absolutamente demudado, intimidado frente a un conocimiento que no llegaba a comprender bien, tomó aquella extraña fotografía que le regalaba Juan José. Era circular, de aproximadamente 50 centímetros de diámetro. Reconoció el centro. Trajo desde su memoria el fragmento rectangular que, aún hoy, guarda en su álbum de tapas naranja: la foto del viaje de fin de curso a Bariloche. Allí estaban todos. Alberto que lo abrazaba con una carcajada en la boca, Juan José más bien serio achicando los ojos por el reflejo. El resto de los chicos (de algunos, ya no recordaba bien los nombres y apellidos) apiñados en distintas posiciones, todos eufóricos. Y Paco se vio con esa media sonrisa – que a los otros les parecía tan característica en él–, con su mirada ligeramente inclinada hacia un costado de la ubicación virtual del fotógrafo. Siempre que miraba su copia de esta fotografía, se preguntaba hacia dónde dirigía en ella su vista; no podía acordarse. Ahora, en aquella foto circular, aparecía el grupo de chicas del Nacional N° 19. Un grupo de risueñas adolescentes mirándolos posar. Y entre ellas Cristina. El rayo de su mirada retratada, iluminando más allá la alegría de Cristina, de esa imagen recobrada de la invisibilidad del tiempo instantáneo. Y el cielo azul y la nieve blanca, y los fantasmas convocados.

Mi amigo y yo entusiasmados, comenzamos a tomarnos fotografías, ampliando los márgenes de sus fragmentos y ganando cada vez más centímetros a lo invisible. Y entonces apareciste: allí, junto a una parada de colectivo, entre amigas. Amplié tu rostro y me embrujaron tus ojos, las vetas azarosas de tus iris, la profundidad de tus pupilas. Esa sonrisa dulce y cómplice, de quien intuye compartir un mismo espacio de roces invisibles. Yo tonto y alegre sonriendo a la cámara (cucú-pajarito), y vos más allá, inadvertida al disparo de un piropo. ¡Pero tus ojos! ¡Tus iris anaranjados de veteadas formas azarosas! Luego no pude encontrarte, alentándome a forzar la casualidad. Pasó un tiempo (un rollo o dos) para que volviésemos a aparecer, siempre distante, huidiza, en continua fuga. Doblando una esquina, o fuera de mi vista cuando me afanaba en enfocar alguna imagen efímera. O como la vez, que encaramado a la rama gruesa de un árbol de la plaza, tranquilamente paseabas por detrás, en el sendero lindante: tu mirada alegre a la altura del balanceo de mis piernas. ¿Cómo podía ser? ¿Cómo puede ser que aparecieses sin que yo te llegase a ver, aunque te buscara enloquecido? Cada vez que Juan José me traía una foto recién revelada temblaba, y allí estabas: ¡como una aparición!

–Desde aquella primera foto vi que estaba enloquecido por ella –explicó Juan José. Hizo un ligero silencio y volteó nerviosamente la cabeza, mirando en derredor. Paco atisbó su imagen en el espejo, el cual no sólo sentía que lo reflejaba, sino que también dejaba traspasar desde su reverso cierto incómodo influjo sobre la conversación. Juan José continuó:

–Creía que la llegaba a ver en cualquier parte. De repente notaba en una esquina lejana un ligero movimiento de sombras, y ya salía corriendo como loco hacia allá, para luego volver desilusionado. Entonces yo le comenté mi teoría del asunto, y este boludo la estetizó hasta la locura. Mistificó todo.

–Pero, ¿qué le dijiste?

–Que tal vez al igual que los encuadres de una cámara fotográfica común, nuestros ojos sólo pueden ver porciones acotadas del mundo. Como si existiesen cosas con ciertas propiedades especiales, tales que se sustrajeran de nuestro campo visual.

–¿Qué aunque movieras tus ojos en distintas direcciones, esas personas o cosas especiales se moverían un poco más allá de nuestra mirada, en un punto ciego?

–Sí –dijo sonriendo Juan José–, algo parecido.

Tuve un sueño con vos; como todo sueño angustiante de un amor imposible. Recuerdo, entre todos esos fragmentos que se me escapan en visiones indecibles, que inmerso en una atmósfera violácea, recorría las calles solitarias buscándote. Y entonces llegaba a un estanque oscuro de agua, donde nada se movía ni murmuraba. Y sabía que disuelta en el líquido me eras irrespirable. Y tus ojos venían a aparecer revoloteando como idénticas mariposas anaranjadas y veteadas; y cuando las tocaba se deshacían en un polvillo menudo que impregnaba todo mi cuerpo. Ahora era una criatura del iris, otra forma del iris; condenada a vivir fuera del reino que abarcara tu vista, imbuida de una bella y colorida forma de la invisibilidad. ¡Si pudiese asomarme al brocal oscuro y profundo de tus pupilas! Ahora sólo espero que hayas descubierto una de mis cartas, de estas cartas que he sembrado como anzuelos por todo el ámbito de tus apariciones.

–¿Ella llegó a leer alguna de las cartas? –preguntó Paco, y a la vez se preguntó a sí mismo a qué había venido, por qué escuchar esa historia en este lugar, a estas horas. Por qué tanto secreto presentado como una relojería de escenas y fotografías, combinándose hacia un oscuro desenlace.

«Paco, absolutamente demudado, intimidado frente a un conocimiento que no llegaba a comprender bien, tomó aquella extraña fotografía que le regalaba Juan José. Era circular, de aproximadamente 50 centímetros de diámetro. Reconoció el centro. Trajo desde su memoria el fragmento rectangular que, aún hoy, guarda en su álbum de tapas naranja: la foto del viaje de fin de curso a Bariloche. Allí estaban todos.»

–No, Sonia no llegó a leerla.

–¿Sonia?

–Sí –Juan José ahora sonreía divertido, demorando sus respuestas–. Sonia (Sonia o Iris, como quieras llamarla) era amiga de mi hermana. ¿Viste que Alberto menciona una primera fotografía? Bueno, una de las chicas de aquel grupo de amigas era mi hermana, y el boludo no la reconoció.

–Pero, ¿cómo? No entiendo

–Porque no pude olvidar lo de Marisa, ¿no lo entendés? –Juan José se volvió a mover

nerviosamente, inspeccionando una y otra vez los rincones, la fluctuante densidad de los reflejos en el espejo cercano–, ¿no lo entendés? Son fotomontajes. Yo le dije a Sonia después de esa primera foto, que posara para las restantes, que había que hacerle una joda a un amigo. Yo mismo las revelaba, yo las preparaba, yo alimentaba la pasión y la desesperación de Alberto.

–¿Por qué? ¿Por venganza?

–Tal vez –algo comenzaba a perturbar tanto a Juan José, que le hacía vacilar en cada palabra pronunciada, quebrando el tono de su voz–. No sé cómo llegué a esto. Ella quería conocer a Alberto, y lo iba a arruinar todo, y entonces...

...y ahora, hace tantas fotos que no te veo, que no te recupero del blando y oscuro iris de mis ojos. Abandono todo el Proyecto (al parecer ya Juan José lo ha hecho; me evita. Está tan distinto, tan nervioso e intolerante que no lo reconozco) Necesito de tu existencia, de que en tu irrespirable y lejano líquido, sepas de los ecos de mi voz.

–Yo empezaba a amarla. ¡No podía permitirlo de nuevo!

–Pero Juanjo, ¿qué hicistes? –en Paco cristalizó instantáneamente toda la escena, las palabras entredichas.

–Seguro que Alberto vio la foto en los diarios y me busca –Juan José lloriqueaba vergonzosamente, mientras vigilaba la puerta y los rincones–. Siento que me observa y me acecha desde un punto invisible para mí. ¡Y no lo puedo soportar, Paco! Se debe creer una de sus estúpidas formas del iris y siento que presiona mis párpados, que me espía y me condena. ¡Me pesa en los párpados y en la nuca! Paco, necesitaba decírtelo, hacerte esta confesión. Iba a contártelo de todos modos; no sé si ahora y acá, pero no pude evitar una sonrisa de alivio cuando me dijeron que tenía que llamar a mi abogado.

–Juanjo, éramos todos amigos... –a Paco le era difícil contener toda esa triste angustia que lo conmovía, y ahora entendía por qué la cita aquí, en el destacamento de policía, por qué la hora inusual. Recordó la foto en el diario «La Nación» que había hojeado el sábado pasado, haciendo coincidir, como quien hace foco luego de la ebriedad, la imagen del recuerdo y la imagen de la evanescencia. Ahora entendía: los ojos desorbitados de Juan José diciendo que Alberto se había transformado en una forma del iris, que lo espía y que se escurría como una sombra fugaz evitando sus pupilas dilatadas. Y Paco sintió en ese momento un estremecimiento, porque sabía que tras el espejo: Alberto con los ojos enrojecidos, Alberto junto al Inspector de Policía observando desde su invisibilidad las formas de Paco y Juan José dentro del cuarto cerrado, en el escenario fragmentario de una visión silenciosa.

«–Porque no pude olvidar lo de Marisa, ¿no lo entendés? –Juan José se volvió a mover nerviosamente, inspeccionando una y otra vez los rincones, la fluctuante densidad de los reflejos en el espejo cercano–, ¿no lo entendés? Son fotomontajes. Yo le dije a Sonia después de esa primera foto, que posara para las restantes, que había que hacerle una joda a un amigo. Yo mismo las revelaba, yo las preparaba, yo alimentaba la pasión y la desesperación de Alberto.»

Al menos sé, mi bella Iris, que tu cuerpo respira contiguo al mío. Aunque sin rozarnos, ni mirarnos, compartimos un mismo espacio en las imágenes fotográficas. Que a través de esta densa atmósfera líquida del desencuentro, te puede llegar mi botella al mar, mi barquito de papel. Y siento que si lo intento bastante, en algún punto cederá la pared de este sueño. Sí, denso y casi irrespirable; pero no impenetrable como la muerte.

© Miguel P. Soler

El autor:

Miguel P. Soler (Buenos Aires, Argentina, 1970). Participación activa como escritor en un equipo de diseñadores gráficos, conformando un proyecto de revista turístico-cultural denominado "Proyecto Knossos". Obtuvo el Segundo Premio del Concurso de Ideas LA NACIÓN, para la creación de un nuevo medio periodístico gráfico (Agosto 2002). Guionista para varios cortos de cine, entre ellos "El Señuelo", dirigido por Mario Azechaval (1996). Primera mención en Poesía, Premio "Fermín Estrella Gutierrez". El jurado estuvo integrado por Antonio Requeni, Angel Mazzei, Jorge Calvetti (1993). Colaboración ocasional en la revista literaria electrónica "Hermano Cerdo", proyecto panamericano dirigido por Mauricio Salvador. En estos momentos está por cristalizar su primera novela.

JULIA

por Sergio Llorens

Me ha parecido verte detrás de la ventana. Tal vez sea un reflejo, una sombra. A estas horas de la noche todo parece distinto. Incluso tú, Julia.

¿Qué te costaría asomarte? ¿Qué te costaría decirme algo? Como por ejemplo, que me echas menos, que tu casa es muy grande y que te sientes cansada de tanta soledad. Antes tu deseo era urgente. Ahora tu sombra no me dice nada. Mis ojos persiguen cada movimiento tuyo. Y sólo espero que abras la ventana, que dejes entrar el aire del verano y me digas algo.

Yo te avisaría, te diría que estoy aquí. Pero no tengo tu número, comprendo que nunca me lo dieras. Y lo de aparecer en tu casa sin avisar, no es recomendable. Son las cosas que tiene lo de ser amante. No hay mucha libertad de elección. En este momento sólo me queda de ti tu ventana. Lejana, distante. Como la primera vez que nos acostamos. Con las sábanas pegadas a la piel, mirábamos abrazados tu foto de boda. Me dijiste que me fijara bien en el reflejo del cristal. Sobre la sonrisa de dos recién casados flotaba mi ventana. Cada tarde, después de gastarnos los cuerpos y las bocas, me decías que a partir de ahora amarías a tu marido con los ojos abiertos, sin perder de vista tu foto de boda.

Me hiciste sentir especial al oír eso. Pensé que podía abrirme un hueco en tu vida, o mejor, tú me abrirías ese hueco, esa oportunidad. Como verás el enamorado nunca pierde su esperanza, su vanidad.

La mañana en que te conocí olías a sándalo y canela y yo apenas me había secado el pelo. Estaba terminando la ducha cuando llamaron a la puerta. Envuelto en una toalla abrí y me vino aquel aroma a flores y cremas dulces y caras. Nos presentamos, Julia y Marco, me diste la mano, me quedé en tu calor y en el fondo del fondo de tus ojos. Llevabas una carta para mí, era *Urgente* (o al menos eso ponía) y habías sido tan amable de traérmela. Tú vivías en la escalera B y yo en la A. Casualmente compartíamos número de puerta, 45, pero con diferente letra. Te fuiste en seguida, tenías cosas que hacer. De ti sólo me quedó el aroma de tu pelo enredado, que poco a poco se escaparía por los rincones de la casa.

«La mañana en que te conocí olías a sándalo y canela y yo apenas me había secado el pelo.»

Dejé la carta junto a otras. Acabé de vestirme y me puse con la novela. Ya la tenía casi completa. Me quedaban sólo unos cuantos retoques y no tenía mucho espacio, sólo un par de metros. La pared de la habitación que faltaba por llenar terminaba en columna. Se complicaba bastante escribir ahí, pero lo lograría. Era mi primera novela *pared*. Como ningún editor quiso nunca publicármela, había decidido escribirla en las paredes de una habitación de casa. El que quisiera leerla, ahí la tenía. 200 hojas en cuatro paredes. Era una historia de amor. Siempre quise escribir una novela que hablase sobre sentimientos. Y cuando lo logré, después de varios años, nadie quiso publicármela. Así que me dije ¿cuál es la única forma de que esto se lea y nunca se pierda? Escribirla en las paredes de casa, y eso hice.

Como le faltaba luz al cuarto, abrí la ventana. El patio interior olía a jazmín y césped húmedo. Un árbol en el centro oscurecía todo lo que había debajo de él. En la ventana de enfrente, casi en línea recta con la mía, vi a Julia. Se secaba la cabeza al sol. El aire le mecía el pelo negro. Probablemente, miles de gotitas, como lunares de agua, humedecían su cara, cuello y escote. Reflejos azulados que se mezclaban con el blanco de su piel.

Llevaba más de media hora mirándola. Embobado. Y la novela parada. Quería terminarla aquel mediodía. Hoy me tocaba turno de tarde. Todavía conservaba mi trabajo como redactor en una empresa de publicidad. Escribía postales para enamorados. Uno va para novelista romántico, y al final acaba escribiendo frases como «No te imaginas cuánto te quiero» «Cómo puedes ser tan dulce» «Me has dejado huella» «Si he de amarte tiene que ser para siempre» «Te quiero y siempre te querré» y,

claro, todas estas frases acompañadas por canciones de Chayanne o Carlos Baute. El amor era el gran motor de cada día. No tenía fecha de caducidad. Afortunadamente. De momento pagaba mi hipoteca escribiendo cosas como «Echo de menos mirarte».

Necesitaba un descanso. Escribir una novela en la pared desgastaba mucho. Tumbado en el sofá miraba al techo y pensaba en Julia. Estiré la mano, cogí la correspondencia. Facturas y más facturas. Menos una que ponía *Urgente*. La leí al menos cuatro veces. Era la primera vez que me pasaba algo así. Y qué podía contestar a: «¿Te gustaría ser mi amante? Es urgente. Julia». Cerré los ojos y sentí el olor a sándalo y canela, y vi su pelo oscuro flotar en el aire como una bellísima medusa negra. Mi respuesta era obvia.

Escalera B, puerta 45. Antes de llamar, escuche una voz. De hombre. Cada vez la oía más fuerte. Ya no me daba tiempo a esconderme ¿Y por qué tenía que hacerlo? Bueno, era lo que hacían los amantes, ¿no? Formaba parte de su rol. Pero yo no estaba acostumbrado y cuando él abrió, aún seguía allí con mi mano cerrada, como si llamara a una puerta invisible. El hombre me miró y se fue dando gritos. Uno se va y otro entra, pensé. La vida consistía eso, básicamente. Cuando se fue el hombre, supongo que el marido, un tipo de cara antigua y de hombros encogidos, entré en la casa.

Penumbra. Soledad.

Apoyada en la barandilla del balcón, Julia miraba hacia algún lado. Me sonrió y señaló hacia mi ventana. Con las prisas olvidé apagar la luz. Las paredes desde aquí tenían un tono grisáceo, las letras se emborronaban a tantos metros de distancia, y en vez de una pared escrita, parecía pintada de un color especial. Me sentí satisfecho al ver mi novela de lejos, ya sólo me faltaba el título.

–Me gusta el color de tus paredes. ¿Qué tono es?

–De novela.

–¿Cómo?

–Es una novela. La he escrito en la pared. Sólo me falta el título.

–¿Me invitarás a leerla cuando lo necesite?

–Claro.

–Algún día lo haré. Para cambiar sólo hacen falta un par de maletas y el pijama.

En su mejilla izquierda serpenteaban varias pecas formando una línea recta, tierna, delicada. Nos miramos. La luna, atrapada por una red de estrellas, apareció sobre nosotros. Su luz separaba nuestras bocas. Julia pasó sus dedos por mi mano. Acariciaba las líneas de mi palma con el dibujo de sus yemas. Palpó mis venas hinchadas. Mi deseo bombeaba. La rodeé por la cintura.

No fueron nuestras bocas quienes hablaron. Fueron los besos. Podían decir tantas cosas. Cosas que nunca nos hubiéramos dicho. Cosas que ya no habría que decirse nunca. Sólo queríamos esto. Besarnos. Cuando dos bocas palpitan es mejor dejarlas solas. Que se besen, que se muerdan, que se coman. El deseo era *urgente*, y no sólo para Julia. Entonces comprendí su carta, sus palabras. Cuando tu dignidad es un chicle barato y tu amor propio un caramelo sin azúcar, uno tiene que estar dispuesto a viajar con urgencia donde sea. Como estrellas kamikazes en un cielo de agosto.

Viajamos toda la noche. De un cuerpo a otro. Apretados como dos orugas a punto de convertirse en mariposas, enroscados como dos serpientes enamoradas. Así nos pasamos la noche. Aplastados como pétalos entre las páginas de una novela erótica. Al amanecer, Julia me besó los párpados. La luz clareaba y sus ojos eran cada vez más verdes, más profundos. Me acarició el pelo sudado.

–Tienes que irte, Marco

De camino a casa, y con su olor aún en mis manos, recordé las reglas. Cuando uno es amante, aceptará

«Apoyada en la barandilla del balcón, Julia miraba hacia algún lado. Me sonrió y señaló hacia mi ventana. Con las prisas olvidé apagar la luz.»

sin poner resistencia varias cosas. La primera: uno ya no es uno, es «el otro». Seguramente, te dirán que no, que no es así. Sin embargo, habrá que resignarse a la condición de invisible. Como un fantasma al que le dirán cuándo debe asustar. Luego te dirán que sí, que eres el mejor en la cama, que no hay otro como tú, que ni punto de comparación con su marido. Durante años será así. Frases positivas, de alivio. Pero ningún paso al frente, ninguna decisión. Al final no serás más que el ladrido de un perro abandonado, eso sí, de pedigrí. Ante todo, no hay que quejarse. Si no oirás un «Ya te lo dije. Mi vida es así de complicada. Pero ten paciencia». Y es que uno cae solo en las redes del amor, nadie te empuja. Por eso no hay culpables. Las cosas siempre fueron así desde el principio. El problema es que uno siempre espera que todo cambie. La mayoría de las veces nada cambia, y si cambia, es a peor.

Yo tuve suerte, nunca escuché estás cosas. Ella siempre fue respetuosa conmigo. Nuestra consigna siempre fue el silencio.

Julia y yo nos hicimos inseparables. Cada rato, cada instante, estábamos juntos. En su cuarto, en el mío, en el ascensor, en la azotea. Ella inventaba cientos de excusas, y su marido parecía entenderlas todas. Un día, de repente, no nos vimos. Sentí un dolor horrible por todo el cuerpo. Me faltaba el aire, la vida, todo. Me quedé quieto delante del espejo. Y me vi allí, paralizado de amor. Tuve que admitirlo. Estaba enamorado. Y el amante no se puede enamorar nunca. Al día siguiente tampoco la vi. Ni al otro ni al otro. Pasé por su rellano muchas veces, hice guardias en el patio, en el portal, en la calle. Pasé las noches en vela mirando su ventana. Pero seguía en sombras. Nada. Julia desapareció. Y tanto pensar en Julia y en Julia, no me quedó más remedio que llamar así mi novela.

«Llaman a la puerta, no me apetece saber quién es. Es tarde. Me quedan postales por escribir.»

Y ahora sigo aquí. Después de casi seis meses, aunque parezca mentira, sigo aquí. Tu ventana sigue cerrada. En sombras. Me pregunto si sigo siendo tu amante, bueno, no sólo me pregunto eso, hay tantas cosas que me sigo preguntando. Seis meses da para mucho. He escrito otra novela *pared* y muchas postales de amor.

No consigo olvidarte, y mira que lo intento. Echo de menos nuestro amor *urgente*. No te imaginas las horas que me paso aquí, asomado a la ventana. Y miro hacia la tuya, en línea recta con la mía.

Llaman a la puerta, no me apetece saber quién es. Es tarde. Me quedan postales por escribir. Insisten. Cuando abro veo solo un par de maletas. Miro a ambos lados del rellano. Son nuevas y llevan pegatinas de *urgente*. El ascensor se abre y aparece Julia con unos pantalones de pijama muy cortos.

–He venido a leer tu novela.

–Acabo de terminar otra.

–Lo suponía. Por eso he traído el pijama y las maletas.

–Pero están vacías.

–Habrá que llenarlas de nuevo ¿Me ayudarás?

Julia nunca me dijo dónde estuvo todo este tiempo. Nunca hablamos sobre eso. Es mejor no hablar de las cosas que quedan atrás. Por fin yo era «yo» y el «otro» pasó al olvido. Las maletas las llenamos poco a poco, año tras año, de sentimientos, emociones y deseos. Hubo que comprar más.

© Sergio Llorens

El autor:

Sergio Llorens (Valencia, 1972). Es licenciado en Filología Hispánica. *De lo Canalla, del amor y de lo absurdo* es su primer libro. Página personal: <http://www.sergiolllorens.com>

LO QUE SOY

por María Dubón

El olor es nauseabundo y me provoca el vómito, huele a carne quemada. Un compañero de mi comando yace esparcido por el asfalto, el brazo derecho sobre el contenedor de basura, otro trozo uniformado sangra en la acera. Cierro los ojos, estoy extenuado, el fusil pesa hoy más que nunca.

Vuelvo a vomitar: bilis, dolor. La mujer embarazada se desangra delante de mi vista, casi no se le ve el hueco que la bala ha dejado en su cabeza. No puedo más. ¿Estaré muerto yo también? No consigo moverme en este escondrijo, el miedo me paraliza. He descubierto al francotirador. Sabe que estoy aquí, oculto en el portal de una casa en ruinas. Calculo mis posibilidades: cincuenta por ciento de escapar, cincuenta por ciento de que me mate. Es un porcentaje esperanzador, pero irreal. Él es un mercenario, tiene nervios templados, un arma precisa, paciencia y nada que perder. Yo fui reclutado a la fuerza, tengo familia, dos niñas, a una de ellas ni siquiera la conozco, nació hace un mes.

No estoy hecho de madera de héroe. No conozco a ningún héroe. Supongo que su sangre es roja, como la de los demás. Igual que la de los pobres hombres que he visto morir, miserables, desvalidos y solos.

Cuesta creer que exista otra vida fuera de este lugar, lejos de la locura y la barbarie de esta guerra inútil, como lo son todas.

Hemos sufrido una emboscada, no vendrán refuerzos, no recibiré ayuda. Estoy solo. Cae la tarde y el cielo se vuelve de un color parduzco. El corazón me late deprisa, he de hacer algo y no puedo pensar.

Los recuerdos me llegan como ráfagas de tiros. El primer muerto, un muchacho rubio con su uniforme de campaña recién estrenado. El primer asesinato, un sargento enemigo, veo su cara a todas horas, no hay manera de olvidar. La chica violada por diecisiete soldados, el anciano destrozado junto al cuerpo menudo de un niño que llora. Cuánto sufrimiento para nada.

«Cuesta creer que exista otra vida fuera de este lugar, lejos de la locura y la barbarie de esta guerra inútil, como lo son todas.»

No distingo al francotirador, es igual, seguirá apostado, vigilante.

Tarde o temprano uno de los dos tendrá que hacer un movimiento, uno de los dos morirá. El estómago se me resiente después de meses comiendo basura, bebiendo agua putrefacta, ayunando. ¿Qué clase de vida es ésta? A veces olvido, a veces se me olvidan las minas, el ruido ensordecedor de la batalla, el agotamiento, los gritos, los ataques por sorpresa, la sangre, el miedo constante, el olor a muerte. A veces siento ganas de morir porque sé que no podré escapar nunca de la guerra y su recuerdo.

Fuerza y valor es la divisa de mi batallón, y a mí no me queda ya ni fuerza ni valor. La sangre de mis compañeros ha salpicado mis botas, mi camisa, mis manos y hasta mi alma. Que se joda la patria, que se joda la causa, que se joda el mundo entero que contempla esta contienda desde el televisor sin haber perdido la dignidad y el respeto a sí mismo. Alguien debería contar la verdad de esta mierda. Para el Gobierno sólo somos los números de una placa, un cadáver más en otro ataúd.

Me avergüenzo de lo que he hecho, soy un asesino, he matado bajo la impunidad que me da este uniforme. Antes creía que estaba cumpliendo con mi deber y deseaba sobrevivir, ahora esto me parece un error espantoso.

Me pongo en pie y me acerco al boquete de lo que fue una puerta. Camino un paso, dos... Una bala silba cortando el aire. Sólo escucho el eco de mi grito.

© María Dubón

La autora:

María Dubón. Página personal: <http://dubones.blogspot.com>

LA PARED OPUESTA DE LA CUEVA

por Fernando Arrojo

La escuela particular donde mi amigo Gary Fuller daba clases de historia del arte, en Baltimore, hizo su cierre veraniego, y ya después los días transcurrían sin pena ni gloria. Gary leía, paseaba, dormía, y hasta pensó, en momentos de optimismo, ponerse de nuevo a escribir su tesis doctoral, que tenía muy abandonada, sobre la obra de Edward Hopper. Fue por entonces cuando se enamoró como un chiquillo de la viuda de Moretz.

Sucedió que la foto de la dama apareció, a todo color, en una revista local que hacía el reportaje de una función benéfica. Era muy distinguida. Tenía la tez blanca, los cabellos negros, la nariz fina, levemente aguileña, los ojos profundos. La túnica negra que llevaba hacía resaltar aún más su figura, su belleza, a la vez que le infundía un aire de misterio. Aparentaba treinta y tantos años. La identificación era breve: Ileana Moretz, propietaria de la galería Moretz de Baltimore; viuda de Samuel Moretz, conocido filántropo, multimillonario, protector de las artes, fallecido dos años atrás.

—Ya sé que es sólo una foto, *de momento* —dijo Gary—, pero acuérdate de *Laura*, aquella película en la que el detective se enamora de una mujer en un cuadro, ¡una mujer que además había muerto!, y luego, claro, resulta que no. Y de Pígalión, qué te voy a decir: se enamoró de Galatea cuando no era más que una estatua.

Quería vencer el estancamiento, buscar la emoción de lo desconocido, enredarse una vez más en los intrincados hilos del amor. A pesar de sus 38 años —aunque aparentaba 30— mucho de mozalbete quijotesicamente romántico había en Gary. En su vida había conocido algunas Dulcineas y otros tantos molinos.

Anhelando conocerla, concibió un plan audaz, teatral, algo más complejo y emocionante que el mero hecho de presentarse en la galería y entablar conversación, y se hizo el propósito mortificante de no espiar la galería desde la distancia, de no ver a Ileana Moretz de ningún modo hasta el encuentro. Reconocía que la treta era juvenil, pero también lo es el querer en sus primeros balbuceos, afirmó. Cuando fuera oportuno le confesaría toda la verdad; ése sería el momento culminante.

Traté de disuadirlo de que llevara a cabo su ardid. Le advertí, «Ten en cuenta que el marido murió hace ya dos años, y es muy posible que ahora ella tenga a *alguien*»; decir *un amante* quizá no le hubiera sentado bien. Me respondió, sencillamente, que el riesgo lo endulza todo. No había manera de sacarlo de su empeño. Le aconsejé entonces que anduviera prevenido contra la incomprensión y un posible contacto policial.

Fiel a su plan, Gary llamó por teléfono a la galería. Con un acento que contenía insinuaciones del Mayfair londinense, ensayado en la repetición del cassette y ante un espejo, dio el nombre de Mortimer Pendleton, sugerente de lo que se le quisiera adjudicar, y pidió hablar con Madame Moretz. Cuando ella contestó, le subyugaron las inflexiones de su voz; hablaba con un acento levemente extranjero, inidentificable. Tras un segundo de titubeo, repitió el nombre inventado, saludó cortésmente y elogió la galería. Pretextando una posible compra, mostró inclinación por un género de pintura abstracta que comunicara significados tangibles, y añadió casualmente, «O sea, literarios». De lo de literarios podría crearse, en su momento, un vasto mundo de interpretaciones, un manantial de conversación. Habló entonces de su actividad profesional, mencionando vagamente multinacionales, la Comunidad Europea, el euro... nada, en realidad, cuando se comparaban los negocios con la sensualidad cromática de la pintura. Lo de la sensualidad cromática le salió muy bien. El acento pseudolondinense era ya una confianza, y la conversación se deslizaba con la suavidad de una pastilla de jabón. Ella mencionó un acrílico sobre lienzo de un pintor finlandés que contenía —o más bien sugería— aspectos realistas que incorporaban símbolos jungianos. Agregó, «A mi juicio, lo que usted anda buscando ¿Me equivoco?» Lo tenía en su casa, no en la galería. Y concertaron una cita para la tarde del día siguiente.

La primera parte del plan había superado con mucho sus cálculos, pero el encontrarse con ella en su

casa, no en el ambiente más impersonal de la galería, exigía nuevas consideraciones.

La mansión de la viuda de Moretz se hallaba en la calle St. Paul, en el suntuoso distrito de Guilford, lejos del Baltimore que se asemeja a composiciones arquitectónicas de De Chirico, reservados tales barrios para los poco pudientes. Prudentemente, Gary estacionó su modesto Ford Escort a un buen trecho de la casa. Abrió la puerta una criada negra correctamente uniformada. «Soy Mortimer Pendleton, y tengo una cita con Madame Moretz», dijo Gary, la voz engolada tras la corbata de pajarita que había comprado para darse carácter. La criada le condujo a una sala inmediata, y le torturó diciendo, «La señora no está. Llamó para decir que no tardaría. Le ruega que tenga la bondad de esperar».

Trató de acondicionarse: «Manténte tranquilo. Observa lo que te rodea. No te pases de listo».

La pieza, de gran tamaño, era un despacho-biblioteca. Un ventanal daba al considerable jardín trasero, trazado a la inglesa con una estudiada chispa de descuido. La enorme alfombra persa que casi totalmente cubría el piso ostentaba un jardín paradisiaco. Una voluminosa mesa de despacho y su correspondiente sillón de cuero marrón imponían seriedad de trabajo, y Gary se imaginó a Ileana Moretz sentada en el sillón, de espaldas al ventanal, atendiendo escrupulosamente a su correspondencia. De la pared de la derecha colgaba un enorme Warhol repitiendo el hermoso semblante de Marilyn Monroe. Apoyados en la pared opuesta y recibiendo las miradas inocentes, invitantes, sensuales, de Marilyn, una viola y su arco añoraban, en su soledad, seis movimientos frescos y geniales de un divertimento de Mozart. Por encima del instrumento, una ingenua vaquilla chagaliana parecía asomarse por la ventana del marco que la encerraba, perdida su mirada tierna y opaca en prados invisibles cuyas representaciones más cercanas eran el jardín inglés y la floresta de la alfombra. El conjunto de viola y vaquilla sugería una composición de Malevich bajo la influencia de Picasso.

«La mansión de la viuda de Moretz se hallaba en la calle St. Paul, en el suntuoso distrito de Guilford, lejos del Baltimore que se asemeja a composiciones arquitectónicas de De Chirico, reservados tales barrios para los poco pudientes.»

Justificando la convivencia del arte con el objeto, Ileana Moretz se había afanado en crear un juego intelectualmente visual. Las peculiaridades artísticas de la estancia servirían para explorar con ella rutas insospechables.

Contempló la tercera pared que, interrumpida por la puerta de entrada a la pieza, consistía en estanterías repletas de libros encuadernados en tafilete. Tomó uno al azar; era una edición antigua de *La República* de Platón. En una de sus páginas leyó: *...¿y solamente ven*

sus propias sombras, o los unos las de los otros, que el fuego arroja sobre la pared opuesta de la cueva?

De súbito se abrió la puerta, e Ileana Moretz entró en la estancia, con el porte elegante y señorial de una reina egipcia.

—Mr. Pendleton, ¡qué placer!

Gary contuvo difícilmente su admiración: la realidad de su presencia sobrepujaba la fantasía pasajera de la foto. Iba vestida con una elegancia de modelo; de su atuendo, eso fue todo lo que él recordaría después. Lo que sí retuvo en la mente fue su andar majestuoso y la belleza clásica de sus facciones, de sus formas, que adivinaba bajo el vestido, dignas de ser copiadas por Fidias. Pero se quedó sin tiempo para más deslumbramientos, porque los actos desbordaron las emociones. Con una sonrisa que encontró incitante, ella le tendió la mano. Él sostenía todavía *La República* en la mano izquierda y quiso poner el libro en algún sitio, pero ya había tocado ligeramente con la derecha la palma de la bella mano que se le ofrecía, y vaciló entre besar la mano, dejar el libro, estrechar la mano. Transcurrieron unos segundos. Se decidió por el beso, que a duras penas simuló, dejando un centímetro entre sus labios y el dorso de la mano de ella, como recordó que hacían en Europa.

Se maldijo. «Te has quedado como un pasmarote, sin saber qué hacer con la mano y el libro». El saludo, ese primer contacto tan importante, había resultado estúpidamente torpe. Y se odió a sí mismo y a Platón.

Ella hablaba y se movía con desenfado.

–Permítame el libro. –Lo ojeó–. ¡Ah!, Platón. Admirable prosa. Un mundo de ideas. La Belleza, la Igualdad, el Bien.... Bueno, podemos dejarlo sobre el escritorio. Siéntese, por favor.

Se sentaron frente a frente ante una mesa baja que había en el centro de la estancia.

–Es usted mucho más joven de lo que me figuraba –comentó ella. Y antes de que él pudiera responder, se disculpó–: Tiene que perdonar el desarreglo que ve dentro y fuera de la casa. El jardín está hecho un desastre, pues me he quedado sin jardinero. La semana que viene salgo para Europa; allí estaré un mes por lo menos. Se trata de un viaje de negocios en nombre de Sotheby's. Volveré, desde luego, pero pienso radicarme en Londres; me tira mucho Europa. Anoche, mis amigos organizaron aquí una fiesta de despedida, y tuvimos también un pequeño concierto. El violonchelista, un amigo muy querido de la sinfónica de Baltimore, se tomó unas copas de más y, sensatamente, antes de marcharse, decidió dejar el instrumento ahí, contra la pared; yo no me he atrevido a cambiarlo de sitio. Vendrá a recogerlo más tarde. En cuanto a ese cuadro de Andy Warhol, no lo tengo aquí por gusto mío, sino por falta de espacio en la galería. Es de un señor de Nueva York que lo quiere vender. A mí, personalmente, no me gusta la obra de Andy. Lo conocí cuando mi difunto esposo y yo vivíamos en Nueva York. Era una persona muy rara, nunca me cayó bien. Está supervalorado. Su obra no sobrevivirá los rigores del tiempo y de la fama, marque mis palabras. ¿Qué opina usted?

Las percepciones engañosas, el viaje inevitable, la diferencia de sus mundos precipitaron en Gary sentimientos tristemente claros. Además, de sus ojos profundos no recibió ni por un momento un esperanzado punto de contacto. Ileana Moretz era sólo una bella ficción, una especie de sueño calderoniano, concreto y a la vez ilusorio. Recordó la fabulilla del elefante que le preguntaba al ratón la razón de su pequeñez, y el ratón, apocado, respondía, «Es que... es que he estado enfermo». Mortimer Pendleton, el otro, quizá en su mejor mascarada, explicó técnicamente su poca inclinación por el «pop art» y la obra de Warhol; en cuanto al cuadro del pintor finlandés, dijo, después de verlo, que no le convencía del todo, ya que, en su opinión, adolecía de ausencia espiritual.

–Quizá sea mejor dejar el asunto de la compra hasta que usted regrese. Para entonces todavía estaré en los Estados Unidos, seguramente en Baltimore. Estas cosas hay que pensarlas mucho.

La decreciente luz del atardecer se desplomaba sobre las elegantes mansiones de la calle St. Paul, oscureciéndolas. Gary no tenía alrededor más ruido que el del tráfico ni otra gente que la que hubiera dentro de las casas.

Según iba caminando hacia el coche, consideró su vida, su destino, y se sintió impotente, disminuido; arrebuñado, como un bebé, en la fajadura de una realidad punzante: la realidad platónica de la sombra que el fuego arroja sobre la pared opuesta de la cueva. Entreveía la sombra de una paloma que volaba como aturdida por una blanca pared iluminada y adivinaba unas manos que se agitaban hábilmente para proyectar la sombra. La paloma era evidente; las manos invisibles. Y sin embargo las manos existían, el ave no.

«Olvidar las penas es uno de los trucos de vivir», dijo para sí. Se despojó de la corbata de pajarita y aceleró el paso.

© Fernando Arrojo

El autor:

Fernando Arrojo. Escritor español natural de Madrid. Reside en la actualidad en los Estados Unidos. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Connecticut. Profesor emérito de Literatura Española y Ex-Director del Programa de Literatura Comparada en Oberlin College (Ohio, USA). Sus relatos se han publicado en diversas revistas literarias de España, Méjico, Colombia y Francia: Papeles de Son Armadans, Ínsula, Bitzoc, Lucanor, Turia, El Extramundi, Plural, La Casa de Asterión, Ariadna, Narrativas, entre otras. Muchos relatos, traducidos al inglés, han aparecido en diversas revistas estadounidenses: Chicago Review, High Plains Literary Review, Florida Review, Laurel Review, Portland Review, Santa Monica Review, Weber Studies, The Paumanok Review, y muchas más. En 2005, uno de sus relatos fue nombrado para el Premio Pushcart. Autor asimismo de numerosos artículos de crítica literaria y ensayos culturales editados en libros y revistas tales como Hispanofila, Hispania, University of Wyoming Press, Explicación de Textos Literarios, The American Hispanist, Editorial Noguer (Madrid).

AZUL

por Mónica Gutiérrez Sancho

Tenías razón. La pintura cubre la mayor parte de mi cuerpo. Sentada en el suelo rodeada de hojas de periódico manchadas, botes y pinceles echo la cabeza hacía atrás para contemplar mi obra. Ya he terminado. Son las cinco de la mañana y mi último y apasionado empeño de dar un nuevo aire a nuestro cuarto está ya realizado. ¡Qué sensación de triunfo, de placer! Instantánea. Una sensación placentera sorprendentemente efímera, como todas las que siempre siguen a la realización de mis pequeñas metas cotidianas. Esta vez al menos queda el olor, el asfixiante y empalagoso olor de la pintura fresca junto con el característico picor de ojos, sopor y dolor de cabeza. Olor que se ha ido introduciendo por mis fosas nasales durante unas horas para llegar a pintar finalmente mis pulmones con el color azul añil elegido para nuestro cuarto. Me encanta el olor. El color es horrible. Tú tenías razón, en realidad siempre la tienes. Me siento como si estuviera dentro de una carpeta gigante de las que en tiempos se llevaban al colegio cuando aún no había ni un solo Kevin Costner Jesús suelto por las calles. Si nuestro cuarto es una carpeta, nosotros somos dos insípidos folios dentro de ella.

No sirve de nada. La pintura no ha servido de nada. Nada que no sea intentar engañarme a mí misma con el exultante placer que me provoca su aroma. Tú ya no me sabes a nada, no puedo encontrarte ningún sabor por más que mi lengua recorra tu cuerpo de un lado a otro. Tengo que asumirlo. No sé cuanto tiempo ha pasado desde que mi sentido del gusto ha ido perdiendo el norte, pero ya no tienes en tu piel ese sabor a mordisco de manzana verde y a sal marina de Cala Tuent.

«El día que mis cinco sentidos, los cinco, disfruten plenamente al estar con un hombre, habré encontrado el hombre de mis días, pero mientras mis ojos no brillen hasta dolerme cuando le mire, las aletas de mi nariz no se agranden de la excitación de olerle, mis manos no tiemblen cuando acaricien sus manos, toquen su rostro, mis oídos no escuchen la mejor de las melodías cuando él me hable, su sabor no me erice las venas será señal de que no le he encontrado, de que no es él. Tendré que abandonarle. No tendría sentido.»

Siempre lo digo, pero hasta hoy nunca lo había pensado, nunca me había preocupado lo que realmente quería decir. ¡Sólo era una frase hecha! Una tontería que he dicho siempre. Contigo no, es distinto, todo es distinto, desde que te conocí todo ha sido diferente, como han temblado mis manos, brillado mis ojos, agrandado mis fosas nasales, mis oídos han bailado cuando mi boca te ha besado. Porque tú eres «Tú», nunca debí decírtelo. No puede pasarme esto, no a mí.

Voy a pensar en ti. Cierro los ojos con fuerza, no te veo, no puedo verte. Veamos, pensaré en trozos de ti. Cierro los ojos aún con más fuerza, me pican mucho. Sigo sin verte. Pienso en unas manos, pero no son las tuyas. Veo unos labios, pero no son los tuyos. Intentó recordar tus ojos, no me miran. Me lloran los ojos de tanto apretarlos, siempre que pinto me lloran. La pintura ya tan apenas huele, o quizá me he acostumbrado tanto que ya no lo noto, debe ser eso.

Corro a la cocina y comienzo a abrir los armarios tirando todo por los aires, vuelco el contenido del frigorífico en el suelo, lanzándome como una histérica a la búsqueda de mis sentidos. Engullo todo lo que cojo, el tomate, el pollo de la cena, cebollas, verduras, huevos, chupo los tarros, botes y abro los yogures a mordiscos. Ni siquiera mi propia sangre, que mana de un corte del labio tiene ningún sabor ya para mí. Seguramente me estás llamando a gritos desde el cuarto de estar, donde duermes esta noche para que yo pueda pintar, pero no te oigo. No puedo oírte.

No sé cuanto tiempo he pasado sentada entre este caos que me rodea. Opto por levantarme y comer un puñado de cereales de los que tú tomas. Cereales que siempre me han resultado insípidos, nunca me han sabido a nada y que en cierto modo aplacan mi histeria salvaje haciéndome sentir más cercana a los seres reales. No entiendo nada, absolutamente nada.

Estás dormido. Tenías la puerta del cuarto cerrada, mejor. No has oído nada. No has visto nada. No has tenido que ver nada. Me acerco a tu lado y te miro. En tu sueño haces un mohín despectivo, después de la noche que llevo sí has debido notar mi presencia. Me acerco aún más sin dejar de mirarte y huelo tu pelo rizado y fino. Aún más y acaricio suavemente con mis dedos tu hombro, muy suavemente, sólo rozándote con la zona más saliente de mis yemas, para no despertarte. Me tumbo junto a ti apoyando mi cabeza sobre tu corazón como tantas noches. Una lágrima se desliza por mi mejilla, va corriendo en línea recta hasta llegar a mis labios, que descansan inertes sobre tu pecho. Nada tiene sentido.

© Mónica Gutiérrez Sancho

La autora:

Mónica Gutiérrez Sancho. Sevilla 1973, aunque reside en Zaragoza. Desde pequeña mezcló sus primeros escritos con las partituras de música y los apuntes de Filología Hispánica. Es autora de dos novelas: *El ombligo de las almas*, *Si vuelves te contaré el secreto*. Sus relatos han resultado ganadores en diversos concursos literarios y publicados en diversas antologías y revistas literarias.

* * *

Relato

COCINA TOMADA

por Luis Pita

aunque ya no quiero volver a hacer el desvergonzado ejercicio del como es posible que cada vez que entro en mi cocina y hago el gesto de cortar un tomate te siento de pie ahí en ese mismo sitio descalza cocinando y siento que mi cuerpo está suplantando al tuyo en ese espacio que ahora otra vez es solo mío y descubro que cada vez me cuesta más y que ya no quiero volver a entrar en ese sitio de la casa pero claro hay que comer cada día desayunar las más de las veces meter la compra en la nevera y para eso tengo que esquivar tu presencia latente como un ectoplasma que sale de mi mente y que se proyecta sobre las baldosas blancas siempre salpicadas de algo y yo que no lloro nunca quisiera poder negarte así con un fácil ataque de llanto y pasar a otra cosa pero esta dulzura plagiada por mí cada tanto sé que va a estar otra vez esperando para hacerse real en cuanto vuelva a traspasar el umbral y no se vaya a pensar que quiero que vuelvas ni que quiero verte solo que te dejaste ahí un fantasma con tu forma exacta plegando con dedos firmes la masa de las empanadillas que no se va y que no se acaba de ir y yo que quiero entrar de una vez en mi cocina sin que esté ahí tu nuca esperando mi abrazo apartar tus rizos negros un beso y tomamos vino o cerveza.

© Luis Pita

El autor:

Luis Pita (Valparaíso, Chile, 1958). Vive desde 1972 en Madrid. Artista visual autodidacta, ha desarrollado su creatividad en diversas disciplinas: dibujo, instalaciones, pintura y fotografía. Durante los años 80 y 90 desarrolla una intensa actividad creativa en *mail art* y poesía visual consiguiendo el primer premio en el "Certamen Internacional de Poesía Experimental Gerardo Diego" (1988) con su obra *Odisea* (una recopilación de recibos de cajero automático a lo largo de todo un año en formato libro). Enamorado de los libros, su trabajo como portadista, a lo largo de más de 15 años, ha enriquecido su bagaje literario y visual. La literatura y la poesía, implican transversalmente toda su obra plástica, que ahora materializa en textos narrativos en su blog "Maníasmías": <http://www.luispita.com/maniasmias.php>. Página personal: <http://www.luispita.com>

MINIFICACIONES

por Marcos Rodríguez Leija

* * *

Los charcos

Llovió. No fue una lluvia común. Cayó del cielo una ciudad mágica, una ciudad escrita en agua, una ciudad acuarela idéntica a la que habitábamos hace mucho tiempo. Las gotas de las nubes fueron diminutos círculos de un espejo fragmentado que nos reflejó una cara limpia, nueva, transformada. Los charcos de las calles proyectaron un lugar parecido al nuestro pero no era el nuestro, aquel repleto de ruido, violencia, manchado de hollín, poblado de gente vacía y sola. Por eso lo dejamos desolado y nos lanzamos a los charcos antes de que se secaran, para habitar de nuevo la vieja ciudad que un día deformamos hasta volverla inhabitable.

* * *

El incendio

Una noche mamá nos despertó alarmada.
–¡Se quema la casa! ¡Se quema la casa! –gritaba.
Tenía un claro paisaje de terror en el rostro.
Yo, al ver la mano macabra de la llamarada
no le di importancia y me eché a dormir de nuevo.
Aquello, no era tan grave.
A diario, la lengua endemoniada de mi padre
desataba peores infiernos.

* * *

La fe de un náufrago

Una botella de vino fue arrastrada por el mar a la orilla de una playa. A punto de colocarla en la basura un turista, su hijo le advirtió que no lo hiciera. Tal vez un genio podría estar atrapado adentro.
El hombre sonrió y en su intento por demostrarle al niño la inexistencia de seres mágicos, le quitó el corcho al envase. Del casco vacío, salió el grito de auxilio de un náufrago atrapado en una isla desierta.

* * *

Dios

Dictador de doctrinas, detentador, Dios dice: «¡Discípulos, dadme dinero, derramad dádivas dignas de Dios!»
Decepcionado, Don Diablo, decente decano de demonios, decisivo dice: «¡Dios, deja de defraudar discípulos!»
Disgustado, Dios desafía: «¡Defiéndete Diablo!»
Defensivo, Don Diablo dice: «¡Desvergonzada deidad decadente, deja de delinquir! ¡Demuéstranos dignidad! ¡Déjate de discursos disparatados! ¡Danos democracia!»
–¡Diablo...! ¡Déjate de diatribas! –Dios, desatado, desenfundado... dispara...
Don Diablo, desfallece dolorido.
Dios, deidad divina disfrazada de diablo, desmoralizado determina desenmascararse.

* * *

Ana

Ana la llaman, Ana «La Nana». Cada mañana abraza la danza amarga: alza la casa, lava, plancha.

La carga cansa, acaba. La ama maltrata, paga mal. Ana calla, agachada. La ama, Sara Lara (dama malvada, capataz), la manda a labrar.

Ana acata cansada, labra la granja, amarra las parras, trabaja, trabaja, trabaja... Al acabar, Sara la amarra a la cama. Hasta la mañana la para. ¿A yantar? ¡Para nada!

—¡A trabajar, haragana pagana! ¡A trabajar, zángana!

Ana acata. Cansada, abraza la danza amarga. Al acabar, acaba amarrada.

Ana trama matar a la ama. Al llamarla para trabajar al aclarar la mañana, Ana agarra la pala, ataca sagaz, la mata. Sara sangra. Ana la ata, agarra la pala, cava... Al acabar arrastra a la canalla al parral, a la zanja cavada. Al zamparla, la tapa.

—¡Rata malvada! ¡Larva!

Acabada la zangamanga tramada, Ana «La Nana» va tras la gata, la atrapa, la abraza.

Ana danza sardanas, alaba a Satanás. Satán alaba la hazaña.

Ana danza halagada, canta... canta...

* * *

Amor a primera vista

El pordiosero de la cuadra se paraba frente a la *boutique* de trajes nupciales. Le gustaba contemplar a través del aparador a una figura esbelta, de fino rostro. Para él no había mujer que la igualara. Era lo que siempre había soñado.

La gente lo veía como a un loco peligroso cada vez que recitaba versos de Neruda, pero poco le importaba que el dueño del local lo corriera a puntapiés o llamara a la Delegación de Policía para que lo apresaran.

Nada impedía que el menesteroso volviera al escaparate, donde un maniquí de figura femenina aparentaba mirarlo y conmovirse ante cada palabra de amor pronunciada:

*«Me gusta cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca...»¹*

Aquel hombre barbado y harapiento un día no pudo resistir más. Tomó una piedra y rompió el cristal de la *boutique*. El propietario de la tienda y quienes caminaban cerca del lugar quedaron asombrados, inmóviles, al ver que una mujer corría alegre, vestida de novia, tomada de la mano del pordiosero de la cuadra.

© Marcos Rodríguez Leija

El autor:

Marcos Rodríguez Leija (Nuevo Laredo, Tam. 1973). Escritor y periodista. Premio Nacional de Periodismo e Información 2000-2001 en Crónica en Medios Impresos. Autor de *Minificciones* (cuentos, IMC, 2002) y *Pandemónium* (cuentos, ITCA, 2001). Colaborador de revistas mexicanas y extranjeras como *Tierra Adentro*, *El Universo de El Búho*, *Crítica*, *Baquiana*, *Casa del Tiempo* y *Sable*, entre otras.

¹ *Me gusta cuando callas...* (fragmento), de Pablo Neruda

TODOS ERAN IGUALES, MENOS UNO

por Pedro M. Martínez Corada

Para Óscar Portela y el mundo que nos queda.

Nos gustaban los pueblos abandonados. Bien por razones opuestas o por parejos sentimientos, todos ansiábamos que llegara el sábado para desaparecer en alguna ladería silenciosa. Recorrer aquellas casas solitarias formaba parte de nuestra idiosincrasia, supongo que eran la representación del deseo de vivir de otra manera, aunque no supiéramos de cuál.

–No sólo es el asesinato del paisaje –dijiste en una ocasión, mirando un inútil lavadero ausente de comadres–, es el símbolo del fin de esta sociedad.

–El último símbolo que ha habido y habrá, fue la muerte de Jesucristo.

–No seas cínico –respondiste. Y qué podía decirte yo, tener un carné del Partido en el bolsillo nunca ha garantizado la pureza ideológica de nadie, tampoco la mía.

Cuando llovía, dormíamos en la casa más limpia que encontráramos, después de recorrer calles que jamás tuvieron adoquines. En las casas veíamos somieres espinosos, sillas destripadas, botellas llorando cera, calendarios de vírgenes tristes y llaves de hierro picado por la viruela del tiempo. A veces, en lo que fue una escuela o un ayuntamiento, hallábamos arcones fajados por herrajes roñosos; como si fueran tumbas egipcias habían sufrido la visita de los saqueadores y dentro encontrábamos, las menos de ellas, papeles terrosos con cuentas escritas en donde las pesetas tenían céntimos y el debe y el haber estaban escritos en colores rojo y azul –como los de la guerra civil, dirías tú–, o algún ejemplar abarquillado de «El Magisterio Español» que nadie quiso, salvo Roberto, ese tío enteco que lo guardaba todo y con el que era imposible que tú fueras feliz. Roberto había perdido la asertividad en algún lugar de los Carabancheles, pero tú afirmabas que le querías por lo sensible que era.

Las noches parecían más largas entre los restos de aquella memoria hecha añicos. Félix, un grandullón que no sabía hacer algo sin escuchar música, posaba divertido para la cámara de Roberto. No he visto ninguna de aquellas fotos que zumbaban entre nuestras cabezas mientras escuchábamos *Songs Of Love And Hate* o imaginábamos a Satán entreteniéndose en inspirar la canción *Sympathy For The Devil*.

–Deberían legalizar el hachís. Sería el gesto más progresivo para con la humanidad... después del descubrimiento del vino, por supuesto –dijo Félix, rodeado por un humo azulado.

–Nunca debieron prohibirlo –aduje, mientras esperábamos turno.

Y el viento y la lluvia sacudían los postigos de las casas. Fantasmas de madera carcomida, hijos de las ilusiones perdidas. Más deshabitados estábamos nosotros, te susurraba en la oscuridad, mientras Roberto dormía al otro lado de tu saco. Ruido de pisadas de ratas en el sobrado, roces de cucarachas

«Y el viento y la lluvia sacudían los postigos de las casas. Fantasmas de madera carcomida, hijos de las ilusiones perdidas. Más deshabitados estábamos nosotros, te susurraba en la oscuridad, mientras Roberto dormía al otro lado de tu saco.»

en los viejos vasares, crujidos de gusanos devorando la madera podrida de las vigas; sonidos que subyacen en el aparente silencio de la noche, una entelequia hermana del tiempo. Las sombras se tornaban sustantivas y yo huía del amanecer cuando observaba cómo dormías.

—¿Por qué te gustan los cementerios?

Levanté la vista del bloc y te contemplé. Pensé que debería dibujarte a ti pero el carboncillo y el difumino se rendirían ante tus cabellos bermejos. Tenías el pie izquierdo apoyado sobre una piedra y el pantalón vaquero te ceñía las caderas y delimitaba la planicie de tu vientre. La brisa despertó a la mañana y se oyeron disparos de escopetas en algún coto lejano, en el campo de exterminio dominical decorado con uniformes paramilitares.

—La muerte es lo único que interesa de verdad al ser humano.

Te acercaste, dejé el cuaderno sobre la lápida en la que estaba sentado y nos miramos. Cada amanecer de domingo me acompañabas, observabas mis dibujos, respirábamos juntos la humedad del trigo verde y de las silvas. Cogí tus manos y, pomposo, declamé:

*«Rosa, oh contradicción pura, placer,
de no ser sueño de nadie debajo de tantos
párpados».*¹

—No me gusta ese poema... —susurraste, bajando la cabeza. Sentí cómo tus manos apretaron las mías.

—A mí tampoco... —y reímos.

El sonido de nuestras risas se esparció entre los nichos, sobrevoló la campiña y acalló, por un momento, el tac tac de los disparos. Las perdices y los conejos huían de la pólvora y los perros. Un buitre planeaba en el cielo atento al posible botín, indiferente a nuestro abrazo. Nos gustaba la aventura.

*«Te acercaste, dejé el cuaderno
sobre la lápida en la que
estaba sentado y nos miramos.
Cada amanecer de domingo
me acompañabas, observabas
mis dibujos, respirábamos
juntos la humedad del trigo
verde y de las silvas.»*

Llueve sobre Segovia. Será que viene el invierno. Las ventanas del bar están empañadas, también los cristales del coche en el que acabamos de llegar a la plaza del pueblo. Los domingos por la tarde nos resistíamos a volver. Una última parada antes de las pendientes de Somosierra nos despertaba la ilusión de que nunca regresaríamos. Félix pide orujo y charla con el tabernero quien también se irá dentro de poco, quizá con los hijos, camino de Madrid. Pero todavía hay tiempo para echar algunas partidas de fútbol. Cinco duros, siete bolas. Para que no haya empates. Las

figurillas que representan a los futbolistas son de madera, con ellas se puede jugar en serio. Las cabezas de las figuras son todas iguales: el pelo está pintado de un negro brillante; la boca es una insensible línea recta de color rojo; los ojos, círculos negros sin el color del iris. Hay una figura que, sin embargo, es distinta: uno de los porteros. Debió romperse y fue sustituida por una pieza de otro modelo, lleva una gorra y el pelo es de color beige. Me gustaba jugar en su campo.

Félix bebe de su segundo orujo, nunca le gustó el fútbol. Roberto y tú, contra mí. Son las ocho y echamos la última partida. Vamos empatados a tres, tras el gol que acabo de meterte después de un

¹ Poema de Rainer Maria Rilke, escrito para el epitafio de su propia tumba.

fino pase desde la media. Con el delantero pisé la bola, la acaricié, la desplacé de izquierda a derecha y cuando pensabas que tiraría por allí lo hice al otro hueco, con suavidad. Te quedaste quieta, observaste cómo la bola entraba, sin saber reaccionar, y reíste. Los pocos parroquianos que había en la taberna se admiraron con el compás de tus pechos subiendo y bajando dentro del jersey. Roberto te pide el cambio: quiere ganar a toda costa y él se cree mejor portero que tú.

Última bola. La saco desde el centro y peleo contigo por la posesión. La paso entre dos de tus jugadores y la retengo con mi extremo izquierdo. Félix se acerca y nos trae unas cervezas.

–Dale, tío. Es todo tuyo... –dice Félix con sorna.

Me excita el tono de su voz. Me exalta cómo tú me miras. Me enardece ver a Roberto mirando con fijeza la bola, tenso sobre las dos barras de la defensa. Del extremo paso la bola al delantero centro y la aprisiono con la parte de detrás de la figura. Esta vez el tiro es de muñequilla. Giro un poco la madera y la bola se mueve unos milímetros hacia la derecha, después hago que la pieza oscile de atrás hacia delante para dar el mazazo. La bola entra por el centro del hueco de la portería, sin remisión, y el estruendo retumba en todo el bar.

«Félix bebe de su segundo orujo, nunca le gustó el fútbol. Roberto y tú, contra mí. Son las ocho y echamos la última partida. Vamos empatados a tres, tras el gol que acabo de meterte después de un fino pase desde la media.»

–Félix, tío, mira a ver si le he hecho un agujero a la mesa...

Tiempo después compré el fútbolín, antes de que el viejo tabernero echara el cierre y subiera también las cuestras de Somosierra. Lo tengo en el cuarto de estar, con las barras bien engrasadas, y he pintado en las caras de las figuras una sonrisa. Salvo en la de mi portero. No resistiría verlo sonreír.

Nadie juega ahora conmigo. Silencios de comida en la nevera, de televisores encendidos, de coches que creen saber a donde van. Alguna vez, echo una bola y la paso desde la defensa a la media, desde la media hasta la delantera y la acaricio como cuando jugaba contigo, de izquierda a derecha, y viceversa, para después introducirla en alguna de las esquinas, con suavidad, tal y como ha pasado todo este tiempo durante el cual las casas abandonadas, más olvidadas que nunca, continuarán derrumbándose mientras los disparos de los domingos estremecen a los cementerios.

© Pedro M. Martínez Corada

El autor:

Pedro M. Martínez Corada (Madrid, España; 1951) es narrador y fotógrafo. Llegó a la escritura de la mano del Taller Literario de El Comercial, del que es uno de sus miembros fundadores, en cuyo trabajo participa desde el año 2000. Varios de sus relatos se encuentran publicados en los libros «Los cuentos de El Comercial» (Taller de El Comercial, Madrid-2002) y «Vampiros, ángeles, viajeros y suicidas» (Kokoro Libros, Madrid-2005). Es cofundador del colectivo de cultura Margen Cero y director de la revista digital de Arte y Cultura «Almiar», socio fundador de la Asociación de Revistas Digitales de España (A.R.D.E.). En el año 2005, fue elegido finalista en los Certámenes Literarios de la Universidad Popular de Alcorcón (Madrid). En 2006, resultó finalista, así mismo, en el II Concurso de Relatos «Inmigración, emigración e interculturalidad», convocado por la Unión General de Trabajadores y el Ayuntamiento de Alcobendas (Madrid) y recibió el primer premio del I Certamen de Relato Breve de la Asociación Amigos del Foro Cultural de Madrid. Relatos suyos han sido publicados también en revistas digitales de distintos países: «Narrativas – Revista de narrativa contemporánea en castellano» (España); «Heterogénesis» (Suecia); «Proyecto Patrimonio» (Chile); «El Escribidor» (España); «Wemilere de las Letras» (Argentina); Revista «El Interpretador» (Argentina) y en la hostería literaria del escritor Norberto Luis Romero.

ENTRE DOS FUEGOS

por Purificación Ávila

I

«**ELLA**»

En su corazón resuenan los ecos de su nombre. Lo habrá gritado en silencio mil veces aunque nunca le haya llegado el sonido de su agonía. Cuando le llora y le llama a voces, con la boca sellada y la mirada perdida en cualquier horizonte, nunca obtiene respuestas. Nunca las escuchó ni las escuchará sopladas al oído, jamás sentirá cerca de su corazón el latido ansiado ni otros reclamos de amor.

Lo perdió sin haberlo tenido. Mil preguntas se le atorán en la garganta, hoy, como tantos otros días, hoy que fueron ayer y los añadió a la pila de hojas del calendario, un año y otro año... Y ya iban más de diez. Más de una década callando su amor por él, ausente la caricia, insonoro un «te quiero» esperado.

Ya se cansó de llorarlo por las esquinas. Se le va la vida, se le va como río seco a morir en la mar. Yacerá entre las espumas blancas que batirán las rocas de los acantilados, y el eco de su nombre lo escucharán murmurado contra ellas. El nunca sabrá que... Ella lo lloró ríos y mares como esos que la transportarán muy lejos de él. Nunca sabrá que estuvo delgadísima a temporadas, con las buenas expectativas del inicio; Nunca sabrá que después se puso oronda de dulces para suplir la falta de los besos que no probó, cuando su desamor se adueñara como un parásito de su razón; Ella se decía que así lograría llenar el vacío de su amor, comiendo sin tino, como si el desamor fuera el único motivo del mundo para comer, y no el de seguir con su vida.

Pasó por todas las formas de esperanza y amor imposibles, las del desamor y amor no correspondidos. Sintió el calor de su mirada y creyó que un poquito sí la amaba, le gustaba engañarse, sí, a ella le funcionaba. Sentiría también la acerada frialdad de su indiferencia al negarle un sencillo y cordial saludo, el que ella nunca le negaría a nadie, salvo que sólo con verla le resultara insufrible su presencia no se le ocurría otra razón.

«Lo perdió sin haberlo tenido. Mil preguntas se le atorán en la garganta, hoy, como tantos otros días, hoy que fueron ayer y los añadió a la pila de hojas del calendario, un año y otro año... Y ya iban más de diez.»

Quizá confundió amor con dependencia, pero aunque se vaya a morir de rabia se lo tiene que decir: Le dirá que es un idiota y que fue un cobarde. Su flirteo miserable no merecía un amor tan grande como el que ella siempre estuvo dispuesta a brindarle. Le dirá que es un idiota porque la está perdiendo sin hacerse valer, ni hace nada por evitarlo aunque se percata, ella lo nota, y así lo siente. Y le llenará los oídos de «idiota y cobarde», y de «no sigas con tu juego de seducción como si no estuvieras comprometido con la otra». Ella ya no sabe quién es «la otra». Hace tiempo que ella dejó el juego, ella sabe que él debió adivinarlo y por eso, ahora casi no se miran al cruzarse por las calles. Se tienen miedo, no se sabe quién teme a quién, ella no lo sabe.

Se lo dirá sin reparos, ella no es miserable, ni se rebaja como lo hace su esposa —está harta de oírlo referirse a ella con esa palabra mientras ve cómo reluce su alianza en el dedo—, y no es la primera vez que le dirá lo que siente. «Me voy a morir de amor. ¿Sabes? Todavía la gente se muere de amor... O, simplemente, la matan.»

II

«**EL**»

Él agoniza entre dos fuegos. Se abrasa en las llamas de la desesperación y no puede huir. No está atado ni indefenso, es un hombre libre pero es prisionero de su razón. Siempre el deber y el

compromiso son lo primero para él. Está entre dos fuegos, uno que se va apagando por la rutina, y el otro que encendió la mujer que lo hechizó con su mirada de princesa. ¿Recordará la tarde de otoño en que la mujer encantadora de serpientes le sostuvo la mirada? ¿Se avergonzará de habérsela sostenido minutos eternos, en una lucha por ver quien desistía antes? Aquella mujer era inflexible, desafió su hasta entonces puro ímpetu de macho; él se creía invulnerable y averiguó, –para su sorpresa– que no lo era.

Desde entonces, el hombre león está entre dos volcanes, y por sus venas ya parece que sólo corriera lava y no sangre: «Son trasuntos del corazón», y así reniega de sus sentimientos encontrados.

Fue durante un otoño tan lejano que no recuerda ya cuántas veces los árboles han mudado sus hojas. Han pasado demasiados días desde el día que entrecruzaron sus miradas. Desde entonces, no tiene sosiego, no sabe qué hacer, no entiende qué le ocurre, quisiera cambiar su vida pero no debe; atrapado entre los fuegos de las mujeres que lo aman, pasa los días esperando volver a ver pasar frente a su ventana a la mujer de mirada intensa, «cruzaré el paso de cebra, es su costumbre, debe hacerlo para regresar a su casa».

El hombre entre dos amores no sabe si ya se volvió loco. Se ampara en la locura que sí ve con claridad en ellas. «Las mujeres son nuestra perdición», le dicen sus amigos, colegas o hermanos. «No te metas en líos, mejor sigue con la que ya conoces...» Consejos, refranes y más consejos que le complican tomar una decisión para encauzar su extraña vida.

«Él es un hombre sesudo, con dos dedos de frente, sus retoños crecieron con el paso de los años a la par que las llamas de la mujer encantadora de serpientes se fueron acrecentando en su alma... Pero nunca se verá libre de su cárcel, tanto si es de amor como desamor, no lo hará.»

Está harto de quemarse entre dos fuegos, de salir quemado siempre él; en el fondo, se imagina que ellas tampoco salen ilesas de tanta llama que los rodea. Y los quema a los tres, y a los cuatro, que como si de un «akelarre» se tratara, en esta historia circular juegan cuatro, ninguno quiere perder y sólo una sabe que desea ganar.

La legítima vendería su alma al diablo para retener su amor, quizá haya acudido ya a la vieja artimaña del mal de ojo. ¡Pobre de la otra, qué infierno estará pasando! El no lo sabe, puede imaginarlo, si se detiene a pensarlo, es un hombre inteligente pero no está libre de pecado, hombre al fin, su respuesta es siempre la propia de su sexo.

«Como se pueden querer dos mujeres a la vez, y no estar loco», para colmo la canción de Machín le resuena en el cerebro y lo pone más nervioso. «Una es el amor sincero, compañera de mi vida, esposa y madre a la vez», le va recordando la canción mientras se siente culpable... No, no puede dejar a la mujer que le parió los hijos que tanto ama, a ella le debe los ratos maravillosos con sus vástagos, sus horas de sudor y sus triunfos y derrotas.

Él es un hombre sesudo, con dos dedos de frente, sus retoños crecieron con el paso de los años a la par que las llamas de la mujer encantadora de serpientes se fueron acrecentando en su alma... Pero nunca se verá libre de su cárcel, tanto si es de amor como desamor, no lo hará. Tiene el corazón cerrado a cal y canto, su esposa le dio siete vueltas de llave a la cerradura de sus sentimientos y no le permite ni una mirada, ni un saludo hacia la otra, la que llegó a sus vidas para ¿destruirla? Él todavía no se percató que se la destroza sólo él.

A menudo, se pregunta si ella llegó a su vida para desbordarlo de ilusiones, de esperanza por el amor casi olvidado tras la cerradura de su corazón apesado.

Algunas veces se ha sentido manipulado por su cobardía, miedo al fin. Tantas otras veces deseará coger el teléfono y darse fuerzas para llamarla, pronunciará su tímido «hola» y colgará tras un hilo de voz que quedará prendido en la línea telefónica. «¿Y si fingiera otra voz?» –cavila sin decidirse–. Un e-mail anónimo podría servir, un simple: deseo verte para hablar. Que ya sabe que la otra lleva... Siglos esperando... Y sigue a la espera... No entiende que para ser casi «bruja», ella siga esperándolo. Se cuestionará alguna vez: ¿Será verdad que realmente, me quiere, o estará jugando? Él no sabe quien juega de los dos, el juego de la seducción le gustaba hasta ahora, pero de un tiempo a esta parte su esposa le pidió una prueba de amor. Ya no debe ni mirarla cuando se crucen, si se ven cambiarán el

rumbo y voltearán la esquina o quedarán parados a escasos metros, de frente y en guardia; la esposa comandará el batallón de amigos y familia que la apoyan. No permitirán que la otra, «esa que será una cualquiera», le rompa el idilio que mantiene con su hombre desde su más tierna adolescencia. Enfrentados desde la primera ocasión que se tercie, la otra, que es la que debe sentir la fuerza y la vergüenza de sus sentimientos, deberá apartarse. Pareciera un juego de ajedrez, la reina se come a los peones y el rey debe continuar al lado de su reina hasta llegar al final del tablero.

Ven que la otra se percató, que la bruja, la mujer indecente, la roba maridos e infiel esposa del hombre que siempre lleva al lado como un soldadito de plomo impertérrito, es más astuta de lo que pensaron.

El siente tristeza cuando su mujer de la sonrisa gigante, los ojos vivarachos y verdes como un proceloso mar de pasiones revuelto, se para indecisa, agacha la mirada, la voltea para no ofender. El no sabe todavía que esa mujer que lo ama en silencio desde hace una eternidad, no es una cualquiera, ni una bruja, ni echa mal de ojo a nadie, ni interferirá en su idilio si él no toma el mando de ese pelotón que su esposa tiene instruido. No sabe que esa mujer vive un infierno peor que el suyo, que se le va la vida poco a poco por la rendija de su mirada bella, que se le apaga el verde luminoso y él ya debió haberse dado cuenta... la última vez que hablaron por obligación, casi de milagro, cuando ella se marchaba y él no daba la cara.

El no sabrá nunca que esta mujer que lo ama sufre con su indiferencia, sus desplantes y que sólo sonríe un poco cuando «dos veces al año» la saluda al cruzarse por la calle. «No me ha quedado más remedio, es sólo por negocios», rendirá cuentas sin creérselo ni él. No reconocerá jamás que tenía deseos de saludarla y que la ocasión se pintó calva.

«El siente tristeza cuando su mujer de la sonrisa gigante, los ojos vivarachos y verdes como un proceloso mar de pasiones revuelto, se para indecisa, agacha la mirada, la voltea para no ofender.»

El hombre es tomado del brazo por su condescendiente esposa, la pena se ha adueñado de su alma cuando dejó atrás la llama de la pasión vestida de mujer. «La otra es el amor prohibido, compañera de mis ansias, y a la que no renunciaré...» La canción le recuerda lo que el corazón cerrado bajo candado no le permite sentir. Se revuelve inquieto y suelta su brazo de las garras de la legítima.

No sabe que, calle abajo, «la otra» camina con las piernas temblorosas y a punto de caer, que con sólo verlo todo su cuerpo se vuelve como el árbol frágil que cualquier brisa por liviana que sea puede derribar. Nadie entendería por qué el peso de su cuerpo se afloja al pasar a su lado. Mientras camina, soñará con volver a verlo mañana, o pasado... Al volver la esquina, él gira la cabeza y la ve alejarse. «Tal vez mañana saque fuerzas para llamarla», le sonrío a la esposa mientras urde sus planes.

Mañana. Él no sabe que quizá no amanezca... O puede que no exista el mañana...

¿FIN...?

© Purificación Ávila

La autora:

Purificación Ávila López (Bilbao, España 1962). Escritora y Perito Mercantil. Se dio a conocer como Alicia Rosell con sus publicaciones en una web cultural bonaerense, donde sigue colaborando *ad honorem*. Tiene en su haber dos premios literarios por los relatos cortos: "Cuento de Navidad" (Premio Los Encajeros) y "Bajo el cielo de San Miguel" (Premio 28 de febrero). Publicó sus primeros textos en la revista de la Asociación Cultural Gerekiz. Dio su primera conferencia en la Sala Juan Larrea de Bilbao disertando sobre "¿Existe La Literatura Femenina como tal?". Recientemente se inicia como colaboradora externa en otro portal de gran difusión por Internet. Con dos novelas y un poemario inéditos, actualmente prepara una novela costumbrista y se documenta para otra de género histórico que esperan ver la luz en un par de años. Página personal "Vivir por y para escribir: Últimas Soledades": <http://aliciarosella.blogspot.com>

EL OTRO, VERSIÓN ABREVIADA

por Javier Avilés

Pongamos entonces que ponemos un poco de orden y me presento: Si somos memoria no soy nada más que estas hojas de papel que se acumulan sobre la cama, que caen planeando al suelo inundando la blanca habitación. Si somos memoria, tengo que recordarme cada mañana, situar a mi yo de ayer en el último folio escrito, y al de anteayer debo buscarlo en el suelo, quizás extrañamente ordenado sobre la mesita, al lado del vaso de agua. Si somos las cicatrices que el tiempo deja en nosotros, debo hacer inventario de mis pérdidas, de mis ausencias, enumerar las partes de mi cuerpo desgajadas por el tiempo. Esas partes que son yo, pero ya no lo son. ¿Hasta qué punto podemos decir que somos nosotros? Mi brazo, mi pierna, mi ojo, ¿no son también un yo, el mío propio pero otro, ya sin vida, triturados, corrompidos en el cubo de desechos orgánicos de algún hospital? ¿Mi cabeza soy yo? Entonces, si así fuese, la placa metálica que cierra mi cráneo, contiene mi yo, evita que se desborde, que abandone la parte material, el contenedor biológico que lo constriñe. Pero si no hay nada más que carne, mortal y corrompible, mi prisión es mi vida. Y mi vida es una colección de carencias, la historia de mis cicatrices sin memoria. Tengo que hablar, tengo que escribir para mantener sangrantes las heridas, para que el olvido no se apropie de mis amputaciones. Escribo. Soy. Mi nombre es Nuestra Señora de Covadonga. Y así.

Pongamos entonces una ubicación. Un día que se repite indistinguible a lo largo del tiempo. A la noche con su omnipresente luz de luna atravesando las ventanas sin cortinas, ni persianas, sigue la misma mañana con su azul doloroso. Escribo para dotar de continuidad a este limbo claustrofóbico, a esta lechosa uniformidad. La cama, las sábanas, las paredes, la mesa que hay al fondo de la habitación, la enfermera que de vez en cuando entra sonriente con su retahíla de trivialidades que no esperan respuesta, su uniforme, la morbidez de su piel que se adivina bajo la tela almidonada. Blanco y todos sus sinónimos. No nos repetamos, por favor. Albo, lácteo, níveo, cano, 255-255-255. Asolado monocromáticamente me siento perdido en un espacio adimensional, de límites difusos, de improbable realidad. Me afirmo en las excepciones, en el membrete con mi nombre en los folios, en el rojo que a veces mancha las vendas, en las pequeñas imperfecciones del habitáculo donde transcurre este interminable día.

Entonces escribo:

Me llamo Nuestra Señora de Covadonga. Puede que antes fuese otro, que al llegar tuviese otro nombre al que las puertas batientes impidiesen la entrada. Pero sé. Soy. Sé mi nombre, soy mi nombre bordado en la breve camisola, sobre el pecho, bordado con hilo azul. Nuestra Señora de Covadonga. Mi nombre, mi ser, como una esencia negra en el membrete de las hojas en las que escribo. Y en el bolígrafo. Soy Nuestra Señora de Covadonga. Antes de las inexorables puertas cerrándose armónicamente amortiguadas, puede que fuese otro, o que no existiese y las puertas sobre las que golpea el armazón sobre el que me conducen con celeridad marquen el momento de mi nacimiento. Puede. Pero sé. Soy. Con la cicatriz indeleble que poco a poco se cierra sobre mi pecho, con mi nombre bordado sobre la piel con hilo negro de sutura sobre el corazón. Nuestra Señora de Covadonga. Para siempre. Creo que una vez llegué. Lo escribí una vez: «entré con la sorda sonoridad del golpe sobre las puertas y quiero creer, pues la voluntad subordina a la memoria, que luego vi cerrarse las puertas». Lo que escribo es mi memoria. Así que eso es lo que soy, el recuerdo de las imposibles puertas cerrándose, el sonido amortiguado cada vez que las hojas se juntan, cada vez más lentamente, cada vez más lejanas. Soy lo que escribo. Antes, en otro lugar que las puertas niegan, no escribía, así que puede que fuese otro. O que no fuese. Mi memoria es este papel que absorbe el blanco de las paredes. Escribo para anular la blancura, para mancillarla y llenarla con mis carencias. Me falta un ojo. Eso suponiendo que el otro, el que entró aquí, tuviese dos. Quizás tuviese tres o cinco y yo deba estar agradecido a los médicos por tener sólo uno. Tengo un ojo, suficiente. Los otros están vaciados tras la sepultura de las vendas. Media cara y toda la cabeza vendada. Si me palpo noto algo anormalmente metálico bajo los vendajes. Pero no palpo mucho tiempo. No puedo escribir entonces. Sólo tengo un brazo. Un brazo, un ojo y mi nombre bordado sobre el pecho. Me llamo Nuestra señora de Covadonga y escribo.

Nuestra vida es una sucesión de otros yo atados por la memoria, pero apenas soy yo cada mañana. Me despierto en un lugar desconocido y el esfuerzo de invocar a los otros, a los que fui, no es suficiente para desenmarañar el tupido andrajo que embota mi cabeza. Cada nuevo día supone un asfixiante trabajo de reubicación en el que los sueños no ayudan mucho. Soñé que corría por un carnoso túnel. No importa lo

que ocurría, lo cierto es que de repente una revelación me sacudió, devolviéndome a esta mugrienta habitación. «¿Es este el sueño que prometía la enfermera?» Una sacudida de pánico hizo que me incorporase violentamente de la cama, aturdido, descolocado, empapado en sudor frío, febril en una habitación extraña, húmeda y gris.

Memoria. Hotel, dice el yo de ayer, o deduce el de hoy por el número de la puerta. Pregunto qué hotel tiene el número de habitación por dentro, pero no me contesto. Ominoso silencio. Miro el suelo esperando encontrar hojas de papel esparcidas. Todo me parece tan absurdo, tan irreal, que no me sorprende cuando empiezo a palparme las piernas, los brazos, la cabeza, como esperando encontrar algo, temiendo no encontrarlo. Llevo la ropa puesta. Un traje gris gastado, una camisa que espera volver a ser blanca con exasperados puños rozados, el cuello desgastado, donde flojea una corbata negra o algo deshilachado que pretende serlo. La habitación es un cubo perfecto, podría estar en el techo, sentado en la cama, observando el mobiliario minimalista. Una puerta (1953), una ventana sin persiana ni cortina por donde se filtra (¿Refulgente luz de luna?) el mortecino albedo de una mañana gris, la cama y en la pared opuesta una mesa con una bandeja metálica vacía. Las paredes sostienen el peso de un papel ennegrecido por miles de viajeros, con un decorado indistinguible. Si lo escudriño sé que me hará estremecer. De todas formas tiritó, con la boca seca por la fiebre, los labios cuarteados, pensando en carencias en las que no debo pensar. Tengo que beber, salir de la habitación. Me levanto sintiendo todos los músculos agarrotados. Aún así, debo salir. El pasillo es una pesadilla recurrente que me aturde. Me muevo como un autómatas, avanzo dos pasos por el pavimento ardiente mientras veo como todo tiene el aspecto nebuloso de un espejismo. Todo parece hervir acompañado por un ruido sordo, persistente, que me anula mientras me consumo de calor. Golpeo dos veces la puerta 1957. El número por fuera. Una mujer abre la puerta.

Dice: Usted no es usted. ¡Lárguese de aquí! No debería haber venido. Están a punto de llegar y no deben vernos juntos. ¡Corra!

Me cambian de sitio. Corro hasta el agotamiento por pasillos plagados de puertas cerradas.

Me derrumbo.

Y despierto en la habitación del hospital:

Interior noche. Refulgente luz de luna a través de los cristales. La enfermera entra y se dirige a la mesa al fondo de la habitación. Avanza resuelta, ingrávida, deslizándose liviana sobre los asépticos escaques en un silencio utérico. Manipula bandejas y artilugios arrancando a la quietud broncíneos tintineos. El hombre en la cama solloza impotente. Conoce el sonido de los inhumanos instrumentos. Bronce que corta, rasga, separa, sondea, clampea, dilata, penetra, extirpa, trepana. El horror metálico no es más que el preludio. Inmóvil en su cama, con su único ojo sin párpado, sin brazo, sin pierna, con una placa en la cabeza, el hombre no puede más que mirar. La enfermera se gira y la luna ilumina un rostro sin facciones, una superficie continua de piel sin expresión. Avanza hacia la cama, arranca la sábana, deposita la bandeja con el instrumental sobre el pecho del hombre, que quiere gritar y apenas puede esbozar un sollozo ridículamente suplicante. Sus manos experimentadas trabajan con rapidez. Le tapa la boca con un esparadrapo, inmoviliza su cabeza y coloca frente al ojo del hombre una pantalla conectada a una cámara que la enfermera pone en marcha. El hombre puede ver su propio rostro desfigurado, su pecho indefenso en el que la enfermera clava el bisturí, trazando dos surcos paralelos sobre los pezones del hombre hasta más abajo del esternón. Luego un nuevo corte une los dos anteriores. Levanta la piel y los músculos y cambiando rápidamente de instrumento, separa las costillas abriendo una ventana al corazón que late acelerado en el aire nocturno. Luz de luna, roja sangre. La enfermera palpa el cráneo del hombre hasta encontrar la placa metálica. Extirpa la prótesis desgarrando la piel. La luz de la luna arranca carnales brillos del cerebro, que adquiere la textura de un pez eventrado. A pesar del dolor el hombre está paralizado de horror y ve como protuberancias carnosas y afiladas surgen del rostro de la enfermera. Se alargan y aguzan hasta clavarse en las vísceras descubiertas. Una en el corazón. Otra en el cerebro. Cesa el dolor y el miedo. Una voz suena en su cabeza. «Ahora puedes empezar a soñar»

Pongamos entonces que ponemos un poco de orden y me presento, dice el hombre postrado que aparece en la pantalla frente a su ojo.

© Javier Avilés

El autor:

Javier Avilés Barcelona 1962. Sostiene el Blog "El lamento de Portnoy", <http://ellamentodeportnoy.blogspot.com/> dedicado al cine y la literatura.

RELATO OBLICUO*

por Roberto Tassi

Salió con prisa del Marsella, nervioso, como empujado quién sabe por qué clase de llamado. La mirada filosa, hacia adelante, muda ante la inmensidad que se abría una vez traspasada la puerta del bar. Atrás habían quedado las dos medidas de absenta que se había clavado en la barra, una tras otra, casi sin pausa. Sin respirar. Una vez en la calle se calzó los guantes y abrochó hasta el último botón su chaqueta de terciopelo negro, comprada en uno de los tantos mercadillos que frecuentaba cuando iba a Londres por trabajo. Era mitad de enero, y el frío calaba los huesos en una Barcelona extrañamente gris. Decidido, empezó a caminar por Sant Pau en dirección a la Rambla del Raval. Diez metros había andado cuando reparó en que no llevaba consigo la cartera, y entonces giró su rostro primero, y después su cuerpo con la intención de volver al Marsella a buscarla; pero se dio cuenta que detrás suyo lo seguían tres hombres de tez oscura y acento extraño, y consideró que no era momento de volver a por ella, aunque perdiera así su documento de identidad. «En algunas ocasiones, no sirve para mucho el documento», pensó en silencio, buscando convencerse.

Y siguió su camino, calculando cuánto dinero se había dejado también en la cartera. En la esquina de la Rambla del Raval giró a la derecha y desaceleró el paso. Reparó en que los tres hombres de tez oscura y acento extraño seguían tras él y ralentizaron también su andar. Entró en la disco Zentraus, en el número 40 de la Rambla y fue directo a la barra. Pidió un cubata a la encargada, una chica rubia, vestida íntegramente de cuero y con un parche en el ojo, que siempre sonreía al verlo llegar a la disco. Esta vez iba solo, sin su compañera habitual, otra joven rubia que vestía también de cuero negro y que siempre bailaba sola, contorneándose como una serpiente, mientras él bebía sin parar en la barra.

Al quitarse parte del abrigo, cuidando no ensuciar la chaqueta de terciopelo negro, vio a sus tres seguidores enfrente suyo, pista de baile de por medio. Inmóviles, al lado de una columna, lo miraban fijamente. Él también los miraba ahora fijamente, mientras apuraba su cubata y entraba un poco en calor. Tocaba un Dj de electroclash y sintió deseos de moverse, de bailar, de desatar tanta euforia contenida. Entonces dejó su chaqueta y demás enseres en la barra y se entregó a la música sin reparos. Prendió un cigarro y al cabo de un instante notó que los humos –el del cigarro y el que escupían las máquinas de la disco– no se mezclaban, tenían texturas diferentes. El del cigarro era más denso, concentrado en el pequeño espacio que le dejaba el de las máquinas, que era más envolvente, difuso y avasallante. Este último, pronto lo cubrió casi todo.

«Al quitarse parte del abrigo, cuidando no ensuciar la chaqueta de terciopelo negro, vio a sus tres seguidores enfrente suyo, pista de baile de por medio. Inmóviles, al lado de una columna, lo miraban fijamente.»

Se concentró en el juego del humo, mientras los tres hombres de tez oscura seguían frente a él, mirándolo, aunque ahora hablaban y gesticulaban entre ellos, los tres a la vez, discutiendo efusivamente sobre algo importante. Al cabo de unos minutos le pareció ver a uno de ellos moviéndose al compás de la música y acercándose tímidamente a la pista para bailar con más soltura. Cuando el ritmo se volvió más hipnótico, y las luces y el humo se apoderaron del ambiente con decisión, otro de los hombres bajó los escalones que lo separaban de la pista y se acercó hacia donde estaba él bailando. Hizo un movimiento rápido con las manos una vez que estuvo enfrente suyo, al estilo arte marcial oriental; o como si fuese un cantante de rap. El tercero se unió a los otros dos en un instante y se puso a girar en forma circular en derredor suyo, mirándolo con un dejo de fiereza, profiriendo frases que para él eran ininteligibles.

Alterado un poco por esta situación extraña, comenzó a sudar y decidió secarse con un pañuelo, aunque muy rápidamente lo mojó todo y continuó pasándose por la cara, todo mojado, creyendo que

* "Relato Oblícuo" se incluye en *Raval Ficciones*, su primer libro de cuentos (Editorial Tasfer, 2006, Buenos Aires)

se secaría igual. Recordó que en su chaqueta de terciopelo negro tenía otro pañuelo y atinó a ir en su búsqueda; pero su chaqueta ya no estaba en la barra como la había dejado. Tampoco sus enseres de abrigo. Como sudaba cada vez más, casi a chorros de agua, volvió al pañuelo mojado, aunque tenía que pasarlo con más rapidez porque la transpiración era incesante.

Se quitó la camiseta y notó al quitársela que no solo sudaba en la cara, sino que todo su cuerpo estaba invadido por el agua; pero el humo del ambiente era demasiado denso para ver qué partes de su cuerpo requerían atención, así que decidió concentrarse en la cara, quizás el sitio donde más sentía la presión del agua.

Al secarse el rostro, sintió manos que le acariciaban el torso, como restregando esa superficie toda humedecida por el agua del sudor. Eran manos suaves, algunas ásperas, resbaladizas; otras eran frías o con uñas filosas. Notaba de a ratos, que algunas transmitían tensión en sus caricias; otras estaban cargadas de erotismo y deseo, y otras tantas se deslizaban con frenesí, tratando de apoderarse de un espacio en una superficie invadida por incontables manos.

Intentó ver quiénes frotaban las extremidades sobre su cuerpo desnudo, pero el humo –más denso a medida que pasaban los minutos–, se lo impedía. Por momentos, cuando éste mermaba en su densidad, podía ver a través de la luz difusa, aunque todo aparecía empañado, distorsionado ante sus ojos húmedos. Entonces desfilaban frente a sus retinas los tres hombres de tez oscura con acento extraño, parados donde siempre, mirándolo y moviéndose al compás de la música; pudo distinguir también a la chica rubia que atendía la barra, vestida toda de cuero y con un parche en el ojo, ataviada ahora con su chaqueta de terciopelo negro. Pero era incapaz de ver las manos que lo acariciaban en su torso, porque el humo era demasiado denso y la luz tan difusa de su cuello hacia abajo. Sitiado por los nervios, obsesionado por ver quiénes eran aquellos que lo acariciaban y tocaban su cuerpo acuoso hundido en la penumbra, se arrojó al piso de la pista de baile, en un agobiante intento por identificarlos.

«Al secarse el rostro, sintió manos que le acariciaban el torso, como restregando esa superficie toda humedecida por el agua del sudor. Eran manos suaves, algunas ásperas, resbaladizas; otras eran frías o con uñas filosas.»

El ambiente allí abajo era tenso, saturado, alimentado por los sonidos graves de la música de baile –a un volumen ensordecedor a nivel del suelo–, la densidad del humo de las máquinas y la presencia de una luz muy difusa que impedía distinguir unas formas de otras. En esa suerte de otra dimensión, el sudor se incrementó notablemente y cubrió de agua su cuerpo al completo, humedeciéndolo todo, inundando su superficie. Las manos extrañas lo acariciaban a un ritmo cada vez más rápido, y él era incapaz de distinguir quiénes eran y de dónde salían y qué parte de su cuerpo estaban invadiendo.

A lo lejos, ahora sí sobre él, mirándolo desde arriba, en forma oblicua hasta su posición en el piso de la pista de baile, estaban los tres hombres de tez oscura y acento extraño, y a su lado la chica rubia de parche en el ojo que atendía la barra. Le pareció que todos asentían con sus cabezas, y ella reía como siempre y le extendía su chaqueta de terciopelo negro, siendo él incapaz de dominar sus acciones. Entonces las voces de los hombres se hicieron insoportables y entraban y salían de sus oídos a un volumen cada vez mayor, taladrándolos. Y también la risa de la chica rubia se volvía irritante, mientras él se deslizaba ahora por un túnel húmedo, cubierto por un humo muy denso y un sonido infernal, arropado por manos que ahora lo jalaban por todo el cuerpo y lo llevaban a un rincón secreto allí abajo, donde reinaba la confusión más profunda.

© Roberto Tassi

El autor:

Roberto Tassi (Buenos Aires, Argentina, 1972). Periodista, Escritor. Ha trabajado en radio, televisión, prensa gráfica y digital para medios de Argentina, España, Colombia y EEUU. Actualmente Trabaja en la producción de contenidos para la web. Como escritor ha publicado relatos en diversas revistas literarias de España y Argentina.

MARCEL Y EL UNICORNIO

por Esther Zorrozua

Déjame que te cuente sin palabras, Lucía, lo feliz que fui aquí cuando tenía tu edad y más adelante, cuando todo era luz y color, cuando los prodigios aún eran posibles y en mi corazón no existía el temor porque la confianza lo invadía todo. Déjame que te hable en silencio de la edad de la inocencia, cuando el sol brillaba sin tamicos y no había amenazas en el aire, cuando el tiempo se paralizaba entre las ramas de los abedules y de los tejos, y las tardes de verano eran eternas, sin principio ni fin. Y, sobre todo, no me juzgues por haber buscado la libertad alguna vez.

¿Ves allí a Marcel, al fondo del jardín, podando los rosales? Hace mucho tiempo, una tarde luminosa como hoy, yo lo vi también, desde aquí, parapetada tras los barrotes de este mismo balcón, como asomada a una atalaya que me permitía dominar mi pequeño mundo. Yo no sabía entonces que aquella tarde marcaría el principio de una hermosa historia que colmaría mi corazón de música y de calidez para siempre.

Marcel era hijo y nieto de jardineros en la casa y por eso sabía todos los secretos de la propiedad. Siempre lo conocí aquí. Aquella tarde estaba, como está ahora, inclinado sobre unos arbustos de madre selvas desbrozando las malas hierbas mientras yo lo observaba desde el balcón. A mi lado, mi madre, sentada en esta misma silla, bordaba sus iniciales en un pañuelo de batista fina, al tiempo que desgranaba para mí un cuento de princesas y caballos blancos con su voz suave igual que una caricia. Yo ni siquiera la escuchaba; sólo llegaba hasta mí la música de sus palabras acunándome en el calor perezoso de la tarde.

Fue entonces cuando Marcel se volvió y clavó su mirada en el balcón. Era un muchacho con un torso joven y poderoso, la camisa blanca abierta hasta la mitad del pecho dejando asomar un bosque de promesas ignotas. Sus ojos, un par de tizones encendidos, negros como el azabache en una noche sin luna. Yo, en mi ingenuidad, no podía apreciar los detalles, pero sí me sentí enganchada por un magnetismo inevitable.

–¡Baja, Lucía! –me reclamó con un gesto amplio de su brazo–. ¡Te enseñaré algo increíble!

Acudí sin pensarlo, descendiendo por las escaleras a la carrera, como todos los niños que no saben controlar la prisa de su entusiasmo, y corrí hasta él esperando ver cualquier maravilla. Cuando llegué a su lado, no había nada y sentí una instantánea decepción que debió de reflejarse en mi rostro infantil. Él estalló en una risa franca que, sin embargo, no me ofendió.

–Ven conmigo –me apremió tomándome de la mano, y me introdujo en la frondosidad que limitaba el jardín en su lado norte–. Esta mañana he visto un unicornio –me dijo bajito.

–¿Un unicornio? –pregunté yo con mi voz de cristal, sorprendida, queriendo creer lo imposible.

–Sí, mira, ven –y tiró de mí con suavidad–. Agáchate y no hables –y nos colocamos los dos tras unos matorrales intentando aguantar la respiración. Yo no veía nada por más que miraba y, con la impaciencia de los niños pequeños que siempre esperan que se cumplan sus expectativas de inmediato, empecé a revolverme en mi sitio–. ¡Mira, Lucía, mira allí! –me susurró al oído, indicándome algún lugar en la floresta con su índice extendido. Obedientemente, seguí la trayectoria de su dedo y u nos pasos más allá, entre la espesura de los alisos, creí distinguir algo como un reflejo o un destello que pasó rápidamente y luego ya no estaba. Quizá no fuese más que el brillo de un rayo de sol jugueteón filtrándose por entre las ramas, pero a mí me pareció la silueta de un unicornio fugitivo y sentí que mi corazón se detenía un momento ante aquel encuentro inesperado.

Marcel me miraba con los ojos brillantes, con la complicidad de quien comparte un secreto maravilloso. Salimos del follaje transfigurados y yo regresé corriendo a este balcón para contar la

novedad a mi madre que seguía bordando su pañuelo de batista en medio de una gran quietud.

–¡Acabo de ver al unicornio! –grité emocionada–. ¡Marcel me lo ha enseñado! –volví la cabeza para buscar el testimonio del jardinero, pero él ya había desaparecido.

Mi madre tomó la declaración con la tolerancia de los adultos cuando escuchan algo para lo que no están preparados. Me acarició la cabeza con dulzura y no volvió a preocuparse.

A partir de aquel día, aceché la presencia de Marcel en el jardín. Su compañía se me hizo habitual y a menudo compartí con él el espejismo fugaz del unicornio. Llegué a verlo de verdad, a aprender de memoria cada detalle de su fisonomía y a soñar con frecuencia con su cuerno dorado apuntando siempre hacia el cielo.

Alguna vez, me introduje sola entre los árboles buscando la visión, pero nunca lo conseguí en ausencia de Marcel. El jardinero se había convertido en mi talismán sin el cual me hallaba perdida.

Pasaron las estaciones y los años con ese ritmo imperceptible con que transcurren los periodos importantes, con ese sentimiento contradictorio que nos indica que todo sigue igual, pero todo ha cambiado.

Yo seguía aproximándome a Marcel con la misma confianza con que lo hacía en mi infancia, sin darme cuenta del paso del tiempo y de las transformaciones que había sufrido mi cuerpo. Cada comienzo de verano marcaba el inicio de nuestras citas con el unicornio al que sospecho que, tal vez, sólo veíamos con los ojos de nuestro deseo.

–¡Mira, este año está más bello que nunca! –me decía Marcel emocionado, y a mí también me lo parecía. Yo ya tenía dieciocho años y, efectivamente, el unicornio se mostraba espléndido, tan real y tan mágico al mismo tiempo... Ese verano, aunque no puedo demostrarlo, tengo la certeza de que el unicornio en una ocasión se nos quedó mirando con sus ojos color de ámbar líquido, como si quisiera decirnos algo. Fue un instante suspendido en el tiempo, una eternidad que duró lo que un descenso vertiginoso desde un tobogán muy alto. Tuve por un momento la misma sensación de vacío en el estómago. Algo inenarrable.

La siguiente primavera naciste tú, Lucía, y yo me sentí el ser más feliz de la creación. A veces, cuando te miro fijamente y tu cabecita rubia se me desenfoca y se me distorsiona toda tu imagen, me parece ver de alguna manera los destellos del unicornio con su única asta dorada pasando raudo por entre el follaje del bosque y perdiéndose en la espesura como tantas veces le he visto hacer. Y cuando te observo de frente, tus ojos color de miel, me parecen encerrar algún impenetrable secreto que él nunca me comunicó y que tal vez tú también calles para siempre.

Ocurre en ocasiones que tengo la impresión de que el tiempo se ha alterado y que yo vuelvo a ser tú con la esperanza de que la historia se repita, y al mismo tiempo, temo con todas mis fuerzas que eso ocurra. Aunque algo me dice que la edad de la inocencia ha tocado a su fin, que las tardes doradas de verano se empiezan a cubrir de sombras para mí y que jamás volveré a ver al unicornio.

Y entonces me invade el pánico, porque en cualquier momento, Marcel puede dejar de podar los rosales y mirar al balcón pronunciando tu nombre que también es el mío, para decirte que hay algo especial que desea mostrarte. Y tú, sin que yo pueda impedirlo, bajarás los escalones de dos en dos, con el corazón al galope, llena de ansiedad por contemplar el prodigio, y él te conducirá de la mano como hizo conmigo y os perderéis en la frondosidad de los tejos y de los alisos buscando lo inexplicable del amor sin reglas, el gozo en estado puro, el estallido de luz y color que acecha como una quimera en la zona más umbría del bosque esperando a sus elegidas.

© Eshter Zorrozua

La autora:

Esther Zorrozua (Bilbao, España, 1955). Licenciada en Filología Románica y doctora en Filosofía y Letras. Enseña Lengua y Literatura en un instituto de bachillerato. Ha publicado en colaboración *La savia del tamarindo* (2001) y *60 relatos, 60 autores* (2002). Ha colaborado también en diversas revistas, tanto en papel como en la red. Es autora de la novela *La casa de La Galea* (2004). Página personal: <http://www.albumestheryagustin.com/>

EL ESPACIO CURVO*

por José Luis Justes Amador

He tenido éxito allí donde el paranoico fracasa.
(S. Freud, carta a Ferenczi, 6 de octubre de 1910)

Si Lethe, «th» con sonido de zeta como le gustaba recalcar al ser presentada, hubiera recordado la frase que Juan, su casi ex-esposo, repetía siempre que tenía ocasión, no se hubiera sorprendido aquella mañana de principios de octubre. «Según la teoría del espacio curvo de Einstein siempre estamos vigilando nuestra propia espalda». La espalda que abrazaba debía, entonces, pertenecer al mismo cuerpo cuyos brazos, bien formados, fuertes, la abrazaban, uno por encima de la cintura, la mano posada leve en la cadera, el otro bajo el cuello, detenidos los dedos cerca del nacimiento de uno de sus senos. Como un espejo la postura de Lethe repetía la del hombre: su brazo izquierdo a la mitad del otro cuerpo, la muñeca rozando apenas un sexo masculino en reposo, el derecho, aprisionado por el otro cuello, con la mano en un pecho sin vello, alzándose al suave ritmo de la respiración del dormido. Un único sonido, intermitente y apagado, quizá un insecto, quizá uno de los subterráneos y lejanos motores, se superponía al constante rumor del oleaje que se colaba por la ventana abierta del balcón.

Desnuda, arropada en el desconocido calor de los cuerpos y mecida por el metronómico romperse del oleaje, sabía que, sueño o desaparición de las leyes físicas, no quería abrir los ojos.

Lejos de ambos trabajos docentes, cívica y ética Lethe, física Juan, lejos de las cenas siempre iguales de los viernes en las que él acababa por colocar siempre su muletilla, lejos de clases que preparar y de exámenes por corregir, lejos de una cotidianeidad a la que la sucesión de acciones semejantes, idénticas, había deslizado inexorable hasta la monotonía, lejos de todo aquello, lo único real en el viaje era ese inextinguible rumor del agua, presente siempre, recommenzado siempre. Y una colección de aromas.

«Desnuda, arropada en el desconocido calor de los cuerpos y mecida por el metronómico romperse del oleaje, sabía que, sueño o desaparición de las leyes físicas, no quería abrir los ojos.»

Lethe había aceptado la invitación por dos motivos tan alejados entre sí que parecía imposible que provinieran de la misma persona. Había aceptado alentada por el deseo de que aquella fuera realmente la última vez que se vieran. Y que fuera amable, sin rencores. Al no tener hijos no era ni siquiera necesario que coincidieran en la vista de la separación voluntaria. Juan había aceptado,

sin protestar, sus condiciones: habitaciones separadas, ningún intento de acercamiento galante, ni elogios, había recalcado ella, y, por supuesto, total libertad de horarios y acciones. Si quiero no verte en toda la semana tendrás que aceptarlo, le había dicho por teléfono con una última esperanza de que él desistiera de tan absurdo plan. Y había aceptado, sobre todo porque una semana en la playa, en un hotel de categoría superior y con todos los gastos pagados no era algo que se presentara todos los días. Ni que se pudiera despreciar.

—¿Te habías dado cuenta de que el olor cambia en la noche? Huele, —Lethe hizo una pausa buscando la palabra que no encontró— huele diferente.

—A sal, a mar, ¿a qué quieres que huelga? —fue la pragmática respuesta de un Juan que no sabía que

* Este cuento forma parte de *Mujeres Infieles*, proyecto apoyado por el Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Aguascalientes en su emisión 2006-2007

decir ni cómo actuar—. En el mar huele a mar.

Para evitarse las frases que Lethe sabía que vendrían, variaciones sobre las que había soportado los últimos meses («¿estás segura de que no podemos caber nada?», «debe haber una manera de arreglar esto», «hagamos el amor, es más barato y efectivo que una terapia»), intentó explicar ese olor que estaba colgado en una brisa que, casi inmóvil, apenas merecía tal nombre.

—Es un aroma como de perfume de principios de siglo, pasado de moda pero en el que todavía puede reconocerse la elegancia, como amaderado.

—De simple explicación, en la noche la sal marina sin el efecto de la luz del sol —Lethe no le dio tiempo a terminar.

—La física, la física. Sólo te interesa la física. —Estuvo tentada de añadir «pues con ella te vas a quedar» pero algo en su naturaleza impedía el cinismo. Continuó. —Sí, madera, a eso huele exactamente el aire. Como si la marea, sin explicaciones por favor, estuviera trayendo hasta la playa que no vemos los restos de un naufragio ocurrido hace tiempo. Los restos de un barco al que en el costado una mano de hombre, inconsciente del fracaso, del naufragio, escribió un nombre de mujer. Y aunque se mezcla con el olor de las flores del jardín, dulzón, juguetón pero nada persistente, como un perfume de adolescente, ese regusto a madera lo vence.

Continuaron cenando en silencio porque ambos sabían que ella, inconsciente, había descrito sus seis años y medio juntos. Juan interrumpió esa pausa con otra de sus muletillas, ésta privada.

—Deberías haber sido perfumista. Siempre te lo he dicho.

—Estoy pensándolo. —Sin saber si reírse o no, si lo había dicho en broma o estaba considerándolo, volvió a la comida. Y añadió para sí misma pero en voz alta. —A madera, a madera antigua, a punto de descomponerse, a punto de hacerse nada.

«A la mañana siguiente, aunque seguía siendo a mar, el olor había cambiado. Los cuerpos cercanos no desprendían nada que pudiese reconocer la fina pituitaria de Lethe. O tal vez no olían porque como ella solía repetir, los sueños no huelen a nada, les basta con ser sueños.»

A la mañana siguiente, aunque seguía siendo a mar, el olor había cambiado. Los cuerpos cercanos no desprendían nada que pudiese reconocer la fina pituitaria de Lethe. O tal vez no olían porque como ella solía repetir, los sueños no huelen a nada, les basta con ser sueños. Apretó con cuidado los párpados. Temía que hasta ese movimiento tan sutil hiciera que lo-que-fuese terminara. El fresco y opaco perfume de las buganvillas, no podía reconocerlas tan bien pero las había visto al registrarse, aumentaba, uniéndose, a la calidez que sentía. Apenas recordaba un poema que había mal aprendido en la secundaria. A una mujer que llega al mar, ¿qué vuelve del mar?, no se la puede llenar con palabras. Deseaba que no hubiera voces, los sueños que hablan son malos sueños, que las manos que habían comenzado a moverse no tuvieran voz, que los labios que la besaban la nunca dejaran de hacerlo. Tenía en la lengua, no sabía cómo, el ocre sabor que le dejaban los labios de Juan después de haber besado, sin prisa, demorándose, su sexo.

Había sido hace demasiado tiempo. Lethe lo recordaba pero como se recuerda tras muchos años, de repente, la lista completa de los compañeros del kinder o la primera fiesta con permiso para llegar tarde, como algo vivido y que nunca llega a ser vida plenamente. Ella soportaba, al igual que soportaba el olvido al cepillarse los dientes de Juan, la afición de éste a la pornografía. Tenía decenas de razones para protestar aunque era todavía la época en que creía que bastaba que le dijera que algo no le gustaba para que él, automáticamente, dejara de hacerlo. Más de una noche había soportado, sin decir una palabra, fingiéndose dormida, el brusco despertar que le causaban los movimientos de él masturbándose con los ojos fijos en la pantalla. No se puede evitar mirar una televisión encendida y Lethe en uno de esos desvelos casi diarios había visto algo. Hazme eso, le dijo.

Pero jamás había sentido lo que estaba sintiendo aquella mañana. Tal vez porque esas manos que la acariciaban, cada vez más cerca de su pezón ya erecto, cada vez más cerca de su sexo, no tenían otra obligación que la piel de Lethe, tal vez porque esos labios que ahora alternaban su nuca y su cuello no iban a pronunciar nada, tal vez porque el otro cuerpo, que lento se había volteado hasta estar frente a ella y besarle los labios, no tendría rostro mientras ella no abriera los ojos. Volvió a escuchar el rumor del mar. Si hubiera tenido la habilidad de Juan para las metáforas científicas se hubiera descrito como el oxígeno entre dos átomos de hidrógeno. Pero del agua sólo le interesaba que la meciera, que lograra que el placer, como aquel rumor eterno, no terminara. Que el silencio, le parecía que el sonido de la marea no estaba afuera sino adentro, no terminara nunca.

«Volvió a escuchar el rumor del mar. Si hubiera tenido la habilidad de Juan para las metáforas científicas se hubiera descrito como el oxígeno entre dos átomos de hidrógeno. Pero del agua sólo le interesaba que la meciera, que lograra que el placer, como aquel rumor eterno, no terminara.»

Con el paso del tiempo, Juan había llevado su afición hasta fuera de la pantalla. Vestidos, peticiones, posturas, pláticas interminables. Dime esto, dime aquello. Lethe aceptaba todo aquello como se acepta el cansancio de la pareja o las llamadas que avisan de un imprevisto, de una cancelación. Sólo una vez, complaciente, había participado del juego con plena voluntad. Para un cumpleaños de Juan se había vestido de prostituta, como ella suponía y había visto, en sus

duermevelas, que debía agradecerle a Juan: blusa negra transparente, sin brasier, falda negra cortísima, y unas medias rasgadas a la altura del sexo. Media hora, tiene usted media hora, le había dicho. Juan la jodió violentamente un rato antes de comenzar a hablar, a interrogarla. No a Lethe, sino al personaje que estaba representando. Todo terminó cuando ella no quiso contestarle. Cuéntame aquella vez que estuviste con dos hombres a la vez.

Lethe desechó el recuerdo y se dejó llevar. El mar, la dulzura del aroma y el calor, los cuerpos. Ella.

No pudo evitar abrir los ojos. Detuvo apenas comenzado el gesto inconsciente de alargar la mano hasta la mesita de noche para agarrar sus lentes. El brillo del sol, amplificado y repetido por la blancura de la ropa de cama y los muebles de la habitación, el rumor del mar que había creciendo hasta convertirse en estruendo, las dos manchas borrosas a su lado eran reales, más reales que la novela boca abajo y abierta en la página donde se había quedado la noche anterior o ese aroma que reconocía en la mano que había llevado hasta su sexo todavía húmedo.

«Lethe volvió a cerrar los ojos y desapareció la blancura, la penumbra se oscureció aún más y el sonido de la marea volvió a ser una canción de cuna.»

Una esquina del cuarto permanecía en penumbra. Pero la sombra borrosa sentada en la silla no podía ser Juan. Él no fumaba ni era tan elegante. O quizá las cosas habían cambiado mucho esos últimos meses.

Lethe volvió a cerrar los ojos y desapareció la blancura, la penumbra se oscureció aún más y el sonido de la marea volvió a ser una canción de cuna.

Nunca supo para quién fue la última palabra que pronunció antes de dormirse de nuevo: «gracias».

© José Luis Justes Amador

El autor:

José Luis Justes Amador (Zaragoza, España, 1969). Radicado en Aguascalientes, México, desde 1996. Traductor.

FERIA

por Sergio Borao Llop

Poco antes de mediodía, Mariano bajó del tren.

Siguiendo una vieja costumbre, respiró profundamente. Después de un par de horas encerrado en el vagón, el aire del andén siempre le parecía delicioso, a pesar de la abundante contaminación existente en la Ciudad. Miró a ambos lados, como buscando a alguien, a sabiendas de que nadie podía estar esperándole pero aun así escudriñando todos los rostros, acaso con una secreta esperanza. Al entrar en la zona acristalada, se miró de reojo en un espejo, gesto mecánico que nunca lograba convencerle de que su apariencia era normal, de que no tenía pinta de pueblerino con su traje negro de catorce años atrás y su camisa blanca recién sacada del armario. Nunca pudo soportar la corbata, por lo que tampoco la usó en esta ocasión. Naturalmente, una vez que se vio en marcha, navegando sobre las vías a toda velocidad, le entraron los remordimientos y tuvo nostalgia de la corbata que nunca fue capaz de ponerse.

Pero ahora ya estaba en la ciudad. Como en años anteriores, un joven fornido, tocado con una gorra de visera, se ofreció a llevarle el equipaje. Como siempre, Mariano rehusó con timidez, recordando lo que le ocurrió la primera vez que vino a la Ciudad, cuando un joven muy parecido al que ahora le ofrecía su ayuda desapareció de repente con su maleta y un hatillo repleto de rosquillas que traía para invitar a los otros agricultores. En aquella ocasión, por suerte, Mariano llevaba el dinero encima, por lo que maleta y hatillo fueron encontrados por un anciano a dos manzanas de la estación y restituidos a su legítimo dueño.

Cuando salió de la estación, miró el cielo sin nubes, miró la calle, repleta de peatones y de automóviles que atravesaban raudos la avenida, miró la parada de taxis pensando acaso en tomar uno. Finalmente, con gesto decidido, echó a andar en dirección al hotel de todos los años, del que apenas le separaban cuatro o cinco manzanas. Unos pasos más allá, cuando cruzó el semáforo, ya no recordaba la desagradable impresión de sentirse extraño en la Ciudad, de saberse un aldeano de paso. En ese momento sintió la conocida transformación. De repente le parecía que en realidad había vivido allí siempre, que aquel era su auténtico hogar; aquellas plazas con fuentes y palomas, aquellas avenidas con olor a gasolina, aquellas calles llenas de sombra, aquellas esquinas tras las que podía ocurrir cualquier cosa, eran más suyas que los áridos campos en los que llevaba toda una vida trabajando. «Este año, este año quizá...» pensó. Mas ahuyentó con un encogimiento de hombros la idea que estaba formándose en su mente y aceleró el paso para llegar al hotel con tiempo suficiente para comer algo.

Luego, por la tarde, tras una brevísima siesta, visitó la Feria. Sin intención de comprar nada, apenas cumpliendo un ritual tan antiguo como inútil. Saludó fugazmente a algunos conocidos de años anteriores. Charló con agricultores venidos de otros pueblos, de otras regiones. Se interesó sin el menor interés por los pormenores del funcionamiento de alguna máquina, por el precio del abono, por las innovaciones técnicas. Anotó números de teléfono, aceptó tarjetas y sonrisas mecánicas de los vendedores, hizo acopio de folletos informativos, se aburrió en abundancia. Absurdos paseos entre expositores y corredores iluminados, tediosos minutos cuyo fin no parecía llegar nunca. Cuando estuvo bien seguro de que algunos paisanos le habían visto, se despidió con amabilidad del comerciante que en ese momento trataba de colocarle una buena partida de semillas y tomó el autobús en dirección al hotel.

Al entrar en la habitación consultó el reloj. Sin pérdida de tiempo, tomó una ducha, se afeitó, perfumó su piel y sus ropas y bajó a cenar, solo. Si bien en la aldea toleraba las conversaciones con sus vecinos, aquí en la Ciudad la sola idea de tener que compartir la misma mesa le resultaba insoportable, casi ridícula. Aquí, él era otro. O dicho de otro modo, era él mismo, no el sumiso Mariano que conocían los campesinos, no el callado Mariano que perdía irremediabilmente en las partidas de cartas de la sobremesa en el café, no el comprensivo Mariano que aceptaba con humildad

las variopintas excusas que su esposa enarbolaba noche tras noche para evitar las embestidas de su cuerpo ansioso. Aquí, sólo aquí, entre estas calles, podía volver a ser el muchacho de veinte años que fuera en otro tiempo, aquel que las almas mezquinas de sus vecinos mataron definitivamente en aquel largo verano que ya no podía borrarse.

Tras la cena, escasa pero sabrosa, salió a dar un paseo. Como en años anteriores, se encaminó al barrio de las prostitutas. Sin la menor vacilación entró en el bar de siempre, tomó asiento en una banqueta junto al mostrador, miró en torno, pidió una copa de anís y se dispuso a esperar. Algunas chicas se le acercaron y él las rechazó con suavidad. La mujer que le había servido el anís le lanzaba de vez en cuando fugaces miradas como tratando de recordarle de alguna otra ocasión, pero, por más que le miraba, no conseguía reconocerle. Sin embargo, una sensación de intranquilidad se iba abriendo paso en su interior. Una joven de unos treinta años, morena, hermosa, tomó asiento junto a Mariano y se puso a mirarle fijamente.

–¿No vas a invitarme a una copita? –preguntó al poco rato.

–Me gustaría mucho –respondió él– pero estoy esperando a una amiga.

–¿Es más guapa que yo? –dijo la chica fingiendo sentir celos.

–Las dos sois muy guapas, pero ella y yo somos amigos desde hace muchos años.

Algo pareció agitarse en los ojos de la chica, ensombreciéndolos, en el momento en que volvió a hablar.

–¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

–¿Qué más da?

–Dímelo, por favor –el ruego de la joven desconcertó a Mariano por la extraña intensidad de su voz, por el límpido brillo aparecido de pronto en sus ojos. La mujer de la barra también se había acercado con una expresión extraña en su mirada.

–Bueno, aquí le dicen «Visi».

Un repentino silencio se extendió entre ellos. Los ojos de la chica buscaban apoyo en la camarera, que tragaba saliva con dificultad y parecía tener algún problema para respirar. Otra de las chicas se había acercado lo suficiente para oír las últimas palabras y se había quedado allí, inmóvil, con los ojos fijos en el entarimado, apoyada sin fuerzas en la barra, amenazando caerse de un momento a otro. Finalmente, cuando ya Mariano empezaba a preguntarse que podía significar la extraña actitud de aquellas mujeres, fue la camarera la que habló, con un hilo de voz que poco a poco se iba rompiendo en sollozo, dijo:

–La «Visi» se mató hace un mes. Se enteró de que había cogido el SIDA y no quiso seguir aguantando. Se tiró a las vías... y el tren, el tren...

No pudo seguir hablando. Un llanto convulsivo e imparable se apoderó de ella.

Las otras también lloraban, aunque con menor desconsuelo. Mariano se quedó inmóvil, como ajeno a las palabras que sus oídos acababan de percibir. Callado e inerte, apoyado en la barra, no terminaba de admitir la realidad de lo escuchado. Su pensamiento se remontó en el tiempo, buscando en el pasado lo que el presente le estaba negando, acaso también como una ineficaz escapatoria a la tragedia sucedida.

Se recordó veinte años atrás, paseando del brazo de la «Visi» (Visitación Crespo, la hija de Marcelino, por aquel entonces) por las calles de su pueblo. Tan sólo eran dos adolescentes, caminando sin prisa bajo la atenta mirada de todas las personas respetables del lugar. Su relación (si podía llamarse de ese modo) consistía en esos largos paseos vespertinos a la vista de todo el pueblo, en las cortas y

«Cuando salió de la estación, miró el cielo sin nubes, miró la calle, repleta de peatones y de automóviles que atravesaban raudos la avenida, miró la parada de taxis pensando acaso en tomar uno. Finalmente, con gesto decidido, echó a andar en dirección al hotel de todos los años, del que apenas le separaban cuatro o cinco manzanas.»

asfixiantes visitas a la casa de los Crespo los domingos por la tarde, en regalos tradicionales y no menos tradicionales conversaciones hábilmente dirigidas por la señora Ascensión, madre de la «Visi». Pero ya en aquel tiempo borroso, Mariano estaba enamorado de la chica.

Mientras él se pasaba las noches suspirando y soñando con el día en que pudiese tener por fin a Visitación entre sus brazos, Ramón, otro de los mozos de su quinta, fue menos sutil y una noche, durante las fiestas patronales, aprovechando la oscuridad y los efluvios del alcohol y la música, se la llevó al descampado donde la luz de la luna y las falsas promesas deslumbraron a la doncella, que de este modo dejó de serlo, con tan mala suerte que algunos vecinos que paseaban cerca del lugar, por casualidad, no pudieron evitar ver el deshonesto lance.

Los padres de Visitación la repudiaron, las gentes de bien le negaron a partir de entonces el saludo. Ramón, por supuesto, evadió cualquier responsabilidad y escurrió el bulto alegando que la chica no era virgen y él no iba a cargar con ella por un pequeño desliz. En efecto, la chica ya no era virgen, pero nadie le dio la oportunidad de explicar que lo había sido hasta esa noche, lo cual, por otro lado, había dejado de tener la menor importancia. Hasta Mariano, dolido en su amor propio, se apartó de ella, abandonándola a su desdicha.

«Mientras apuraba el tercer anís, Mariano salió un momento de su ensoñación. La chica morena seguía sentada junto a él, sin turbar su silencio, sólo acompañándole, como una muestra de solidaridad y de duelo. Su mano suave de largas uñas se posó sobre la de él, en un gesto de ternura.»

El pueblo entero se había vuelto de espaldas y Visitación, llena de una inmensa amargura, hubo de marcharse a la Ciudad, sin más equipaje que algunas prendas de vestir y un billete de tren que su padre se apresuró a comprar para perderla de vista lo antes posible. Aquel día, Mariano fue a la estación con intención de despedirse de ella, de ofrecerle su perdón, de rogarle que se quedase, pero nada de eso ocurrió. Mariano, vencido por la timidez o el orgullo herido, acobardado por causas

que aún desconocía, permaneció escondido tras unos setos y sólo pudo contemplar, impotente, como la única mujer que había significado algo en su vida se marchaba para siempre a la Ciudad, que por entonces era casi lo mismo que decir al extranjero.

La vida en el pueblo no sufrió cambios significativos. El Paseo había perdido a dos de sus más fieles adeptos. En la mesa de los Crespo había un cubierto de menos. Eso fue todo. Eso y la desesperación de Mariano, que no podía soportar la idea de vivir sin amor. Al principio, incluso pensó en fugarse, en fatigar los caminos y las aldeas en busca de su amada, pero la ignorancia respecto al posible paradero de Visitación logró disuadirle por completo. También soñó inmisericordes venganzas contra Ramón, venganzas que hubo de posponer una y otra vez, debido principalmente a la diferencia de peso y tamaño entre él y su rival.

El tiempo fue pasando y las heridas fueron dejando paso, según suele ocurrir, a las feas cicatrices. Mariano, resignado, se dejó querer por Charito, la hija del alcalde. Con bastante alboroto, se celebró la boda un domingo por la mañana. A partir de entonces, Mariano se refugió en el trabajo. Las enseñanzas de su padre y las fértiles tierras que el alcalde había aportado como dote le convirtieron en uno de los mejores y más respetados agricultores de la zona. Su afán de mejorar fue lo que, un día cualquiera, le llevó a plantearse la necesidad de viajar a la ciudad para visitar la Feria, como hacían otros. A pesar de la inicial oposición de su esposa, cuyo instinto le decía que ese viaje era peligroso, logró convencerla de que no había otro modo de modernizar los aperos y herramientas para poder seguir ofreciendo los mejores productos.

Mientras apuraba el tercer anís, Mariano salió un momento de su ensoñación. La chica morena seguía sentada junto a él, sin turbar su silencio, sólo acompañándole, como una muestra de solidaridad y de duelo. Su mano suave de largas uñas se posó sobre la de él, en un gesto de ternura. A pesar de la aparente impassibilidad del rostro, era evidente que el hombre sufría y que nada, en ese momento terrible, podría mitigar su pena, pero aquella mano que descansaba sobre la suya era como un asidero, algo a lo que aferrarse en los peores momentos. No se trataba de la mano lasciva de la puta Andrea tratando de seducir por el simple contacto o la caricia experta. En esa hora dolorosa no era más que la

mano amiga de Andrea, la mujer, que intentaba rescatar de las tinieblas a un hombre al que ni siquiera conocía. Esa noche, sin proponérselo, sin siquiera sospecharlo, Andrea fue Ana, la joven indigente que le salvó la vida a Thomas de Quincey; fue, como tantas otras, un símbolo, pero allí no había ningún intérprete de símbolos, por lo que Andrea, para el mundo, siguió siendo nada más que una prostituta, linda y voluptuosa.

El descubrimiento de la Ciudad cambió algo en el interior de Mariano. La sola visión de los edificios, de las luces, de la gente que llenaba las calles, los almacenes, los modernos bares, le produjo un cálido sentimiento de familiaridad, como si finalmente hubiese llegado al sitio que durante años había estado buscando sin saberlo. El aire olía a gasolina quemada, a plástico, a humanidad, pero permitía respirar la libertad. Fue como si jamás hubiese estado en otro sitio, como si los surcos y las semillas y el sueño inquieto que presagia una aplazada tormenta no fuesen sino el recuerdo de un cuento oído tiempo atrás y ya casi olvidado.

Aquella primera vez, el tiempo corría vertiginoso. La Feria estaba muy bien, había muchas máquinas que podrían ahorrar trabajo y hasta peones, infinidad de artículos que jamás hubiera podido soñar, pero el hábil agricultor había dejado paso al explorador ávido y la estancia de Mariano en la Feria fue más bien breve (más tarde, en el tren, durante el viaje de vuelta, tuvo que estudiar a fondo los folletos para poder explicarle a Charito las cosas que teóricamente había estado viendo durante todo el fin de semana).

Durante la mayor parte del sábado se dedicó a recorrer el centro. Visitó grandes almacenes repletos de ropa, objetos de cocina, artículos deportivos, electrodomésticos y un sinfín de aparatos de dudosa utilidad. Pero no había tiempo para preguntar a los vendedores por sus funciones. La Ciudad era enorme, infinita, y sólo disponía de otro día más. Recorría las calles aspirando el inconfundible aroma, sólo perceptible por quienes vienen del campo. Se adentró en callejuelas estrechas y en zaguanes oscuros. Vagó sin dirección y sin memoria por las interminables avenidas atestadas de gente, de vehículos, de ruido. Se perdió entre setos y glorietas. Se dejó arrastrar por algo que podía ser una intuición innata. De ese modo llegó, insólitamente, frente a la puerta del hotel en que se había hospedado. Pero su ansia urbana no había quedado satisfecha, así que, después de cenar con algunos convecinos que también se alojaban allí, alegó un pretexto banal o increíble y volvió a salir al frescor de las calles y al bullicio de los bares que aún permanecían abiertos.

¿Cómo no evocar, en ese momento en que ya el alcohol empezaba a adueñarse de sus recuerdos, el instante preciso en que divisó a la mujer y creyó reconocerla? Su mano se cerró con fuerza sobre la de Andrea, que permanecía allí, junto a Mariano, silenciosa y ajena al ajeteo del bar y a las solicitudes de los clientes.

Un camarero le había dado unas indicaciones. Mariano tomó por la avenida, cruzó tres calles y una plaza, giró a la izquierda, siguió durante unos cien metros y se introdujo por otra calle lateral, algo más estrecha. Al llegar a una pared que tapiaba el fondo de la calleja, supo que se había equivocado. Volvió sobre sus pasos. Al desembocar de nuevo en la avenida, la vio. Increíblemente, la siguió durante un rato. Finalmente la alcanzó, la tomó de los hombros y se quedó mirándola en los ojos, sin una sola palabra. Para un espectador casual, la seriedad que reflejaba su rostro hubiese contrastado, casi brutalmente, con la franca sonrisa que nació en los labios de la mujer, que se abrazó a él entre agudas exclamaciones y ruidosas carcajadas.

Habían pasado siete años y Visitación estaba mucho más hermosa. Un fondo de tristeza en sus ojos la embellecía aún más si cabe. Allí detenidos bajo el influjo de las luces eléctricas, en medio de la avenida, ruidosa a pesar de la tardía hora, dejaron deslizarse los segundos sin hablar. Sus miradas decían más de lo que hubieran podido decir sus palabras. Pero la gente pasaba junto a ellos contemplándoles con curiosidad. Alguien rompió el silencio y comenzaron a caminar entrelazados. Tomaron asiento en una terraza, consumieron algún licor y charlaron. De pronto, la mujer miró el reloj y respingó involuntariamente. «Debo ir a trabajar» musitó.

El cambio de expresión en su rostro no pasó desapercibido para Mariano. «¿A trabajar? ¿A estas horas?» preguntó él, asombrado. Ella esgrimió evasivas, pero al final, ante la insistencia del hombre, no le quedó otro remedio que confesar la verdad: Servía copas y alternaba con los clientes en un bar de dudosa reputación. No pudo evitar que Mariano la acompañase hasta la puerta del local, donde se despidieron con un beso, no sin intercambiar teléfonos y fijar una cita para el día siguiente.

Pero ése fue un ritual inútil, aunque ella en ese momento no hubiera alcanzado a sospecharlo. Una hora más tarde, Mariano entraba por la puerta del Club. Con aplomo, tomó asiento en la barra, solicitó una copa y buscó a su amiga con la mirada. Sólo unos minutos más tarde se dio cuenta de que todo podía haber sido un engaño. Quizá ella le había conducido a otro lugar sospechando lo que planeaba. Quizá a estas horas se encontraba en el otro extremo de la ciudad. Apuró su copa y pidió otra. Al menos el anís era bueno.

En ese momento, al levantar la vista buscando a la camarera, vio a Visitación. Bajaba por una escalera, de la mano de un hombre que casi le doblaba la edad. Sonreía, pero de una forma muy diferente a como le había sonreído a él un rato antes. Al verle allí sentado, palideció. Se despidió de su acompañante con un beso mecánico y se acercó a Mariano con un destello de furor en la mirada.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sólo quiero estar contigo —respondió él humildemente.

—Deberías irte. Aquí no hay nada bueno para ti.

—Estás tú. Quiero pasar la noche contigo. Llevo muchos años esperando esto. Si ha de ser de este modo, así sea. Te quiero demasiado para que me importe.

Increíblemente, a ella tampoco le importó. Habló un momento con una compañera algo mayor, volvió junto a Mariano, bebió de su copa mirándole a los ojos y dijo: «Llévame a tu hotel».

Los detalles de ese primer encuentro carecen de importancia. Baste decir que a ella le pareció que ésa había sido su primera vez y que Mariano conoció esa noche el amor físico. (Con su inevitable mezcla de temor, deseo y algo de desesperación. Nada que ver con los fugaces y anodinos encuentros con Charito).

Mariano regresó, no podía ser de otro modo, a su pueblo, a las cosechas, al café, al velado cariño conyugal, a la vida insulsa del invierno en la aldea. Pero ahora tenía algo: Una isla habitable en medio del mar de mediocridad y desconsuelo. Una feria que se celebraba anualmente y que le daba la oportunidad de vivir, siquiera por unas horas, la vida que realmente hubiera deseado. Desde entonces, sus visitas a la capital se repitieron cada doce meses. Durante esos dos o tres días que permanecía allí, Visitación guardaba fiesta y le acompañaba a todas partes. Después, volvía la rutina y el ciclo de la espera recomenzaba.

A causa de algunos cambios bastante evidentes en su marido, Charito supo lo que ocurría desde el primer momento, pero algunas amigas le aconsejaron que hiciera la vista gorda. Al parecer, las escapadas de los agricultores a la Ciudad eran comunes y, según algunas que se las daban de modernas, necesarias para preservar la paz en el matrimonio. Así pues, ignorante de la identidad de la amante de su marido, Charito se encogió de hombros y toleró, como tantas otras, con idéntica resignación, los viajes de Mariano.

También la «Visi», según el testimonio de sus compañeras, sufrió una transformación importante. Seguía siendo la amiga alegre, pero ahora, además, había en sus ojos un fulgor nuevo. Se la veía ilusionada, feliz. Dos días al año no son gran cosa, es cierto, pero son mucho más que nada. Un pequeño remanso donde tomar fuerzas para seguir nadando río arriba, tal vez hacia ninguna parte, pero nadando a pesar de todo, con ayuda del recuerdo de la última Feria y la esperanza de la próxima.

Durante catorce años la vida fue eso, un antes y un después del fin de semana mágico que cada otoño les tenía reservado. En muchas ocasiones Mariano propuso alargar hasta el infinito esas horas, quedarse allí, junto a ella, compartiendo su vida, pero siempre los labios de la «Visi» tapaban los suyos en un cálido beso y no volvía a hablarse del asunto. La ciudad era el escenario perfecto. Nunca dejaron de sentir que, en el fondo, el sórdido incidente del pasado era lo que había propiciado su

encuentro lejos de las calles del pueblo. No era posible evitar el sentimiento compartido de que las cosas jamás hubiesen podido ser iguales entre las viejas casas de la aldea, bajo los ojos vigilantes y acusadores de los vecinos. La felicidad se hallaba bajo las circunstancias más extrañas.

Y ahora, la «Visi» se había marchado. Por segunda vez se le había ido sin que él pudiera esbozar siquiera una breve despedida. Y lo peor era esa obstinada voz que, por encima de los efluvios del año, le repetía que esta vez era para siempre, que esta vez no iba a tener la suerte de encontrársela al filo de los años en las calles de la Ciudad.

Se percató de que Andrea estaba hablándole en voz baja. Supo que las palabras no eran tan importantes como el hecho de que alguien estuviese pronunciándolas. Notó que lloraba y no trató de evitarlo ni de ocultarlo. Dejó que las lágrimas corriesen por su rostro mientras el dolor de la pérdida roía su corazón.

Pagó las copas y se dispuso a marcharse. Andrea, sin que nadie lo pidiese, le acompañó. Caminaron por las estrechas callejas donde la noche, dicen, es peligrosa; sintieron el aire fresco demorándose en sus rostros, tal vez charlaron.

«Pagó las copas y se dispuso a marcharse. Andrea, sin que nadie lo pidiese, le acompañó. Caminaron por las estrechas callejas donde la noche, dicen, es peligrosa; sintieron el aire fresco demorándose en sus rostros, tal vez charlaron.»

Esa noche, en brazos de Andrea, Mariano consiguió olvidar el dolor, siquiera durante brevísimos momentos. El alcohol y los besos de la chica le transportaron a otras noches y a otros besos. Volvió a sentir la vida bullendo en su interior, el calor y el frenesí de la Ciudad nocturna, la expectación ante cada umbral por trasponer, el fuego de la carne. Se juró que jamás regresaría a las noches vacías de la aldea, a la intolerable madrugada, a la siembra, a las insulsas partidas de cartas, al lecho frío.

Al día siguiente, al despertar, la habitación estaba desierta. A su lado, entre las sábanas, no había nadie. Mariano comprendió, suspiró, se levantó, se duchó, hizo la maleta, bajó a desayunar, pagó la cuenta, caminó hasta la estación, sacó un billete y tomó el tren. Mientras los campos pasaban vertiginosos al otro lado del cristal, con un gesto seco enjugó su última lágrima. Sus tierras le esperaban. Habría otros años y otras ferias. La vida, inconcebiblemente, seguía.

Pero he aquí que en ese instante de suprema renuncia, Mariano recuerda un detalle que había permanecido agazapado en su mente. En su mano, de repente, surge un sobre cerrado. Es una carta que la «Visi» dejó para él. Rasga el sobre, extrae el papel doblado y lee. Su rostro va adquiriendo una expresión diferente. La resignación desaparece, una creciente calma va ganando el pecho del viajero, una vaga sonrisa surca de pronto su cara campesina.

Ignoramos el texto de la carta. Sólo sabemos que Mariano, después de doblarla cuidadosamente y depositar en ella un tierno beso, la guarda en su bolsillo, mira por la ventanilla, se incorpora, no se toma siquiera la molestia de recoger su equipaje y se apea en la primera estación.

Más tarde tomará otro tren que le devuelva a la ciudad, a la que ahora, definitivamente, pertenece.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop Narrador y poeta nacido en Mallén, Zaragoza. Colaborador habitual en varias revistas y boletines electrónicos. Incluido en diversas antologías y en las revistas *Nitecuento*, *Imán*, *Alhucema* y *Rampa*. Incluido en diferentes páginas web de contenido literario. Sus textos han sido leídos en los programas radiofónicos "Ruido de magia", "El diluvio y la pasajera" y "Tus poemas por las ondas". Ha recogido la mayor parte de sus cuentos en dos libros: *El Alba sin espejos* y *Reflejos*, *Intrusiones*, *Imposturas*, y su poesía en el volumen *La estrecha senda inexcusable*. Fue finalista en los certámenes de Poesía y Relatos "Ciudad de Zaragoza 1990". Blog "Al andar": <http://al-andar.blogspot.com/>, Página personal: <http://www.aragoneria.com/sergio>

EL CAFÉ DE LOS MICROS

por Gustavo Nielsen

–Listen and repeat...

En el estéreo del Valiant, camino a Necochea, el caset de inglés pasaba más lentamente que en otras caseteras. Al menos así le parecía al nene. El Valiant era un auto grande y duro, durísimo, su padre siempre lo decía. «Con Walter, si quiero, empujo una montaña». Walter era el nombre del auto. Su padre le había enseñado que había que ponerle nombre al pito y al auto. El nene se llamaba Marcos, el pito del nene era Beto; Marcos también tenía un caniche que se llamaba Enrique, pero lo había dejado en Buenos Aires. Alargó la mano para tocar la tecla del stop.

–Inglés o las tablas –dijo el padre.

–¿Todo el viaje?

–Por lo menos hasta Ayacucho.

Iban por una ruta de provincia recién terminada de pavimentar. Sólo pasaba por allí una línea de micros y algunos autos. El padre la prefería porque así viajaba cómodamente. Walter, decía el padre, también parecía preferirla a la ruta dos, porque había menos choques. El único problema era que tenía una sola estación de servicio, en mitad del recorrido, y para llegar a destino Walter necesitaba exactamente dos tanques. Había que tomar la precaución de que cada vez que cargaba el tanque estuviera realmente lleno, al salir de la Capital y después. El padre no confiaba en el marcador de los surtidores y siempre pedía que lo hicieran chorrear. Hacían ese mismo viaje dos veces al mes.

–Dear Mum and Dad: My first day in England was OK.

El padre repitió la frase y miró por la ventanilla. Atardecía; una niebla roja tiznaba todos los objetos dispersos por el campo.

–Hay que repetir. Si no, no sirve. Vamos...

–Diar mam an dad: Mai ferst dei in... –Marcos dudó.

–England, Inglaterra...

–...England... was okey.

–The train arrived on time and I went to the school.

–Prefiero las tablas.

El padre apagó el estéreo.

–Elegí una –dijo.

–La del dos.

–Una difícil.

–La del cuatro.

–Veamos la del nueve.

Todos los viajes eran iguales. Repetir, repetir, repetir. El padre le llamaba a esa actividad «aprovechar el tiempo». La ruta como una banda corriendo por debajo de la luz de los faros y ellos dos solos, adentro de la cabina del Valiant, «aprovechando» las horas muertas.

–¿Nueve por siete?

Marcos desenvolvió un caramelo. Apoyó el papel sobre el asiento. El caramelo era de limón. Se lo metió en la boca.

«Todos los viajes eran iguales. Repetir, repetir, repetir. El padre le llamaba a esa actividad “aprovechar el tiempo”. La ruta como una banda corriendo por debajo de la luz de los faros y ellos dos solos, adentro de la cabina del Valiant, “aprovechando” las horas muertas.»

–¿Sesenta y tres? –preguntó.

–Tiene que ser con más seguridad –dijo el padre. Agarró el papel y lo hizo un bollo: –A Walter no le gusta. Para eso está la bolsa de la basura.

Marcos abrió la bolsa para tirar el bollo que el padre le daba.

–¿Nueve por nueve?

A Marcos, la idea que a Walter le gustara o no le gustara algo, de más chico hasta le había parecido graciosa. Su padre seguía repitiéndola como si estuviera convencido de que Walter fuera un persona de verdad, color verde brillante. El chiste ya no tenía ninguna gracia.

–Dije «nueve por nueve».

En la última hora de la tarde, el encerado del metalizado parecía la brillantina de las figuritas «autos y tractores» que el padre le traía todos los viernes, cuando venía de trabajar.

–¿Ochenta y uno?

El padre afirmó con la cabeza.

–Te tiene que salir automáticamente –agregó–. Veloz y seguro, como Walter.

Al decirlo, palmeaba el volante con las manos. Marcos pulsó la tecla de eject. El caset asomó del estéreo y la radio empezó a sonar. Marcos intentó buscar un programa de música en el dial, pero el padre volvió a empujar el caset hacia adentro.

–We had a coffee and talked about the course...

«A Marcos, la idea que a Walter le gustara o no le gustara algo, de más chico hasta le había parecido graciosa. Su padre seguía repitiéndola como si estuviera convencido de que Walter fuera un persona de verdad, color verde brillante. El chiste ya no tenía ninguna gracia.»

Bajó el volumen.

–Quería ver qué había –dijo.

–¿Nueve por cinco? –dijo el padre.

Marcos bostezó.

–¿Tan difícil es nueve por cinco?

–Cuarenta y tres –dijo Marcos.

El padre arrugó el puente de la nariz.

–¿Cuarenta y cinco? –corrigió Marcos.

–Ah –dijo el padre–. ¡Cuarenta y tres! –se mordió el labio inferior–, ¡hasta Walter sabe que la tabla del cinco termina en cero o cinco!

–Bueno, cortala.

–No puede ser...

–Ya no quiero repasar más las tablas.

–Como si las supieras...

–No importa.

El padre sacudió la cabeza.

–Mientras sigas cometiendo errores, te las voy a seguir tomando. Hasta que las aprendas.

Marcos estaba por decir «no quiero aprender», pero se calló. El padre insistió:

–Hay que aprovechar el tiempo de los viajes...

El caset llegó al final y comenzó a volver con el auto-reverse. Los dos lados, con el volumen a cero, eran iguales de mudos. Como el paisaje a un costado u otro de la ruta.

–¿Siete por nueve?

–Qué sé yo...

–¡Siete por nueve!

–Sesenta y... dos.

El caset estaba lleno de palabras raras como el campo lo estaba de alimañas.

–¡Sesenta y dos! –gritó el padre–. ¿Me estás cargando?

–Ya... –dijo Marcos, desviando la mirada hacia afuera.

–¿Nueve por siete es sesenta y tres y siete por nueve es sesenta y dos? ¿No es igual, acaso?

–Sí.

–¿Entonces?

–Sesenta y tres –corrigió Marcos.

Al otro lado de la banquina había una vaca con su ternero. Estaba atada a un poste de alambrado. El ternero se acercaba a olerla y se alejaba un poco. Era todo lo que Marcos podía ver con la última luz de la tarde. «Es feliz porque nadie le toma las tablas», pensó.

–¿Y si comemos?

–Bueno.

Marcos buscó en la mochila los táper con la comida. Sacó dos vasos de telgopor y un termo de café.

–Con cuidado –dijo el padre.

–Sí.

Al padre no le gustaba detenerse en los viajes. En esa ruta desértica estaba justificado: no había donde parar, salvo en la única estación, a hacer pis y a cargar combustible. Cuando viajaban por la ruta dos había muchos lugares. En aquellos viajes, la madre siempre quería bajarse a tomar algo en algún lado o, como ella decía, a «estirar las piernas». Marcos también, a comprar golosinas o alguna revista. Pero el padre era el que manejaba, y le gustaba viajar de un tirón. Por eso la madre había dejado de ir a Necochea.

–Armá los sánwiches adentro de los táper, así no se caen las migas al piso.

Detenerse para comer en el medio de la nada no tenía sentido. Marcos podía armar los sandwiches con el auto en movimiento, porque era un buen acompañante. El padre siempre lo decía. Un buen acompañante tenía que darle charla al chofer y servir el café. Aunque lo que Marcos más quería era ser chofer.

«Al padre no le gustaba detenerse en los viajes. En esa ruta desértica estaba justificado: no había donde parar, salvo en la única estación, a hacer pis y a cargar combustible».

–¿Mayonesa?

–No. Tampoco le pongas al tuyo. Idea de tu madre, la mayonesa. A quién se le ocurre...

–A mí me gusta –dijo Marcos, pero no abrió el sachet. Se puso, eso sí, doble feta de jamón.

El padre siempre le decía que no le iba a enseñar a manejar hasta que no aprendiera bien las tablas, y por lo menos los dos primeros casets del «Learning English» de los «Work in progress». «Hasta el Curso Tres», decía, «como mínimo». Aprender a manejar había pasado a ser un problema de Marcos: cuanto antes se ocupara del inglés, antes recibiría la instrucción.

–Se ensucia Walter –dijo el padre.

Marcos envolvió el sandwich del padre en una servilleta, como él le había enseñado. Se lo pasó. El padre le dio un mordisco.

–Buen sánwich –dijo, mientras lo masticaba–. ¿Siete por seis?

Marcos sirvió cafés hasta la mitad de los vasos.

–No cuando comemos –dijo. La frase era de su madre.

–*No cuando comemos...* –repitió el padre, con sorna, como diciendo «conozco eso».

Marcos volvió a tapar el termo y lo guardó adentro de la mochila. Bebió un sorbo de su vaso. Se quedó con el táper abierto sobre las rodillas. Había pan y fiambre para dos sandwiches más. El auto dio una patinada sobre un animal muerto, que hizo temblar el café en el vaso de Marcos.

–¿Se volcó algo?

–No.

La ruta nueva estaba llena de animales muertos, más que la ruta dos, aunque por la dos pasaban más autos. Marcos pensaba que era porque la ruta estaba recién estrenada. Los animales se resistirían a probar otros caminos que los de siempre, entonces cruzaban la cinta de asfalto y muchos quedaban aplastados. Las madejas de tripas aparecían bajo las luces del Valiant como los monstruos de un tren fantasma. Ya no se veía otra cosa que eso.

–Walter odia pisar los animales muertos...

Marcos sabía que Walter era incapaz de odiar. Walter era un auto, por más que su padre lo acariciara y le hablara cuando lo lavaba. Se trataba de una *metáfora*, se lo había enseñado la maestra en el colegio, porque a Marcos le gustaba mucho leer y había visto algo como lo que su padre hacía con su auto en una novela de Salgari. El de la novela era un caballo, lo que justificaba más el cariño. Él también quería mucho a Enrique, su perro caniche. La maestra le había dicho que era algo llamado *personificación*. Pasaba cuando una persona idolatraba a un objeto o a un animal. Ahí fue cuando la maestra dijo la palabra *metáfora*. Marcos no la podía entender del todo. Una cerrada cortina de saltamontes vino a frenar su pensamiento y a reducir la velocidad del Valiant.

–Uau –gritó Marcos.

«Marcos sabía que Walter era incapaz de odiar. Walter era un auto, por más que su padre lo acariciara y le hablara cuando lo lavaba. Se trataba de una metáfora, se lo había enseñado la maestra en el colegio, porque a Marcos le gustaba mucho leer y había visto algo como lo que su padre hacía con su auto en una novela de Salgari.»

Los saltamontes se estrellaban contra el parabrisas con ruido de tallos quebrados. Duró varios segundos; luego reapareció la ruta. El padre accionó los limpiaparabrisas con agua jabonosa. Sobre el vidrio fue formándose una pasta. Tuvo que detener el Valiant al costado del camino, aunque faltaba muy poco para llegar a la estación de servicio. Sacó un trapo rejilla de la guantera.

–Cuando yo te avise, me echás agua apretando este botón.

–Bueno.

El padre se puso el pulóver y salió a la intemperie. La noche estaba fría como cualquier noche de agosto.

–Ahora.

Marcos apretó. El padre refregó el trapo por todo el parabrisas, limpiándolo meticulosamente.

–De nuevo.

–Va.

Marcos aprovechó para sacar el caset de inglés y cambiarlo por uno de Sui Generis. Lo dejó rodando sin volumen, como si fuera el anterior. El padre regresó a la cabina, le dio el trapo para que lo retornara a la guantera y le preguntó si había terminado de tomar el café.

–Me queda, pero está casi frío.

Marcos le mostró el vaso.

–¿Y ya no lo vas a tomar?

–No.

–Dame.

Tiró lo que quedaba de café por la puerta abierta:

–Así no se te vuelca.

Cerró la puerta y volvió a arrancar. Marcos mordió su sandwich antes de que el padre volviera a la carga con las tablas de multiplicar. Iba a comérselo bien despacio. Adelante, a lo lejos, se veía una sola luz roja, muy pálida, como de una motoneta.

–Te juego a que es un rastrojero –dijo él–. Si gano, te tomo la tabla del siete completa, y la del ocho.

–¿Y si gano yo?

–Oímos un caset.

–Pero no el de inglés.

–Palabra.

Marcos miró hacia delante. Las luces del Valiant, al acercarse, iluminaron una camioneta chata, con la suspensión vencida por la carga y el paragolpes atado con alambres. Una ruta desierta como ésa –sin indicaciones, servicios, ni policía caminera–, se prestaba a que la recorrieran vehículos destrozados. El Valiant, que en la ciudad era un cascajo, allí parecía un diamante en bruto. El padre no lo pasó, aunque bajó las luces.

–Gané –dijo.

El padre no había pasado al rastrojero porque se acercaba la entrada para la estación de servicio. Marcos guardó el sandwich y cerró el táper con fastidio. Vio cómo el rastrojero doblaba a la derecha por el camino de tierra que llevaba a la YPF. Un lejano cartel blanco y celeste iluminaba las tres letras. Debajo había un tinglado; debajo del tinglado, un par de surtidores y una casa rodante. El padre redujo la velocidad. A los lados del camino de tierra había grandes cunetas que parecían profundas. Dejó puestas solamente las luces de estacionamiento.

–¿Y estos boludos?

Tocó bocina. El rastrojero se había detenido en mitad del camino. En la caja llevaba una pila de rollos de alambre que parecía muy pesada. Marcos guardó el táper junto al termo. El padre apretó el centro del volante sostenidamente, para que el bocinazo fuera largo. La luz roja del rastrojero se apagó y se encendió la de la cabina. Había dos hombres: uno mayor con el pelo entrecano y otro como de cuarenta años, gordo. Marcos vio al hombre mayor maniobrar el espejo retrovisor para enfocar al Valiant. El padre hizo un guiño con las luces. Estaba inquieto. Los hombres se bajaron.

–Mirá donde se van a quedar, la puta madre que los parió.

El padre aferró sus manos al volante. Los hombres llegaron hasta la parte trasera del rastrojero y contemplaron la escena con los brazos en jarra. Tenían overoles muy manchados de grasa. Miraban hacia abajo. Parecían decir «no hay más nada que hacer». El padre insistió con la bocina, lo que provocó en el viejo un gesto desagradable, mezcla de sobresalto e indignación. Batió la mano en el aire helado de la noche como si espantara un moscardón. El rastrojero se había quedado tan en el medio que no había lugar posible para que el Valiant pudiera pasar. El padre bajó la ventanilla. El hombre más joven se acercó a hablar con él.

–Buenas noches.

El padre asintió.

–¿No nos daría una manito?

«Marcos miró hacia delante. Las luces del Valiant, al acercarse, iluminaron una camioneta chata, con la suspensión vencida por la carga y el paragolpes atado con alambres. Una ruta desierta como ésa -sin indicaciones, servicios, ni policía caminera-, se prestaba a que la recorrieran vehículos destrozados. El Valiant, que en la ciudad era un cascajo, allí parecía un diamante en bruto.»

–¿Qué pasa?

–Se nos quedó.

–Fíjate si da la altura de paragolpe.

–Cómo no va a dar, claro.

–Fíjate, te digo. No quiero tener un problema.

El hombre hizo un chasquido con la boca. Le faltaban dientes y tenía una barba de varios días.

–A ver si lo engancho mal y me tiran el alambre encima.

–Es un tonel y está vacío –dijo el hombre–. Si quiere lo bajamos.

–Mejor –dijo el padre.

El hombre volvió hasta donde estaba el viejo y le dijo algo. El viejo negó rotundamente con la cabeza. Su barba llevaba meses de crecer sin cuidados; la tenía blanca como el pelo. Parecía decir «si nos quiere ayudar, bien; si no, que espere».

–Viejo choto –dijo el padre.

El hombre joven intentó mover solo el tonel, sin resultado. Después se apartó a rascarse la panza. Marcos pensó que aquel viejo enclenque no hubiera podido ayudarlo mucho. No era algo fácil de hacer. El hombre joven regresó hasta la ventanilla del Valiant.

–Si me da una manito... –repitió, señalando hacia el tonel.

«Marcos reconoció en el tono de voz algo que le gustaba menos de su padre que la tortura de las tablas. Era el tono sobrador que anunciaba un acto de violencia.»

El padre no tenía intención de bajarse. La salida de la estación de servicio quedaba cuatrocientos metros más adelante, a lo sumo medio kilómetro. Podía ir hasta allí y entrar a contramano por el camino, aprovechando que la ruta estaba desierta. Hasta iba a tener que despertar al empleado, como todas las veces. Nadie que quisiera entrar a cargar nafta iba a poder hacerlo mientras ese rastrojero taponara el camino. Razonó todo eso mientras le miraba la cara al hombre joven. Tenía una cicatriz que le salía del pelo y le dividía la mejilla derecha en un vacío de la barba. El padre no

iba a ayudar a ese extraño con la cara cortada, era así de simple. No quería hacerlo. Para él, esos dos hombres de mameluco le estaban arruinando el viaje. Eran el obstáculo entre Walter y Necochea.

–No me voy a bajar –dijo.

El hombre parpadeó. Miró hacia el viejo, que no se había movido y seguía con los brazos en jarra. Miraba su rastrojero como si se tratara de un familiar muerto.

–Ué –dijo el hombre, separando su cuerpo de la puerta del Valiant. El padre comenzó a subir la ventanilla. Antes de que lograra cerrarla, lo oyó insistir:

–Si nos da un empujoncito, enseguidita llegamos, vea –señaló hacia la estación.

–El tonel pesa mucho –dijo el padre.

–Es liviano... El viejo no ayuda porque tiene una hernia de disco, pero entre yo y usted lo levantamos enseguidita...

El padre cabeceó. Marcos sabía que no se iba a bajar.

–¿Y hasta donde los empujo?

–Hasta el surtidor.

El hombre volvió a chasquear la lengua. Tenía los ojos negros como dos carbones. El padre terminó de levantar el vidrio de la ventanilla y arrancó despacio. El hombre se adelantó y le hizo indicaciones con la mano. Mientras le hacía señas de que siguiera acercándose, el viejo hizo un gesto para que frenara de una vez. Era el mismo gesto desagradable de antes, el de apartar al moscón, pero más exagerado.

–No se lo vayamos a rayar –pensó el padre en voz alta.

Marcos reconoció en el tono de voz algo que le gustaba menos de su padre que la tortura de las tablas. Era el tono sobrador que anunciaba un acto de violencia. El viejo gritó «basta, es tarado, o qué», agarrándose la barba con las manos. Después hizo lo que no había que hacer: pegarle al Valiant. Dos veces, sobre el guardabarros, como para hacerle sentir que, o detenía la marcha, o él se ocuparía de cascar a Walter en persona. El padre y Marcos oyeron clarito el insulto, y vieron y oyeron esos golpes.

–Putá que te parió.

A Marcos se le erizó la piel. Vio que el hombre joven trataba de sonreír para disimular. El rastrojero era un pedazo de hierro oxidado con ruedas. «Chatarra», dijo el padre, apretando los dientes. Como el barril que llevaban en la caja, que a primera vista les había parecido una pila oxidada de rollos de alambre.

Las puertas del rastrojero estaban abiertas. El hombre le había indicado al viejo para que se subiera a maniobrar, cuando el padre encendió las luces largas. Marcos oyó repetir la palabra «chatarra» antes de sentir el temblequeo del Valiant comenzando a hacer fuerza. El viejo y el hombre joven corrieron hasta la cabina, pero el padre no los dejó llegar. Pisó hondo el acelerador; el rastrojero carreteó a la deriva, sin doblar. El fin del traqueteo hizo resbalar a Marcos del asiento. El rastrojero se desprendió de un tirón de la frenada del Valiant, justo en el recodo del camino. Fue a parar de punta a la cuneta. Las dos ruedas de atrás quedaron girando en el aire, a la altura de la cintura de los hombres. Ellos se pararon en seco. El padre arrancó otra vez y les hizo los cuernos. El viejo alcanzó a reaccionar y tiró una trompada sobre el baúl del Valiant, que no alcanzó a dar en el blanco.

Marcos se quitó el cinturón de seguridad, en el que había quedado mal agarrado, y se arrodilló sobre el asiento para mirar hacia atrás. El Valiant aceleró para llegar rápido a la estación. Los hombres tenían los puños en alto; el rastrojero, desde esa distancia, parecía el tronco de un árbol inclinado al que alguien iluminaba desde las raíces. Marcos vio al hombre gordo meterse por la puerta, hasta que la luz se extinguió.

«A Marcos se le erizó la piel. Vio que el hombre joven trataba de sonreír para disimular. El rastrojero era un pedazo de hierro oxidado con ruedas. «Chatarra», dijo el padre, apretando los dientes. Como el barril que llevaban en la caja, que a primera vista les había parecido una pila oxidada de rollos de alambre.»

El padre rió nerviosamente. Estacionó el Valiant al lado de un surtidor de nafta especial y tocó dos largas bocinas. En la casa rodante se encendió un foco amarillo. El hombre tardó varios minutos en salir. Tenía lagañas en los ojos y cara de dormido. Enganchado a la casa había un De Soto oscuro y sucio.

–¿Anda? –preguntó el padre, mientras se bajaba.

–Sí.

–¿De qué año es?

–Del treinta y seis. Lo tendría que afinar, pero me cumple.

El empleado sacó el surtidor de la máquina. El padre le quitó la tapa al tanque del Valiant. El empleado acomodó el surtidor en el agujero y, mientras llenaba, le preguntó si había cruzado mucha niebla.

–Poca.

–¿Viene de la Capital?

–Sí.

Los números del surtidor habían empezado a pasar, cuando los tres oyeron el bocinazo. Era como una alarma fija y constante, que venía desde la oscuridad. Marcos volvió a arrodillarse en el asiento. Aquellos hombres habrían trabado la bocina del rastrojero. El empleado se puso una mano sobre la

frente para concentrar la vista en la dirección al ruido.

–¿Qué hay? –preguntó.

El padre no le respondió; apenas si cabeceó y se puso a buscar en los bolsillos de su pantalón. Sacó la billetera. El empleado, que llevaba un overol muy parecido al de los hombres, pero limpio, supo que algo malo estaba sucediendo en la entrada a su estación. El padre miró los números en el surtidor como si intentara calcular una cantidad. Abrió la billetera. Todos sus movimientos no consiguieron distraer al empleado, que se había quedado tieso como un roble, con la cara endurecida y la mano de visera.

Entonces volvió a encenderse la luz. Un extraño plegado de chapa y arbustos quedó repentinamente iluminado por aquel resplandor fantasmal. «Tal vez se esté quemando», pensó Marcos, con horror. Era muy difícil saber qué estaba pasando, más aún distinguir entre aquellos reflejos y sombras, la silueta de un rastrojero hundido. Él, porque sabía. El empleado apagó el surtidor. El padre sacó un billete de diez. No habían entrado ni doce litros.

«El resplandor que salía desde la puerta abierta de la casa rodante se proyectaba en un rectángulo sobre el piso de tierra. El empleado se encaminó en esa dirección. El padre no supo bien qué hacer, hasta que lo vio salir con una escopeta de dos caños y un reflector.»

–Lo quiero lleno –lo apuró–. ¿Qué pasa?

–Eso mismo me pregunto yo –dijo el empleado.

Regresó el surtidor a la máquina y le puso traba. La bocina se cortó un instante, como esperando que el padre pudiera explicar algo. El silencio duró casi un minuto. El padre abrió la boca y la cerró.

–Unos idiotas... –intentó empezar a explicar, antes de que la bocina volviera a hacerse oír.

El resplandor que salía desde la puerta abierta de la casa rodante se proyectaba en un rectángulo sobre el piso de tierra. El empleado se encaminó en esa dirección. El padre no supo bien qué hacer, hasta que lo vio salir con una escopeta de dos caños y un reflector. Atinó a guardar la billetera y abrir la puerta del Valiant. Miró hacia adentro: los ojos de Marcos estaban llenos de brillos, como los de un animal acorralado.

El empleado apuntó con el reflector buscando el accidente. Marcos fue el primero que vio venir al hombre joven y al viejo de barba, que corrían armados con un matafuegos. El haz del reflector se balanceaba sobre ellos. El padre arrancó, hizo el cambio y apretó el acelerador. Los caños de la escopeta del empleado continuaron apuntando hacia el piso.

A los pocos minutos estaban otra vez en la ruta. Cuando no vio más que la luna, Marcos se acomodó nuevamente en el asiento para abrocharse el cinturón de seguridad. El padre hizo lo mismo. Viajaron sin hablar durante los siguientes doce kilómetros. El padre intentó poner la radio, que se apagaba sola. La golpeó y se encendió el caset de Sui Generis. Entonces arrancó el estéreo de un tirón y lo arrojó sobre el asiento de atrás, con un enérgico movimiento de la mano. Estaba enojado. Las luces del Valiant cortaban la ruta en pedazos que siempre parecían el mismo, a no ser por los animales aplastados.

–Dame café.

Cuises, víboras, gatos, ratas, zorrinos. Tripas y charcos; a veces algunas plumas, pocas. A las plumas enseguida se las llevaba el viento. Marcos sacó el termo de la mochila. El padre todavía tenía el billete en la mano, arrugado contra el volante. Cuando se dio cuenta se lo metió en el bolsillo como si le diera vergüenza. Empezó a decir:

–Antes de comprar a Walter, viajaba en micro...

Marcos le pasó el vaso de telgopor cargado hasta la mitad.

–Era cuando estudiaba; los abuelos vivían. El viaje en los micros es agotador –siguió él–. Son diez horas, a veces más. Te dan dos alfajores; siempre hay café o jugo de naranja.

Marcos tapó el termo. El padre se tomó el café de un tirón y le pidió que le sirviera otro.

–Es un remedio para el frío –dijo–. Yo siempre me comía los dos alfajores al salir, nomás, y enseguida iba por café. Me encantaba el café dulce de los micros.

–¿Le agrego más azúcar? –preguntó Marcos.

–No.

Marcos le pasó el vaso. El padre siguió hablando.

–Ya me acostumbré así. Nunca logré que tu madre le pusiera suficiente azúcar. Lo único, está un poco frío.

–Mamá lo toma amargo.

–Ella *es* amarga –dijo él.

Marcos no dijo nada.

–Siempre pensé que ese café tan azucarado de los micros me ayudaba a viajar...

Le devolvió el vaso, que Marcos secó con una servilleta y guardó prolijamente en la mochila. Tiró la servilleta sucia en la bolsa de los residuos.

–Una vez tomé veinte. El único inconveniente era que siempre necesitaba comer algo adicional, para que no me diera acidez. Entonces le pedía otro alfajor al inspector. Algunos inspectores eran de Necochea, a esos los conocía y siempre me daban; el problema era cuando tocaban porteños. ¡Andá a sacarles un alfajor de más con la tonadita de provincia!

Marcos forzó una mueca que simulaba una sonrisa.

–Pero yo no iba a llegar a Necochea con acidez, porque me retaba mamá, tu abuela. ¿Te acordás de tu abuela?

Marcos negó con la cabeza.

–Eras chico, claro... –Y agregó: –Tampoco me iba a quedar sin esos cafés.

El padre miró hacia atrás por el espejo retrovisor. Marcos volteó la cabeza, pero no vio nada.

–Si el inspector no me daba, yo buscaba entre los que dormían, en el camino hasta mi asiento. Siempre había un descuidado al que robarle el alfajor. Una vieja, o así. Y me comía uno más, o dos. Hasta tres y cuatro, llegué a comer. Tenía el estómago joven; hoy si hago eso, termino vomitando.

Volvió a mirar hacia atrás de reojo, por el espejo, y hacia el tablero. Marcos quedó pendiente de esa última mirada. La aguja del marcador de combustible empezaba a ingresar en el sector rojo.

–Walter no nos va a dejar, no te preocupes –se mordió el labio–. Y sobre aquellos días, bueno, qué más puedo decirte... Te conté eso no para que lo hagas, sino para que sepas que se puede aprender a que no hay que robar ni insultar a la gente que te está ayudando, o que te lleva... ¿Entendés?

Marcos no lo había entendido, pero igual asintió.

–En la vida, todo es aprendizaje. Por eso hay que saber las tablas, o inglés. Hoy no robaría alfajores, porque ya lo aprendí, ni insultaría a alguien que me está sacando de un problema, porque la vida ya me lo enseñó... ¿Eh?

Marcos asintió nuevamente. El padre se aclaró la garganta.

–Pero no toda la gente aprendió lo suficiente, aunque sean viejos. Por eso a veces hay que darles una lección... –El padre se quedó un instante callado, escuchando cómo sonaban sus palabras–. Nunca lo olvides: en la vida, aprender es igual a crecer... ¿Quedó para un ságuche?

–Sí.

Marcos preparó los dos sandwiches que quedaban, esta vez con mayonesa. No lo hizo de rebelde, sino porque no se dio cuenta. El padre lo miró, aunque no dijo nada. Tres kilómetros antes del cruce a Ayacucho, el Valiant comenzó a ratear.

–Vamos, vamos...

Marcos mordió su sandwich. El auto se detuvo unos metros después. El padre alcanzó a desviarlo hacia la banquina.

–Carajo –dijo.

Marcos lo miró como preguntándole qué iba a pasar. El padre le pidió más café.

–El último que queda –dijo Marcos.

–Entonces tomalo vos.

–No quiero.

–Bueno, dame.

Terminaron sus bocados sin mirarse. Cada tanto, el padre daba vuelta la cabeza hacia atrás.

–Puede ser que venga un micro –dijo.

–No pasamos ninguno.

–Es cierto. Pero es probable que no hubieran salido. Voy a poner las balizas.

El padre encendió las luces de posición, se frotó las manos una contra otra y salió. Abrió el baúl. Buscó el triángulo fosforescente, lo armó y se alejó unos treinta pasos para colocarlo junto a la línea de asfalto. Regresó al auto con las manos en los bolsillos.

–Ya sé lo que vamos a hacer –dijo, ni bien entró.

Estaba muy contento con su idea. Marcos esperó a que la dijera, sin hablar.

–Papá se va a ir a buscar nafta más adelante.

–Voy con vos.

–No.

El padre carraspeó.

–Papá va y vuelve –dijo–. Faltan tres kilómetros para la rotonda. Papá va a correr hasta allí. Por la otra ruta pasan más coches. Al primer coche o micro que pare le voy a pedir que me lleve hasta la estación de servicio que quede más cerca. Después busco un taxi o un micro para volver con el bidón lleno. No va a ser más de una hora y media. A lo sumo, dos. Ponés tu caset y enseguida se te pasa el tiempo.

–No.

El padre recogió el estéreo del asiento de atrás; conectó los cables y lo deslizó en la bandeja. Puso el volumen alto. Sui Generis. Marcos tocó la tecla de stop.

–Te acompaño.

–No –repitió el padre–. Necesito ir rápido, y con vos no podría.

Marcos miró hacia delante, hacia el frío de la noche.

–Además, te podés resfriar. Acá estás calentito, con la calefacción, la música y los caramelos. O dormí. ¿Eh?

Marcos no contestó.

–No va a pasar nada. Con los seguros puestos, este auto es una caja fuerte –palmeó el volante con las manos–. Walter te va a cuidar.

Sonrió. Salió. Marcos lo vio correr. Para cuando quiso gritar, su padre había desaparecido en la oscuridad.

El cuerpo le temblaba sin parar. Sacó una frazada del asiento de atrás. Volvió a encender el estéreo. Ni

«El padre encendió las luces de posición, se frotó las manos una contra otra y salió. Abrió el baúl. Buscó el triángulo fosforescente, lo armó y se alejó unos treinta pasos para colocarlo junto a la línea de asfalto. Regresó al auto con las manos en los bolsillos.»

las canciones podían distraerlo. De entre los pastizales, a ambos lados de la ruta, siempre estaba a punto de salir algo. «Un monstruo», pensó. Walter no iba a defenderlo de un monstruo, ni de nada. Walter era una máquina tonta, que él algún día podría dominar, pero todavía no porque nadie le había enseñado. Porque le faltaban saber algunas tablas, y un par de lecciones de inglés.

Y aunque él supiera manejar, Walter no tenía combustible. Era imposible que diera un solo paso. Marcos pensó en hacer un solo paso y le dieron ganas de hacer pis. No iba a bajarse en una noche tan cerrada. Las víboras que aparecían muertas en la ruta, en algún momento habían estado vivas. Y habían salido de allí, de esos arbustos pasando las banquinas. Lo mismo para las ratas, las comadreja, los zorrinos. Iba a aguantarse. ¿Cuánto tiempo había pasado? Desenvolvió dos caramelos y se los metió juntos en la boca. Ocho minutos. Menta y chocolate.

Bajó la ventanilla. Un frío cortante le endureció las mejillas. Había olor a yerba mojada. Se bajó la bragueta y se acomodó para orinar desde allí. El chorro de pis no tocó la chapa, pero las últimas gotas se deslizaron sobre el verde metalizado. Marcos buscó el trapo en la guantera. Las gotas siguieron cayendo hacia abajo, hasta mojar la manija y más allá en lugares a los que no pudo llegar asomándose por la ventanilla.

«El impacto del matafuegos sobre el parabrisas lo quebró con una explosión, pero no alcanzó a deshacer el rompecabezas en el que había quedado convertido. Tuvieron que dar dos o tres golpes más. El encargado pegaba con la culata de la escopeta: Marcos la vio entrar a través de la ventanilla del conductor.»

Subió el vidrio otra vez. Hizo dos bollos con los papeles de los caramelos. Pensó en tirarlos a la bolsa de los desperdicios, pero los volvió a desplegar y los alisó sobre el asiento del conductor. Puso al máximo el volumen y cantó encima, a los gritos. «Rasguña las piedras hasta el fin». Aplaudió para darse coraje, abrió la puerta y salió al exterior.

Por debajo de la manija, el hilo de pis se descomponía en tres ramales que llegaban hasta el borde inferior del marco. Deslizó el trapo varias veces, de abajo hacia arriba. Estaba atento a lo que

podiera pasar. Después vació el final del termo, el fondito que siempre quedaba. La noche estaba repleta de insectos. El croar de las ranas —¿o serían murciélagos?— le daba al ambiente un aire a película de misterio. Marcos se dijo que aquellos animales del campo le tendrían más miedo a él de lo que él les tenía a ellos. Para eso era un hombre. Pequeño, pero hombre al fin.

Miró la ruta, primero hacia delante y luego hacia atrás. Dos puntos brillantes aparecieron desde la lejana oscuridad del trayecto recorrido. Venían hacia él. Los puntos fueron tomando la forma de dos faroles. Marcos pensó en hacerle señas al conductor para avisarle que más adelante recogiera a su padre, que a esta altura estaría exhausto. Pero un escalofrío le temperó la espalda y lo hizo subir al Valiant. Había tenido un mal presentimiento. Puso las trabas. No, no era el rastrojero. Era otro auto, más grande. Se dio cuenta cuando casi lo tenía encima. Apagó el estéreo. El auto se parecía levemente a un bull dog. Era el De Soto negro de la estación.

Marcos se agachó y lo oyó pasar con un bramido. Después levantó apenas la cabeza, escondiéndose detrás del volante. Por debajo de la patilla derecha del limpiaparabrisas, el De Soto buscaba estacionarse en la banquina.

Adentro iban dos personas mayores. Marcos las distinguió en cuanto se bajaron. Uno era el hombre gordo, llevaba un matafuegos en la mano. El otro era el encargado de la estación: traía la escopeta con la que había salido de la casa rodante. Dejaron al De Soto con las luces de posición encendidas. Comenzaron a caminar en dirección al Valiant.

Marcos quitó las llaves, se tapó con la frazada y se escurrió hasta el piso. Tenía una de las puntas del género en la boca, para evitar que el castañeteo de los dientes lo delatara. Mordió.

—¿Es, no? —dijo uno de los dos hombres.

—La patente es —gritó el otro, desde atrás.

—Porteño de mierda.

El impacto del matafuegos sobre el parabrisas lo quebró con una explosión, pero no alcanzó a deshacer el rompecabezas en el que había quedado convertido. Tuvieron que dar dos o tres golpes más. El encargado pegaba con la culata de la escopeta: Marcos la vio entrar a través de la ventanilla del conductor. Los asientos se cubrieron de una capa irregular de vidrio grueso; la frazada temblorosa los había recibido como una lluvia de granizo. Marcos agarró uno que tenía enredado en el pelo y lo apretó en la mano, sin llegar a cortarse. Los bordes del vidrio eran romos.

Los golpes sonaron sobre el techo, el capot, los faros, los espejos. El matafuegos hundiéndose en la cabina fue lo que más miedo provocó en Marcos: cayó la lamparita central y se desprendió parte del cielo raso vinílico, como una cortina sobre el asiento trasero. Marcos dejó de apretar el pedacito de vidrio cuando los hombres dejaron de golpear. Se quedó un instante esperando, con la cabeza tapada.

–Hay cosas –escuchó que decían.

Oyó la puerta y un forcejeo. Corrió unos milímetros la manta, para ver. El hombre de la cicatriz en la cara estaba arrancando el estéreo y sostenía con el otro brazo dos matafuegos, el que había traído y el del Valiant, y la mochila con el termo. Cuando estaba por salir, Marcos lo vio recoger uno de los papeles del caramelo. El empleado de la estación le quitó los objetos pesados de las manos. El hombre de la cicatriz estudió el papel y, por una vez, miró. Marcos se tapó con el pedazo de frazada corrida. Estaba, otra vez, a ciegas. El miedo le hacía ruido en los huesos. ¿Qué podían hacerle aquellos hombres? Marcos sintió ruido a vidrios sobre su cabeza, y sintió que la frazada se ponía más pesada, se movía. La mano del hombre de la cicatriz había barrido una andanada de cristales hacia el piso, hacia el paquete oculto debajo de la frazada. Hacia Marcos, que cruzó los dedos.

–Vamos que vienen –dijo el empleado.

A sus palabras se superpuso el sonido de una larga bocina y el portazo que sobresaltó a Marcos. En el movimiento del susto, la frazada se le había corrido. El sudor lo bañaba desde los pelos hasta la punta de los pies. Supo que tenía la oreja afuera por el frío que le mojaba la patilla, el lóbulo. Le habían dado ganas de toser y se aguantó lo más que pudo. Tenía los párpados apretados como las cruces de los dedos.

Para cuando tosió, ya no había nadie. Levantó la cabeza sobre la trinchera irregular del parabrisas despedazado. Un micro se perdía adelante, con sus luces navideñas, en el camino hacia Necochea. Los ojos traseros del De Soto ingresaron tibiamente a la ruta, como absorbidos por la velocidad del micro. Uno de los limpiaparabrisas se doblaba sobre el capot del Valiant; al otro lo habían retorcido. Marcos soltó el aire.

«El auto era la imagen misma de la destrucción; con abollones en la chapa del techo y sin vidrios.»

El auto era la imagen misma de la destrucción; con abollones en la chapa del techo y sin vidrios. El viento fabricó una escarcha sobre el sudor en la piel de los cachetes de Marcos, que se tocó la frente porque le pareció que tenía fiebre. Barrió con sus manos los pedazos de vidrio que aún había sobre el asiento. Había planchas enteras, que revoleó por el agujero de adelante. Sacudió la frazada. Los dientes le castañeteaban. Se envolvió. Sólo le habían quedado afuera los ojos, la frente, el pelo y la punta de las orejas. Iba a quedarse vigilando hasta que su padre volviera.

Una idea se le cruzó por la cabeza como una flecha envenenada. Esos tipos habían ido a buscar a su padre. No cabía duda, si no hubieran salido conduciendo en dirección a la estación de servicio. ¿Qué le harían si lo cruzaban en mitad de la ruta? El pensamiento lo llenó de pánico. ¿Por eso sería que tardaba tanto? ¿Cuántas horas habían pasado: tres, cuatro? El reloj del tablero estaba partido; las agujas colgaban como hilos. El indicador de combustible también estaba partido.

Lentamente, se puso a llorar. Ya no le daban miedo las cosas de la ruta, la noche, el frío, su propia fiebre; tenía miedo de no poder juntarse con su padre. No le hubiera importado que todo Walter estuviera partido. *¿Nueve por nueve? Ochenta y uno. Listen and repeat. Ochenta y uno. Ochenta y uno, ochenta y uno.* Miles de millones de ochenta y unos apilándose sin cesar, en vano, para encajar en un recuerdo mezclado con mosquitos, con pastos y hojas que el viento de la noche iba comenzando a depositar adentro de esa cabina inútil. Puso la llave en el contacto. Ya no importaba que el auto tuviera o no tuviera nafta, que él supiera o no supiera conducir. Una cabina con un acompañante y sin chofer

era, definitivamente, algo vacío. Y el campo estaba dispuesto a apropiarse de todos los vacíos, poco a poco y despacio, con el tiempo eterno de los usurpadores. Marcos recogió uno de los papeles de caramelo y se lo metió en el bolsillo.

A la media hora vio venir un micro desde Necochea. Lo observó detenerse y abrir la puerta con ruido a sifonazo. Vio que el chofer lo saludaba con una mano en alto y cara de contento. Lo vio partir. Sobre la banquina de enfrente había quedado el padre. Traía un bidón pesado, colgándole del brazo derecho.

Lo vio caminar hacia el auto con el paso aturdido, como intentando comprender lo que había pasado en su ausencia. Tenía la cara de cuando Marcos contestaba mal el resultado de una multiplicación matemática, cuando decía *ochenta y dos* en lugar de *ochenta y uno*. Pero Marcos ya tenía preparadas, fijadas casi, las próximas operaciones de las tablas para que aquella cara no se repitiera, para conseguir que ésa fuera la última cara de disgusto que su padre pusiera en su vida. Marcos pensó eso, pero no se movió. *Practiqué, papá. Vas a ver.*

El padre metió la mano por el hueco de la ventanilla, sacó la llave del contacto y fue a echarle nafta al tanque. Marcos se lo imaginó contemplando los bollones del techo, tocando la baulera estropeada o siguiendo con el dedo el borde roto de la luneta trasera, así como él había estudiado un vidriecito, un solo vidriecito en lo que iba de la noche. *Todo el resto del tiempo estudié la tabla del nueve, papá.* Intentó mirar hacia atrás por el espejo retrovisor, pero los pedazos partidos habían quedado apuntando hacia cualquier parte y fueron incapaces de reflejar lo que pasaba. Para la nueva forma del espejo era como si atrás no hubiera nadie, como si nadie se hubiera bajado de aquel micro con un bidón de nafta. Marcos no dio vuelta la cabeza. Oyó cómo el bidón vacío caía sobre el asiento trasero; oyó el enroscado de la tapa en la boca del tanque. Después vio a su padre abrir la puerta y ayudarse con la billetera a manera de pala para arrastrar los vidrios de su asiento. Lo vio subir, cerrar, hacer contacto. Decirle:

–¿Tenés frío?

Marcos afirmó sin hablar. El padre se quitó el pulóver y pasó la cabeza de Marcos por el agujero, como si fuera un poncho. Después le ajustó el cinturón de seguridad y se puso el de él. Aceleró varias veces en el lugar, sin soltar el embrague. Giró el volante hacia la ruta y el Valiant trepó lentamente el cordón que lo separaba de la banquina. Una de las luces, la derecha, había encendido.

–¿Y vos no vas a tener frío? –preguntó Marcos, con la voz llena de angustia.

–No –dijo el padre–. En el micro tomé muchos cafés.

El viento helado de la velocidad clavaba sus agujas sobre las dos cabezas. Marcos cerró los ojos para que los insectos no se le metieran; el padre se puso los anteojos.

–Diecisiete cafés y ocho alfajores –dijo–. Te traje dos; tomá.

Marcos sintió el paquete sobre las piernas y apretó muy fuerte las rodillas, una contra la otra, para que no se le cayera. El leve peso de los alfajores era una caricia sobre sus piernas flacas.

© Gustavo Nielsen

El autor:

Gustavo Nielsen (Buenos Aires, Argentina, 1962). Es arquitecto, y tiene un pequeño estudio en el barrio de Palermo Viejo. Como escritor ha ganado el Premio Municipal de Literatura, entre otros importantes galardones. Sus cuentos figuran en antologías de Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Venezuela, Alemania, México y España, y en varias revistas y periódicos del país y del exterior. Ha publicado las novelas *La flor azteca* (Planeta, 1997), *El amor enfermo* (Alfaguara, 2000), *Los Monstruos Del Riachuelo* (junto a Ana María Shua, Alfaguara Juvenil, 2001) y *Auschwitz* (Alfaguara, 2004). Y los libros de cuentos *Playa Quemada* (Alfaguara, 1994 e Interzona, 2006), *Marvin* (Alfaguara, 2003) y *Adiós, Bob* (Mini letras, H. Kliczkowski, 2006). Tiene dos blogs en donde muestra renovadamente sus trabajos: "Milanesa con papas":

<http://www.milanesaconpapas.blogspot.com> y "Mandarinas":

<http://www.mandarinasdulces.blogspot.com>

VENECIA

por Rosa Ribas

«Estadísticamente Venecia es la ciudad de Italia con menos asesinatos.»

El agente Joaquín García levantó la vista del periódico.

–¿Tú qué crees que es peor, Robledo, ser el único muerto en una ciudad donde nunca pasa nada o uno más en Nueva York?

–Y yo qué sé.

Robledo no dejó de teclear en el ordenador. La fuerte luz del mediodía que entraba por la ventana a su izquierda le daba un perfil de moneda. García lanzó un segundo intento.

–¿Cómo crees que estará Madrid en las estadísticas?

Robledo se volvió hacia él. El contraluz no le permitía ver su expresión.

–¿Por qué no se lo preguntas al jefe?

Estaba claro que no tenía ganas de hablar, así que no insistió. Robledo lo intimidaba todavía un poco porque tenía título universitario, aunque uno de esos inútiles, en letras. García había entrado muy justito en la Guardia Urbana, formación profesional de primer grado y un metro setenta y uno, sólo un centímetro por encima de la línea de corte. Robledo medía metro ochenta y cinco. Era bien parecido. Demasiado, pensaba García en momentos de rencor, por eso el destino lo había castigado a quedarse en el pueblo. Porque preñó a la novia, o la novia se dejó preñar, nunca se sabe, y de qué va a trabajar uno con una de esas licenciaturas de mierda en un pueblo de cinco mil habitantes, sino en la Guardia Urbana.

«García siguió leyendo el periódico pero poco concentrado. La pregunta le rondaba por la cabeza. En los cuatro años que llevaba en la Guardia Urbana había visto cuatro muertos. Uno por año si se hubieran repartido homogéneamente, pero no había sido así.»

De eso hacía un año. Ahora patrullaban juntos, pero no acababan de hacerse compañeros. No era su culpa, pensaba García, era que Robledo mantenía constantemente esa distancia. Siempre le daba la sensación de que lo miraba por encima, en todos los sentidos, de que se limitaba a tolerarlo, como si su presencia fuera sólo una más de las circunstancias más o menos fastidiosas que tenía que soportar en ese trabajo.

García siguió leyendo el periódico pero poco concentrado. La pregunta le rondaba por la cabeza. En los cuatro años que llevaba en la Guardia Urbana había visto cuatro muertos. Uno por año si se hubieran repartido homogéneamente, pero no había sido así. Un año, el pasado, habían tenido dos. Un chaval forastero en un accidente de moto y uno que se cayó mientras intentaba reparar el tejado de la casa. Asesinatos no habían tenido ninguno en el pueblo. Por lo menos en su tiempo de servicio. Cuando debía de tener los diecisiete sí que hubo un crimen con dos muertos en una familia enfrentada por reparto de tierras.

–Mala cosa, las herencias –había repetido su madre durante los meses en los que el asesinato reverberó en el pueblo.

–Menos mal que no os dejamos nada –añadía su padre si estaba presente. Y se reía.

–Mira tú, qué suerte –era el comentario de su hermana.

Él no decía nada. La verdad es que a esa edad el tema le importaba bien poco y, contrariamente a ahora, no era demasiado hablador. Cosas de la adolescencia. Tampoco el asesinato aquel le había interesado en exceso. Sólo que el hermano asesino hubiera tenido que matar de un disparo de escopeta también a la cuñada, eso le había causado desazón.

Pero ese crimen había sucedido hacía diez años. Desde entonces ningún asesinato en el pueblo. De todos modos, estos casos no eran para la Guardia Urbana, sino que se llamaba a la Guardia Civil.

Ellos, los munipas, se ocupaban del tráfico, sobre todo en verano, cuando los que habían emigrado a la ciudad venían a pasar un mes en el pueblo. Entonces les tocaba controlar a los chavales con las motocicletas y las fiestas nocturnas. El resto del año, peleas vecinales, accidentes con los tractores, perros envenenados, hurtos en algún colmado.

Hacía un rato que tenía la mirada clavada en el periódico sin leer. La voz de Robledo lo sobresaltó.

–Joaquín, que nos toca salir ya.

Ronda a pie. Con Robledo no le gustaba. Él, que en uniforme se veía más grande, menguaba al lado de su compañero. Y tenía la sensación de que todos los que los observaban en su recorrido por el pueblo lo comentaban. En cambio, en las rondas en auto era el amo. García era un excelente conductor.

Como tenía claro que a Robledo el tema no le interesaba, no dijo nada, pero pasó la ronda dándole vueltas. Si a Robledo le extrañó su inusual mutismo, no lo mostró.

A la hora de la comida se lo preguntó a su mujer.

–¿Tú qué crees que es peor, ser el único muerto de una ciudad donde nunca pasa nada o uno más en Nueva York?

Su mujer lo miró un poco confundida al principio, pero como sabía que no podía dejarlo sin respuesta bajo pena de escuchar la misma pregunta en la cena, dijo lo primero que se le ocurrió:

–Lo más triste es ser uno del montón.

Acto seguido, subió el volumen de las noticias de la televisión.

Ese mediodía García decidió no tomar el café en casa.

*«En la ciudad no podía dormir.
El ruido de las voces, los coches,
el rumor constante incluso en los
momentos que parecían de
silencio lo mantenían en vela.
Las primeras noches se quedó
en el hotel, la última, el día
antes de regresar al pueblo,
decidió darse una vuelta.»*

–Me acerco a la fonda a ver si hay alguien para echar una partidita.

Tuvo suerte y cuando llegó había una mesa en la que faltaba un jugador. Se juntó con ellos, pero no estaba por la labor.

–¿En qué estás pensando, Joaquín? Bastos son triunfos, tienes que arrastrar.

Aunque la pregunta le ardía en la punta de la lengua, no se atrevió a plantearla mientras jugaba. Un par más de despistes por su parte y las malas cartas por la otra le costaron tener que pagar los cafés. Mientras esperaba el cambio en la barra, hizo la pregunta a Simón, el dueño de la fonda. Por lo visto el hombre había escuchado ya cosas más raras, porque le respondió sin inmutarse a la vez que le ponía delante el platito con el cambio:

–Ya es triste morir, pero más desgracia es que a nadie le importe que lo hagas.

Se dio media vuelta y dedicó toda su atención a pulir los vasos que sacaba del lavaplatos. La combinación de esas palabras con el movimiento trivial del paño con que Simón secaba y abrillantaba el cristal ejercieron un efecto sedante sobre su inquietud. El resto del día la olvidó.

En las semanas que siguieron, de vez en cuando, en los momentos más inesperados, le asaltaba de nuevo esa pregunta. La única diferencia es que ahora callaba y se repetía mentalmente las palabras del fondista.

Dos meses más tarde lo mandaron a un cursillo de tres días a Madrid.

En la ciudad no podía dormir. El ruido de las voces, los coches, el rumor constante incluso en los momentos que parecían de silencio lo mantenían en vela. Las primeras noches se quedó en el hotel, la última, el día antes de regresar al pueblo, decidió darse una vuelta. Eran más de las tres y estaba claro que no iba a pegar ojo. En la calle apenas se cruzó con dos personas. ¿No se decía que Madrid no dormía nunca?

Se metió por un callejón. Y entonces lo vio. Un vagabundo caído sobre unos cartones. La posición del cuerpo era tan extraña que mientras se acercaba y percibía el penetrante hedor a sudor y orines supo que tenía que estar muerto. Un vistazo le bastó para saber que ese hombre había sido asesinado, acuchillado. Seguramente por otro vagabundo con el que se disputarían un portal donde dormir o una botella de vino. Qué más daba. El caso no se iba a resolver de todos modos. ¿A quién le importaba lo que le pasara a un indigente? Un muerto anónimo más en la ciudad. Estadísticas. Ya es triste morir, pero más desgracia es que a nadie le importe que lo hagas.

«Al día siguiente, un campesino que salía para la era lo encontró al lado de la carretera, cerca del cartel que anunciaba la entrada del pueblo, donde García lo había dejado para que no quedara duda de que ese muerto era suyo.»

No lo pensó, o quizás sí, llevaba pensándolo hacía meses. Fue a buscar el coche y lo aparcó en el callejón. Controló la calle, no había ventanas que dieran al callejón, no pasaba un alma, no lo podía ver nadie. Metió al vagabundo en el maletero del coche. El hombre, sorprendentemente, no le daba asco. Mientras lo cargaba le iba hablando:

—Ya verás, en el pueblo será otra cosa, ahí serás importante. La guardia civil buscará tu nombre. Si no te reclaman, te enterraremos en el cementerio y hablaremos de ti. Si te llevan, también hablaremos de ti. La gente especulará, sospechará, inventará cada día una nueva teoría. El lugar donde te encontrarán será recordado, lo llamarán la cuneta del muerto o la zanja del vagabundo. Serás un muerto importante.

Al día siguiente, un campesino que salía para la era lo encontró al lado de la carretera, cerca del cartel que anunciaba la entrada del pueblo, donde García lo había dejado para que no quedara duda de que ese muerto era suyo. A la hora ya tenían a la guardia civil allí. A él lo pusieron a vigilar en la zona para que los curiosos, medio pueblo, calculó con íntima satisfacción, no entorpecieran las labores de investigación. Robledo, que tenía la misma misión que él, lo hacía desde la distancia, pálido, asustado ante la presencia de un cadáver. Parecía menguado, constató García, pero lo olvidó al momento, pendiente del muerto y la gente que lo rodeaba.

Cuando el juez, que tuvo que venir de la cabeza de provincia, ordenó por fin levantar el cadáver lo alzaron en una camilla. Sacar el cuerpo de esa cuneta no era fácil y, en una sacudida, una mano del muerto se escurrió debajo de la funda que lo cubría. Se balanceaba como si dijera adiós. García le devolvió el gesto con discreción sin que nadie lo viera y musitó una despedida tan tenue que ni él mismo la oyó.

© Rosa Ribas

La autora:

Rosa Ribas (El Prat de Llobregat, España, 1963). Reside en Frankfurt am Main (Alemania). Es profesora de Estudios Hispánicos Aplicados en la Universidad de Heilbronn (Alemania), donde co-dirige la revista digital IDEAS. Ha escrito y publicado relatos en castellano y catalán y ha traducido autores alemanes a ambas lenguas. Es autora de la novela *El Pintor de Flandes* (Roca Editorial, 2006). Su próxima novela, policíaca, aparecerá en 2007. Actualmente trabaja en su tercera novela. Página personal: <http://www.rosa-ribas.com>

LA CARA DE MARTE

por José Miguel Sanfeliú

–No me mates, por favor.

Ella le miró con dureza, podría decirse que con odio. Se preguntaba por qué tenía que ser tan irritablemente irónico mientras le dirigía una de aquellas miradas de hielo que, a fuerza de ensayarlas, había conseguido perfeccionar.

–Mira, si vas a continuar en ese plan, conduces tú.

–¿En qué plan? ¿Qué he hecho ahora? ¿Por qué todo lo que digo te sienta mal?

–¡Porque tienes muy mala leche! –gritó ella.

–No es mala leche, en serio... Es instinto de conservación.

Ella apretó el volante con fuerza y realizó un visible esfuerzo para no contestar. Sus facciones se endurecieron y, por un instante, pareció que su mirada iba a cortar la luna delantera. Él decidió mirar el cielo a través de su ventanilla.

«Ella se mantuvo en silencio. Él volvió a mirar por la ventanilla y estuvo así mucho rato, inmóvil, deseando que su cuerpo se desintegrara, desaparecer, sustituir la realidad por la oscuridad, por la nada. Se preguntaba si, después de todo, aquello era una buena idea.»

–Quizá sería una buena idea que paráramos a tomar algo –se le ocurrió de pronto.

–Yo no tengo hambre –dijo ella.

Volvió a mirar el cielo. A lo lejos se estaban formando unos nubarrones oscuros que avanzaban con rapidez. Una ballena voladora surcaba el cielo.

–Parece que va a caer una gran tormenta –dijo.

Ella se mantuvo en silencio. Él volvió a mirar por la ventanilla y estuvo así mucho rato, inmóvil, deseando que su cuerpo se desintegrara, desaparecer, sustituir la realidad por la oscuridad, por la nada. Se preguntaba si, después de todo,

aquello era una buena idea.

A lo lejos apareció el cartel de un restaurante de carretera.

–¿No crees que podríamos parar y comer algo? –insistió cuando estuvieron cerca del local.

Ella, sin decir nada, giró el volante bruscamente y entró en el aparcamiento del bar a una velocidad excesiva. Las ruedas chirriaron escandalosamente. Frenó y dejó el coche aparcado cerca de las escaleras de entrada. Sin decir nada bajó del vehículo y él la siguió.

Se sentaron en una mesa, junto a la ventana. Un camarero se acercó a ellos y les preguntó qué iban a tomar.

–Yo no quiero nada –dijo ella–. Es mi marido el que tiene hambre.

Aquello le aturdió y no supo qué decir, así que la miró fijamente, poniendo expresión de no entender lo que estaba ocurriendo.

–¿Tu no vas a tomar nada, cariño? –preguntó al fin con un hilo de voz.

–No, ya lo he dicho, nada, no tengo hambre, beberé agua fría, eso es todo.

–Pero nos quedan muchas horas de viaje –insistió él–. Deberías comer algo, ¿no te parece?

–Ya te he dicho que no tengo hambre.

–Pero entonces por qué has parado aquí.

–Porque tú parecías tener hambre. Llevas un buen rato diciendo que quieres parar a comer algo.

–Eso era una propuesta. Yo quiero parar a tomar algo cuando también tú estés de acuerdo en tomar algo y no quiero que pares para verme comer. Sabes que odio eso.

Ella se inclinó hacia delante.

–Pero es que ya te he dicho que no tengo hambre.

El camarero se estaba impacientando. Les dijo que tenían alubias estofadas; muy buenas, aseguró. Él se levantó entonces.

–Disculpenos –dijo al camarero–. Hemos cometido un error al entrar aquí. De pronto resulta que no tenemos hambre.

Y se dirigió hacia la salida.

Su mujer se puso en pie y salió tras él, mirando al suelo, sintiendo que el camarero y el resto de los clientes les observaban extrañados.

Fuera se había levantado una leve brisa, claro preludio de la tormenta que se avecinaba.

Él abrió la puerta del conductor y se sentó al volante. Ella se sentó a su lado. El motor rugió por un exceso de revoluciones.

–Conduciré yo ahora –dijo él.

–Bien –consintió ella.

Marcha atrás. Las ruedas patinaron. Se detuvo y puso primera, decidido a incorporarse de nuevo a la carretera. Ella le sugirió que si tenía hambre, al menos debería considerar la posibilidad de comprarse un bocadillo. Él tardó en responderle que ya no tenía hambre. Unas gotas aparecieron en el cristal delantero.

«Ella sacó el paquete de tabaco del bolso y encendió un cigarrillo. Se llenó de humo los pulmones y luego lo soltó por la nariz, como un toro bravo. Pensó que lo mejor era dejar la conversación, así que se puso a mirar por la ventana. La lluvia ganaba fuerza.»

–No sé si estamos haciendo bien –dijo ella al cabo de unos kilómetros.

–Yo tampoco –dijo él.

–A veces pienso que no hay solución, que esto es un error. He dejado que me convencieras de que aún teníamos algo que salvar.

–Bueno, no pasa nada. Nada es irreversible. Todo puede romperse en cualquier momento.

–El problema es que tú no has querido ver el problema.

–Claro que he visto el problema. Lo he visto perfectamente, ¿no lo recuerdas? Regresé a casa y me encontré al problema en mi cama con mi esposa. ¡El puto problema!

Ella sacó el paquete de tabaco del bolso y encendió un cigarrillo. Se llenó de humo los pulmones y luego lo soltó por la nariz, como un toro bravo. Pensó que lo mejor era dejar la conversación, así que se puso a mirar por la ventana. La lluvia ganaba fuerza. Un cartel le dijo que, si todo iba bien, todavía les quedaban cuatro horas de viaje. Él abrió un poco la ventanilla, quizá esperando que ella entendiese que deseaba que apagara el cigarrillo, pero ella dio una nueva calada y esta vez expulsó el humo en dirección a su marido.

Las ruedas rozaban el pavimento con un ruido áspero. Él sintió que se mojaba el brazo y subió de nuevo la ventanilla. El limpiaparabrisas se puso a funcionar, pausado, como si todo aquello no fuera con él.

–¿Te importaría apagar el cigarrillo? –dijo él.

–¿Te das cuenta? –repuso ella, con la voz serena–. Todo te molesta. Quizá tu no te das cuenta de lo irritante que puedes llegar a ser.

Y abrió el cenicero y machacó el cigarrillo en su interior.

–Tú, sin embargo, eres un encanto –murmuró él.

Ella le miró fijamente, con los dientes apretados.

–Guárdate el sarcasmo, por favor.

–En situaciones como ésta, lo único que me queda es el sarcasmo.

–Pobrecito.

«Bajó del coche y, sin esperarla, se dirigió hacia la recepción del hotel. Cuando ella entró, él ya estaba firmando en el registro. Subieron el equipaje a la habitación y él decidió darse una ducha. Le propuso a ella que hiciera lo mismo y la mujer le dijo que sí, que también se ducharía, pero más tarde.»

Ante la intensidad de la lluvia, aumentó la velocidad del parabrisas. Pensó en cuando ella y él se conocieron, pero este pensamiento no duró mucho tiempo, apagado por el recuerdo reciente de la traición.

–Supongo que este viaje no tiene sentido, después de todo.

–Eso ya te lo dije yo –la voz de ella sonaba ronca.

–Pues tenías razón. Pensé que vender la casa y cambiar de ciudad y empezar de nuevo, desde cero, nos ayudaría a creer que nada había ocurrido.

–Pero ocurrió –dijo ella, cansada.

De pronto, dejándose llevar por un impulso, entró en el aparcamiento de un hotel de carretera. Ella le miró extrañada. Él quitó la llave de contacto y también la miró.

–¿Por qué paras aquí? –preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

–De pronto he pensado que lo mejor sería descansar, quizá dormir, dar un paseo... No sé, dejar de hablar.

–Dejar de hablar de algo no hace que ese algo desaparezca.

–Ya lo sé.

–Sin embargo, siempre actúas de la misma forma. Te empeñas en negar las cosas, en ignorarlas, en borrarlas... Y eso es estúpido.

–Vamos.

Bajó del coche y, sin esperarla, se dirigió hacia la recepción del hotel. Cuando ella entró, él ya estaba firmando en el registro. Subieron el equipaje a la habitación y él decidió darse una ducha. Le propuso a ella que hiciera lo mismo y la mujer le dijo que sí, que también se ducharía, pero más tarde. Se sentó en la cama a escuchar el sonido del agua contra el esmalte de la bañera. De inmediato, le escuchó cantar ópera. Él siempre cantaba ópera cuando se duchaba; y cantaba fatal. Esto la hizo sonreír, pero muy levemente, con amargura, porque a diferencia de él, ella era incapaz de dar marcha atrás y olvidarlo todo. Se preguntó por qué le estaba siguiendo en aquella absurda huida de los acontecimientos, por qué iba detrás de él, aún sabiendo que nada podía volver a ser como antes, por muchos kilómetros que recorriesen.

El comedor del hotel tenía un ambiente agradable. Ella pidió lo mismo que él, más que por hambre por el temor a desencadenar una nueva discusión. Una vela temblaba entre ellos, en el centro del mantel rojo que cubría la mesa.

–¿Has oído lo de la cara de Marte? –preguntó él de repente.

Ella le miró con expresión de asombro.

–No... no... –dijo, tras un momento.

–Ahora la NASA dice que no existe. Bueno, que las fotos muestran simplemente una caprichosa combinación de sombras.

–Ya.

–Sí, ya sabes, un satélite hizo unas fotos en las que se veía una cara, y todo el mundo se puso a especular sobre la existencia de vida en Marte. Se dijo que una civilización inteligente había esculpido aquel rostro.

–Sí, lo recuerdo.

–Bien, pues ahora la NASA dice que otro satélite ha fotografiado esa zona, desde otro ángulo, y que en estas nuevas fotos se demuestra que el famoso rostro de Marte es en realidad la combinación de las sombras de unas montañas, ¿qué te parece?

Ella no sabía muy bien qué decir. Estaba preparada para hablar de cualquier tema excepto de la cara de Marte. Él se metió un trozo de carne en la boca. Lo masticó y lo tragó deprisa. Bebió un poco de vino.

–Pues hay gente que sigue pensando que la cara existe –dijo–. Están convencidos de que la NASA pretende negar la evidencia de que en Marte hay vida.

–La gente siempre cree lo que quiere –dijo ella.

–Supongo que la NASA ha obtenido estas nuevas fotografías y las ha mostrado para que la gente vea lo que han descubierto. Pero la gente ya había convertido la cara en un mito. No quieren que la cara sea falsa.

–Claro, y por muchas pruebas que haya, ellos siempre se aferraran a su fantasía. Mucha gente es así. Niegan las evidencias y se empeñan en creer que todo es como ellos lo ven.

Él la miró fijamente un momento. Ella cogió la copa de vino y bebió un trago. El resto de la cena transcurrió prácticamente en silencio, limitando los comentarios a insulsas frases referentes al sabor de los alimentos o a la calidad del vino.

Luego subieron a la habitación y se acostaron en la misma cama. Él la buscó, la besó en el hombro, sonriente y algo abotargado por el alcohol. Ella se dejó hacer, sin gran entusiasmo, sin saber muy bien por qué o quizá sintiéndose incapaz de negarse. Correspondió a sus besos y se apretó con fuerza contra él. Después, ya no pudo dormir.

Al día siguiente él se despertó tarde. El sol entraba por la ventana henchido de energía. La luz caía sobre la cama vacía. Se incorporó de un salto y la llamó y la buscó en el baño y se vistió y la buscó por el vestíbulo, por la cafetería... Al fin se dirigió a recepción y allí le dijeron que ella se había marchado temprano, con dos maletas, sin decir nada.

«Luego subieron a la habitación y se acostaron en la misma cama. Él la buscó, la besó en el hombro, sonriente y algo abotargado por el alcohol. Ella se dejó hacer, sin gran entusiasmo, sin saber muy bien por qué o quizá sintiéndose incapaz de negarse. Correspondió a sus besos y se apretó con fuerza contra él. Después, ya no pudo dormir.»

© José Miguel Sanfeliú

El autor:

José Miguel Sanfeliú (Santa Cruz de Tenerife, España, 1962). Reside en Valencia. Ha publicado en diversas revistas y libros colectivos, como el monográfico que la revista "Batarro" le dedicó al escritor Medardo Fraile y el libro de cine *Las miradas de la noche-Cine y vampirismo*, publicado por "Ocho y medio". Uno de sus textos resultó ganador en el I Concurso Open de Relatos Plaza & Janés (1999). En la revista electrónica *Margencero* hay publicados dos textos suyos. Página personal "Cierta distancia": <http://ciertadistancia.blogspot.com/>

EL VIAJE

por Sergio Manganelli

*«No se recuerdan los días,
se recuerdan los instantes.»*

Césare Pavese

Eran las seis de la mañana, y los hilos rosados de la claridad filtraban por los agujeros en las cortinas del ventanal. Desde hacía media hora habían vuelto a cantar los gallos, los gallos roncós de la Feria de Carnes, con la misma estridencia pausada de los amaneceres escolares de la infancia.

Gregorio Mugica se estiró en la cama para encender la lámpara de alcohol de su mesa de luz. Comprobó la hora y aprovechó a dar cuerda a su pequeño reloj de leontina, mientras se incorporaba, con un cansancio de años oprimiéndole las articulaciones, y una escarcha bajo la piel, que le anunciaba la llegada de marzo.

Se paró frente al espejo del lavabo, con los ojos agazapados ante la imagen duplicada en el reflejo, tal cual lo hacía cada mañana, para juzgar el estado de su barba cuidada y la crueldad de las huellas que dejara en su rostro la viruela, a principios de siglo, y cincuenta y dos años de posponer el asalto final a la melancolía. Después desayunó en silencio, sin el periódico habitual.

No logró percibir el sabor del café, que bebió amargo, cosa que hacía por un principio de salud, y en ésta ocasión, buscando recordar la pócima de ébano que servían en el Mercado del Pueblo, de su ciudad natal.

Habían transcurrido ya más de siete lustros desde que abandonara el andén lluvioso de El Sauce Alado, en un ínfimo tren de cuatro vagones, la mayoría reservados al ganado y los cereales, y arrastrados por una de las más recientes locomotoras del antiguo Ferrocarril del Sur. Eran las seis, y aquél cielo de antaño era idéntico a éste, que asomaba soberbio por las ventanas del cuarto.

No era una postal vaga, extraviada en la memoria, sino que podía recordarlo con la claridad maniática de sus noches de insomnio.

Como si se reviviera palpable y cercano el día mismo de la partida. Luego el viento, haciendo martillar el agua contra las tablas de la vieja estación, y un silencio mordiente, más doloroso que el exilio. Al fin, el movimiento tenue de la máquina, como un galápago fantástico, arrastrándose sobre su lecho de canto rodado, y el paisaje retrocediendo hasta perderse.

Próspero Mugica, su padre, había muerto cinco semanas antes, como tantos otros sauceños, víctima de la «peste del rastrojo», que el gobierno colonial había pretendido mitigar, incendiando los únicos campos productivos, que hubieran servido a la subsistencia de quienes con fortuna esquivaron la desgracia.

Gregorio Mugica tenía por aquellos días tan sólo quince años, y ningún pariente, legítimo o probable, a quien acudir en busca de socorro. Sin oficio, ni la reserva de una parcela para ganar el sustento, debía perecer o emigrar, consciente de los riesgos de contraer la enfermedad, y las disposiciones de éxodo sanitario. Había aprendido a leer, y a pesar de su mala escritura podría valerse en un empleo de ciudad populosa. Era la única herencia de su madre, quien con enorme empeño y harta humillación, logró que su hijo fuera aceptado en el Convento de la Benevolencia, única escuela de enseñanza básica, reservada a las clases de mayores recursos, a la que lo envió cada mañana, tolerando cualquier clima, y afrontando los encendidos reproches de su esposo.

Aún le parecía ver a su padre, por las noches, restándole a sus magros ingresos de jornalero del campo un percudido billete de Diez Lunas, equivalente a cuatro horas de faena agotadora, y bajo una lluvia de regaños dejarlo caer en la ánfora bajo el hornillo. Su madre los recogía semanalmente, formando un atado envuelto en trapos de cocina, y corría a entregarlo al fraile que sostenía con su firma la beca estudiantil.

A veces cosía para otros, y criaba animales para el consumo familiar. En especial, en épocas de baja cosecha, o cuando Próspero quedaba sin empleo a causa del aluvión de peones, provenientes de zonas afectadas por la sequía, que trabajaban por mitad de jornal.

A pesar de ello, jamás logró culminar sus estudios. Su madre había muerto una tarde de junio, acosada por las fiebres de una enfermedad congénita, que devoraron como relámpagos plateados su oscura cabellera, y un cuerpo debilitado por la escasa nutrición. Tras ese día, los gallos no volvieron a despertarlo antes de las campanas de la escuela.

Terminó el café humeante, aliñó el cuello de perfecto almidón (a veinticinco céntimos por prenda), ajustó la corbata, ubicó el reloj en el bolsillo del chaleco. Revisó el pasaje, la documentación en regla. Guardó la carta del Banco otorgándole una licencia especial, y dijo en voz muy baja:

—«El Expreso del Sur».

Descansó el abrigo sobre los hombros, recogió su maleta, la foto amarilla bajo el vidrio del secreter, y ganó la calle, evaluando cuán misericordiosos se habían mostrado los directivos del banco, al concederle el permiso de una semana, tantas veces cancelado, para atender un asunto más cercano a la jurisdicción del alma, que a la del comercio, o las finanzas. Sin embargo, pensó, era lógico que así fuera, luego de treinta y cinco años de buenas y mal reconocidas labores administrativas. Desplegó nuevamente la carta y escudriñó la firma. Estaba rubricada por el Gerente Mayor, sin dudas. Conocía esos trazos más que los propios.

Hacía frío, bajo las cúpulas enormes de la estación Central Remington, y el viento acunaba en los durmientes a las primeras hojas otoñales.

Despachó el modesto equipaje, símbolo de la desesperanza, y abordó el Expreso Sureño, bastante más moderno que su antecesor de principios de siglo. El guarda le asignó el camarote 23, que indicó como el segundo, óptimo a su criterio por la vecindad con el wc, esa impronta de los ingleses que alude a las letrinas. En tanto el tren calentaba las calderas, desparramando un humo algodónoso, con aspecto de nieve, que destilaba el zinc del cielorraso.

Faltaban cinco minutos para la partida.

Al pasar al coche dormitorio retiró la gaceta que le estaba destinada, una botella de malbec, por la que pagó sobradamente al camarero, quien no aceptaba su negativa de envío al camarote, y se encerró a medias luces. Entreabrió levemente la cortina americana, recostándose vestido sobre la litera y tomó la fotografía del abrigo.

La observó detenidamente, con la respiración contenida, recorriendo cada centímetro, cada grieta en la lámina añeja, con una minuciosidad distinta a la de su oficio mercantil. La expuso desde varios ángulos. De diferentes distancias. Buscando un indicio de frescura en la cartulina amarilla, un rasgo de cercanía. Le impresionó descubrir que había perdido aún más su nitidez, desde la ocasión anterior en que se había jurado el regreso, y el pecho se estremeció de angustia al reconocer la caligrafía impecable, en la frase memorizada del dorso:

*«El amor tiene aliento de sauce,
y color de marea.*

Ana Clara

El Sauce Alado, primer domingo de 1902».

El Expreso Sureño entró despacio en la zona urbanizada, transponiendo en silencio las veinte o treinta manzanas que conformaban el perímetro de la ciudad. Solamente cuando estuvo a ochocientos metros de la estación, dio el pitazo anunciando el arribo del correo.

Llevaba cerrada la ventanilla desde el anuncio de próxima estación, y se mantuvo inmóvil, paralizado en parte por la ansiedad cosechada de una vida, pánico de hallarse cara a cara con la sombra de las pequeñas cosas distanciadas, que él hubiera deseado conservar para sí, y temía desbarrancadas, en un abismo de lejanía temporal. Le costó atreverse a descender, hasta que el inspector llamó a su puerta creyendo que dormía:

«Señor, arribamos a El Sauce Alado, –dijo en voz alta, y agregó con tono armonioso– debiera

abrigarse, lloverá como nunca, y el aire frío de esta región cala los pulmones.»

Sobre el andén, el viento era majestuoso, e inundó el aire con la fragancia inconfundible de los naranjales, que viajaba cuesta arriba por el oeste, desde la Calle de los Azahares, en la que solía retrasarse cuando niño, a robar moras regreso de las aulas. Y recordó las moras blancas, de una dulzura fresca, almibarada, que prefería, porque no delataban su hurto.

—«Por aquí...» —pensó, señalando la callecita angosta frente a las vías.

Alguien acercó la maleta, y él extendió cortésmente un billete, caminando con pausas hacia las escalinatas de piedra amarilla. Afirmando los pasos, que sonaban a hueco en el quebracho mustio de la plataforma. Reencontró el reloj inmenso, detenido en un tiempo sin memoria, meciéndose en las vigas del resguardo. Las vías de trocha angosta, nutridas con el hierro que desechó la guerra, y las piedras traídas de la prisión de Araujo, en la que una centuria de presos políticos y excomulgados purgaban su condena, desmembrando a cincel el intestino mineral de las canteras.

Casi disfrutó del vaho amoniacal, insostenible, de los mingitorios públicos, en donde su tío abuelo, anarquista, había muerto a mano de sicarios, que embadurnaban su orgullo pueblerino con las malas artes del régimen de turno, en un caldo de oscurantismo y opresión, contra el que atentaban los opositores, y que abolía desde el cielo la palabra república.

Cruzó hacia la avenida peatonal, floral y estrecha, en la que hoy abundaban las flores de moda, como en una petite exposición, impuestas por la necesidad de justificar los egresos del tesoro municipal. Pensó reconocer entre tanta exuberancia vegetal los frutos anaranjados de las inmensas pasionarias, o el perfume balsámico de los jazmines. Hurgó con empeño entre las matas de los canteros, enlodado hasta las pantorrillas, tratando de hallar los ásperos malvones, que las viudas sembraban en los aniversarios del deceso, como tributo viviente, según las buenas tradiciones populares.

Sin embargo, los nuevos estatutos de la ciudad no contemplaban la permanencia de estas especies, inconciliables con el diseño adoptado, atiborrado de ornamentos y exquisito gusto palaciego, e imposibles dentro del marco de un planeamiento ambiental idóneo y generoso en recursos, que no puede malograrse por los cándidos aportes que hiciera la vecindad, en los albores de la fundación. Apenas se mantenían inalterables los hilos de agua viajando a orilla de los canteros, dentro de sus acequias colmadas por la lluvia; y el mojón de palo colorado que señalaba la milla inicial.

Mugica estaba empapado, y tuvo el deseo de saber si era imprescindible este recuento pueril de lo pasado. Si tan sólo era llovizna lo que enjugaba en su rostro.

Se detuvo a cada esquina en contemplar las casas, sin poder precisar cuáles conservaban su aspecto original, y qué otras habían sucumbido al ímpetu modernista, pero reconociendo en cada cuadra los olores y candores, por los cuales, el niño que había en él podía distinguirlos. La Calle del Mango, con su árbol centenario, fragante de trópico. La Calle del Herrero, plagada de establos y graneros, en donde se forjaban los mejores carruajes de la zona. La Avenida de las Gardenias, luminosa y callada. La Calle de la Faena, en la que funcionaba el matadero de aves y cerdos, que abastecía las fondas de las ciudades centrales, ya que los pocos hospedajes con que contaba El Sauce Alado tenían sus propios chiqueros y corrales. La Calle de la Justicia, con el despacho del juez de paz, y un oficial del orden, único y obeso por la inactividad.

Buscó las demás calles en el desván de la memoria, mientras trataba de orientarse para ubicar cada una bajo la lluvia helada, con una piedra amarga en el garguero, y la fotografía estrujada en un bolsillo del abrigo. La calle de la Plaza de los Monseñores, su fuente de mármol rosado, ya verde por el musgo.

La Calle del Boticario, con su despensa de frascos medicinales, cuyo dueño había sido hermano de Gavriilo Prinzip, el serbio asesino del archiduque Francisco Fernando, sobre lo cual se excusó el inicio de la Primera Guerra. El pasaje del Parque del Correo, con su glorieta cercada de rosales amarillos, a cuya sombra retozaba la hija del primer magistrado colonial, recluida a perpetuidad por orden de los asesores políticos de su padre. Y en el que pasaba las tardes el idiota del pueblo, divertido envenenando pájaros con alimento letal para las ratas. Demasiadas calles para la memoria.

Y luego las más célebres, las que ostentaban nombres de nobles y favoritos, e iban cambiando de acento, de acuerdo al color de la bandera que invadía las costas. Marqués de la Oliva. Monseñor Constantino. El Progreso. Charles Tellier. Mariscal Morris. General Rosamonte, en la cual vivía la

mayoría de los funcionarios de la alcaldía, y el vetusto generalato, nostálgico de batallas de ficción, de medallas jamás ganadas frente al invasor y prebendas concedidas por allanar el camino imperial.

Bogotá, la calle de las prostitutas, con sus veredas inclinadas hacia adentro, brumosa y demoníaca, sin una sola lámpara de aceite, y a la cual apenas se accedía por las pobres linternas de los maricas, que conducían en la penumbra a los clientes de los prostíbulos, cada uno afanado por ganar el candidato, por lo que las regentes les daban unos céntimos, y la posibilidad de permanecer en el único medio que los aceptaba sin ser nobles. Se detuvo a mirar esta calle antológica, como no le hubieran permitido hacer en su adolescencia, y entintó sus pies con el agua oscura, que corría en la acera desempedrada por las inundaciones de una década atrás, con el hedor de la miseria humana lacerando su olfato.

Y continuó recorriendo otras tantas, olorosas u oscuras, cenagosas o firmes, pero todas eternamente vegetales.

Hasta que llegó al Boulevard Marino.

Era el mismo boulevard al que concurría en secreto cada tarde, durante los primeros años de su adolescencia, vestido de peón y aprovechando los recados de la cuadrilla, para visitar de compras el almacén de ramos generales. Un establecimiento destinado a atender las necesidades de abasto de la ciudad, y reducto de almacenaje de cuanto contrabando surcara la bahía, actividad principal de los súbditos de su Majestad, y objeto de fortuna de los funcionarios locales. La causa de atractivo era la belleza de Ana Clara, hija del dueño, y no las mercancías, que poco necesitaba y menos podía pagar. Hallaba siempre algún pretexto para ir allí, a veces abiertamente, debido a alguna herramienta que precisaba reparación; el aceite para las lámparas de la casa patronal; o algún cuarto de sal de curtiembre, generalmente destinada al cocinero. En ocasiones, ante la imposibilidad de hallar una excusa, derramaba en el granero la ración de tabaco del capataz, quien agregaba al encargo una botella de caña, con carácter confidencial.

Apenas logró conquistar algunas miradas de la joven, esquivas, distantes, y ganarse por lo bajo las mejores puteadas del tendero.

Hasta una tarde, en que viniendo por el Camino de la Inquisición en un carro de bueyes, y bajo la galería perfecta que formaban las copas de los árboles, la vio cruzarse al paso, y entregarle, en una prisa extrema, una esquila lacrada.

La recibió trémulo, guardándola bajo la ropa, y viendo desaparecer a Ana Clara, como un espejismo, en la arboleda del campo de la Granja. No pudo recuperar el ritmo de la respiración en el resto del día, ebrio de la fragancia a pétalos recientes que destilaba el papel oculto entre sus prendas. Hasta la madrugada, en que logró valor para leerla, bajo el farol de la cochera municipal, mientras la cuadrilla dormía, evitando el riesgo a ser descubierto. Las líneas eran de una caligrafía cuidada, aunque delataban cierto temblor, y decían escasamente lo que pueden decirse dos desconocidos, aunque suficiente para inaugurar un amor, sin otro ingrediente que la atracción mutua y espontánea.

A pesar de la imposibilidad de verse asiduamente, no temieron a la utopía que significaba su relación, ya que no tan solo la edad era inconveniente, sino una implacable diferencia social, ineludible en la rígida cultura de su pueblo. El era hijo de un jornalero, recientemente ascendido a peón de planta, mientras que ella provenía de un hogar sin mucha cultura, pero con una sólida posición en lo económico.

El propietario del almacén, y testaferro exclusivo de la industria del contrabando ocupaba un lugar de privilegio en la escala social, inmediatamente después de las autoridades locales, el clero y los grandes terratenientes.

Entre los meses de agosto y diciembre pudieron verse escasas veces, a escondidas, en lugares insólitos o inapropiados. Arriesgándose incluso a dejarse retratar por un fotógrafo de la Plaza de los Monseñores, a quien ella encomendó su reserva por el doble de pago.

Era la fotografía que Gregorio Mugica conservaba con el cuidado de su propia vida.

Compartieron horas hurtadas a la mirada ajena, en la más frágil de las felicidades, y haciendo los ilusorios anuncios de los enamorados, sin que mediara entre ellos el meridiano oscuro de la realidad. Durante meses, revolviendo las piedras del arroyo, fatigándose en conquistar la cima de los cerros,

vagando por las playas, escribiendo esquelas subversivas al orden patriarcal. Bebiendo vino de odre, fascinados de Góngora y Quevedo, ebrios de agua marina y arena transpirada. Llamándose en portales y graneros, con la sangre encendida y la angustia del tiempo fermentando la espera.

Hasta que una mañana pasó lo irremediable.

Américo Lastre, el padre de Ana Clara, recibió la noticia, y bramante de cólera dispuso la prohibición de que su hija abandonara la finca, bajo estricta vigilancia. Alguien los había visto la noche anterior, bajo la recova del Banco de la Agricultura.

Veintiocho días más tarde llegó el correo, con una carta de la muchacha, desde el fundo de unos parientes, detrás de la Alameda de los Campos Largos, donde su familia había optado por trasladarla, aduciendo evitar males mayores.

Los términos eran los mismos, una manifestación de amor, tan clara y decidida como las anteriores. En los meses subsiguientes solamente pudieron limitar sus comunicaciones, ella a escribir esquelas clandestinas, costosas y arriesgadas, y él respondiéndolas con el pensamiento.

El 28 de septiembre fue declarada la ciudad y campos aledaños en zona de emergencia, por la proliferación de los casos de peste. El pequeño hospital fue colmado de enfermos que pronto desbordaron la capacidad del cementerio local, y debieron derivarse a las playas, al norte del Río Blanco, para ser cremados.

Hacia fines de febrero su padre sufrió un ataque de fiebre convulsiva, mientras recogía los restos de la última cosecha, y fue trasladado sobre una mula hasta el hospital de campaña, improvisado por las damas de caridad en los terrenos linderos a la biblioteca pública, ante la negativa del ejército a hacerse cargo de la asistencia.

Era la peste.

Ana Clara viajó hasta las playas del Río Blanco, con la anuencia de su tía, quien comprendía su estado, para acompañar a Gregorio en la cremación de Próspero Mugca, de cuyos restos mortales solo divisaron una tenue columna de humo, a cincuenta metros de distancia, debido a prevenciones sanitarias.

En el camino de regreso tropezaron varias veces con caravanas mortuorias que avanzaban rumbo a las playas.

La geografía del horror.

Las familias de relativa fortuna comenzaron a abandonar la ciudad, como ya lo habían hecho sus abuelos, medio siglo antes, a causa de la guerra civil. La familia Lastre se embarcó en un buque de la compañía maderera rumbo a Inti, una población costera, y Gregorio alcanzó a ver a Ana Clara media hora antes de que soltara amarres.

Nunca más volvieron a verse.

Llovía con fuerza en la calle de los inquilinatos.

Benito Fraga, médico en residencia del Hospital General de Quilla, ordenó a la enfermera que retirara el biombo blanco al paciente de la cama 23, cuyos signos vitales habían cesado cinco minutos antes.

Alguien dejó caer suavemente la aldaba en el portal, y aguardó, mientras bebía el agua cristalina de la noria, al amparo de la brisa de jazmines del Boulevard Marino.

© Sergio Manganelli

El autor:

Sergio Manganelli. Haedo, Provincia de Buenos Aires, Argentina, 28 de febrero de 1967. Reside actualmente en San Antonio de Padua, al oeste del conurbano bonaerense. Sus poemas y artículos han sido publicados en una importante cantidad de diarios argentinos, de México, Colombia y España. Asimismo en revistas culturales y literarias de Argentina, Brasil, España, México, Estados Unidos, Puerto Rico, Francia, Colombia, Venezuela, Chile, Italia, Cuba, Nicaragua, etc. Obtuvo entre 1991 y 1999 una treintena de premios y menciones en su país. Se encuentra trabajando en la edición de *Sangre de Toro* –poemas y banderillas–, que se editará inicialmente en Buenos Aires y posteriormente en España.

MAÑANA CON HIGOS*

por Agustín Cadena

Era lunes, el primer lunes de esas vacaciones, y César no tenía ganas de hacer nada en casa. Incluso quedarse en la cama a ver la televisión le parecía arriesgado: su madre podría inventarle algún quehacer si lo veía ocioso. Le daba miedo, verdadero miedo, que lo mandaran a lavar trastes o a cuidar a Mario. Mario siempre quería que le prestara sus juguetes y no se conformaba con los viejitos; se ponía a llorar y no se calmaba hasta que su madre iba a ver qué sucedía y acababa repartiendo todo, dándole los juguetes viejos a César y los nuevos a Mario. César se volvió para mirarlo en la otra cama de la habitación: todavía estaba dormido, tapado hasta el cuello con la cobija como si no hiciera suficiente calor. Tenía la boca abierta y una mosca parada en la mejilla.

Por la ventana se veía parte del patio, con la camioneta inservible del padre y la barda de tabique gris coronada de vidrios rotos. El sol daba de lado: eran las diez de la mañana.

César estaba ya pateando las cobijas, listo para levantarse, cuando oyó unos golpes en la puerta de metal que daba a la calle. Pensó que tal vez fuera uno de sus parientes y volvió a meterse en la cama, haciéndose el dormido. No quería saludar a nadie. Pero después de unos minutos no oyó ninguna voz conocida en la sala. Entonces se levantó, descalzo, y fue a asomarse abriendo apenas la puerta.

–Qué bueno que ya te levantaste –le dijo su madre, como si sólo hubiera estado esperándolo.

–No me he levantado. Iba al baño –César temió lo peor: que le dieran alguna tarea.

–Pues ya levántate. Necesito que me hagas un mandado.

–¿Quién vino? –poder cambiar la conversación le dio cierta esperanza.

–El abonero.

Eso era, pensó César sombríamente: lo iban a mandar a pedirle prestado a alguna de sus tías para pagar el abono. Eso significaba que tendría que ser amable y quizá se vería obligado a comer alguna cosa horrible.

–¿Quieres que vaya a pedirle prestado a mi tía Dorita?

–No. Ya le debemos mucho. No va a querer prestarnos más.

–¿A la Víbora, entonces?

–Te voy a romper la boca si le sigues diciendo así.

–Todo el mundo le dice así.

–A ti no te importa. Es tu tía.

César se quedó callado, con la decisión de seguir usando para siempre esa palabra.

–Ve a buscar a tu padre.

–Él no va a tener.

–Dile que consiga. Que me urge.

–¿Y si no lo encuentro?

–Búscalos. Ya sabes por dónde anda siempre.

César no preguntó más. Volvió a su cuarto a vestirse. Estaba haciéndolo cuando despertó Mario.

–¿Adónde vas? –le preguntó todavía con un ojo cerrado.

–A ver a mi papá.

–Llévame.

–No.

* Publicado originalmente en el volumen *Los pobres de espíritu* (Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 2004), México, Nueva Imagen/ CONACULTA-INBA, 2005.

–Me visto rápido –y efectivamente, el niño todavía no acababa de decir esto cuando ya estaba buscando su pantalón–. Llévame –repitió.

–Que no, entiende –César disfrutaba ese momento–. Voy de volada.

–Le voy a decir a mi mamá.

–Dile. No te va a hacer caso.

Mario volvió a la cama y comenzó a llorar. César terminó de vestirse. Ya iba saliendo cuando su hermano lo incriminó, sin volverse a mirarlo.

–Te vas a ir a robar higos a las huertas. Llévame.

–Voy a buscar a mi papá, Mario. Es un mandado urgente –y salió sin decir más.

Su hermano comenzó a gritar desde el cuarto.

Antes de que su madre le preguntara de mal modo, César explicó:

–Quiere que lo lleve.

–Vete tú solo. Si van juntos se van a ir a robar higos.

César salió de la casa y se fue caminando hacia el puente de acero que cruzaba el río. Por ahí casi no había coches ni gente: no parecía que hubieran empezado las vacaciones. Ya al otro lado, tomó un camino apenas marcado en la tierra suelta, entre montones de basura. Se detuvo ante la portería sin red de una cancha de fútbol y dio un salto espectacular para detener un gol. Al fondo se veían los edificios nuevos de un conjunto habitacional. Y luego estaba la fábrica de medicinas, que vertía al aire un olor fuerte y desagradable. César siguió caminando hasta donde la carretera que entraba a la ciudad se dividía en dos. Justo en la Y griega había un cine viejo. Enfrente, un portalito con bancas de madera. Ahí, junto a una tienda de refrescos, dulces y cigarros, estaba su padre mirándolo.

–Quihubo –lo saludó como saludaba a sus amigos, como a César le gustaba que lo saludara.

–Quihubo –le respondió.

Su padre se dio cuenta de que estaba sudando por el calor y la caminata y entró a la tienda sin decir nada. Salió con un refresco en lata.

–Gracias, pa –le dijo César, recibíendoselo.

–¿Te sacaron de vuelta de la escuela?

–No –el niño estaba ofendido–. ¿Ya se te olvidó que hoy empezaron las vacaciones?

–Ah, es verdad.

César fue al grano:

–Me mandó mi mamá a buscarte. Que si tienes dinero.

–Estoy esperando a que Charlie me pague –explicó el padre, con buen humor. No era un hombre que perdiera el buen humor fácilmente, menos aún por cosas de dinero.

–¿Charlie va a venir aquí?

–Tiene que venir: éste es su negocio –dijo el padre, señalando la tienda de refrescos–. Más bien, uno de sus negocios.

–¿Tiene muchos?

–Cuatro, creo –se quedó viendo cómo César se empinaba lo último de la lata de refresco y luego la pateaba lejos, como si hubiera sido un balón–. ¿Por qué no te sientas? –le hizo lugar en la banca.

César se quedó de pie, mirándolo.

–¿A qué hora viene Charlie?

–Cuando salga del cine –y señaló hacia el frente, hacia el edificio viejo donde había unos carteles pegados en mamparas.

César no estaba satisfecho. Su padre mentía a veces. Le había mentado a él y ya no le creía.

–¿Seguro que está ahí?

–Sí. Yo lo vi cuando entró. Me dijo «Espérame, ahorita que termine la función te pago».

César no dijo nada más. Esperó a que pasaran un autobús y un par de coches y cruzó hacia el cine. Estaban dando *La Montaña del Diablo*. Era un cine muy viejo igual que todo lo que había en él: las películas, las butacas, los empleados. No había nadie en la taquilla y el hombre que recibía los boletos en la entrada se había quedado dormido en su silla. Estaba roncando. César se pasó sin hacer ruido, sin ser notado. La empleada de la dulcería estaba leyendo una revista y no le dijo nada, así que él se metió tranquilamente a la sala de proyección. Luego que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, no le costó trabajo encontrar a Charlie. La luz de la pantalla iluminaba su gran barriga envuelta en una camisa blanca. Estaba comiendo palomitas, feliz.

César comprendió que su padre no había mentado, por lo menos en lo que se refería a que Charlie estaba en el cine, y salió otra vez sin hacer ruido. Al pasar por la taquilla se fijó en el horario: la película tenía poco de haber empezado. Tardaría como hora y media en terminar. Pensó regresar a casa, descansar un rato y luego volver, pero le dio pereza y además estaba seguro de que su madre no le creería y se iba a enojar. Volvió a la banca donde su padre seguía sentado, mirando los coches que entraban o salían de la ciudad. Se sentó junto a él sin decir nada. Su padre tampoco le dijo nada pero empezó a columpiar los pies igual que él. Después de unos minutos, César se aburría y se levantó. Pensó que mejor se hubiera quedado en el cine y se hubiera sentado cerca de Charlie para cuidar que no escapara, pero ya había visto esa película y le parecía aburrida. Echó a andar por la carretera. En eso vio a su hermano, quien venía a su encuentro al parecer cansado de caminar. Lo esperó.

–Dice mi mamá que le urge el dinero –le comunicó Mario con tono de autoridad.

–Mi papá está allí –señaló hacia la tienda.

Mario reconoció de lejos la figura de su padre: la gorra de béisbol, la chamarra café.

–Estamos esperando a que Charlie salga del cine –terminó de explicar César.

Su hermano se le quedó viendo como si no le creyera, como si hubiera algo sospechoso en lo que decía.

–¿Y adónde ibas? –trató de cogerlo en falta.

César no supo contestar. En realidad no iba a ninguna parte, sólo quería caminar.

–Ibas a las huertas a robar higos.

Era verdad: las huertas estaban en esa dirección.

–No.

–No mientas, César. Ibas a robar higos.

–Te digo que no.

Estaban discutiendo eso cuando su padre llegó hasta ellos.

–César quería ir a las huertas a robar higos –Mario comenzó a acusar a su hermano.

–No es cierto.

El padre se les quedó viendo a los dos sin decir nada, con tristeza. Se rascó el cuello. De pronto se animó:

–¿Por qué no vamos todos a robar higos? Y se los llevamos a tu mamá para que no se enoje con nosotros.

A los dos niños les pareció maravillosa la idea. Sólo César, por un momento, pensó que si tardaban mucho y Charlie se les escapaba, su madre no se iba a contentar con unos higos. Pero no dijo nada.

El padre se montó a Mario sobre los hombros y tomó a César de la mano y se fueron hacia las huertas. De todos modos los tres sabían que Charlie iba a decir que no tenía dinero.

© Agustín Cadena

El autor:

Agustín Cadena. México, 1963. Actualmente reside en Debrecen, Hungary. Ensayista, narrador, poeta, traductor y profesor universitario. Colaborador de más de 50 publicaciones de diversos países. Ha recibido varios premios importantes y ha publicado más de una veintena de libros, de los cuales el más reciente es la colección de cuentos *Los pobres de espíritu*. Parte de su obra ha sido adaptada para radio y televisión, antologada y traducida al inglés, al italiano y al húngaro. Página del autor: <http://www.geocities.com/aguztincadena>

LA CISURA DE ROLANDO (Novela inédita – Capítulo I)

por Gabriel Bañez

«Sé leer, pero no llego a ver el texto. Si tuviera los brazos un poco más largos, podría hacerlo. ¿No tendrá usted un chimpancé para que me ayude?»

Groucho Marx

I

Escribo porque no puedo hablar. A los 11 años me detectaron en el lóbulo anterior del cerebro una mancha apenas visible que me alteró el habla. De aquel momento recuerdo la voz del médico que mencionaba «una zona adyacente al área de Broca». Al lugar lo ubiqué después, por mis lecturas. En aquel momento escuché área de Broca y pensé en un barrio. Luego el médico habló de la materia gris con toda tranquilidad y dijo algo de una «cisura de rolando». Eso sí me impresionó. La voz me llegó con defectos de ortografía, pero unos meses después pude corregirla gracias a un libro de medicina de mi padre. Es una rara enfermedad, casi extraordinaria, que se manifiesta en unos pocos en todo el mundo. Yo soy uno de esos pocos. Progresivamente y en pocos meses se pierde el habla y con ello las habilidades fonéticas: es como si el cerebro enviara órdenes incompletas a los músculos que producen la voz. Uno no llega a articular palabras. Apenas se pueden alcanzar unos pocos sonidos guturales, muy finitos, como de chillidos de chimpancé. «Cisura de rolando», repitió el médico esa mañana en el hospital.

Mi madre se había tomado del borde de la camilla y sollozaba mirando hacia una ventana que daba a una casa de jardín extraño, con cemento en las áreas donde debería crecer el césped y pequeños senderos verdes que comunicaban con una gran plataforma gris a los costados. Una media docena de círculos con pedregullo se abrían en el cemento para dar lugar a troncos de árboles jóvenes sostenidos por tutores. Desde arriba, el jardín parecía un barco en un dique seco. Mi padre se frotaba la calva y sonreía con una mueca burlona. «Y qué se puede hacer», preguntó sin signos de interrogación, como entregado. El médico dijo un par de frases que no llegué a entender y luego se quedaron hablando a solas, en un rincón. Enseguida mi madre me señaló la puerta y nos marchamos. Mientras aguardábamos a mi padre en el pasillo, ella me emprolijaba los mechones de pelo y no dejaba de acomodarme el gabán azul a la altura de los hombros. Creo que en esa época a los gabanes se les decía paletó. Cuando salió mi padre, hizo un gesto con la cabeza y caminamos hasta el fondo del corredor. Bajamos los dos pisos de la clínica en silencio. Yo hubiera preferido el ascensor. En la vereda, él comentó algo relacionado con la sabiduría y el silencio. Pero le salió en forma de chiste. Mi madre no dejaba de llorar y de frotarme el remolino de la cabeza. Por aquel entonces yo tenía miedo de quedarme calvo.

El consultorio del médico estaba en un segundo piso y al salir a la calle, casi sin querer, reconocí la ventana desde donde había visto el extraño jardín. Pero al jardín no se lo veía: daba a los fondos de una vivienda que tampoco alcancé a ubicar. Durante el viaje de regreso a casa, ninguno de los dos dijo nada. Ese mediodía almorzamos en silencio, hasta que al final de la comida mi padre arrojó un plato contra la pared y mi madre me arrastró hasta el dormitorio. Luego hubo una gran pelea que escuché con el oído pegado a la puerta. Es raro, tengo un oído poderoso y puedo escuchar conversaciones a gran distancia, aún en medio del tránsito y las bocinas. Pero cuando me pongo nervioso llegan los acúfenos y es como si se me deslizara nieve por los tímpanos. Mi madre me ha dicho que su madre los tenía y que ella también. También me ha dicho que tengo que acostumbrarme y aprender a ignorarlos, a pensar en cosas lindas, porque ella ha sabido de gente que terminó suicidándose por los acúfenos. Hay gente que los siente como taladros eléctricos o como silbidos interminables, con agudos en

muchas escalas, y hay quienes los padecen como grillos, pájaros, tambores largos o amoladoras contra el metal. Hay muchas clases de acúfenos. Yo siento nieve bajando por los oídos. Será por eso que la detesto, aunque nunca la vi ni la toqué. Mi madre pronuncia acúfenos, como palabra esdrújula, pero hay gente que se contenta diciendo acufenos, sin acento.

Yo le doy importancia a esas cosas: las comas, los acentos o los puntos pueden hacer una gran diferencia. Las comillas también. En el cuaderno de notas repaso cada frase que escribo, luego corrijo. Prefiero el cuaderno al idioma de las señas. La mímica de los sordomudos me repugna. Hace años hice una lista con las cosas que me repugnaban, pero después me di cuenta de que lo que había hecho era una tabla de resentidos, con varias escalas según la falla. La anoto en presente porque creo que sigue teniendo importancia: el primer lugar es para los rengos, no hay nada más resentido que un rengo. Son irre recuperables. Después están los petisos, que tapan el resentimiento con prepotencia y soberbia. Siguen los sordos, que tienen un resentimiento disimulado en el mal humor, y después vienen los sordomudos, un poco menos resentidos porque el resentimiento lo disimulan entre varios. Si uno les presta atención va a notar que los sordomudos casi siempre andan en grupo, por eso parecen más sociables. Pero no. Hay que saber desconfiar. Los resentidos del quinto lugar son los paralíticos, que se hacen los amables pero son controladores y dominantes, de lo peor. Los ciegos vienen después. Son cálidos y babosos, pero siempre traicioneros. Un baboso que no ve es doblemente baboso. A los mancos de nacimiento nunca los anoté porque es una variedad rara, pero yo conocí a uno con el brazo esmirriado y reseco que era puro rencor. Robertito se llamaba, aunque al diminutivo se lo pusimos por temor. El temor se vale de los diminutivos. La escala de resentidos funciona si no hay lástima, si hay lástima se viene abajo. No sirve. En los cuadernos yo anoto estas cosas para no tenerme lástima. En los mudos solos me anoté yo: Rolando puse y nada más. Algunos cuadernos son más importantes que otros.

«Es una rara enfermedad, casi extraordinaria, que se manifiesta en unos pocos en todo el mundo. Yo soy uno de esos pocos. Progresivamente y en pocos meses se pierde el habla y con ello las habilidades fonéticas: es como si el cerebro enviara órdenes incompletas a los músculos que producen la voz.»

El primero que recuerdo no era mío, lo traía a casa la Chica Avón, con las fotos de los productos que había que encargar y el precio por debajo. La Chica Avón venía una vez por mes y mi madre la esperaba siempre arreglada, con el pelo firme por los rulos de la noche anterior. A la mañana se lo retocaba con spray. Se sentaban en el recibidor y conversaban y reían. Mi madre hojeaba la revista y yo permanecía de pie, espiando detrás del contramarco del dormitorio las piernas electrificadas de la Chica Avón. Esperaba el momento en que las cruzara o las descruzara, el roce de sus medias producía unos segundos de estática. Hace poco leí que la costumbre de cruzar las piernas es una costumbre de las mujeres árabes, en ese entonces no sabía. Tampoco sabía que existían los amperímetros. Mi madre entonces se levantaba y me tironeaba de los pelos, la Chica Avón reía con unos ojos brillantes y renegridos mientras me despedía con un beso en el aire. A la noche yo soñaba con ella. Después me llevaba el cuaderno Avón al baño, me encerraba, y me tocaba. La Chica Avón no estaba en el cuaderno, pero con las fotos de los perfumes y las cremas a mí me alcanzaba. Mi padre una vez me descubrió con el cuaderno Avón en el baño y algo debe haber imaginado porque se puso a reír a carcajadas mientras le comentaba a mi madre que era por la edad. «Lo hace por carácter transitivo», repetía entre risotadas. Después busqué transitivo en el diccionario, pero no lo encontré. Esa noche mi madre se sentó en el borde de la cama y me habló. No recuerdo qué me dijo, pero sí que era importante dormir con las manos afuera de las sábanas. Incluso en invierno.

© Gabriel Bañez

El autor:

Gabriel Bañez (La Plata, Argentina, 1951). Narrador y periodista. Tiene publicadas 9 novelas, entre ellas *El curandero del cuarto oscuro*, *Paredón paredón*, *Virgen y Cultura* (Mondadori) recientemente aparecida. Dos de sus novelas han sido traducidas al francés y editadas (*Alfil Editions*) y actualmente se están llevando al cine *Paredón paredón* y *Los chicos desaparecen*. Página personal "Corte y confección": <http://cortey.blogspot.com>

Luis Arturo Ramos

Minatitlán, Veracruz (México), 1947

<http://luisarturoramos.blogspot.com>

<http://www.geocities.com/lapaginadeluisarturoramos/estaesucasa>

* * *

Narrador y ensayista mexicano. Minatitlan, Ver, 1947. Estudio letras españolas en la Universidad Veracruzana. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores (1972-73). Director de la revista *La palabra y el Hombre*; Director de la Editorial de la Universidad Veracruzana. Fue ganador del Premio Latinoamericano de Narrativa Colima para Obra Publicada en dos ocasiones: en 1980 por *Violeta-Peru* y en 1988 por *Este era un gato*. Asimismo fue finalista del Premio Mortiz-Planeta por *La casa del ahorcado* y merecedor al Premio Nacional de Ensayo en 1989. Ha sido profesor de la Universidad Veracruzana, de la UNAM y de varias universidades en Estados Unidos. Actualmente es profesor en *Creative Writing* en la Universidad de Texas en El Paso. Colabora en periódicos y revistas de circulación nacional.

Novela:

- *Violeta-Perú* (1979)
- *Intramuros* (1983)
- *Este era un gato* (1988)
- *La casa del ahorcado* (1993)
- *La mujer que quiso ser Dios* (2000)
- *Los argentinos no existen* (2005).

Cuento:

- *Del tiempo y otros lugares* (1979)
- *Los viejos asesinos* (1983)
- *Domingo junto al paisaje* (1987)
- *La señora de la fuente y otras parabras de fin de siglo* (1996)

Literatura infantil:

- *Zili el unicornio* (1980)
- *La voz de Cóatl* (1983)
- *La noche que desapareció la luna* (1985)
- *Cuentario* (1986)
- *Blanca pluma, noveleta para preadolescentes* (1993)

Cronica / Ensayo

- *Angela de Hoyos: A Critical Look* (1979)
- *Melomanías: la ritualización del universo. Una lectura de la obra de Juan Vicente Melo* (1988)
- *Crónicas desde el país vecino* (1999)

* * *

Entrevista

NARRATIVAS *: ¿Cuándo y cómo empezó a escribir Luis Arturo Ramos?

LUIS ARTURO RAMOS: Comencé cuando supe que quería ser escritor. Luego me di cuenta que escribir no era lo mismo que ser escritor, y todavía lo sigo pensando. El "ser escritor" es un calificativo que adjudican los lectores y, sobre todo, el tiempo.

N.: *Ha escrito novela, cuento, crónica, ensayo, literatura infantil ¿cuál género es con el que se siente más satisfecho?*

LAR.: Más que de géneros prefiero hablar de ficción. Creo que la obligación del escritor es inventar y yo me siento a gusto inventando historia, desarrollando atmósferas y construyendo personajes verosímiles. Creo que en las novelas y en algunos cuentos, sobre todo los más extensos, me he acercado a esa pretensión.

* *Entrevista realizada por Magda Díaz y Morales*

N.: *¿Qué papel juega el terruño, la provincia, en su obra?*

LAR.: Respondía la pregunta anterior aludiendo a espacios y atmósferas. La ciudad de Veracruz, por su condición simbólica e histórica (fue la primera ciudad española de la América continental; durante siglos fue la principal puerta de ingreso y de escape al y del país), me permitía desarrollar temas que desde siempre me han interesado. Me gusta la mezcla de Historia e historia. En mis novelas siempre aparecen muy definidos el espacio y el tiempo que encuadran la trama.

N.: *¿Por qué le interesó el tema del exilio español en el Puerto de Veracruz, tema que recorre Intramuros?*

LAR.: Por todo lo anterior. Por otra parte los españoles, ya sea en su condición de invasores, migrantes económicos o exiliados políticos, representaron durante mucho tiempo la figura del Otro; ese espejo cóncavo o convexo en el que los mexicanos nos veíamos reflejados. Para mí, los españoles y los norteamericanos representan esa condición ambigua e inasible de la otredad. Por eso los españoles aparecen en *Intramuros* (en España la novela apareció bajo el nombre de *La ciudad de arena*) y los estadounidenses en *Este era un gato...*

N.: *La casa del ahorcado ha provocado especial recepción entre las mujeres lectoras ¿considera que, además de por su estética en sí, se debe a la visión antimachista del narrador, como ha comentado alguna crítica? Me parece que Enrique Montalvo es un personaje estupendo.*

LAR.: No sé a ciencia cierta a qué se deba el atractivo que para las mujeres puedan tener los personajes de *La casa del ahorcado*; pero en efecto, Enrique Montalvo cincuentón, impotente sexual pero con la obligación de atender a dos mujeres, puede considerarse como una parodia del machismo, pero también del hembrismo. Sus reflexiones acerca del cuerpo vecino, en su calidad de conyuge o amante, reflejan las especulaciones que muchos hombres y también mujeres, se hacen con respecto a la sexualidad del otro u otra. Pero la impotencia sexual de Montalvo, refleja también la impotencia ciudadana para redimir el cuerpo social, que resulta tan importante como el humano.

N.: *¿Es verdad que su generación intenta evitar esa fuerte sombra del llamado Boom latinoamericano?*

LAR.: Eso tampoco lo sé. Lo que sí sé es que el *Boom* demostró que se podía tener relativo éxito de venta sin sacrificar la calidad literaria.

N.: *¿Qué le aconsejaría a alguien que comienza a escribir?*

LAR.: Que lea mucho. Que conozca la tradición literaria y que la tenga como referencia a la hora de escribir.

N.: *Por último ¿podría hablarnos de sus futuros proyectos de escritura?*

LAR.: Acabo de terminar una novela que espero se publique pronto.

* * *

Relato

“A TI LOLITA”¹

> <

por Luis Arturo Ramos

La conferencia sobre el posmodernismo desde una perspectiva marxista, avanzaba con la morosidad de un paquidermo con la nieve hasta las rodillas. Sin embargo el público, compuesto en su mayoría por estudiantes en bermudas y adustos profesores de barba negriblanca, parecía contento de avalar con encendidos asentimientos de cabeza las graves afirmaciones del ponente.

El tema de la conferencia había resultado tan atractivo aquella tarde próxima al verano, que mi tardanza resultó severamente castigada con la falta de espacios. La butaquería estaba colmada y los

¹ > <: Las flechas son para destacar lo palíndromo del título “A ti Lolita” (Nota de los editores). Este cuento apareció originalmente en *La señora de la Fuente y otras parábolas de fin de siglo* (Mortiz, 1996) y ha sido recopilado en *Cuentos (casi) completos* (Instituto Veracruzano de Educación y Cultura, 2004).

remisos aposentaban el cuerpo en cualquier superficie libre que garantizara algún apoyo seguro. Seguí el ejemplo colectivo y sostuve mis atribuladas posaderas en el barandal que ayuda a los cansinos a remontar los escalones que dan acceso a la sala. Me quedé ahí, a pesar de que mi ubicación me imposibilitaría apreciar el escenario y, por consiguiente, la presumible severa estampa del orador.

Suplí la carencia de visión con el ocioso divertimento de permitir que aquella voz ecuánime y sin rostro inventara gestos y visajes en el entumido ambiente del auditorio. La convincente tonalidad de aquel aliento transmitido por micrófono, resultaba un soplo casi divino que insuflaba vida y consistencia a los alrededores, a tal grado, que muy pronto creí advertir en la sesuda densidad del interior, una flotilla de pensamientos en forma de globos como tantas veces los había visto gravitando sobre las cabezas de los personajes de los comics.

Pero no tardé en cansarme de mi juego y muy pronto me descubrí examinando los rostros de los asistentes con esa avidez no exenta de malicia que provoca el mirar a mansalva. Mi irreprimible vocación voyeurista se desbocó en la contemplación de mentones y mejillas, el carnoso nacimiento de un seno inerme a la especulación de la mirada, la delicada frontera entre la piel y el vello en el tierno cuello de las muchachas.

Entonces la vi, a diez metros de distancia, sentada en el suelo tapizado y recargando la espalda en la pared opuesta al foro, separada de aquella voz portentosa por la nave atiborrada de escolares. Las suelas de los tenis plantadas con firmeza sobre la alfombra, hacían que sus piernas ascendieran súbitas hasta las rodillas y desde ahí resbalaran por un par de muslos barnizados al sol, hasta perderse en la profundidad de los ampones pantaloncitos.

Nunca supe si las manchas amoratadas que la semipenumbra del auditorio me impedía precisar, se originaban en la falta de un adecuado régimen higiénico, o en el exceso de violencia en la práctica futbolística. No tendría arriba de 18 y resultaba más carnosa que bonita. Pero el gesto desmadejado, y sobre todo la furiosa abulia con que penetraba su fosa nasal derecha con el dedo índice de la mano izquierda, la bendecía con esa peculiar hermosura que produce la extrañeza.

«Mi irreprimible vocación voyeurista se desbocó en la contemplación de mentones y mejillas, el carnoso nacimiento de un seno inerme a la especulación de la mirada, la delicada frontera entre la piel y el vello en el tierno cuello de las muchachas.»

Ejecutaba su acto con premeditada obstinación; sin embargo, no dejaba de rasguñar con rabiosa perseverancia en la maltratada libreta de hojas amarillas que sostenía contra sus muslos, las kilo métricas verdades que resumaba el ponente y que ella, como pocos entre los asistentes, suponía capitales para estos años finiseculares.

Su heterogéneo ejercicio me impidió apartar los ojos de aquella muchacha que muchos hubieran considerado vulgar, excedida de peso y hasta un tanto aniñada a pesar de su apariencia, porque lo que su aspecto y pueril actividad proponían, se desmoronaba ante la soberbia refutación de unos pechos que convertían su desleída camiseta en la vanguardia de una impetuosa carga de elefantes.

Los contrastes afortunados suelen resguardar placeres insospechados para los observadores competentes. Mis experiencias al respecto me han impulsado a aventurar una teoría que se fundamenta en la conciliación de los opuestos, gracias al alivio proporcionado por un detalle no necesariamente físico, como origen del sobresalto que antecede a la lujuria.

Lolita estaba ahí. Cómodamente repantigada en la alfombra del auditorio, escribiendo con una barata pluma Bic color blanco, nimiedades posmodernistas en una destartalada libreta amarilla, mientras hurgaba en su estrecha e imagino húmeda fosa nasal derecha con el comedido frenesí de un lánguido cantante de boleros.

Para entonces, la acatarrada voz del ponente había desaparecido en los abismos de la indiferencia y toda mi atención se concentraba en aquella nítida estampa de fin de siglo que alternaba la higiene de sus narices con empecinadas anotaciones en la libreta amarilla. Mi enardecida vigilancia se exacerbó a tales extremos que muy pronto fui capaz de advertir el veloz viaje de la punta del bolígrafo sobre

la superficie del papel, acompasado al quedo pero fervoroso resuello de aquellos pulmones tan vastamente publicitados por el par de pechos insolentes. Cada vez que la muchacha ejecutaba el movimiento necesario para dibujar algún acento circunflejo en las referencias galas, o imprimía con puntería escolástica los puntos sobre las íes, sus azorados pezones se aplastaban contra la raída tela de la camiseta para regalarme a distancia con un doble beso sesgado que venía a repercutir en la punta de mi (habré de suponer) enrojecida erección.

En ocasiones, en un raptó inopinado que resquebrajaba su parsimonia de obispo, abandonaba la libreta para entregarse por entero a su ejercicio profiláctico con el empeño de quien introduce, no dedos, sino clavos, en agujeros abiertos ex-profeso. Su dedo índice se empeñaba en expulsar de los tibios canales algún objeto que la molestaba al extremo de distraerla de su ímpetu de conocimiento, porque sus rasgos faciales de tibia adolescente se crispaban en un rictus de impaciencia y desesperación.

Un violento envite insertó hasta el inicio de la falangeta el dedo en la fosa y levantó la punta de la naricilla hasta deformada en una morisqueta de payaso. Pero la estrategia dio resultado porque la vi extraer el dedo y considerado después con la sorpresa de quien lo supiera regresar de la cuarta

«Para entonces, hacía ya mucho tiempo que el marxismo académico se había ido a los extremos más remotos del posmodernismo. El universo entero lo componía aquella chiquilla que alternaba la hermenéutica planetaria con la concienzuda exploración de los vericuetos de su cuerpo.»

dimensión. Al principio pensé que su asombro revelaba las mismas calidades que el mío. Sobre todo cuando la miré dibujar con los labios aquel gemidito que todavía me palpita en la entrepierna, al descubrir el fruto de su pesquisa cabalgar orondo la curva sonrosada de su dedo sin uña. Observó el portento como quien estudia una gema arrancada de las profundidades terráqueas. Lo hizo con el orgullo de quien se reconoce origen' y causa de algún prodigio. Imagino que las madres primerizas experimentan una emoción similar cuando ven prendido al pezón el producto de sus humores.

Pero en eso también estuve equivocado. Luego de ponderada con rencorosa indiferencia, mi Lolita procedió a deshacerse de la viscosidad que la había distraído de sus empeños académicos durante tanto tiempo. La serosidad se resistía a separarse de ella y tuvo que tallar el dedo primero contra la pierna del pantalón y luego, ya con manifiesta hostilidad, contra la alfombra de la sala de conferencias. Más lo que me arrebató en una violenta sacudida interior que casi me despoja del aliento, fue presenciar la victoriosa acometida de su dedo para volver a hurgar con nuevos bríos en la tibia comodidad que lo había albergado.

Para entonces, hacía ya mucho tiempo que el marxismo académico se había ido a los extremos más remotos del posmodernismo. El universo entero lo componía aquella chiquilla que alternaba la hermenéutica planetaria con la concienzuda exploración de los vericuetos de su cuerpo. Lo que todavía ignoro es si fue la persistencia de mi observación o el incipiente tedio lo que la aconsejó aventurar una súbita pesquisa por los alrededores; pero me descubrió mirándola perdido a mitad de ese espacio sin orillas en que se convierte toda vigilancia que durante mucho tiempo ha permanecido impune. Lejos de los bordes que me hubieran permitido, si no escabullirme, al menos disfrazar la mirada, me dejé atrapar justo en medio de la red que su repentino movimiento tejió para mi sorpresa.

Mi Lolita detuvo ambas exploraciones: la de su dedo y la de su mirada. El primero quedó sumergido en sus narices; la otra me convirtió en un ridículo escarabajo clavado con alfileres en la vitrina de un entomólogo. Así me sentí también: un obeso y endurecido escarabajo que sin miedo y sin vergüenza tramontaba las alturas de su cuerpo. Atrapado en falta, conjuré la mía de la única manera al alcance de un cincuentón sorprendido en perversa actitud voyeurista. Convertí mi pecado en una oportunidad para el sermón conminatorio. Sonreí, levanté mi dedo a la altura de mi propia nariz, toqué sus aletas y luego lo sacudí en una negativa paternal mientras apoyaba mi movimiento con un gesto de «eso-no-se-hace» (en público, al menos).

Su reacción resultó una oda a la bendita incongruencia del universo. Sonrió y se arrepintió al

instante de su sonrisa. Y para compensar lo que juzgó un error, giró violentamente la cabeza en la dirección opuesta, y se mantuvo así por algunos segundos hasta que entendió que algo faltaba. Por ello volvió a buscarme con la mirada, y cuando estuvo segura de que yo también la veía (de hecho nunca había dejado de hacerlo), me enseñó la lengua en un mohín que quiso ser grosero y resultó tentador. El húmedo y sonrosado apéndice apareció entre sus labios como un súbido delfín en aguas tibias. Saltó y volvió a la profundidad para que mi corazón y su contraparte, ese músculo inverosímil, pulsaran indignados contra la demencia que les cierra las puertas. En ese instante conocí el amor y sus arduas consecuencias. En ese instante también, entendí la raíz del irrevocable destino de las mujeres: hasta sus más elaborados desplantes de furia se convierten en una insinuación al placer.

A partir de ese momento, descubierto y localizado el enemigo, mi Lolita se dedicó a vigilarme de reojo, aunque tuviera que tensar el rostro para fingir la indiferencia que garantizara la continuidad del juego. Para subrayar su disimulo, movía los labios como si repitiera para la posteridad las frases clave del conferenciante, y las anotaba luego en su libreta amarilla con prontitud de facultativo. Mi re concentrada vigilancia provocó que se endureciera su pretendida atención en el ponente. Su cara adquirió una repentina pátina laqueada por los brillos de la penumbra y su sostenido esfuerzo. No obstante, los resabios de adolescente la reclamaban de regreso y su cuerpo no tardó mucho en aflojarse y rezumar ese dulce olor de muchacha en vilo. Igual que una bandera que súbitamente dejara de ser tremolada por el viento, su cuerpo cedió ante el inveterado descuido de la juventud y volvió a reblandecerse contra la pared y el piso alfombrados. No me resultaba difícil imaginar la recóndita impronta de las asperezas del suelo contra su piel delicada y nueva. Y para corroborarlo, describí para mi particular contento las huellas de la dureza artificial contra sus blanduras, así como la mínima depresión de sus glúteos al sostener el peso de sus 18 años.

«A partir de ese momento, descubierto y localizado el enemigo, mi Lolita se dedicó a vigilarme de reojo, aunque tuviera que tensar el rostro para fingir la indiferencia que garantizara la continuidad del juego.»

No lo supe desde el principio; mas lo constaté en algún impreciso instante de aquella lenta tarde cercana al verano, que tenía un irrecusable aliado en la grave voz sin rostro que campaneaba sobre el auditorio entero. Aquella sonoridad reverberante, cargada de sabias alocuciones y profundas garantías, enervaba para mi gusto y placer su piel entera; le abría los poros de par en par como una hospitalaria ducha de agua caliente. Entonces para mi fortuna, y para la de todos los que como yo vuelven a la mirada el acto todopoderoso de la creación, (Dios imaginó con los ojos lo que legó al hombre para su infortunio o contento), vi cómo su dedo regresaba al lugar de los hechos como cualquier homicida en novela de misterio, para repetir una ceremonia que me retrotraía hasta latitudes pretéritas.

Degusté en su dedo lo que mi lengua infantil había saboreado en el mío propio en los lejanos y lentos atardeceres de mi pueblo: aquella salobre viscosidad nacida en mi propio ser, la consistencia terrosa, el sabor desemejante a todo lo que no fuera yo mismo. Así sabía, lo supe después, mi propio cuerpo. Así habría de saber, lo sabría más tarde, el cuerpo femenino. Entendí que regresaba a los tiempos del placer oralizado y que éste no se significaba por el amor a la palabra.

El plácido aspecto de mi Lolita sugería un viaje por territorios similares a los que yo transitaba. Con el índice sumergido en la boca, los labios anillados con vocación de esfínter y los párpados adormilados en un frágil duerme vela, representaba a una niña a punto de trascender la rivera del sueño, mientras se saboreaba a sí misma ayudada por el ejercicio de succionar su propio dedo. La voz del disertante posmarxista la arrullaba más allá de la conciencia y la envolvía en una telaraña de humores amnióticos que la mecía con un zureo de paloma.

Estiró las piernas, las abrió en compás e imprimió un movimiento de rotación a su índice. Giró la cara en mi dirección y me mostró el dedo como si me invitara a compartir su deleite. Pero una vez más estaba equivocado. Mi atención precisó los contornos y supe que no era el índice, sino el cordial, quien se erguía con prepotencia fálica justo a mitad de mis ojos. No invitaba, me insultaba de la única manera que la distancia y la coyuntura permitían hacerlo con algún margen de

impunidad.

Aproveché su renovada atención en el conferencista para escabullirme y resguardarme tras la sombra y los cuerpos de los asistentes. No obstante, seleccioné cuidadosamente un sitio desde el cual pudiera seguir con mi escrutinio porque, a pesar de que lo que yo había considerado una táctica de seducción por parte de aquella Lolita rediviva (la de Vladimir andaría ya por los 50), se había convertido en una muestra de rechazo gracias a su inopinado ademán, no iba a permitir que su inmadurez me despojara del placer de mirarla a mansalva aunque ya no pudiera hacerlo a quemarropa.

Un simple desplazamiento que me llevó hasta la pared opuesta del pasillo de acceso al auditorio, me permitió resguardarme de su furia y establecer una diagonal entre mis ojos y su nuca. Mi nueva ubicación sólo me capacitaba para vigilar un medio perfil que si bien me impedía apropiarme de enriquecedores detalles, me habilitaba para sostener mi asedio sin peligro alguno.

*«Con el color de la victoria
brillando en la curva de sus
ojos, urgida ya por las
terminantes declinaciones del
ponente, Lolita volvió la mirada
hacia el pódium, acomodó la
libreta sobre los muslos,
abandonó el bolígrafo en la
alfombra, y se dispuso a
recibir la verdad definitiva.»*

La observación de la realidad enseña muchas cosas, y entre ellas, la de que prácticamente nada es lo que parece. De pronto, como si hubiera perdido el contacto de la mano de mamá en una muchedumbre, mi Lolita reconoció mi ausencia y primero taimadamente, mas luego ya con ansiedad manifiesta, me buscó con los ojos y después con el cuerpo entero. Era como un mustio girasol que se nutriera con la temperatura de mi mirada. Despojada de ese sentimiento de seguridad que le había enquistado mi ferviente vigilancia, la muchacha se sintió desamparada, indefensa en medio del entumecido oleaje de la atención universitaria que convertía a aquel austero altar de la fe

académica, en el bucólico remanso del anonimato total.

Supe entonces que ella me había visto antes de que yo la descubriera, y que sin sospecharlo, me había vuelto cómplice involuntario de una puesta en escena en la que yo resultaba el único espectador. Que su íntima exploración, sus movimientos, la repentina presencia de su lengua sobre el labio inferior abullonado y tierno, no habían sido más que etapas hacia el descubrimiento de una misma vocación fundamental. Pero ahora, sin público asistente, el mundo se le deshacía entre las manos como un bloque de hielo requemado a causa de mi fingida ausencia.

Dejó de escribir, de fingir atención, de explorarse con el dedo. En uno de sus atribulados giros, creí entrever lágrimas en las esquinas de sus ojos. No pude más. Mis perversiones quedan más próximas a la ternura que a la crueldad. Practiqué un paso lateral que me colocó ante sus ojos. Sonreí abiertamente y ejecuté un ligero ademán que puso en claro la certidumbre que de haberme sido posible, me hubiera mostrado desnudo ante ella como prueba de sumisión. Aceptaba mi pertenencia. Ya era de su propiedad. Mi cometido se centraría en el empeño de observarla por siempre hasta que ella lo impidiera por hartazgo, repugnancia o por haber encontrado un observador más eficaz.

Sin embargo Lolita me recibió con gesto adusto. Me estudió de arriba abajo con displicencia científica hasta que constató mi rendición absoluta y supo que al amparo de su mirada, justo en el vértice donde se tocan mis muslos, volvía a germinar enriquecida por el agua de sus ojos, la raíz de la paz y la coexistencia intergenérica.

Con el color de la victoria brillando en la curva de sus ojos, urgida ya por las terminantes declinaciones del ponente, Lolita volvió la mirada hacia el pódium, acomodó la libreta sobre los muslos, abandonó el bolígrafo en la alfombra, y se dispuso a recibir la verdad definitiva. Vi aparecer en sus mejillas el tono de su sangre, y a sus pechos acometer una presencia invisible impulsados por los crecientes altibajos de su respiración. Y mientras los iniciales espasmos del aplauso se uniformaban en el surtidor que la hacía cerrar los ojos, yo advertía a mi propio contento quebrarme por la cintura hasta sacar a la superficie un pequeño universo esta vez originado en la mirada.

© Luis Arturo Ramos

Care Santos

Mataró, Barcelona (España), 1970

<http://www.caresantos.com>

<http://www.silencioeslodemas.blogspot.com>

* * *

Care Santos nació en Mataró (Barcelona) en 1970. Tras estudiar Derecho, entró a trabajar como periodista en el *Diari de Barcelona* y posteriormente en otros medios nacionales y extranjeros. Actualmente ejerce como crítica literaria en *El Cultural*, suplemento del diario *El Mundo*. Igualmente, ha impartido numerosos talleres literarios, actividad en la que, como ella misma afirma, "he aprendido mucho más de lo que he enseñado".

Ha publicado los siguientes libros:

Cuentos:

-*Matar al padre* (II Premio Alfonso de Cossío de relatos), Algaida, Sevilla, 2004

-*Solos*. Pre-textos. Valencia, 2000

-*Ciertos Testimonios*. Memorias de Altagracia. Caracas, Venezuela, 1999

-*Intemperie*. Fundación Colegio del Rey. Alcalá de Henares, Madrid, 1996. (Premio de Narrativa Ciudad de Alcalá). Descatalogado {Edición corregida y con epílogo de la autora en Páginas de Espuma, Madrid, 2003}

-*Cuentos cítricos*. Ediciones Libertarias. Madrid, 1995. Descatalogado.

Novelas:

-*El dueño de las sombras*. Ediciones B, Barcelona, 2006

-*Aprender a huir*. Seix Barral, Barcelona, 2002

-*Trigal con cuervos*. Algaida, Sevilla, 1999. (Premio Ateneo Joven de Sevilla)

-*El tango del perdedor*. Alba, Barcelona, 1997. Descatalogado.

Novelas breves / juveniles:

-*Un camí dins la boira* (XXI premi Ramon Muntaner de novel·la juvenil). Editorial Columna, en preparación.

-*El anillo de Irina*. Edelvives, Zaragoza, 2005. Premio Alandar de Literatura Juvenil. En preparación versión en catalán en Baula.

-*El circuito de Montecarlo*. SM, Madrid, 2005. Existe edición en Círculo de Lectores de 2006. En preparación edición en catalán en Columna.

-*Los ojos del lobo*. SM, Madrid, 2004 (Premio Gran Angular de Literatura Juvenil). Existe edición en Círculo de Lectores de 2005. Existe versión en catalán en Columna (2005)

-*Operación Virgo*. Diagonal, Barcelona, 2003. Existe versión en catalán en Empúries (2003): *Ara o mai*.

-*Laluna.com*. Edebé, Barcelona, 2003 (premio Edebé de Libro Juvenil). Existen versiones en catalán y valenciano, *Lalluna.com*; galego, *Alua.com* y euskera, *Ilargia.com*, todas publicadas en 2003. En preparación traducción al lituano en Vaga Publishers, Vilnius, Lituania.

-*Krysis*. Diagonal, Barcelona, 2002 (existe versión en catalán en Empúries, 2001)

-*Hot Dogs*. Cruïlla, Barcelona, 2000. (Premio Gran Angular; Existe versión castellana en Alba Editorial, Barcelona, 2003)

-*La ruta del huracán*. Alba, Barcelona, 2000. Existe versión en catalán en la misma editorial (2000) y en italiano en Mondadori (2005)

-*Te diré quién eres*. Alba, Barcelona, 1999. Versión catalana en Grup Promotor-Santillana, 2005: *Val més anar sol*.

-*Okupada*. Alba, Barcelona, 1997. Existen dos ediciones en Círculo de Lectores de 1999 y 2000 y una edición en Punto de Lectura, Madrid, 2002. Versión en catalán en Editorial Columna, 2004.

-*La muerte de Kurt Cobain*. Alba, Barcelona, 1997. Existe edición en Círculo de Lectores de 2000

Libros infantiles:

-*Quiero ser mayor*. Destino/Oxford. Barcelona, 2005. Existe versión catalana, *Vull ser gran*

Serie inseparables para siempre:

-*Sorpesas a pares*. Ediciones B, Barcelona, 2007. En preparación.

-*iCuenta hasta diez!*. Ediciones B, Barcelona, 2005. En preparación traducción al brasileño, Ediciones Record.

-*Dime la verdad*. Ediciones B, Barcelona, 2004. En preparación traducción al brasileño, Ediciones Record.

-*Prohibido enamorarse*. Ediciones B, Barcelona, 2004. Existe traducción al brasileño en Ediciones Record (2006)

-*Ser feliz es fácil*. Ediciones B, Barcelona, 2004. Existe versión catalana en Barcanova (2005) y traducción al brasileño en Ediciones Record (2006)

-*Sé tú misma*. Ediciones B, Barcelona, 2003. Existe traducción al portugués en Editorial Presença y al brasileño en Ediciones Record.

-*Cómo nos hicimos amigas*. Ediciones B. Barcelona, 2003. Existe traducción al portugués en Editorial Presença y al brasileño en Ediciones Record.

Poesía:

-*Hiperestesia*. Qüásyeditorial, Sevilla, 1999 (Finalista premio Surcos 1999)

Varios:

-*Un diez, antología del nuevo cuento catalán*. Edición de Care Santos. Páginas de Espuma, 2006. Versión en catalán a cargo de la misma editorial (*Un deu, antologia del nou conte català*)

-*Rostros y rastros*. Editorial Celya, Salamanca, 2004.

-*¡Déjame terminar! Ahora hablan ellas*. El Cobre, Barcelona, 2004. Existe versión catalana en Columa (2004)

-*La ira. Paraules enverinades*. Columna, Barcelona, 2003.

Traducciones:

-*El circuit de Montecarlo*, Columa, Barcelona, 2005.

-*Laluna.com*, traducción al lituano, Vaga Publishers, Vilnius, Lituania (en preparación)

-*Cómo nos hicimos amigas; Sé tú misma; Ser feliz es fácil; Prohibido enamorarse; Dime la verdad y Cuenta hasta diez* (Serie *Inseparables para siempre*), traducción brasileña, Ediciones Record, Rio de Janeiro (en preparación)

-*Cómo nos hicimos amigas y Sé tú misma* (núms. 1 y 2 de la serie *Inseparables para siempre*) traducción portuguesa, Editorial Presença. (En preparación)

-*Els ulls del llop*, Columa, Barcelona, 2005.

-*Sulla rotta dell'uragano*. Mondadori. Milan, 2005.

-*Ser feliç és fàcil*. Barcanova. Barcelona, 2005.

-*Okupada*. Columna. Barcelon, 2005.

-*Val més anar sol*. Grup Promotor-Santillana. Barcelona, 2005.

-*Alondra Tanz Den Tango*. Kindler Verlag, Berlín, Alemania, 1999.

-*Kurt Cobain heriotza*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999.

Participación en antologías y libros colectivos:

-*Die Dame in Lachs. Liebesgeschichten Aus Spanien 1987-2002*. Stockmann Bad Voslau, Austria, 2004.

-*Pequeñas resistencias*, antología de Andrés Neuman. Páginas de Espuma, Madrid, 2002.

-*Lo que cuentan los cuentos*, antología de Pedro M. Domene. Universidad Veracruzana, México DF, México, 2001.

-*Papeles de viaje*, antología de Ana Aridjis. Michoacán, México, 1994.

-*Todo un placer*, antología de relatos eróticos de mujeres de Elena Medel. Editorial Berenice, Córdoba, 2005.

-*En pie de paz*. Escritores contra la guerra. Plurabelle, Córdoba, 2003.

-*En sus propias palabras. Escritoras españolas ante el mercado literario*. Compiladora: Christine Henseler. Torrezoas, Madrid, 2003.

-*Tancat per vacances*. Columna, Barcelona, 2003.

-*Libre de família*, Columna, Barcelona, 2002.

-*Nosotros los solitarios*, Pre-textos, Valencia, 2001.

-*El amor o algo así*. Alba, Barcelona, 2000. Existe edición en Círculo de Lectores (2001)

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: De la extensa obra literaria publicada por Care Santos se adivina en primer lugar una intensa pasión por escribir, y en segundo lugar un gran interés por la literatura juvenil.

CARE SANTOS: Nada que puntualizar a eso. Son dos grandes verdades. No podría vivir sin escribir. Una de las grandes preocupaciones de todo escritor, sin embargo, es la búsqueda de interlocutor y la literatura (mal) llamada juvenil te pone en contacto con uno de los mejores interlocutores que existen: los jóvenes. Es una de las razones por las que reincido en ese género: sus destinatarios.

N.: ¿Existe alguna fórmula para escribir literatura juvenil? ¿Qué diferencias encuentras entre el lector adulto y el adolescente?

CS.: Si conociera las fórmulas no me parecería tan interesante escribir. La fórmula de toda escritura es conseguir la comunicación con el lector. ¿Cómo? Ah, ahí está el misterio de todo. La diferencia fundamental entre el lector joven y el adulto es la pasión. El joven es mucho más apasionado, y lo demuestra. Y más espontáneo y, en general, más simpático.

N.: *Cuando no existía la actual profusión de colecciones de literatura juvenil, los jóvenes que se iniciaban en la lectura debían recurrir a autores como Salgari, Julio Verne, Swift o incluso Defoe, que en realidad escribían para adultos. ¿Por qué es preferible escribir específicamente para jóvenes?*

CS.: No creo que haya que dejar de leer a los autores mencionados, ni mucho menos. Y no creo que haya que escribir "específicamente" para jóvenes. La buena literatura es aquella que puede leerla cualquiera, y a cualquiera le aporta algo. Roal Dahl, por ejemplo, tiene diferentes niveles de lectura según sea un adulto o un niño quien le lea. Lo mismo ocurre con Stevenson, que escribió *La isla del tesoro* para un niño de ocho años pero que entusiasma a cualquier adulto. O con Wilkie Collins, que escribió para adultos pero tiene grandes adeptos entre los jóvenes. Yo misma empecé a leer novela victoriana de terror en la preadolescencia, fascinada, claro. Yo aspiro, precisamente, a ser el Wilkie Collins (con perdón) de los chavales de ahora: esa lectura que no puede dejarse, y que luego se recuerda con tanto agrado. Y que, revisitada, pongamos, treinta años más tarde, no se deshace en las manos.

N.: *En tu novela Aprender a huir hablas de esos instintos primarios que muchas veces se escapan al control racional y que a los personajes de la novela les conducen a la huida. ¿Qué te interesa como escritora del ser humano?*

CS.: Todo. Sin ser humano no hay nada que contar. Escribimos –y leemos– para intentar entender lo que somos. Escribimos –y leemos– porque no tenemos nada claro. Del ser humano me interesa todo: la ambición de César Augusto en el siglo I a. de C. o la mala cara de mi vecina de rellano mañana por la mañana.

N.: *Fuiste durante unos años presidenta de la Asociación de Jóvenes Escritores, asociación que tú misma habías fundado y que poco después disolviste. ¿El individualismo del escritor, que a veces deviene en egocentrismo, es incompatible con una auténtica actividad asociativa?*

CS.: Todo lo contrario. El escritor se crece en determinados caldos de cultivo. Le es necesario encontrar a alguien igual (de raro) que él con quien compartir sus cosas. Sigo pensando que hoy más que nunca haría falta una Asociación de Jóvenes Escritores. El mercado editorial es demasiado feroz para llegar a él con toda la inocencia.

N.: *Has publicado en diferentes editoriales. ¿Existe el riesgo hoy en día en España de que las grandes firmas editoriales acaben por copar casi todo el mercado, sin dejar apenas resquicio para la edición independiente, dada su gran capacidad publicitaria y su control de los principales medios de comunicación de masas?*

CS.: Durante unos años pareció que corríamos ese riesgo. Ahora las cosas han tomado otro cariz. Han proliferado las editoriales independientes, de gran calidad, que están apostado por la literatura de verdad, bien hecha, bien seleccionada, maravillosamente editada. Los grandes sellos comerciales, en cambio, sólo buscan apuestas seguras, que compren a golpe de talonario, o a quienes darles esos premios que sólo significan un efímero triunfo económico y el acercamiento a miles de lectores (y quede claro que ambas cosas me parecen legítimas y apetecibles). A los grandes sellos sólo les interesan nombres consolidados, a quienes lanzar al estrellato comercial. Y asumen que los escritores nacen y crecen en otros sitios, sin los cuales ellos no tendrían a nadie a quien ensalzar.

N.: *Has comentado alguna vez que el mayor pecado que puede cometer un escritor es aburrir. ¿Crees que los escritores deben estar atentos a los cambios que se producen en la vida diaria, a los gustos y a las modas del tiempo que les ha tocado vivir, o por el contrario es más importante construirse un estilo propio, una manera personal de afrontar el hecho concreto de la escritura al margen de modas y mercados?*

CS.: No sé si debemos estar atentos, pero si no lo estamos, corremos el riesgo de predicar en el desierto. Cada cual hace la literatura que puede, la que necesita hacer. Lo importante es saber en qué lugar te encuentras y, en consecuencia, a qué puedes aspirar.

N.: *Otra de tus facetas es la crítica literaria. ¿Qué diferencia al crítico del simple lector?*

CS.: Lo que diferencia a la amante de la prostituta. El lector lee por pasión; el crítico lee lo que le echen, y muchas veces no puede elegir. Lee con el marcador en la mano, husmeando el trabajo ajeno, juzgando a cada línea. Es un modo de leer agotador, perverso que, a la larga, se impone sobre todos los modos de leer anteriores. No se lo recomiendo a nadie. Hay que leer por puro arrebató. Leer es un acto de lujuria.

N.: *Como lectora, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

CS.: Como lectora soy omnívora. Leo de todo. Ensayo, poesía (sobre todo poesía, desde hace muchos años), novela, relato, clásicos, contemporáneos, hasta diccionarios (son una de mis pasiones)... Mis gustos varían con las épocas y también según el momento. Nunca leo un libro solo, sino que tengo empezados a veces hasta dos docenas. Leo por trabajo casi siempre, cuando me estoy documentando, pero casi siempre esas lecturas son también de placer. ¿Autores favoritos? Son tantos que no cabrían en esta entrevista. Latinoamérica me fascina y la conozco bien. Entre mis latinoamericanos de cabecera están Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Borges, Arreola, Eugenio Montejó o Mario Vargas Llosa. Pero también muchísimos otros.

N.: ¿Qué sentido tiene para Care Santos escribir hoy en día?

CS.: El mismo de siempre. Necesitamos ficción para vivir. Y también reflexión, y poesía, y placer estético, y emoción, y un espejo donde mirarnos sin vernos o viéndonos con toda crudeza. Mientras haya especie humana será necesario todo eso. Y la literatura es uno de los lugares donde encontrarlo. Yo trabajo cada día para que otros lo encuentren en mis libros.

* * *

Relato

EL ORDEN ALFABÉTICO

por Care Santos

Para C.V. que terminó este cuento

Nos lo advierten en todos los informativos: cuando las temperaturas suben tanto, las personas dejamos de funcionar como es debido. Todo se vuelve un suplicio, incluso las actividades más cotidianas, como dormir, comer, salir a dar un paseo, hacer el amor o incluso pensar.

Me tengo por persona de costumbres prudentes. Me gusta levantarme no antes de las nueve y tomar un café mirando los libros. Mejor sola que acompañada. En silencio. Los libros que he comprado y leído a lo largo de mi vida me observan desde el rigor del orden alfabético. Lo escribió una vez mi amigo Hilario en una de sus tarjetas postales, enviadas desde cualquier parte del mundo: tu biblioteca es tu única obra.

Ayer por la noche intercambié con Hilario un par de mensajes de correo electrónico. Desde que se marchó a vivir a Nueva York tenemos más contacto que antes, cuando éramos vecinos de rellano. Antes de su marcha podíamos pasar meses sin vernos ni una sola vez. Ahora es extraña la semana en que no intercambiamos algún mensaje de correo electrónico. La proximidad y la distancia no se rigen, desde luego, por criterios lógicos.

Hilario es un gran lector. Acaso el mejor que he conocido. Tiene una memoria portentosa, y una capacidad de análisis de cuanto lee que deslumbra a quien le conoce. Ayer intercambiamos impresiones acerca de Paul Auster. En realidad, me interesaba conocer su opinión sobre la última novela del autor estadounidense, que terminé ayer a altas horas. Por eso le escribí tarde, pensando, además, que iba a encontrarle en casa, porque allí debía de ser más o menos la hora de cenar. No me equivoqué. A los pocos minutos tenía su respuesta en mi bandeja de entrada. Las primeras líneas las dedicaba a hablar de las inclemencias del calor, que ha llegado por sorpresa a la ciudad de los rascacielos. A renglón seguido, entraba en harina. Su mensaje, como siempre, era muy largo, incontinente. En lo referente a Auster, me di cuenta de inmediato de que estaba de acuerdo conmigo con más amabilidad que convicción. Le gustan los escritores de ideas frente a los escritores de forma, me dijo. Como Saul Bellow o Philip Roth. Esos fueron los dos ejemplos que utilizó: Bellow y Roth.

Me inquieta mucho que me hablen de autores de los que no tengo referencias inmediatas. Nada más terminar de leer el mensaje de Hilario me apresuré a buscar qué tengo de Saul Bellow y Philip Roth en mi biblioteca. Apenas un libro de ensayos circunstanciales de Roth, uno de esos que se adivinan armados con prisa, con material disperso publicado durante décadas. Creo que lo leí hace meses, pero no dejó huella, lo cual confirma mi teoría. De Bellow, nada en absoluto. Como si uno de los mejores

escritores de este siglo nunca hubiera nacido o yo hubiera preferido no darme cuenta. No voy a negar que el asunto, pese a que no le dije nada a Hilario, me incomodó bastante.

Me acosté poco después de la última digresión epistolar, sin que la inquietud por esa ausencia se hubiera disipado del todo. Hacía un calor horrible y decidí tomar una ducha antes de meterme en la cama. La sensación de frescor me alivió al momento, pero pasó rápido. No serían ni las tres de la madrugada cuando me desperté empapada en sudor, con la sábana pegada al cuerpo y una sed espantosa. Ya no conseguí dormir de un tirón y ni tan a gusto como de costumbre. Y para colmo de males, cuando parecía que el sueño empezaba a vencerme, llamaron a la puerta.

Me levanté maldiciendo al vecino, vendedor o testigo de Jehová que osara presentarse a esas horas. Sin embargo, en el rellano, hermanados como no sé si lo estuvieron alguna vez, había dos señores sonrientes de pieles apergaminadas y cabellos crespos, que se presentaron como Philip Roth y Saul Bellow. Pese a la sorpresa y a las escasas luces de la soñolencia, creo que no reaccioné mal. Por supuesto, les invité a pasar. Recuerdo que al sentarse en el sofá, uno de ellos dio con sus nalgas sobre uno de esos juguetes que mis hijos diseminan por todas partes. Una pala, un rastrillo, un pato de goma, no recuerdo qué con exactitud. Lo miró unos segundos y lo arrojó al parque de la niña, absolutamente seguro de que era eso lo que debía hacer. En efecto, lo era.

Les ofrecí una infusión –no sé por qué, imaginé que ambos la preferirían al café– y saqué un bizcocho cubierto de chocolate que, por fortuna, había hecho la tarde anterior. Ambos lo recibieron con cabeceos y escuetas palabras de agradecimiento, pero apenas lo probaron. Estaban sentados frente a mí, como el tribunal de un examen frente a la discípula nerviosa, sin decir nada, esperando que fuera yo quien iniciara la conversación. Y yo hubiera querido hablarles de sus novelas, de sus cuentos, de su impresionante narrativa, pero ni siquiera era capaz de recordar el título de uno solo de los libros que habían escrito a lo largo de sus dilatadas vidas. En definitiva, no tenía absolutamente nada que decirles, y ellos se estaban dando cuenta.

«Me levanté maldiciendo al vecino, vendedor o testigo de Jehová que osara presentarse a esas horas. Sin embargo, en el rellano, hermanados como no sé si lo estuvieron alguna vez, había dos señores sonrientes de pieles apergaminadas y cabellos crespos, que se presentaron como Philip Roth y Saul Bellow.»

Fue entonces cuando traté de hablar de otras cosas: los niños, la televisión, el mar que se ve desde donde ellos estaban sentados, el polvo que se acumula sobre los muebles, el calor sofocante que hace estos días... Todo resultó inútil. Aquellas cuestiones no les interesaban. Me daban la razón con sonidos casi animales, ajenos a todo lo que les estaba diciendo. Hasta que se levantaron al unísono, hastiados de la conversación, y empezaron a curiosear entre los libros de la biblioteca. Es algo que de habitual hacen mis amigos cuando vienen a visitarnos. Les dejas sentados en el sofá, esperando el refresco o el café y al regresar les encuentras de cara a las paredes, ladeando en extremo la cabeza para leer las letras verticales de los lomos de los libros. Me gusta ver dónde se detienen, qué autores, qué ediciones les llaman la atención. De algún modo, su interés por algunos libros me dice cosas de mis amigos que nunca se dicen con palabras. Y su postura –parados, la cabeza perpendicular al cuerpo– me parece muy graciosa, aunque yo también la adopte cuando voy a visitarles.

Me sucedió lo mismo con mis dos ancianos visitantes inesperados. En ese caso, además, yo sabía muy bien lo que andaban buscando por los anaqueles. Se buscaban a sí mismos. Todos los escritores nos buscamos siempre a nosotros mismos, no importa nuestra edad ni nuestras circunstancias. Y lo peor es que casi nunca nos encontramos, ni siquiera nos reconocemos, pero en fin.

Uno de ellos, el más alto –creo que era Bellow–, había subido la escalera y contemplaba los estantes que quedan más arriba, allá donde el orden alfabético ha querido que estén las aes y las bés. Bell, Bellatín, Belli, Beltrán, Benet... Tardó unos segundos en asimilar que allí no había nada suyo. Lo noté por la expresión de su rostro, que pasó de la interrogación al desencanto. Luego volvió a bajar, en silencio, con la cabeza gacha. Se sentó en el sofá y se metió una porción completa de mi bizcocho en la boca. Masticó sin cuidado, abriendo mucho la mandíbula, como si ya todo le importara nada. Recuerdo que fue entonces cuando reparé en que para llevar muerto tres meses no tenía mal aspecto. Preferí no decirle nada, no obstante.

El otro no corrió mejor suerte. El único libro suyo que tengo en mi colección no está entre los ordenados alfabéticamente. En el destierro de mi cuarto tengo unas pocas docenas de libros. A los visitantes que llegan hasta ellos, generalmente en una de esas visitas guiadas por el piso con que solemos deleitar a quienes nunca han estado aquí, les explico que están agrupados por materias y por colecciones. Creo que no es cierto, que la mayoría de ellos tienen el mismo derecho que otros a ocupar el espacio noble de la enorme librería del salón. Sin embargo, la reordenación de la biblioteca siempre queda pendiente. Demasiado quehacer.

Decía que el otro buscó su inicial en los anaqueles y por un momento sintió una punzada de ilusión que no tardó en desvanecerse al comprobar que el Roth allí clasificado era otro y no él. Otro hacia el que, acaso, en aquel momento se concentraron todos sus odios antiguos. Con falsa resignación, hubo de entender que no había allí ni rastro de lo que le había mantenido ocupado durante toda su existencia. Los nombres se alineaban en el desconuelo de esa ausencia con absoluta pasividad: Rossi, Rostand, el otro Roth, Ruiz de Alarcón, Rulfo... Él no regresó al sofá, ni ingirió bizcocho. Se limitó a esgrimir una disculpa circunstancial («Se hace tarde, gracias por todo, has sido muy amable...») y dirigirse a la puerta sin ni siquiera estrecharme la mano. El otro, le siguió, en mortuorio silencio.

Les comprendí a la perfección. En su lugar, yo también me habría sentido profundamente decepcionada.

Antes de abandonar mi recibidor, Roth alzó un dedo a modo de advertencia y pronunció una última frase de venganza:

–Los libros son materia orgánica. Sometidos a estas temperaturas extremas y a algunos otros factores externos, ninguno de ellos durará eternamente. De modo que todo da lo mismo.

Bellow apostilló:

–Creo que los modernos tienen una palabra para este fenómeno. Se llama compostar. Los libros se compostarán, de hecho todos nos compostaremos. Acabaremos convertidos, junto con lo que hemos escrito o leído, en un abono oscuro y uniforme que desprende un agradable aroma a humus de bosque.

Dicho esto, unieron sus espaldas para alejarse de mí. En la cavidad azul del ascensor percibí la desilusión de ambos ante las ocasiones perdidas. Adiviné que aquella visita no iba a repetirse y, como en una ceremonia última, acudí al balcón para verles marchar, puestos de acuerdo en todo, bajo el sol mortal de esas horas. Se fueron en dirección al mar. Es lo último que supe de ellos.

En cuanto conseguí librarme de la extraña sensación de culpabilidad que me dejó esta visita, reanudé mis conversaciones con Hilario. Mi mensaje matutino fue mucho más breve que los de anoche y también mucho más urgente. Le pedí que me recomendara los mejores títulos de Philip Roth y de Saul Bellow. Esta vez tardó más en responder. Aproximadamente cuarenta horas:

Anoche no podía dormir a causa del calor y salí a dar una vuelta por Brooklyn. A esas horas, las calles estaban desiertas. Sin embargo, encontré a una señora muy simpática con quien conversar hasta el amanecer. Llevaba un vestido raído, ceniciento y muy pasado de moda. Viendo el modo en que yo observaba su atuendo, creyó conveniente decir: «La suerte en estos tiempos es que cada cual se pone lo que quiere». No quise decir nada, pero la reconocí nada más verla: era Virginia Woolf. Ella tampoco podía dormir. «Oigo voces», explicó. La invité a un café. Nos costó un buen rato dar con un bar abierto. Sonrió un par de veces antes del amanecer. Fue un encuentro agradable. Llamarlo memorable sería exagerar. Si te lo refiero ahora es porque le pregunté algo pensando en ti. Contestó sin inmutarse, casi con desprecio: No tenía ni la menor idea de quiénes eran Bellow y Roth. «Ahora hay muchos jovencitos que escriben», afirmó, con la misma expresión y el mismo tono que habría empleado para decir: «Cada vez hay menos perros equilibristas». La despedida fue breve y forzada, en mitad de la acera iluminada de espejos. «Terminar siempre es lo más difícil», se justificó ella, antes de dejarme solo otra vez.



JACQUES EL FATALISTA, de Denis Diderot

Editorial Alfaguara
Colección: Clásicos modernos
Fecha de publicación: 2004
352 páginas
ISBN: 8420401870
Traducción y notas: **Felix de Azúa**

* * *

«Nada hay tan difícil de perdonar como el mérito» (Diderot)

En *Jacques el fatalista*, la extraordinaria novela del enciclopedista francés Denis Diderot, se cuentan muchas historias: un criado, Jacques, y su amo viajan juntos, y este contar acontecimientos les distrae en el camino. El amo desea que Jacques le cuente la historia de sus amores, historia que éste inicia pero que se ve interrumpida constantemente por varios factores: a veces se encuentran a otras personas y entablan conversación o se detienen en un albergue, otras veces de la conversación mana otra historia y de ésta otra y otra, además de un ir y venir en el tiempo de una historia a otra, ello hace que en ocasiones una historia se deje suspendida para continuarse más adelante.

El discurso narrativo además de contarnos una historia, nos ofrece una situación comunicativa: alguien, un narrador, cuenta una historia a otro, el narratario. Recordemos que el narratario no es el lector del texto, éste está, como el autor, fuera de la situación narrativa o ficcional. El narratario es el equivalente del narrador, el que ocupa el lugar del «otro», aquel a quien se orienta el discurso (que a veces no es sencillo localizar). Jacques el fatalista implica un universo de ficción, una historia adonde la situación narrativa (narrador/narratario) da sostén a esa historia. Antes de continuar, tengamos presente el no confundir situación narrativa con situación (o enunciación) literaria. En la primera los protagonistas son el narrador y el narratario y en la segunda el autor y el lector, los cuales, de inicio, quedan fuera de la situación narrativa o ficcional. Entre autor y lector no hay comunicación a través del texto literario puesto que el escritor no se comunica por medio del lenguaje, sino que nos comunica lenguaje, como señala Martínez Bonati en *La estructura de la obra literaria*. La obra es un universo autónomo con leyes propias y sin embargo, en Jacques el fatalista sí se presentan manifestaciones del autor y del lector. ¿Qué sucede entonces? ¿De qué forma puede manifestarse el autor en la obra?

Dice María Isabel Filinich, en *La voz y la mirada*, que la manifestación del autor en la obra puede ser explícita, implícita o ficcionalizada. Explícita, cuando «el autor habla en su propio nombre, en tanto creador de un universo de ficción que reflexiona acerca del mismo» (las dedicatorias, los prólogos, las notas al texto, etc.). Implícita, «entendemos por manifestación implícita el conjunto de rasgos de la escritura, presentes en la configuración general de todos los textos: las elecciones estilísticas, el destino de los personajes, la disposición gráfica, las convenciones de género, en fin, todo aquello que dé cuenta de las estrategias de composición de la obra constituyen al autor implícito». La tercera forma de representación del autor es la ficcionalizada y es justamente la que hallamos en Jacques el fatalista, y está elaborada con esa gran maestría de Diderot. En esta representación, «el autor puede introducirse en el universo por él creado a condición de asumir el mismo estatuto de existencia que los demás entes que pueblan ese universo. Así, el autor puede "ficcionalizarse" como narrador, como personaje, o como narratario. Al asumir alguno de estos papeles podrá realizar las acciones propias de cada entidad ficcional: narrar (si se presenta como narrador), dialogar con los demás personajes y efectuar otras acciones propias de su papel en tanto personaje-autor (si se ficcionaliza como personaje), o escuchar la historia que un narrador cuenta (si se presenta como narratario)»:

Estas apariciones del nombre propio del autor atribuido a un narrador, a un personaje o a un narratario, no pueden confundirse ni con la figura del autor explícito ni con la del autor implícito. La ficcionalización del autor tiene la función de borrar las fronteras entre enunciación «real» o literaria, en la cual están implicados el autor y el lector, y enunciación ficticia, cuyos protagonistas son narrador y narratario.

Estas tres modalidades en las que se manifiesta el autor en la obra se aplican también, de forma análoga, a la figura del lector. En Jacques el fatalista hay varias apelaciones, por parte del autor ficcionalizado (que siempre tiene un estado de privilegio), a la presencia del lector.

La novela se configura con historias que poseen diferentes situaciones comunicativas. Cuando esto sucede, cambia el sujeto de la enunciación del relato primero pues el narrador-autor cede la palabra a un personaje y éste, entonces, se convierte en narrador de su propia historia, por ejemplo:

Mientras Jacques y su amo duermen, voy a cumplir mi promesa y contaros la historia de aquel hombre que tocaba el contrabajo en la prisión; o más bien, será Gousse quien os la cuente.

Me parece importante destacar, que el personaje-autor llega a un extremo sorprendente de hacerse obvio: o se pone a platicar con su destinatario, el lector ficcionalizado, o lo llama o lo interrumpe o discute con él. Y, al mismo tiempo, el lector interviene y hasta lo corrige. Veamos algunos ejemplos:

Habla el personaje-autor-narrador a su narratario:

1. ¿Así que no queréis que Jacques continúe con la historia de sus amores? Decidlo de una vez por todas: ¿os gustaría o no que Jacques explicara la historia de sus amores?

2. –¿Dónde, dónde?

–Señor lector, ¿sois de una curiosidad verdaderamente incómoda! ¿Qué demonios puede importaros? Aunque os dijera que hacia (...) ¿adelantaríamos algo con ello? Ya que insistís, os diré que se dirigían hacia..., sí; ¿por qué no?

3. Si no os dije que Jacques y su amo habían pasado la noche en Conches, y que se alojaron en casa del teniente general de la ciudad, fue porque no se me ocurrió hasta este momento.

Dice el personaje-lector (narratario) al personaje-autor-narrador:

4. ¿Qué es eso de los libros...? –¿Y Jacques y su amo? ¿Y los amores de Jacques?

¡Ay, lector! La paciencia con la que me escucháis prueba el poco interés que os inspiran mis personajes, y tentado estoy de abandonarlos donde están...

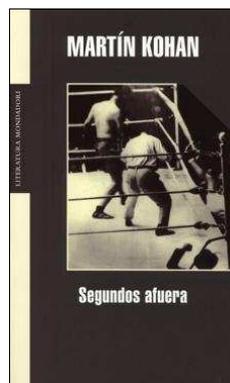
El personaje-lector (narratario) corrige al personaje-autor-narrador:

5. Era tarde; la puerta de la ciudad estaba cerrada, y se habían visto obligados a refugiarse en los arrabales. Allí, oigo un gran escándalo. –¡Oís! Vos no estabais; no se trata de vos, vos no estábais. –Es cierto. Bueno, Jacques... su amo... Se oyó un gran escándalo. Veo dos hombres... –Vos no veis nada; no se trata de vos, vos no estabais. –Es cierto. Había dos hombres hablando tranquilamente sentados en una mesa, frente a la habitación ocupada por Jacques y su amo (...)

Jacques el fatalista posee un discurso complejo pero sumamente interesante: pone en juego varias historias dentro de la historia y cada una de las cuales posee una relativa autonomía sintáctica. Todas ellas se insertan en un universo adonde existen las paradojas (sobre todo en las reflexiones de Jacques), el humor, la ironía, la crítica, la filosofía de la vida cotidiana y la filosofía universal. Muchas de estas historias son paralelas, otras convergen y otras están subordinadas, pero todas magistralmente articuladas por un notable escritor.

© Magda Díaz y Morales

<http://apostillasnotas.blogspot.com>



SEGUNDOS AFUERA, de Martín Kohan

Mondadori

Fecha de publicación: 2006

208 páginas

ISBN: 84-397-2041-6

* * *

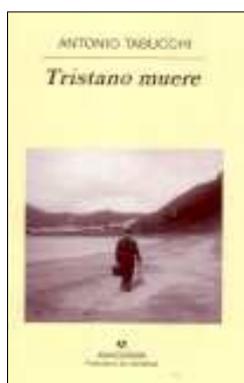
Definitivamente, la literatura argentina está pasando por una etapa de excelente salud que todos, en todos los sentidos, deberíamos aprovechar más. Además de los consagrados e indiscutibles Piglia o Aira, los más recientes, como Pauls o Fresán, son escritores de una calidad excelente, decididos a abrir ventanas y airear el panorama hispano. Uno de los últimos cables llega de la mano de Martín Kohan con su novela *Segundos afuera* (Editorial Sudamericana, 2005), cuya lectura me ha impedido realizar cualquier otra actividad desde que abrí la primera página hasta que cerré la última. Estructuralmente, es una novela trepidante, construida en torno a un motivo central: el combate de boxeo que tuvo lugar el 4 de septiembre de 1923 en Nueva York entre el estadounidense Jack Dempsey y el argentino Luis Ángel Firpo, con injusta victoria del primero y consecuente derrota nacional para Argentina, que ya Cortázar abordó en *La vuelta al día en ochenta mundos*.

Por esas mismas fechas, la Filarmónica de Viena, dirigida por Richard Strauss, aterrizaba en Buenos Aires para realizar una gira interpretando las sinfonías de Gustav Mahler. Cincuenta años después, con motivo del aniversario de un triste periódico de provincias, dos periodistas conversan acerca del combate y la gira de la orquesta, y de la posible conexión que pudieron tener a partir de la muerte de uno de los músicos la

misma noche del combate. En diecisiete segundos (tantos como capítulos tiene la novela), Demsey fue proyectado fuera del cuadrilátero para volver por su propio pie y acabar ganando el combate. En esos segundos, narrados con una desbordante intensidad en la novela, varias voces se encuentran y se proyectan años más tarde, en las conversaciones de los periodistas, antagonistas y representantes de la oposición del arte frente a la cultura de masas, y aún más allá, en el cierre final de la novela, que ata los cabos recogidos de forma impecable.

Lo mejor de *Segundos afuera* es el contraste entre los hechos y los tiempos que se enfrentan, que marcan un ritmo de vértigo, con las pausas justas establecidas por los diálogos entre los dos periodistas, que son una cuidada mezcla entre ironía y pesimismo (es decir, las dos caras de una misma moneda, brillando por igual). La música de Mahler, la determinación inexcusable que lleva a la victoria frente a la debilidad, el papel del azar que al final siempre es menor de lo que pensábamos... todas las voces construyen una sinfonía perfecta acerca del ser humano, tocada sin concesiones, con un arrojo y un empeño que lo arrastran todo, incluida la pasividad del lector voluble: Kohan sienta, clava y deja exhausto a todo aquel que preste oído.

© Blanca Gago Domínguez
<http://www.palabrablanca.com>



TRISTANO MUERE, de Antonio Tabucchi

Editorial Anagrama
Colección: Panorama de narrativas
Fecha Publicación: 2004
200 páginas
ISBN: 8433970496
Traducción: **Carlos Gumpert**

* * *

Antonio Tabucchi, escritor nacido en Pisa en 1943, uno de los más importantes escritores italianos contemporáneos. Tabucchi vive en Portugal, pero vivió desde los pocos días de edad en Vecchiano, el pueblo de sus abuelos; cursó allí la escuela primaria y la secundaria. Los vecchianeses lo reclaman para sí con orgullo. Ha sido docente de Literatura portuguesa en la Universidad de Génova y director del Instituto Italiano de Lisboa, ciudad en la que ha residido largo tiempo. Paralelamente a su actividad literaria también se ha ganado un importante prestigio como traductor de escritores lusitanos y especialmente del gran poeta Fernando Pessoa. Algunas de sus obras son: *Dama de Porto Pim*, *Al señor Pirandello lo llaman por teléfono*, *Réquiem*, *Sueño de sueños*, *Sostiene Pereira*, *Piazza d'Italia*, *La pequeña flota*, *El juego del revés*, *Nocturno hindú*, *Pequeños equívocos sin importancia*, *Los volátiles del Beato Angélico*, *La línea del horizonte*, *El ángel negro*, *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*, *Se está haciendo cada vez más tarde*, *Tristano muere*.

Tabucchi es el perfecto escritor comprometido con la sociedad de su tiempo, integra como pocos en sus escritos los temas que más preocupan en los últimos tiempos: la búsqueda de la identidad individual y colectiva, el compromiso cívico o la reflexión sobre la historia, la lucha contra la intolerancia y también las diferentes formas de contar que han marcado en el último siglo la creación literaria, desde el realismo al monólogo interior, la prosa poética, el ensayo filosófico y las reflexiones metaliterarias

Tristano muere

Una casa de campo en algún lugar de la Toscana, en el último año del siglo XX. Tristano ha combatido por la libertad de su país bajo ese nombre, tomado de un personaje de Leopardi. Enfermo de gangrena y cefaleas, llama a la cabecera de su cama a un escritor que en otro tiempo se inspiró en él para escribir una novela. Hay frecuentes reproches de Tristano hacia el enfoque que el escritor dio al personaje en su novela. Se pone en tela de juicio la veracidad de la ficción, los mecanismos y trucos del escritor profesional. Tristano increpa al escritor sobre las razones que le llevarán a escribir como Tristano, la lejanía que existe entre personaje y autor:

«¿Por qué me has escrito en primera persona? [...] (Pág. 120) ¿Por qué te has convertido en Tristano? [...] Tú ¿por qué escribes, escritor? ¿Tienes miedo a la muerte? ¿Quisieras ser otro? [...]»

«Es el principio de la literatura, contar el sueño de otro» (Pág. 141)

En ningún momento se escucha la voz del escritor, sólo está la voz de Tristano que lo llena todo. Hay alternancias de la primera persona, la tercera y la primera, lo que da variedad al relato. Es un enfoque muy interesante, toda una tentativa de recrear la vida de Tristano, o Clark, o Ninototo, héroe oficial de la Segunda Guerra Mundial, al que todo le sucede en agosto y sobre el que se producen muchas

ambigüedades, también una reflexión sobre la historia hasta nuestros días, un viaje a través de la memoria, indagación del heroísmo y de la vileza, cara a cara con la muerte. El personaje ha salido del libro, tiene vida propia y es él el que ahora le plantea otra verdad al escritor. Le pide que escuche, que razone sus verdades. En ningún momento se dice que sea un personaje, parece tener verdadera identidad, es una persona en la que el escritor se inspiró para su novela. Se extraña cuando el escritor conoce sus secretos más íntimos. Quiere que el escritor escriba sus memorias, lo que de verdad sucedió, ahora que está enfermo, que es viejo, que va a morir. Durante su agonía, Tristano recompone un pasado inabarcable, en una agonía claustrofóbica de hechos y sueños, de la historia. Todo ello adornado por frecuentes reflexiones filosóficas.

«La responsabilidad empieza en los sueños» (Pág. 126)

[...]«¿Es posible que creas de verdad que la vida puede encerrarse en una biografía?» (Pág. 117)

«Estoy en vena filosófica, escritor, me siento realmente en forma, como filósofo» [...] (Pág. 107)

Tristano recuerda y reinventa su relato. A veces está lúcido, otras delira bajo los efectos de la morfina que le inyecta su enfermera alemana, la Frau para mitigar el dolor. El relato que cuenta al escritor tiene que ver con lo que sucedió durante la II Guerra Mundial: mató a un oficial nazi, asesino de un niño y una mujer, mientras formaba parte del ejército de ocupación italiano en Grecia. A partir de ahí llega la huida, la entrada en la resistencia y su acto más heroico, el que le convirtió en un mito: la eliminación en solitario de una patrulla alemana al completo. En medio estarán sus amores, con una chica griega que le acogió, Daphne, la española Rosamunda y con una capitana norteamericana, Marilyn, que se volvió loca de amor. Mavri Eliá, Mis Marily-Rosamunda, Pancuervo, personajes casi fantasmagóricos que se mezclan y confunden entre el sueño y la realidad. Y posteriormente los desengaños políticos. Hay frecuentes referencias a los sistemas totalitarios, a los dictadores y mandatarios que llevan al país al desastre en distintos lugares del mundo. Del mismo modo está la crítica social y política cuando se aborda el tema de los países del tercer mundo. Todo ello aparece integrado en la novela siguiendo el delirio casi claustrofóbico de Tristano que salta de una cosa a otra sin transición, convirtiéndose en una parte indispensable para entender la forma de pensar de Tristano, un ser que rechaza la injusticia y la barbarie de las guerras, que pone en tela de juicio los sistemas establecidos, que no cree apenas en nada y al que sólo le queda un refugio, los sueños, y llega a decir que ni estos son inocentes porque han leído libros y visto películas. Estos sueños, reproducidos con frecuencia en la novela, llegan a ser pasajes de gran intensidad lírica, desgarradores, llenos de gran belleza, donde los puñales se convierten en flores silvestres, donde la noche sigue al día sin apenas transición, donde el campo se transforma en un gran salón de baile. «Es hora de matar», (Pág. 145) le gritan, son alucinaciones provocadas por los fármacos, recuerdos, mezcla del pasado y del presente.

En la página 109, por ejemplo, podemos encontrar un interesante pasaje donde Tristano invoca a la luna y establece un diálogo con ella llena de referencias culturales y literarias:

«¿Por qué, luna, por qué?, tú que haces crecer la linfa en los tallos e hinchas los océanos, luna que fermentas a los seres que están sobre la tierra, luna de pergamino que tocas el violín, luna de cristal, de azafrán, luna, puedes hacer un sortilegio, ¿hay algún lugar en el mundo en el que, invocándote como lo hacían los sacerdotes antiguos, puedas hacer renacer el tallo tronchado?, Oh, poderosa, Proserpina que dominas las riberas del averno, restitúyeme la vida que tu marido cojo me ha robado, lo custodia en su fragua, era un niño alegre que yo llevaba a hombros jugando bajo la pérgola, y él cogía las uvas riendo, cuánto lo amaba, como a un hijo, [...] era una furia él también, y yo no lo sabía, una fiera, una fiera, aquel jovencito de gentil aspecto, pero yo lo quiero de vuelta, luna, te lo ruego, le enseñaría lo que no supe enseñarle, la culpa es mía, luna, soy yo quien se ha equivocado. [...]» (Pág. 109-110)

«A las cinco de la tarde» (Pág. 121)

Tristano incorpora la idea curiosa sobre el «tontintolín»:

«El tontintolín que comprendió Tristano era una especie de divinidad, pero un dios totalmente nuevo, desconocido, cuya religión era la ausencia de religión, por lo que carecía incluso de sustancia... y en tal carencia consistía su fuerza extraordinaria, era superior a cualquier ismo, cristianismo, judaísmo, budismo, islamismo, sintoísmo, taoísmo, podría participar de todos ellos, y en esto revelaba una naturaleza proteica y absoluta, pero no era ni siquiera puro espíritu, siendo al mismo tiempo visible e ilusorio, la proyección de sí mismo y de todos, de los deseos y de los sueños, estaba hecho de electrones, de energía, y sin embargo no tenía moléculas... Tristano lo comprendió sin mirar el tontintolín, porque cuando lo miras en realidad no es él, es sólo su hipóstasis... Tristano comprendió la esencia del tontintolín una noche de verano, mientras estaba en la terraza de esta habitación y miraba el cielo estrellado [...] su ojo captó una estrella en movimiento, que estrella no era [...]» (Pág. 148)

El tontintolín le decía muy despacio, desde su sueño más profundo «no pienses, acuérdate de no pensar, deja que yo piense por ti, Tristano, has luchado por la libertad y ahora ésta ha llegado, es el ser emancipado del pensamiento, es el no volver a pensar más... la verdadera libertad es ser pensado.» (Pág. 150)

A veces, en su delirio, escribe o recibe cartas dirigidas a diferentes personas, que son voces, dice, que son colores diversos, con sus matices, con sus caricias cromáticas. Otras cartas serán escritas por alguna de sus amadas. Son pasajes muy poéticos que él discurre en su delirio. Dice sabérselas de memoria, y así se las recita al escritor, que por su parte, nunca dirá nada, permanecerá escuchando en silencio. Muchas de esas cartas le llevan a plantear la muerte, la búsqueda de la tumba de Tristano por su amada. En realidad no hay muertos, nos dice, las personas «Sólo quedan hechizadas...»

Hay un deseo de que las cosas que cuenta Tristano queden escritas para permanecer, insiste mucho en esta idea, porque de esta forma se vuelven ciertas. Quiere que el escritor escriba sobre el verdadero miedo:

«El verdadero miedo es cuando la hora ha quedado establecido y sabes que será inalterable... es un miedo extraño, insólito, se siente una sola vez en la vida, y no vuelve a sentirse más, es como un vértigo, como si abriera una ventana a la nada y ahí el pensamiento se ahoga de verdad, como si se aniquilara. Ése es el verdadero miedo.» (Pág. 187)

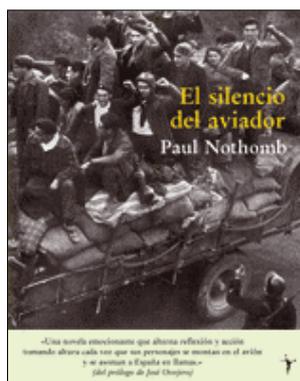
Sugiere al escritor, para finalizar, que en la portada del libro aparezca la fotografía de un hombre trajeado de espaldas caminando hacia el mar. En realidad es el padre de Tristano, pero bien podría ser él. Es la fotografía que vemos en la portada y que nos parece enigmática.

Tristano muere es una de las novelas más complejas y ambiciosas del escritor italiano. Una novela enrevesada, que avanza en círculos, con idas y venidas, con sueños, con impresiones y con delirios a veces surrealistas. Una novela que requiere un gran esfuerzo del lector y que utiliza la larga confesión en forma de monólogo para hablar del heroísmo, la cobardía, la verdad, la política, la literatura y la sociedad en la que hemos vivido y vivimos.

Antonio Tabucchi confirma en esta novela, como ya ocurría en otras anteriores, que es un escritor dotado de una voz única, inconfundible, donde se dan cita la hermosura de las palabras y su significación más honda. Una obra maestra.

© **Gatito Viejo**

<http://www.saborliterario.blogspot.com/>



EL SILENCIO DEL AVIADOR, de Paul Nothomb

Editorial Funambulista
Colección: Literatura
Fecha Publicación: 2006
192 páginas
ISBN: 84-96601-02-1
Traducción: **Ramon Vilardell**

* * *

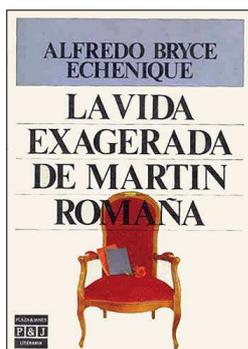
Recientemente falleció el escritor belga Paul Nothomb, el último superviviente de la escuadrilla internacional de aviadores creada durante la Guerra Civil por el novelista André Malraux, a quien él tanto admiraba. De aquella experiencia cada uno extrajo material para sus propias obras: el francés escribió *La esperanza* mientras aún proseguía el conflicto, relatando con ambición literaria y de forma amplia las acciones y el papel de los pilotos a su cargo, incluyendo el joven Nothomb, que aparecía allí bajo el nombre de Attignies. Éste a su vez publicó *El silencio del aviador* más de una década después.

En contrapartida se centra en un episodio singular de aquella guerra, que tiene por actores principales al aviador del título y a su comandante, Réaux-Malraux. En medio de la acción y la lucha –verista, vivida–, la reflexión. Con evidentes tintes autobiográficos, es esta una obra de sospechas y culpas no confesadas, de un intimismo y una soledad que contrasta con el ruido de los motores en combate y la furia de la propaganda militante.

La duda y el recelo no impiden sin embargo que Atrier, el piloto que carga con el silencio, cumpla con su deber. Y todo a pesar de las insidias esparcidas por un comisario político que recuerda en mucho al burócrata obstaculizador que describía en *Vuelo nocturno* ese otro piloto-narrador que fue Saint-Exupery. Pero no pretende Nothomb que su personaje se convierta en estereotipo heroico, una figura cómoda con la que el lector se pueda identificar: como bien señala José Ovejero en el prólogo a la novela, esta es la historia de un hombre que se niega a asumir el papel que la sociedad pretende otorgarle porque ello significaría perder su individualidad y su libertad.

© **Daniel Pérez**

<http://www.lacoctelera.com/comeclavos>



LA VIDA EXAGERADA DE MARTÍN ROMAÑA, de Alfredo Bryce Echenique

Plaza & Janés Editores, S.A.

Fecha Publicación: 2000

656 páginas

ISBN: 84-01-41262-5

* * *

Maldito Bryce,

Claro que te queremos más desde que escribiste el Martín Romaña. O quizás estaría mejor decir desde que Martín Romaña te robó la pluma, se encaramó a tu sillón

Voltaire como encaramándose a la perra vida, se hizo con tu cuaderno rojo y se puso a contar su vida. O la tuya. Creo que ni vosotros sabéis quién es el de la foto de vuestro carnet de locos incurables. Ni falta que hace.

A bordo de un sillón

No hay solapas que lleguen para describir todo lo que pasa por un sillón Voltaire que en realidad no es ningún lugar más allá del ámbito impalpable de la utopía. Martín Romaña capitaneó su vida como pudo, abrazando todas las banderas que creyó necesario para mantenerse en pie en París y no perder a la mujer que amaba. Luego, cuando ya no podía más, se subió, cuaderno de navegación en mano, al singular y sinlugar sillón Voltaire y se puso a contar todo eso que había vivido sólo para poder contarlo. El sillón Voltaire es la república de los tímidos; el cuaderno de navegación es su medio de comunicación. Todos los que somos «mejores por carta» tenemos un sillón Voltaire. Y Martín es la epistolaridad hecha persona. ¿O es la persona hecha epistolaridad?

La realidad más pura se vive en un folio en blanco que es melancólicamente azul. Esa es la gran tragedia alegre de tu Martín Romaña, su crisis positiva: su necesidad de exagerar la vida para acomodarla a la hondonada inabarcable de su expresión. Por eso causan tierna gracia todas las desventuras de Martín, porque él mismo le quita trascendencia a todos los hechos dándosela sólo al hecho de poder escribirlos. Porque encarna perfectamente el «vivir para contarla» que nos quiere vender Gabo.

No sé cuánto va de tu vida en Martín, pero aunque vaya mucho, lo has sabido disimular perfectamente colmando de velos la realidad: por un lado te aferras a otro nombre, te encarnas (en el sentido más sangriento) en otro y le das la voz... aunque todos los hechos y las desesperanzas que Martín cuente te hayan ocurrido a ti, maldito Bryce, con haberlas puesto en boca de Martín te deshaces de ellas un poco. Por otra parte, en tu incansable viaje por París, Bilbao y todos cuantos escenarios sean propicios para exagerar aún más la ya exagerada vida narrada de Martín Romaña, te sientas a descansar y hacer recuento en el sillón Voltaire, te sientas a contemplarte a ti mismo, cuaderno de navegación en mano, poniéndole otro velo a lo real. Porque lo real no importa, lo que importa es contarlo y cómo contarlo.

Bizqueritas y hondonadas

Yo no sé si el poeta es un fingidor que finge que es dolor o escribir es confesar que se ha vivido. No sé si basta con sentarse a escribir para llegar a París o si hay que haber ido a París para poder sentarse a escribir. Lo que es cierto es que nunca podremos ir al París de Martín Romaña, porque ése sólo existe en el cuaderno azul, porque es un París sinlugar y singular que no se identifica con el Arco del Triunfo, la Torre Eiffel y la Gare de Austerlitz. No, el París de Martín Romaña es París porque tiene una hondonada donde Martín atraviesa sus penas si está solo y sus alegrías si está con Inés, luz de donde el sol la toma. El París de Martín es un París donde Inés se lía a bizquear cada vez que se enoja y Martín se lía a temblar cada vez que Inés se enoja. Es un París en cuyo aeropuerto siempre es invierno, donde las caseras son malas y los jóvenes marxistas exigen a los escritores peruanos que escriban novelas de partido. Es ése y no otro y no se parece en nada al aguacero que inundó las tristezas de Vallejo, ni al París inalcanzable y siempre pasado de Ilsa Lazslo, ni es tampoco la alegría de las tizas y los paraguas rotos de la Maga. Ay, esto es lo que tiene la literatura, mira en cuántos Paríses puede estar uno aunque su timidez le impida moverse del sillón Voltaire.

Basta con tener un estilo para contar las cosas, para darles unicidad, para fingir hasta crear la realidad en la página escrita. Quién sabe qué simplezas se esconden en realidad, en el destartado pisito de un escritor peruano en París en los años 60, sólo hay que ir bautizando las cosas, dejándolas que nos dejen inventarnos su historia y ya está: la vida parece maravillosa folio en blanco a través. Así, la bizquerita de Inés, las mujeres calatitas, la hondonada en la cama y las apariciones de Octavia de Cádiz en la playa de Cádiz son maneras únicas de ver las cosas, no son cosas únicas. A cualquiera le pueden pasar, pero luego hay que saber recostarse en el sillón Voltaire y darles las palabras que se merecen. Cómo no te vamos a querer más después de haber escrito el Romaña, Bryce, maldito Bryce.

© Cristina Núñez Pereira

<http://blogs.ya.com/lomejordeloslibros>

No será la tierra

Jorge Volpi

Alfaguara, 2006

En el vértigo de la historia, tres mujeres entrecruzan sus destinos. La bióloga soviética Irina Gránina contempla el derrumbe del comunismo y, con él, la rebeldía de su hija Oksana, primera víctima del triunfo del capitalismo. En el otro extremo del mundo, Jennifer Moore, funcionaria del Fondo Monetario Internacional, lucha con su ambicioso marido y con su hermana Allison, su exacto reverso, activista contra la globalización. Por último, Éva Halász, genio de la informática, se empeña en descubrir los secretos de la inteligencia, siempre torturada por sus cambios de ánimo y sus múltiples y cada vez más celosos amantes.



El príncipe de los caimanes

Santiago Roncagliolo

Editorial Seix Barral, 2006

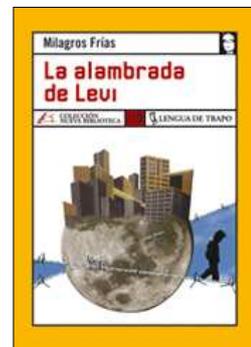
Dos extremos del Amazonas y del siglo XX: un aventurero en busca de caucho y fortuna, y su bisnieto, que huye de casa rumbo a Miami. *El príncipe de los caimanes* es una apasionante novela de aventuras sobre dos viajeros que abren las fauces de la selva y se internan en ella. Ambos descubrirán que no hay animal más peligroso que el ser humano y que la libertad y la muerte quizás sean la misma cosa. A partir de la idea de escribir una novela de viajes, Santiago Roncagliolo urde una trama de intensa complejidad psicológica y la ambienta en un escenario tan sugerente e inquietante como el Amazonas. El príncipe de los caimanes se nutre de historias reales de exploradores y narradores y cobra toda su fuerza en la imaginación y la prosa de un novelista de raza como Santiago Roncagliolo.

La alambrada de Levi

Milagros Frías

Lengua de Trapo, 2006

La alambrada de Levi transcurre en un futuro que es en realidad el presente despojado de toda hipocresía y esperanza. Sus tres personajes principales, a través de cuyos descarnados monólogos se va entretejiendo la historia, luchan por encontrar una razón para seguir existiendo, algo que les permita soportar un mundo en el que la crudeza y desolación del paisaje y del clima son solo una faceta más de las duras condiciones que han acabado con la extinción del hombre por el hombre. Cada uno de ellos representa una forma de enfrentarse a la situación de ser, prácticamente, el último ser humano sobre el planeta. Irene lo afronta desde la conciencia de haber conocido un tiempo mejor, desaparecido para siempre. Albalá se va descubriendo a sí misma a medida que comprende los conflictos de su entorno y Olof, un hombre hermético y contradictorio, se desliza en una decadencia perezosa en la que los recuerdos tienen cada vez menor cabida.



El Dueño de las Sombras

Care Santos

Ediciones B, 2006

Alguien observa a las hermanas Albás desde la oscuridad. Sabe por qué desapareció Natalia Albás siendo una niña y por qué ha desaparecido su hermana Rebeca ahora que es ya una adolescente. Cuando Rebeca, dada por muerta, empieza a enviar mensajes amenazadores, se inicia una inquietante investigación para aclarar el misterio. ¿Por qué la familia Albás parece maldita? Envidias, culpas, anatemas... muchas podrían ser las causas, pero sólo una es la verdadera. Y la auténtica, terrorífica verdad, solamente la conoce El Dueño de las Sombras.

Alumbramiento

Andrés Neuman

Páginas de Espuma, 2006

En la habitación de un sanatorio, rodeado por el médico, las enfermeras y su esposa, un hombre intenta dar a luz y concebir a otro hombre. Con este insólito y estremecedor inicio arranca *Alumbramiento*. Su primera parte se compone de relatos que, a través de diferentes formas y estrategias narrativas, escenifican y cuestionan los roles masculinos tradicionales: el marido, el padre, el justiciero, el héroe, el luchador, el aventurero. La segunda reúne una serie de microcuentos donde el vértigo, la concentración, la intensidad y la sugerencia adoptan además otro modo de alumbramiento. En la tercera parte, el autor homenajea a algunos de sus narradores predilectos y explora humorística, irónicamente diversos aspectos del mundo literario como la edición, la traducción o las complejas relaciones lector-autor. El volumen se cierra con dos breves dodecálogos acerca del cuento: Neuman prosigue así con la reflexión teórica en torno al género que viene desarrollando en sus libros. En fin, un libro de cuentos total, rico en propuestas entrelazadas e iluminadas por la calidad de su autor.



La noche del pez

Enrique Rentería

Tusquets Editores, 2006

Una embarcación pirata navega, inadvertidamente, en el golfo de México. Es época de huracanes y los monstruos marinos andan sueltos. El más terrible de todos ellos, Fantasmagua, emerge de pronto y, en apenas un instante, hunde el navío. Sólo Ismael sobrevive al naufragio, asido a un ataúd que lo conduce hasta un pequeño poblado en la playa. Allí, en Miramar, la magia no cesa. Rescatado por la niña Claudia y su padre Jaime, el náufrago pronto advierte que el pueblo se encuentra inmerso en algún tipo de embrujo. Misteriosa es la vida de la familia que lo recoge, desgarrada entre la feliz imaginación de Claudia y la alcohólica violencia de Jaime, un frustrado caricaturista.

Misterioso, también, el puerto, habitado por creencias yorubas, mendigos geniales, sirenas poco míticas y hasta por un rey feo. Misterioso es el propio Ismael, mudo sobre su pasado y provisto de algunos poderes inexplicables. El secreto mayor es otro: en su naufragio hirió al mítico monstruo y éste volverá para cobrar venganza. Es sólo cuestión de tiempo.

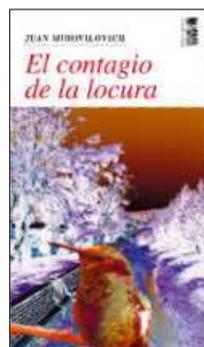
El arrecife

Juan Carlos Botero

Belacqva, 2006

«El arrecife parecía interminable. Visto desde lejos recordaba una muralla gruesa, larga y espumosa, que protegía el costado oriental de la isla de la permanente embestida del mar abierto. Desde las lomas más altas y frescas, donde la brisa soplaba y sacudía los palmerales sin cesar, se apreciaba la extensa cicatriz de corales estirada hasta el brumoso horizonte, zigzagueando hasta desaparecer en la azulosa lejanía.»

¿De qué trata este libro? Novela de iniciación, en la que Juan Carlos Botero recrea una maravillosa galería de personajes, protagonizada por Alejandro y su tío Ernesto. Ambos aprenderán el uno del otro y descubrirán juntos sus límites y su capacidad para superarlos. El mar será también un protagonista destacado de la novela, por su estrecha relación con los seres humanos y por ser una bonita metáfora de la vida.



El contagio de la locura

Juan Mihovilovich

Lom Editorial, 2006

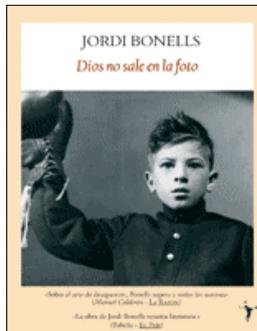
La Odisea de un juez durante tres días de su vida, en los cuales su afiebrada imaginación lo traslada por los espacios de un pueblo real o inventado. En esa travesía, atormentada y borrascosa, se entrecruza con personajes invasivos, que subyugan sus anhelos de justicia, de humanidad, de trascendencia. Esta odisea es narrada en un estilo nervioso, incisivo y ceñido, con un lenguaje que da cuenta del estado del personaje, sin perderse en sus delirios.

La ciudad de las tormentas

Raúl Montilla Corral

Septem Ediciones, 2006

La Ciudad de las Tormentas presenta una Barcelona de principios del siglo XX gris y oscura, que se está convirtiendo en una gran urbe con personas llegadas de puntos geográficos distantes, con intereses diferentes, y donde, en la calle, impera la violencia. Son los años del pistolero, protagonizado por grupos de mercenarios a sueldo de los patronos y hombres de acción de los sindicatos proletarios. A partir de dos fechas concretas, el asesinato del presidente Eduardo Dato y el golpe de estado que da en la propia ciudad Miguel Primo de Rivera, Raúl Montilla traza una historia en la que se encontrarán, enfrentarán y en algunos casos convivirán, diferentes personajes que forman parte de esa nueva realidad en la que se está convirtiendo Barcelona. Un obrero de la construcción, varios guardias civiles, pistoleros, un joven recién llegado para trabajar en lo que sea... Una novela en la que se muestra una realidad muy dura de años que imprimieron carácter a una ciudad y claves para entender los sucesos que posteriormente se desarrollarían a esa fecha. Una novela humana, en la que importan las personas y sus sentimientos, a pesar de la dureza de la época en la que les ha tocado vivir.



Dios no sale en la foto

Jordi Bonell

Editorial Funambulista, 2006

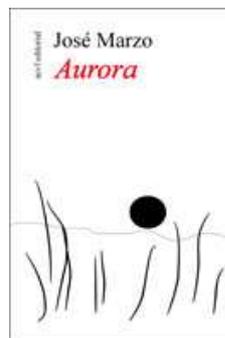
Un sutil y vigoroso retrato en blanco y negro (con toda su gama de claroscuros) de una vida que, indefectiblemente, sigue su curso también en tiempos de guerra, en este caso la «incivil» guerra española. Buscando trincheras propicias para arrebujar hasta las querencias más inopinadas, como la de una monja de clausura por su sobrino miliciano, Dios no sale en la foto, redonda por su estructura y magnífica en su prosa, es una novela que nos destila la entrañable complicidad de un hijo –¿el propio autor?– con las vivencias del padre fallecido; y nos las muestra con un retrato al fondo inolvidable de los primeros días de julio de 1936 en Barcelona.

Siesta nómada

Débora Vázquez

Beatriz Viterbo Editora, 2006

La partida de un tren. La casa-museo de un gran escritor. Una falsa coleccionista. Una violinista suplente. Escenas de films vueltas a montar por un espectador. Un cura de campaña. Un carterista. Una manicura. Dos hermanos que irrumpen una noche en una casa vecina... *Siesta nómada* es, sin duda, un álbum de relatos breves y extraños. Es, también, una colección de instantáneas de distinto grano, el mejor estilo de ciertos libros de viaje, donde las imágenes se suceden sin alevosía, como excursiones íntimas entre espejismos. Con una prosa precisa, clarividente, que aúna extrema delicadeza y poca piedad. *Siesta nómada* invita a lo inesperado, a lo milagrosamente imprevisible, a lo real.



Aurora

José Marzo

ACVF Editorial, 2006

Escrita a lo largo de diez años, *Aurora* se compone de 77 piezas ultracortas o mini-relatos. Una fotografía robada, una mujer de pies hermosos, un mimo en el servicio de una cafetería, una muchacha que se imagina ser una gigante transparente... Desde la incomunicación de "Ojo de buey", pasando por la violencia de "El mono mecánico habla conmigo", hasta la imaginación rota y recompuesta de "El camaleón desgarrado", *Aurora* traza un viaje literario que, mediante narraciones mínimas, conforma una biografía de las emociones y el desconcierto. José Marzo es autor de las novelas *La alambrada*, *Un rincón para César*, *Una maleta vacía* y *Café con hielo*. Los mini-relatos de *Aurora* se han

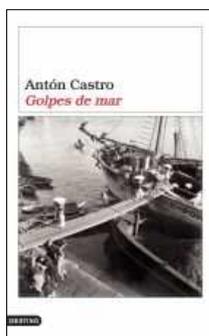
incluido en publicaciones tan dispares como las revistas *Lateral* (Barcelona) y *Disenso* (Canarias), o en material de texto para universitarios estudiantes de español en Estados Unidos. Ha fundado y dirige la revista de cultura *La Fábula Ciencia*.

Dos y dos son cinco

Laura Malasaña

Ediciones Barataria, 2006

Manuel Molina vive en la barriada Quinto Pino de una ciudad que sus moradores llaman Tarrasa, «viejo cascote del desfile de telares y fábricas que le dio sentido alguna vez». Manuel deja un día la fábrica y con su licencia del Bebebé (formación a distancia), una máxima: dos y dos son cinco, y toda la sabiduría del Manual del detective de primera, monta despacho y contrata secretaria, Elena, una buena chica que tiene siempre información de primera mano de la panadera del barrio. El detective (de primera) don Manuel Molina y Elena Cádiz forman una de las parejas profesionales mejor avenidas de la novela policiaca de todos los tiempos. Cuando don Manuel hace, Elena deshace; cuando don Manuel habla, movido siempre por el irreprimible deseo de decir algo, Elena puntualiza, recompone, aclara. En estos tres primeros casos de Manuel Molina, Laura Malasaña nos presenta a sus personajes con humor, mucho humor, y ternura rodeados de sus vecinos, sus familias y los bares, casas y paisajes de Quinto Pino.



Golpes de mar

Antón Castro

Ediciones Destino, 2006

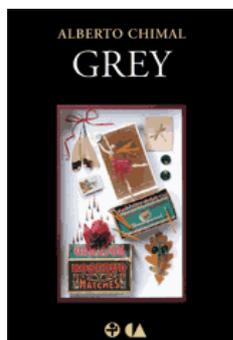
Este libro es mucho más que historias de mar, de personajes recios y sensibles, de amores y de vidas saturadas de salitre. Traspasa el relato de naufragios, de esperas y de redes. *Golpes de mar* es un conjunto de relatos que rota en torno a una población pesquera de las costas coruñesas en el que los personajes pasan de un relato a otro, ganando o perdiendo protagonismo, y nos dejan ver unas entrañas que Antón Castro desmenuza con alta pericia literaria. Con un estilo desnudo y sin superfluos afeites, *Golpes de mar* está tejido con una prosa de contundencia conmovedora y de una belleza deslumbrante.

La vendedora de tornillos

Pilar Bellver

Elipsis Ediciones, 2006

Harta de su trabajo como directora creativa de una conocida agencia de publicidad, la protagonista decide cambiar de vida. Atrás quedan un mundo marcado por el culto a la imagen, las relaciones superficiales y el ansia de reconocimiento social, junto al recuerdo obsesivo de un fugar, pero muy intenso, episodio amoroso que llevará a la protagonista a reconsiderar, no solo su orientación sexual, sino también su propia concepción de la feminidad. Sola y en el paro, deberá encajar las consecuencias reales de su propia decisión. Y deberá hacer frente a su propia incredulidad al descubrir que se está enamorando de una humilde vendedora de tornillos en la que nunca se hubiera fijado cuando era una orgullosa creativa satisfecha con su éxito y sus ingresos.



Grey

Alberto Chimal

Ediciones Era, 2006

Estos cuentos mínimos son una procesión de hagiografías, entradas de diccionario, noticias del paso de lo divino por nuestra tierra. Son también la prueba asombrosa de que Alberto Chimal seguramente es hijo del diablo y merece las excomuniones que ha acumulado contra su alma, pero también el cielo de nuestra risa y las indulgencias de nuestra admiración a su escritura velocísima. Alberto Chimal ha pasado de ser el más importante, el más interesante, el más divertido de nuestros escritores de ciencia ficción, a cubrir campos cada vez más amplios de lo fantástico, apropiándose otros registros para ejercer con maestría los oficios de la imaginación. En *Grey* ha decidido, de heterodoxo, devenir iconoclasta y heresiarca. Y con su recorrido, demuestra que

todo texto sagrado es un ejercicio de estilo, un conjunto de reglas que si se comprenden permiten el juego, el gozo, la infinita alegría de la modificación subversiva.

• COLOMBIA ACOGERÁ DEL 26 AL 29 DE MARZO EL IV CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA

El IV Congreso Internacional de la Lengua Española, que continúa las tareas de los celebrados en Zacatecas (México, 1997), Valladolid (España, 2001) y Rosario (Argentina, 2004), se celebrará en Cartagena de Indias en marzo de 2007 bajo el lema *Presente y futuro de la lengua española: unidad en la diversidad*. En los días previos se desarrollarán en la ciudad de Medellín el XIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en el que se aprobará el texto de la *Nueva Gramática de la Lengua Española*, y la reunión de rectores de universidades españolas e hispanoamericanas con el Instituto Cervantes para presentar el Certificado Internacional de Español como Lengua Extranjera. Ambas solemnes sesiones serán presididas por S. M. el Rey de España y el Presidente de la República de Colombia. Los Congresos Internacionales de la Lengua Española que, con periodicidad trienal, se celebran en los países de la comunidad hispanohablante, constituyen foros universales de reflexión sobre la situación, problemas y retos del español, y pretenden avivar la conciencia de corresponsabilidad de gobiernos, instituciones y personas en la promoción y en la unidad de la lengua, así como impulsar el diálogo de toda la comunidad cultural hispánica.

* * *

• CLAUDIA AMENGUAL OBTIENE EL PREMIO SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ DE NOVELA 2006

La escritora uruguaya Claudia Amengual ganó el premio Sor Juana Inés de la Cruz 2006 por su novela *Desde las cenizas* (Alfaguara, 2005). Amengual obtuvo el galardón, dotado con 10.000 dólares, con un libro que es «una narración que resuelve con exactitud y destreza una serie de situaciones en apariencia sencillas, pero plenas de significado y profundidad», según el jurado de este premio destinado a escritoras. «Enmarcada socialmente en un país en crisis, esta novela destaca el exilio y la realidad latinoamericana», señalan en su valoración los jueces. También destacan de la obra que abarca «los dilemas existenciales de la cotidianidad con una mirada actual que cuestiona, entre otras, la institución matrimonial». El jurado de este año estuvo integrado por Ignacio Díaz Ruiz, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la escritora mexicana Silvia Molina, ganadora de este premio en 1998, y Verónica Grossi, docente de Literatura Hispana en la Universidad de Carolina del Norte (EEUU). Nacida en Montevideo en 1969, Amengual es traductora, docente de la Universidad Ort e investigadora en el área de la lingüística. Ha escrito varios cuentos, algunos de los cuales han sido publicados y otros premiados en diversos concursos, y dos novelas, *La rosa de Jericó* (2000) y *El vendedor de escobas* (2002).

* * *

• MANUEL MOYANO GANA EL PREMIO TRISTANA DE NOVELA FANTÁSTICA 2006

El escritor andaluz Manuel Moyano (Córdoba, 1963) obtuvo el Premio Tristana de Novela Fantástica por su narración *Manfraque*, «una novela de corte clásico narrada de forma epistolar». El certamen, convocado por el Ayuntamiento de Santander, y que alcanza ya su segunda edición, está dotado con 8.000 euros más su publicación en una editorial de ámbito nacional. El jurado también concedió una mención honorífica a la novela *La oca de oro*, recomendando, asimismo, su publicación. El autor galardonado, que obtuvo el premio Tigre Juan 2002, ha publicado diversas obras de narrativa y ensayo y en la actualidad es responsable de las actividades culturales del ayuntamiento murciano de Molina de Segura. El libro ganador, una historia tenebrosa sobre un pueblo habitado por una extraña raza, fue destacado por su tono «inquietante» y su estilo «limpio y elegante», según refirió el escritor y pensador Fernando Savater, quien presidió el jurado configurado por el director del Instituto Cervantes de Londres, Juan Pedro Aparicio; el crítico literario y catedrático del Instituto Pereda, José Manuel Cabrales; y los profesores de las Universidades Complutense de Madrid y Autónoma de Barcelona, Dámaso López y David Roas, respectivamente.

* * *

• XVI FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE LA HABANA (CUBA)

La XVI Feria Internacional del Libro de La Habana tendrá lugar del 8 al 18 de febrero de 2007 bajo el lema «Leer es crecer». Estará dedicada a los autores César López, Premio Nacional de Literatura, y Eduardo Torres-Cuevas, Premio Nacional de Ciencias Sociales. La República Argentina será el país invitado de honor en esta ocasión. Considerada como el principal evento cultural del país, esta feria ofrece un espacio de participación e intercambio a todas las entidades vinculadas al mundo de las publicaciones, así como autores, editores, distribuidores, librerías, impresores, agentes literarios, productores de multimedia, periodistas y otros profesionales. Y, desde luego, será el mejor lugar para encontrarse con los lectores cubanos.

* * *

• **EL VENEZOLANO ALBERTO BARRERA TYSZKA, PREMIO HERRALDE DE NOVELA 2006**

El escritor venezolano Alberto Barrera Tyszka se adjudicó la XXIV edición del Premio Herralde de Novela, dotado con 18.000 euros, con su obra *La enfermedad*, mientras que la cubana Teresa Dovalpage fue finalista. Nacido en Caracas en 1960, poeta y narrador, es también autor de la primer biografía documentada del presidente de su país, Hugo Chávez, en colaboración con la periodista Cristina Marcano. Entre sus obras literarias destacan *También el corazón es un descuido*, el libro de relatos *Edición de lujo* y los de poemas *Coyote de vetanas* y *Tal vez el grío*. Asimismo, ha sido guionista de telenovelas y es columnista habitual del diario El Nacional. Su obra – que se impuso entre 172 originales recibidos por la editorial Anagrama, patrocinadora del premio– relata la vida de Ernesto Durán, enfermo a pesar de que los resultados clínicos dicen lo contrario. Durán se separa de su esposa y decide vivir solo. A partir de entonces padece todos los síntomas de un mal que su hipocondría lo hace temer que sea mortal.

* * *

• **ANTONIO CARBALLO GANA EL II PREMIO DE NOVELA MARIO LACRUZ CON LA NOVELA ADIOS, COSMONAUTA**

El escritor cubano Antonio Carballo ganó por unanimidad el II Premio Mario Lacruz de Novela con la obra *Adios, cosmonauta*, que se publicará en primavera en la Editorial Funambulista. La novela *Donde gira el viento*, del argentino Jorge Viera, quedó finalista. Carballo, residente en Murcia, se presentó al premio bajo el seudónimo de Anatoli Visch. El jurado del premio estuvo compuesto por Enrique Badosa, Rafael Borràs, José Ovejero, Ana María Gargatagli y Juan Max Lacruz. Antonio Carballo, nieto de gallegos emigrados a Cuba, nació en 1954 en la isla y se licenció en Economía en la Universidad de La Habana, donde ejerció su profesión durante años. En 2003, decidió dedicarse a la literatura y desde entonces vive entre La Habana y Murcia. Ese año gana el Primer Premio de Relato Juan Carrillo. Es autor del libro de relatos *Miserias escogidas*, publicado por Pre-Textos.

* * *

• **IGNACIO MARTÍNEZ DE PISÓN SE ALZA CON EL III PREMIO DULCE CHACÓN DE NARRATIVA CON EL LIBRO ENTERRAR A LOS MUERTOS**

El escritor Ignacio Martínez de Pisón se alzó con el III Premio de Narrativa Española Dulce Chacón con su libro *Enterrar a los muertos*. El jurado estaba compuesto por la escritora Rosa Regás como presidenta; el ganador de la anterior edición del certamen, Fernando Marías; las novelistas Inmaculada Chacón y Ángela Vallvey; el crítico literario Luis García Jambrina; una representante de la Asociación de Escritores Extremeños, Isabel Pérez; la concejal de Cultura de Zafrá, María del Carmen Rodríguez; y el secretario del jurado, Luciano Feria. La presidenta del jurado, Rosa Regás, destacó que en el libro ganador «un hecho frío se convierte en una narración literaria». A su vez, el secretario del jurado felicitó a los cinco finalistas del premio por la gran calidad que han demostrado todas las obras. Los finalistas fueron Paula Izquierdo con la obra *La Falta*; Luis Mateo con *El Fulgor de la pobreza*; el ganador Ignacio Martínez de Pisón con *Enterrar a los muertos*; Ramiro Pinilla con *Verdes valles colinas rojas*; y el extremeño Álvaro Valverde con *Alguien que no existe*. Por su parte, el director general de Promoción Cultural de la Junta de Extremadura, José María de Pedro Corrales, destacó que el libro ganador le gustaría mucho a Dulce Chacón por su historia y narrativa.

* * *

• **PRESENTADO UN ESTUDIO SOBRE EL PAPEL DE LAS EDITORIALES INDEPENDIENTES EN EL SECTOR DEL LIBRO EN ESPAÑA**

La Revista Cultural Dosdoce y la editorial Elipsis Ediciones han publicado el estudio «Los retos de las editoriales independientes», en el que se analizan las aportaciones de las nuevas editoriales independientes al sector del libro y sus lectores en España, los principales obstáculos y retos en el lanzamiento de nuevas editoriales y el impacto en las librerías de proyectos de digitalización de libros como Google Book Search. Según este estudio, el 64% de las librerías considera que el principal reto del sector editorial es el cumplimiento del precio fijo en la Ley del Libro, dato que indica la gran importancia que otorgan los libreros a esta nueva ley. Asimismo, el estudio revela que el 50,6% de las librerías encuestadas está totalmente en contra del proyecto Google Book Search por el temor a que conlleve la desaparición de las librerías de fondo. No obstante, un 20,3% de los encuestados apoya este proyecto, pues considera que fomentará la lectura y venta de libros. Igualmente, el 65,2% de los libreros encuestados opina que la principal aportación de las editoriales independientes es la de descubrir nuevos autores. La vocación cultural de estas editoriales constituye la segunda aportación más significativa, y la edición de un catálogo de calidad es la tercera contribución de las editoriales al sector. El informe completo se puede descargar en la siguiente dirección: <http://www.dosdoce.com/>